

Los Prados de León
El Mejor Alcalde el Rey
Los Bellos de Meneses
Romance del Paso Honroso



Son tres obras de tipo
y los pillos de foyals de
laura. Para su uso y
lo del Paso Honore de
Gilbert Blauw. Sol
de puerca

C. 1125943

t. 101877

POR LEÓN

Biblioteca de Asuntos y Autores Leoneses

Los Prados de León

Y

Comedia de

LOPE DE VEGA CARPIO,

editada por

"EL DIARIO DE LEON"

para asociarse a la celebración
del centenario de su muerte

Año de 1935

PARA LEON

R.79907

A GUISA DE PROLOGO

Es nuestro propósito contribuir a que León vuelva a encontrarse, a recuperarse. Para ello es imprescindible que ahonde en la tradición y sepa estimar sus valores.

¿Donde podría la juventud de hoy encontrar su lazo de unión con el glorioso pasado que colocó el nombre de esta región bendita en las cumbres de la inmortalidad?

Le sería difícil en extremo. Los leoneses, individualistas siempre, lo han sido mucho más en las últimas centurias y nadie se ha ocupado de ir reuniendo los valores de esta tierra, para que se pudieran conocer fácilmente y estimar con la debida veneración. Cada uno hemos ido por nuestro lado. Realizando obras dignas de ser legadas a la posteridad muchos, pero sin que nadie se ocupara de reunirlos.

No se conoce la Historia, ni la literatura ni ninguna de las manifestaciones de la vida leonesa en toda su plenitud. Aparecen sillares para el gran edificio, pero desperdigados y, muchas veces, rotos. Es preciso reunirlos y darles vida.

A ello intentamos contribuir con la publicación de la Biblioteca que hoy iniciamos. En ella tendrán cabida los valores representativos de nuestro espíritu en sus más diversas y variadas manifestaciones. Reuniremos con la ayuda de Dios y el transcurso del tiempo, los muchos matación. Todas nuestras felicitaciones para cuantos han cotribuido a recerán también las manifestaciones actuales de la cultura leonesa.

Tenemos una Biblioteca Regional Leonesa en el Palacio de la Diputación. Todas nuestras felicitaciones para cueantos han contriduido a formarla. La misma idea fué la que presidió aquella obra y la que ahora nos mueve a iniciar esta: el amor a León, el entusiasmo por las cosas de nuestra tierra. Esa Biblioteca vale mucho; pero nosotros queremos ayudarla a producir los saludables efectos que sus iniciadores se propusieron. La Biblioteca Racional espera con sus libros a los lectores, en el Palacio de los Guzmanes; **EL DIARIO DE LEON** se propone que los libros vayan en busca de los lectores por todos esos pueblos de esta tierra leonesa, en la más amplia acepción de la palabra.

Nos proponemos ir publicando en forma encuadernable toro lo leonés que lo merezca. Queremos que lo tengan a mano, en su propia biblioteca, todos los leoneses, para que se empapen de su espíritu y cada día que pasa seamos todos más leoneses.

En el año del Centenario de Lope de Vega, comenzamos por la pu-

blicación de sus comedias relativas a León. ¿Cuántos son los leoneses que sabían de ellas siquiera?

A estas seguirán otras y otras obras. Las que vayan pareciendo más convenientes. Con el tiempo todas cuantas merezcan figurar en una biblioteca leonesa.

Poco lograríamos nosotros, si fuéramos solos en la empresa; pero tenemos la plena seguridad de que los buenos leoneses no han de regatearnos su cooperación. Hay ya unas cuantas obras en cartera. Para acrecentar el catálogo de las que hemos de ir publicando, agradeceremos cuantas indicaciones se nos quieran hacer, cuantas ayudas se nos quieran prestar.

“Por León y para León” es nuestro lema. Cuantos deseen trabajar a nuestro lado, por ese santo ideal, tendrán nuestra profunda gratitud de leoneses y nuestro enerañable afecto de amigos, más aún, de hermanos.

LA REDACCION

CENTENARIO DE Lope de Vega

PRÓLOGO

El centenario de Lope de Vega se está celebrando en todo el mundo con el máximo fervor. En España los preparativos y las promesas son grandes, pero por ahora nada se hace. En León, páramo espiritual, poco se puede hacer; pero lo que se puede hacer no debe quedar sin hacerse. Una de las cosas que pueden hacerse, y acaso la que más glorifique al poeta y mejor se adapte al espíritu de los centenarios, es la publicación de sus escritos y el estudio y valoración de su obra y de su personalidad. Algo de esto—modestamente—vamos a hacer, gracias a la amabilidad del señor Director que nos ha brindado las columnas de EL DIARIO para todo lo que pueda contribuir a la exaltación de Lope de Vega.

Tiene Lope, aparte de las relaciones personales que se encargará de dilucidar el ilustre y entusiasta leonés D. Mariano D. Berrueta, (1) unas cuantas comedias que se refieren a León ya por el ambiente ya por el argumento. Y he aquí cómo también León puede colaborar en el centenario, publicando las comedias leonesas. Cosa que contribuirá a enaltecer al mismo tiempo a Lope y a León.

No podía menos de ser así. No podía prescindir Lope de la historia leonesa en su tarea genial de incorporar la historia y la leyenda de nuestra patria al acerbo espiritual y artístico del siglo de oro. Porque la historia de España tiene su germen venerable y heróico en el reino de León que bajó de las Asturias para extender por toda España el anhelo de libertad nacional. Y esta primera etapa de la reconquista, más vieja y más heróica, si falta de historias, plena de leyendas, había de atraer al espíritu español y poético de Lope con grandeza poética digna del estro del Fénix. Desde el tributo de las cien doncellas en "Las famosas asturianas" hasta los hermanos Carbajales que emplazaron a Fernando el Cuarto, en "La inocente sangre".

No está todo Lope en las comedias que a León se refieren. En primer lugar, porque sólo reflejan un aspecto de su espléndida dramatur-

(1) Por sus muchas y urgentes ocupaciones no ha podido escribir este prólogo; pero nos ha prometido hacer un epílogo sobre "Lope de Vega en León", fruto de su extraordinaria competencia y de su amor a nuestra ciudad.

gia: el histórico legendario. Y en segundo lugar, porque Lope no está todo en ninguna parte. Ni siquiera en la *Dorotea* que es la obra que mejor refleja aquel espíritu polifacético y genial. Lope es, con Cervantes, el hombre que mejor, más plenamente y más hondamente, representa el espíritu de nuestra patria. Otras figuras—Quevedo, Calderón—son más representativas de España en una época determinada y en un aspecto determinado; pero en la visión integral y profunda del alma de España y en la identificación radical con su pensar, con su querer, con su sentir, nadie, excepto Cervantes, puede igualar a Lope de Vega. Por eso el insigne Vossler ha podido ver en él al “poeta de España”. Hijo de España, creación de España que quiso encarnar en él todas sus virtudes y todos sus defectos, el poeta recreó a España en su poesía que al ser espejo suyo es también espejo de España. El es impetuoso y atropellado, sensual y místico, sincero y teatral, “fervoroso creyente y gran pecador”, como dijo Menéndez y Pelayo. El agudo José Bergamín ha dicho que más que poeta católico es el catolicismo hecho verbo y luz de poesía. Yo creo que más que un poeta católico—universal por lo mismo—es un poeta español. Y por español, católico. Resumiendo, por ende en un solo espíritu españolismo y catolicismo, tan hondamente sentidos, tan íntimamente fundidos que Lope puede ser el arquetipo del poeta católico español. Y hay que comprender exactamente la significación de estos adjetivos, comprensión no tan fácil como a primera vista parece. Concebimos muy bien un católico que no sienta simpatía por lo español, pero no concebimos un español que no sea católico. Más o menos ortodoxo, pero católico al fin en lo más hondo de su ser. Y así es Lope de Vega; un hombre a quien no comprenderemos nunca, si nos obstinamos en verle como hombre y no como español, si no sabemos situarle en el estrecho y severo panorama del catolicismo español.

Hombre de la Contrarreforma, siente con toda la fuerza de un imperativo racial los ideales imperialistas de aquella España católica llena de energías y de anhelos, que quiso matar con armas y silogismos al monstruo reformista que había venido a sembrar la discordia y la división en la Europa renaciente. Lope asiste, con fe y voluntad y despreciando llamamientos del corazón y de la carne, a la empresa, fracasada pero gloriosa, de la Armada Invencible; y comulga en todas las aventuras de alto rango que, guiada por los Austrias, toda España intentó.

En cualquiera de sus obras se refleja el ser y la vida de la España de su tiempo que es la España de siempre. Canta las hermosuras mortales y los goces del amor humano y luego quiere llorar lo que ha cantado, en sus “*Rimas sacras*”, y derrama torrentes de lágrimas ante

el Cristo de los "Soliloquios". Canta empresas guerreras, rebeldías vociferantes, pasionales inquietudes; pero entona también un canto al Catolicismo en sus "Triunfos divinos", con oropeles de erudición, y en el "Isidro", con la ternura y el regocijo de la musa popular. Y en sus comedias sintetiza toda la Historia y toda la vida de su pueblo, mejor que ningún otro. Porque Lope tuvo una cualidad personalísima que nadie poseyó como él: popularismo, que nada tiene de folklórico y pintoresco; sino que consiste en ahondar en la entraña histórica y viva del pueblo y en identificarse con el alma de la nación para creer, esperar y amar como ella, para gozar y sufrir como ella, en sus anhelos y en sus desfallecimientos, en sus triunfos y en sus derrotas.

El alma de España es la protagonista de su teatro nacional y popular en que rezuma sus jugos mejores la tradición española.

A ese grupo de obras que tienen por tema la historia y la leyenda nacionales pertenecen las comedias que vamos a publicar. Ni son las mejores ni tampoco las peores. Pero en todas se verá un reflejo de aquel alma y de aquel estro españolísimos que hoy debemos honrar, no sólo como amantes de la literatura y el arte, sino como españoles.

Antonio G. de LAMA

ALFONSO O. GARCÍA

A GUISA DE PROLOGO

Es nuestro propósito contribuir a que León vuelva a encontrarse, a recuperarse. Para ello es imprescindible que ahonde en la tradición y sepa estimar sus valores.

¿Donde podría la juventud de hoy encontrar su lazo de unión con el glorioso pasado que colocó el nombre de esta región bendita en las cumbres de la inmortalidad?

Le sería difícil en extremo. Los leoneses, individualistas siempre, lo han sido mucho más en las últimas centurias y nadie se ha ocupado de ir reuniendo los valores de esta tierra, para que se pudieran conocer fácilmente y estimar con la debida veneración. Cada uno hemos ido por nuestro lado. Realizando obras dignas de ser legadas a la posteridad muchos, pero sin que nadie se ocupara de reunirlos.

No se conoce la Historia, ni la literatura ni ninguna de las manifestaciones de la vida leonesa en toda su plenitud. Aparecen sillares para el gran edificio, pero desperdigados y, muchas veces, rotos. Es preciso reunirlos y darles vida.

A ello intentamos contribuir con la publicación de la Biblioteca que hoy iniciamos. En ella tendrán cabida los valores representativos de nuestro espíritu en sus más diversas y variadas manifestaciones. Reuniremos con la ayuda de Dios y el transcurso del tiempo, los muchos materiales que nos legaron nuestros mayores. Junto a ellos irán apareciendo los frutos de la actual producción literaria, dignos de tal honor.

Tenemos una Biblioteca Regional Leonesa en el Palacio de la Diputación. Todas nuestras felicitaciones para cuantos han contribuido a formarla. La misma idea fue la que presidió aquella obra y la que ahora nos mueve a iniciar esta: el amor a León, el entusiasmo por las cosas de nuestra tierra. Esa Biblioteca vale mucho; pero nosotros queremos ayudarla a producir los saludables efectos que sus iniciadores se propusieron. La Biblioteca Regional espera con sus libros a los lectores, en el Palacio de los Guzmanes; EL DIARIO DE LEON se propone que los libros vayan en busca de los lectores por todos esos pueblos de esta tierra leonesa, en la más amplia acepción de la palabra.

Nos proponemos ir publicando en forma encuadernable todo lo leonés que lo merezca. Queremos que lo tengan a mano, en su propia biblioteca, todos los leoneses, para que se empapen de su espíritu y cada día que pasa seamos todos más leoneses.

En el año del Centenario de Lope de Vega, comenzamos por la pu-

blicación de sus comedias relativas a León. ¿Cuántos son los leoneses que sabían de ellas siquiera?

A estas seguirán otras y otras obras. Las que vayan pareciendo más convenientes. Con el tiempo todas cuantas merezcan figurar en una biblioteca leonesa.

Poco lograríamos nosotros, si fuéramos solos en la empresa; pero tenemos la plena seguridad de que los buenos leoneses no han de regatearnos su cooperación. Hay ya unas cuantas obras en cartera. Para acrecentar el catálogo de las que hemos de ir publicando, agradeceremos cuantas indicaciones se nos quieran hacer, cuantas ayudas se nos quieran prestar.

“Por León y para León” es nuestro lema. Cuantos deseen trabajar a nuestro lado, por ese santo ideal, tendrán nuestra profunda gratitud de leoneses y nuestro enerañable afecto de amigos, más aún, de hermanos.

LA REDACCION

INTRODUCCIÓN ⁽¹⁾

En el prólogo de la Parte XVI de sus comedias, donde apareció por primera vez "Los prados de León", Lope hace preguntar al Forastero: —¿Son buenas estas comedias? A lo que responde el Teatro: **Mirad a quién alabáis.** El Perseo, El Laberinto y Los Prados..... están de suerte escritas que parece que se detuvo en ellas".

En efecto, **Los Prados de León** es una de las buenas comedias de Lope. Hay en ella emoción, movimiento, amenidad, lirismo, intuición histórica. La intriga, interesante y desarrollada con maestría, culmina en el acto tercero con un desenlace grato y feliz. Desde luego, como en casi todas las obras de Lope, la primera jornada de exposición o iniciación, es magistral. Los castos y tiernos amores de Nuño y Nise aparecen con toda su idealidad de égloga en la segunda escena con sendas odas que remedan, como tantas veces, el **Beatus ille** horaciano.

Está en toda la obra muy cuidado el ambiente histórico; mezcla de cortesanía y rusticidad, propio de aquella monarquía incipiente y casi aldeana. Las mejores escenas son aquellas en que lo popular aparece en su propio campo, así el cuadro plástico e idílico del baile en el acto primero, con el bello romance "Reverencia os hago"..... Así el encuentro de Nise con Nuño, ya caballero, en la escena quinta del acto segundo, con la glosa llena de agilidad y viveza, del cantar "Esclavo soy, pero cuyo..."

Los caracteres de Nuño y Nise, con su amor ideal y constante, están concebidos con suma simpatía y alto sentido poético. Don Bermudo y don Alfonso tienen nobleza y dignidad de reyes; son a la vez majestuosos y afectuosos, como concebimos a los reyes de una monarquía casi patriarcal. Pero los demás personajes están tratados en forma irónica que se acerca a la caricatura. Grotesco es Silverio, el mozo cobarde que no puede inquietar a Nuño; grotescos son también el amor, los celos y la vanidad femenil de doña Blanca, sobre todo en la graciosa escena en que se cree objeto de la disputa de dos cortesanos. No menos grotescos son Arias y Tristán, los traidores que al fin se acusan uno a otro por ridículas pretensiones amorosas. Todos estos tipos hacen que la comedia tome un cariz jocoso que sirve de ambiente caricaturesco

(1) Estas breves notas introductoras, que acompañarán a cada comedia, no pretenden—naturalmente—ser una crítica exhaustiva; sólo quieren destacar algunas modalidades literarias para ayudar al lector a degustar y valorar las obras.

a las finas y suaves figuras de los dos protagonistas; figuras sencillas sin ninguna complejidad psicológica. A Lope no le interesa la psicología; le interesa la acción. Y acción es lo único que hay en la comedia; acción y diálogo. Sin embargo, en doña Blanca ha dibujado una fina miniatura psicológica de gran acierto; pero está solamente entrevista, sin adecuado desarrollo.

Digna de notar es la ausencia del gracioso en esta comedia; pues ninguno de los personajes grotescos que en ella intervienen puede ser considerado como gracioso según el tipo fijado por Lope.

El lirismo no falta, como no puede faltar en una comedia de tipo poético, sobre todo si es de Lope. Y así los parlamentos y los diálogos de Nuño y Nise son bellamente poéticos. Como finamente poética es la descripción que del niño abandonado entre unos juncos hace Don Bermudo a su sobrino Don Alfonso.

Los ingenuos anacronismos abundan; se habla del Delfín de Francia, del traidor Vellido, de armar caballero. Y esto en el siglo IX. Pero, apesar de estos anacronismos de detalle, la obra está admirablemente situada en su ambiente histórico. Todo lo contrario sucede con el ambiente geográfico, pues apesar de tener por escenario a León, no da Lope ni intenta dar a la obra ningún color local.

A. G. de L.



PERSONAJES

EL REY BERMUDO.

Arias Bustos.

Tristán Godo

Nuño de Prado.

Nise.

Silverio, **labrador.**

Bato.

Lucindo.

El conde Don Sancho.

El Rey Don Alfonso el Castó.

Doña Blanca.

Doña Jimena:

Ordoño, **soldado.**

Vela, **capitán.**

Mendo, **labrador.**

Fernán Núñez, **embajador.**

Dórida.

Marcia.

Un portero.

Músicos.

Acompañamiento.

PERSONAS

AL SEÑOR LEON

ACTO PRIMERO

Sala en el Alcázar de León.

ESCENA PRIMERA

El Rey Bermudo, don Arias, Tristán.

Rey.—Vasallos no hay que tratar:

Yo envío por mi sobrino;

Mi sobrino ha de reinar

Don Arias.—Señor, D. Alfonso es dino

De ocupar vuestro lugar;

pero mientras vos vivís,

¿por qué razón? ¿por qué ley?

Rey.—Don Arias, ¿vos me argüís!

Don Arias.—Tenemos en vos buen rey.

No os espantéis.

Rey.—Bien decís.

Pero si estoy ordenado

De Evangelio, y por la muerte

De Mauregato he dejado,

Aunque la ocasión es fuerte,

Aquel hábito sagrado;

Si con la reina Emilena

me casé por vuestro gusto,

que a veces lo injusto ordena,

bien sabe Dios mi disgusto,

y es buen testigo mi pena.

Ya que dos hijos os dejo,

y ella queda en religión,

¿pareceos que es mal consejo

que reine Alfonso en León,

de virtud heroica espejo?

Alfonso, como sabéis,

Fué hijo del Rey Fruela,

Y su reino le volvéis,

No porque a mí por cautela

En su lugar me tenéis,

Pues que Mauregato ha sido

Quien el reino le ha quitado,

Y por quien siempre ha vivido

En Navarra desterrado,
 Y sin razón perseguido.
 Dos años reiné en León;
 A Ramiro y a García
 Os dejo de bendición;
 Pero, de un año y un día,
 Muy pequeños reyes son,
 Fuera de que a mi sobrino
 Le toca el reino, y no a ellos.

Tristán.—Es un hecho peregrino
 En Alfonso, en tí y en ellos,
 Y más que humano, divino,
 Y así, no será razón
 Ir contra la tuya en esto.

Rey.—Si Alfonso en esta ocasión,
 Por ser tan casto y honesto
 Como se tiene opinión,
 Hijos no tuviere, creo
 Que os será bueno Ramiro,
 Aunque de un año le veo;
 Porque de velle me admiro,
 Si no me enagaña el deseo.
 Un moro ayer me decía
 Que Ramiro y don García,
 Serán reyes, mas yo sé
 Que no es conforme a la fé
 Tenerla en astrología.
 Dios da reinos, Dios victorias,
 Hidalgos, Alfonso es bueno:
 Reine Alfonso.

Don Arias.— A tantas glorias,
 De que está tu nombre lleno
 Con inmortales memorias,
 Esta faltaba no más.

¿Quién mandas vaya por él?

Rey.—Arias, amigo, tú irás;
 Que yo sé bien que con él
 No poco alegre vendrás.
 Y vaya Tristán contigo,
 Pues es tu deudo y amigo,
 Si te parece.

Don Arias.— Señor.
 De tu virtud y valor

Es todo el mundo testigo.
Seis batallas has vencido
En dos años que has reinado
El reino hallaste perdido;
Porque como fué comprado,
Andaba también vendido.
Grandes desdichas causo,
El tirano Mauregato,
Que con los moros trató;
Porque de aquel falso trato,
Todo este daño nació.
Contra los justos decoros,
De cristianos, dió a los moros,
Nuestras hijas (;Feudo y parias
Injustas!) y en partes varias,
Distribuyó sus tesoros.
Mucho en poco tiempo has hecho;
Más se esperaba de tí;
Pero pues tu santo pecho
Quiere proceder así
Y dar a Alfonso el derecho,
No me parece razón
Replicar a tu intención,
Justa, santa, noble y cuerda;
Pues ya que un Bermudo pierda,
Gane un Alfonso León.

Tristán.—Si él es tal como el primero,
Que católico se llama,
Gran bien de su reino espero.

Rey.—A no ser cierta la fama
De que es tan gran caballero,
No os quiero, amigos tan mal,
Que os diera un rey desigual
Al que decís que tenéis;
Pero en Alfonso hallaréis
Vivo un sujeto real.
Yo desde aquí me resuelvo
En que a mis órdenes vuelvo
Dios es rey sobre los reyes;
Adoro sus santas leyes,
Y de su ofensa me absuelvo.
Quien piensa en el bien que encierra
Ser rey en el mundo, yerra;
Querer es más justo celo

Reinar con Dios en el cielo
Que no sin Dios en la tierra.

(Vánse)

Campo y fuente en las inmediaciones de un aldea.

ESCENA SEGUNDA

NUÑO, de labrador.

Nuño.—Verdes y ásperas sierras,
Montañas de León, claros testigos,
De aquellas fieras guerras,
Inmensas peñas, árboles amigos,
Que fuistéis barbacanas
Contra tantas banderas africanas.
Selvas, profundos valles,
Arroyos cristalinos, que corriendo
Por arenosas calles
Hacéis un dulce y agradable estruendo,
Y no como algún día
Que humor sangriento ese cristal teñía.
Claras músicas, aves
Que al órgano del agua sonora
Cantáis versos suaves,
Entonando sus ondas la amorosa
Mano del vago viento,
Que forma en ellas tan acorde acento.
¿Cuál labrador del campo
Desta pequeña, aunque dichosa aldea
En la arena que estampo,
Hoy puede ser qué tan dichoso sea?
Pero agravio mi gloria
Si mis iguales traigo a la memoria,
Entre los altos reyes,
Que en cerco de oro sus cabezas ponen,
Dando y quitando leyes
(Los príncipes, los césares perdonen).
Oro vista, oro pise,
El Rey y a mí no más me quiera Nise.
Baja la blanca aurora
Por la escala de lirios y azucenas

Al suelo y borda y dora,
 Los prados de sus lágrimas, y llenas
 Las parvas, la ribera
 En tapetes de plata al sol espera.
 Entonces Nuño a Nise,
 Más bella, más florida y más gallarda,
 Sin que el alba me avise
 Que viene el sol del alma que la aguarda,
 Y en la mañana fría
 Me parece su luz sereno día.
 Viene la noche oscura,
 Váse a bañar el sol al mar de España;
 Y el mío alumbra y dura,
 La vida en mí, la noche en la montaña;
 Y cuando no la veo,
 En sueños me la muestra mi deseo.

ESCENA TERCERA

NISE, sin ver a NUÑO, que tampoco la ve.

Nise.—Si de mi traje humilde
 Piensa igualarme desta sierra alguna,
 Verdes montes, decidle,
 Que soy a quien ha dado la fortuna
 El bien de mayor gloria
 Que cupo en Majestad, ni sabe Historia.
 No causan el contento
 Del alma altos palacios, paños de oro;
 No el arca al avariento
 Que no puede moverla del tesoro,
 Ni los jardines bellos,
 Ni las fuentes de jaspe y bronce en ellos.
 No la espléndida mesa
 No ardiendo el ambar que a los cielos sube,
 Ni confusa y espesa
 Alrededor la bulliciosa nube
 De idolatras criados,
 De envidia y de lisonja acompañados;
 Que en la humildad habita
 Tal vez el gusto, y en amor pagado:
 Amor que facilita,
 El curso de la vida más cansado.

Sobre al príncipe el oro,
 Mientras a un labrador del alma adoro.
 Bajar Nuño querido,
 Contigo de estos montes a estas huertas,
 En el Abril florido
 A ver las rosas a la aurora abiertas,
 ¿Qué reino igualar puede?
 Todos los bienes de la tierra excede.
 Ver al Junio la fruta,
 Colgar de aquestas ramas sazónada
 En el invierno enjuta
 La verde pera y carmesí granada,
 A tu dichoso lado,
 No es envidioso bien, sino envidiado.
 Caen los chopos altos,
 En el fuego, el invierno, y de su adorno,
 Los secos fresnos faltos,
 Y estamos dellos a la lumbre en torno
 Con nuestros padres viejos,
 Ya escuchando consejas, ya consejos.
 Pues ¿Qué mayor ventura
 Pueden allá tener los cortesanos
 Que de oro y plata pura,
 Hinchén no el alma, las sedientas manos?
 Mas a tanta alegría
 Falta ¡ay de mí! de nuestra boda el día.
 Nuño (Ap.).—Parece que las flores
 Me están diciendo que mi Nise hermosa
 Las hurta los colores.
 Nise (Ap.).—Paréceme que el agua bulliciosa
 A mi niño me nombra.
 Nuño.—Aquí está Nise porque el sol es sombra.
 Nise.—¡Nuño del alma mía!
 Nuño.—¡Hermosa prenda destes brazos!
 Nise.—Tente.
 Demos esta alegría
 Más poco a poco al alma.
 Nuño.—En esta fuente.
 Te miré retratada
 O fuiste de mis penas dibujada.
 Nise.—Ya de tu voz los ecos
 Que resurtían a mi alegre oído,
 Y al ver los prados secos,

La capa al hombro del Abril florido,
Ma avisaban que estabas
Donde esta primavera al campo dabas.
¿Cómo Nuño pasaste
Esta noche sin mí?

Nuño.—Cuál pasar suele
Hasta que en rojo engaste
La cara asoma el sol para que vuele,
El pájaro escondido,
Que estaba solo en el desierto nido.
No suele el solitario,
Llorar la ausencia del hermoso día,
Ni de su acento vario
Cesar del ruiseñor el armonía,
Cual yo las tristes horas
Que esperé de tus ojos dos auroras.
Mas como del barbecho
Parda calandria alegre se levanta
Y con vuelo derecho
Se sostiene en el aire, silba y canta
Mil requiebros al día,
Ansí viendo tu sol mostré alegría.

Nise.—Pues ¿ves la oscura sombra
Que al partirse del sol hace a estos prados
Este monte que asombra
La plata a estos arroyos delicados?
La misma el alma cubre
Hasta que el alba de tu sol descubre.
Y como duerme el preso
Entre la oscuridad y las prisiones
Esperando el suceso
Estoy entre dudosas confusiones
Y entre hierros de celos
Hasta que traigan tu beldad los cielos.

Nuño.—¿Podría, Nise hermosa,
La fortuna mudable hacer de suerte
Que fueses de otro esposa?

Nise.—Ninguna cosa contra amor es fuerte;
Porque si le importuna,
Arrastra del cabello a la fortuna.
Mas, tú, si en otro estado
Te pusiese el discurso de los cielos,
Esta fe que me has dado
¿Podría faltar en tí?

- Nuño.—Sólo los celos.
 Podrán al amor mio
 Volver atrás, y de su curso el rio;
 No las varias mudanzas,
 Que el tiempo hace en las humanas cosas.
- Nise.—Mejores esperanzas,
 Te da mi amor.
- Nuño.—Las dudas temerosas
 De celos me atormentan.
- Nise.—Pues yo pienso que entonces le acrecientan.

Escena cuarta

SILVERIO—NUÑO—NISE

Silverio (Ap.)

Silverio.—¡Que nunca quiere mi suerte,
 Que esté sola la ocasión
 De mi celosa afición
 y de mi temprana muerte!
 ¡Que siempre tengo de verte
 Como vid que al olmo enlaza!
 ¡Qué vano edificio traza
 Esta esperanza engañosa,
 Que ve el morir, y celosa,
 El ligero viento abraza!
 Dolores habrá probado
 Algún enfermo y sufrido
 La medicina el herido,
 Y el fuego ardiente el soldado;
 Pero, todo comparado,
 A cuidados que dan celos,
 No hay dolor, fuego ni hielos.
 Que tenga tanto rigor,
 Como este infierno de amor,
 A que condenan los cielos.
 Primero pienso que pise
 Flores al prado en Diciembre,
 Y que por Agosto siembre,
 Que divididos divise,
 A Nuño y su bella Nise.
 Mas pues amor me fastidia,

Nuño.—(Ap. a Nise). Este es Silverio: detente,

Y como toro me de lidia,
Yo venceré su rigor,
Porque dos que junta amor
Suele dividir la envidia.
Pues que sus celos conoces.

Nise.—Gritos, relinchos y voces,
Suenan, Nuño, de la gente
Que va por agua a la fuente.

Nuño.—Sin duda hay baile esta tarde.

Nise.—¿Quieres tú, mi bien, que aguarde?

Nuño.—Aguarda; que aunque los cielos,
Hacen cobardes los celos
Nunca el amor fué cobarde.

Escena quinta

DORIDA Y MARCIA, con cantarillos; BATO,
LUCINDO, Músicos.—Nuño, Nise, Silverio.

Bato.—Deja, Dórida, por Dios
La cantarilla.

Dórida.—No haré.

Bato.—O suelta, o la quebraré.

Marcia.—Pesados estáis los dos.

Lucindo.—Mas vosotras, pues queréis
Salir sin bailar del prado.

Dórida.—¡Ah Bato! No seas pesado.

Bato.—¡Donaire, por Dios tenéis!
O quiebro, o bailen.

Marcia.—Espera;
Que Nise está allí también.

Lucindo.—Nadie bailará más bien.

Marcia.—Pues como ella bailar quiera,
Hoy habrá baile en la fuente.

Bato.—Nise, a la fuente ha llegado
Todo lo mejor del prado.

Nise.—A fe que hay honrada gente.

Bato.—Si tú bailas, bailarán.

Nise.—Por mí, Bato, no dejéis
La fiesta; Pero no véis
A Silverio?

Lucindo.—¡Hola, basuan!

¿Qué haces fuera de tí?

Silverio.—¡Oh Lucindo, daba al viento

- Las alas del pensamiento,
Que va volando sin mí!
- Lucindo.—Vuelve los ojos al prado
Verás la flor de la aldea.
- Silverio.—Para bien de todos sea,
El haberos hoy juntado.
Ea, no cese por mí
El baile y conversación.
- Bato.—¿Bailarás?
- Silverio.—Bailaré al son
De la mudanza que ví.
- Nise.—(A Nuño) ¿Quieres que baile?
- Nuño.—Pues ¿No?
Si de no querer bailar,
Darías que murmurar
Que te lo mandaba yo?
- Un músico.—¿Qué son habemos de hacer?
- Lucindo.—Uno que andemos en corro.
- Músico.—Va de letra
- Bato.—Ya me ahorro (1)
- Nuño.—Advertid que esto ha de ser
Con la justa honestidad
Y no ha de abrazar ninguno.
- Silverio.—Y cuando abrazase alguno,
¿No se usa en la ciudad?
¿Lleva el rey deso alcabala?
- Nuño.—Si alguno la diese abrazos,
A bien sé yo quien, mis brazos
Se la darán noramala.
- Bato.—Para los que han de bailar
Eso es helarles los pies.
- Lucindo.—Baila, Bato; que después
Lo podéis averiguar:
- Silverio.—(Ap.) ¿Qué esto tengo de sufrir!
Mas ¿cuando, celos, no ha sido
Cobarde un aborrecido?
- Marcia.—Estó ¿es bailar o reñir?
Tocá, y dejaos de razones.
(Pónese en el puesto).
- Bato.—Comer, bailar y rascar,
Marcia, todo es comenzar.
¡Presto en el puesto te pones!
Músico me has parecido;
- (1) Me aijero de ropa, me quito el gabán.

Que para helle cantar,
De rodillas se han de hincar,
Y él se está tieso y erguido;
Más en comenzando el canto,
Dios lo puede remediar;
Que para helle callar
Es menester otro tanto.

Músico.—Ya va de canción.

Lucindo.—Comienza;

Que de celos mal sufridos
Están los montes corridos
Y las fuentes con vergüenza.

Que esos ojos mira,

Linda vizcaina;

Que no hay en Vitoria

Doncella más linda.

Llevaisla del alma

Llevaisla del alma

Y esas blancas tocas

Son prisiones ricas.

Más preciara haceros,

Mi querida amiga,

Que vencer los moros

Que a Navarra lidian.

—Id con Dios, el Conde:

Mirad que soy niña

Y he miedo a los hombres

Que andan en la villa.

Si me ve mi madre,

A fe que me riña.

Yo no trato en almas,

Sino en almohadillas.

—Dadme vuestra mano;

Vámonos, mi vida,

A la mar, que tengo

Cuatro naves mías.

—¡Ay Dios, que me fuerzan!

¡Ay Dios, que me obligan!

Tómala en los brazos,

Y a la mar camina

(Bailando caésele a Nise una liga)

Silverio.—Esta liga se ha caído,

Y no sé a cuál de las tres.

Marcia.—No es mía.

Dórida.—Ni mía es.

Nuño.—Luego, Nise, tuya ha sido,

Los claveles de tu cara

Se anticipa a tu lengua.

Nise.—No callo porque fué mengua.

Nuño.—Pára el son, el baile para.—

Dame esa liga, Silverio.

Silverio.—En sabiendo cúa es,

la daré al dueño y después

Te diré que tanto imperio

Como tienes en el prado

Ya no se puede sufrir.

Nuño.—¿Tú me lo osarás decir?

Silverio.—Lo dicho es haber osado.

Nuño.—Dale la liga a su dueño.

Silverio.—A su dueño es gran razón;

que otra más fuerte prisión

Me liga y me quita el sueño.

Díganme cuál de las tres

Es el dueño.

Nuño.—Eso no es justo.

Yo lo soy: hazme este gusto

De que la liga me des.

Silverio.—¿Tú el dueño! Vete cor Dios.

Nuño.—¿No bastará que te avise?

Que es de Nise?

Silverio.—Si es de Nise,

También será de los dos.

Nuño.—Tuya, por qué?

Silverio.—Porque yo

Pretendo lo que pretendes.

Nuño.—Mira que su honor ofendes.

Silverio.—Ninguno amando ofendió,

Por humilde que naciese.

Demás que bien puede ser

De otra serrana, y querer

Que yo, Nuño, te la diese:

Y si no es viendo el lugar

De donde falta la liga,

Nadie en el mundo me diga

Que se la tengo de dar.

Nuño (*Ap. a Silverio*).—Hazme un placer.

Silverio.—Que me place.

Nuño.—Hoy quiero ser muy prudente

Por Nise y por esta gente

Que estorbo a mis brazos hace

Mañana, en el olivar,
Que está al salir de la aldea,
Me aguarda.

Silverio.—En buena hora sea.
Yo gusto que haya lugar.

Nuño.—¿Tienes tú espada?

Silverio.—Yo no.

Nuño.—Esta noche te daré
Una de las mías.

Silverio.—No sé
Si sabré jugarla yo.
Lleva tú lo que quisieres;
Que yo llevaré un bastón.

Nuño.—Villano, en fin.

Nise (*A Nuño*).—No es razón
Que así dejéis las mujeres.
Mirad que es descortesía.

Nuño.—Volvámonos a la aldea.

Nise (*Ap. a Nuño*).—¿Qué te ha dicho?

Nuño.—Que no crea
que es tuya.

Nise.—La liga es mía,
Y yo se la pediré.

Nuño.—No harás; que es darme pesar,
Volvamos, Nise, al lugar.

Nise.—Pues di ¿Cómo sufriré
Que éste se lleve mi liga,
Donde por dicha se alabe
Que yo se la dí?

Nuño.—Bien sabe,
Nise, que tu honor le obliga.
Ea, si es que habéis hinchido
Volved a cantar, y vamos.

Bato (*Ap. a Lucindo*).—Cuenta con los dos tengamos.

Lucindo.—Nuño va descolorido.

Músicos (*Cantan*).—*De vencer a los moricos
Volvió el rey de León.*

(*Vanse*)

Campo a vista de León

Escena VI

EL REY BERMUDO, EL CONDE
DON SANCHO

Rey.—Que ¿Viene ya tan cerca mis sobrino?

Don Sancho.—Alguna gente de su gente ha entrado
Y dícame que viene el Rey muy cerca.

Rey.—En venir don Alfonso tan seguro,
Sin guarda, sin defensa, sin pedirme
Otro pleito homenaje ni escrituras,
Conozco la bondad de sus entrañas.

Don Sancho.—Bien dices, gran Señor, porque pudiera
Pensar Alfonso que, pues tienes hijos
Que si él falta te heredan justamente,
Podrías con engaño persuadirle
Que viniese a León para matarle;
Mas él que considera tus virtudes,
Y sabe la intención con que le llamas,
Te paga en la debida confianza
Con que viene sin guarda; que la tuya
Es la mayor que Alfonso agora tiene.

Rey.—Pagara mal Alfonso mis deseos,
aunque agradezco que sin guarda venga,
si de mi voluntad no se fiara.

D. Sancho.—Las coronas del mundo a mucho obligan

Rey.—No hay corona mayor que las verdades.

Quien no la trata, Sancho, no la tiene.

D. Sancho.—A muchos el reinar obliga a mucho.

Rey.— Para perder la fama todo es poco.

D. Sancho.—Las historias nos dicen de mil césares
que fueron homicidas de su sangre.

Rey.—Por eso los infaman las historias,
y a los que procedieron como buenos
no se cansa la fama de alabarlos.

D. Sancho.—El Rey es éste.

Rey.—Bien venido sea

para que mi virtud conozca y vea.

Escena VII

ALFONSO EL CASTO, TRISTAN, D. ARIAS.—Dichos

D. Alfonso.—Deme los pies, Señor tu señoría.

Tristán (*Ap. a Arias*).—Don Arias, señoría le ha llamado.

Rey.—La tu merced, Alfonso, sea mil veces

Bienvenido a mis brazos y a su reino.

D. Arias (*Ap. a Tristán*).—De merced le llamó como a sobrino.

D. Sancho.—Yo apostaré que llaman a los reyes

Señoría, Tristán, de aquí adelante

Rey.—¿Como venís, sobrino?

D. Alfonso.—A tu servicio.

Y tú, Señor, ¿Como te sientes?

Rey.—Bueno,

Gracias al que reparte tantos bienes

De aquella santa y generosa mano.

Ya que te ven mis ojos, decir puedo

Que he visto el día de mi gran deseo;

y ansi, de aquí a León atento escucha

Las cosas que por mi quiero que hagas,

Por si allá nos faltare tiempo, Alfonso;

Que principios de reyes son confusos,

Y ocuparán los días y las noches

Hasta que pongas el Gobierno en práctica,

Que suele diferir de la teórica.

Don Alfonso.—Yo soy tu hechura: aquí Señor, me tienes.

Rey.—Oyeme un poco, Alfonso.

Don Alfonso.—Ya te escucho;

Que poco del que sabe importa mucho.

Rey.—Sobrino, el rey Mauregato,

Tu bastardo hermano fiero,

Con armas y tiranía

Te pudo quitar el reino.

Al rey de Navarra huiste,

Y los leoneses sufrieron

El yugo de Mauregato

Hasta que su muerte vieron,

Después de la cual a mí,

Que como sabe profesó,

Ordenes sacras, Alfonso,

Y que cantaba evangelio,

Me hicieron su rey por fuerza,

Y con Emilena hicieron
Que casase. Al fin, dos años.
Fuí casado y Rey: ya es hecho.
El Papa tiene poder,
Después de Dios en el suelo,
Pero no para quitar
A la justicia el derecho.
Casarme pudo, sobrino,
El sucesor de San Pedro;
Pero no me da licencia
Para que te quite el reino.
Yo he dejado a mi mujer,
Y a mis órdenes me vuelvo;
Porque mañana me pongo,
La sotana y el manteo.
Tú reina; que el reino es tuyo.
Sola una cosa te ruego
Entre algunas encomiendas
Que como amigo te dejo:
Que mires por mis dos hijos,
Ramiro y García, haciendo
Cuenta que son tuyos propios,
Pues que te los doy tan tiernos.
Cuando te envié a llamar,
Tenían si bien me acuerdo,
Ramiro un año, y García
Un día.

Don Alfonso.—Señor, no quiero
Que te enternezcas así;
Que es poner duda en mi pecho:
Y si la pones, Señor,
Goza mil años el reino.

Rey.—No pongo, por Dios, Alfonso;
Porque sólo me enternezco
De nombrar que son mis hijos,
Y de añadir tan pequeños.
De lo que yo he de comer,
Pues ha de ser tan honesto,
No quiero darte cuidado,
Pues bastará, por lo menos,
Que satisfagas las misas,
Que por tus padres y abuelos
Diré como capellán;

Que este nombre al de Rey trueco.
No le faltará a Emilena,
También para su sustento;
Que para tí sabrá hacer
Labor en el monasterio.
Lo que te encomiendo mucho,
Es aquestos caballeros,
Especialmente a don Arias,
Que sabes que es nuestro deudo.
En lo demás has de hacerme
Una merced.

Alfonso.—Si de nuevo

Me queda que te ofrecer
Hasta el corazón te ofrezco.

Rey.—A lo que te digo agora

Quiero que estés muy atento;
Que lo mismo que en mis hijos
Puedes obligarme en esto.
Yo y mi hermano, el que llamaron
El Católico guerrero,
Ibamos de Ardaín y Muza
La retaguardia siguiendo
Una vispera de pascua
De flores y entre unos fresnos
Oimos quejas, Alfonso:
Pasaron todos con miedo.
Y yo con piedad, que siempre
Fué virtud de que me precio.
A las quejas me acerqué,
Puesto que siempre eran menos.
Cruzaba un arroyo manso,
Un prado de flores lleno,
Cuya margen unos juncos,
Ceñían de trecho en trecho.
En lo más espeso de unos
Las quejas escucho y siento,
Y como ya estaban roncás,
Algún espanto me dieron.
Pensando que era culebra,
O algún otro animal fiero.
Lirios y juncos desvío
De la lanza con el cuento
Y veo desnudo un niño,
Que estaba arrojado en ellos,
Que ansí como vió la lanza.

Asió con la mano el hierro,
Y con su fuerza tan débil,
Me la apartaba risueño,
Como si dijera: "Mira
Que me está guardando el cielo".
Apéome del caballo
Y como puedo le envuelvo
En lo que pude romper,
De la camisa; tras esto,
En la casaca de tela
Que sobre las armas llevo,
A los lencos bordados
El cordero niño entrego.
Ellos lo hicieron también
Que sin llorar le pusieron
En una aldea, sobrino,
Que no está de aquí muy lejos.
Allí le dejé a criar,
Su nombre y el de sus dueños,
Os diré para que vaya
Por él algún escudero.
Lo que os suplico, mi Alfonso,
Es que le honréis, presumiendo
Que nunca supe quién es.
Por la cruz que hoy ciño y beso.
Bien podéis, si os pareciere,
Rey, armarle caballero;
Que Dios que me trajo allí,
Le guarda para algún hecho.
Esto os encargo no más.

Don Alfonso.—Señor, vos veréis que tengo

Tan gran cuidado en serviros,
Que conozcáis satisfecho
Que cumplo mi obligación.
Ramiro será heredero
De aquestos reinos, si vive;
Que casarme no pretendo.
La reina lo será mía,
Vos mi padre, y el mancebo
Que me encargáis, tan mi hermano,
Que hasta la sangre le ofrezco.

Vaya don Sancho por él.

Rey.—Ve, Sancho, tráele corriendo.

Don Sancho.—Al punto parto, Señor.

Rey.—Pues, Sancho, entre estos soberbios
Montes está Flor, aldea
De las mejores que tengo.
Nuño es allí labrador,
Su amo se llama, Mendo.
Llámale Nuño de Prado,
Pues en el prado que cuento
Le hallé cuando me tomé
La lanza y miró, riendo.

Don Sancho.—Yo le iré luego a buscar.

Don Alfonso.—Sancho, llevad gente luego,
Porque a don Nuño de Prado
Le déis acompañamiento; —
Que yo le quiero estimar
Por hombre que ampara el cielo
Y que me encarga mi tío.

Don Arias.—Ya de León van saliendo
A recibirtè, Señor.

Rey.—Da, Alfonso, contento al pueblo;
Que al rey que no ve no ama,
Y al que ve quiere en extremo.

(Vánse).

Un olivar.

ESCENA VIII.

NUÑO con dos espadas.

Nuño.—Aún no ha venido el villano
Que me prometió venir
A ser honrado en morir
De mi hidalga y noble mano.
Dos espadas he traído:
La una le quiero dar;
No digan en el lugar
Que fué con ventaja herido;
Que donde no es conocida
La espada, sino el bastón,
Presumirán que es traición
En el corte de la herida.
¡A mí traidor! ; Vos a mí!
Vos ligá de Nisé! ; Vos?...
Deshagome, ; Vive Dios,

En ver que no viene aquí!
Mas ya parece o me engaño,
Que baja de estos enebros,
Por donde dice requiebros
Este arroyo a aquel castaño.
¿Si viene solo? No hará
Mas venga con quien viniere.

SILVERIO, con un bastón. NUÑO.

Silverio, con un bastón. Nuño.

Silverio (dentro).—Yo sé que cuando me espere
Su muerte, esperando está.

No venga nadie conmigo;
No me tenga Nuño en poco;
Que no hay enemigo loco,
Que tenga cuerdo enemigo. (Sale).

Nuño (Ap.).—Ya viene aquí el ignorante,
Cargado de su bastón.

Silverio (Ap.).—¿Con qué extraña confusión
Me espera Nuño arrogante!

¿Para que, dí, labrador,
Con armas de cortesano
Me esperas?

Nuño.—No soy villano
Más que en el trato y labor;
En lo demás soy tan bueno
Como el que mejor hidalgo.

Silverio.—Yo como villano salgo,
Y por traidor te condeno,

Deja, labrador, la espada
De acero y agudo corte
Para los hombres de Corte,
Con la guarnición dorada.
Reñir con espada y capa
Se dice en común refrán,
No con espada y gabán.

Nuño.—¿Con lindo achaque se escapa!
Toma esa espada, villano.
No por tí, sino por mí,
Te quiero matar así
Como hidalgo cortesano.

LOS PRADOS DE LEON

33

Silverio.— Que no soltaré el bastón,

Te aseguro por la espada.

Andemos a la puñada,

Si te basta el corazón.

Poco de tus fuerzas fías.

Nuño.— Sí fio; pero repara

Que no ha de tocar mi cara

Hombre nacido en mis días.

Alza la espada del suelo

O matarete.

Silverio.—¿A ver? Llega.

ESCENA X

NISE, BATO Y LUCINDO, *que se ponen en medio de NUÑO Y SILVERIO.*

Nise.—¿Qué desatino te ciega?

Nuño.—Vino en tu favor el cielo.

Bato.—Teneos enhoramala.

Lucindo.—Espada, Nuño! ¿Eso más?

Nise.—¿Estos disgustos me das?

Nuño.—Nadie en quererte me iguala.

ESCENA XI

DON SANCHO, MENDO. Dichos

Mendo.—Aquí pienso le hallaréis;

Nuño.—Mi amo, Nise *(Ap. a ella).*

Nise.—¿Que de gente

Baja con él a la fuente!

Don Sancho.—Todos en buenhora esteis

¿Quien es Nuño de vosotros?

Nuño.—Yo, Señor.

Don Sancho.—El Rey os llama.

Nuño.—¿El Rey a mí;

Don Sancho.—Sí, que os ama

Y que os iguala a nosotros.

Los brazos, Nuño, me dad...

—Mas llamaros me ha mandado

EL REY DON NUÑO DEL PRADO

Venid luego a la ciudad;

Que os aguarda y quiere ver.

Nuño.—¿A mí, Señor? ¿Qué decís?

Don Sancho.—Don Nuño, aquesto que oís.

Nuño.—¡Don Nuño!

Mendo.—Bien puede ser;

Que si el principio supieses

De tu vida es milagroso,

Y ansí parece forzoso

Que el fin, Don Nuño, tuvieses.

Nuño.—¡Vos don Nuño me llamais!

Mendo.—Yo te llamo como el Rey.

Don Sancho.—Mirad que es hidalga ley

Que al Rey, don Nuño, sirvais.

No me detengais aquí.

Nuño.—Mi ropa habré menes'er.

Don Sancho.—Antes no, pues ha de ser

Diferente.

Nuño.—¿Como ansí!

Don Sancho.—Venid y sabréis de espacio

Vuestra dicha.

Nuño.—Nise mía (*Ap. a ella*).

No estaré sin verte un día,

Si me da el Rey su palacio.

¿Qué mandas para León?

¿Que quieres de allá?

Nise.—No sé.

Nuño.—No te entristezcas; mi fe

Te ha dado satisfacción

De que serás mi mujer.

Nise.—Dios te me vuelva.

Nuño.—Si hará.

Don Sancho.—Adios, Mendo. Vamos ya.

Nuño (*Ap. a Silverio*).—Silverio, lo que has de hacer

Es venir aquí mañana

Con término más de bien.

Silverio.—Con honda o con palo ven,

Reriñeré de buena gana;

Con espada no me entiendo.

(*Vánse don Sancho, Nuño y Mendo*).

ESCENA XII

NISE, SILVERIO, LUCINDO, BATO.

Bato.—¡Válasme, Dios! ¿Qué será
Llamarle el Rey?

Silverio (Ap.).—Triste está
Nise y yo en celos ardiendo.

Lucindo.—El Rey debió de saber
Que este Nuño es caballero.

Nise (Ap.).—Si él es caballero, hoy muero.

Silverio.—Por Dios, que debe de ser
Hijo de algún hidalgote;
Que en su término se ve.

Lucindo.—Algo puede ser que esté
Debajo de aquel capote.

Bato.—Yo he dado en lo que será.
Este es grande cazador,
Y este Nuño el que mejor
Del monte informado está
Querrá el Rey para guía.

Silverio.—Bato ha dicho la verdad.

Nise (Ap.).—Si hoy se queda en la ciudad,
¡Ay de la ventura mía!

Bato, ¿Conmigo no irás?

Bato.—Y ¡Cómo que irá contigo!

Silverio.—Oye, Nise.

Nise.—Dí, enemigo.

Silverio.—Que me mires, y no más.
(*Vánse*).

Sala en el Alcázar de León.

ESCENA XIII.

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA.

Doña Jimena.—Esto dicen que trataban,
Y fué don Sancho por él.

Doña Blanca.—Y ¿Cuándo vendrá con él?

Doña Jimena.—Esta tarde le esperaban.

Doña Blanca.—Muy sospechosos están

De que de Bermudo es hijo.

Doña Jimena.—Lo contrario a todos dijo.

Doña Blanca.—Vendrá don Nuño galán.

Doña Jimena.—No dejará de venir

A ver al Rey, como es justo.

Doña Blanca.—¿Es gentil hombre o robusto?

Doña Jimena.—Gentil hombre oí decir,

Aunque lo más ha pasado

De su vida en una aldea;

Pero cualquiera que sea

Ya las damas te han casado.

Doña Blanca.—A tí, Jimena, que en fin

Eres hermana del Rey

¿No sería justa ley?

Doña Jimena.—No, cuando fuera el delfín

De Francia o el sucesor

Del imperio; que ya sabes,

Cómo quien tiene las llaves

Del alma en que está mi amor,

El que a don Sancho le debo.

Doña Blanca.—Es el Conde de Saldaña

La mejor sangre de España,

Y este caballero nuevo

Aún no sabemos quién es.

Doña Jimena.—Yo te juro, Blanca amiga,

Que presto el tiempo lo diga:

Y porque avisada estés,

Sospecho que les oí

Que te casabas con él.

Doña Blanca.—Ni sé lo que saben dél,

Ni lo que piensa de mí,

El Rey es éste

Doña Jimena.—Aguardemos

Porque a don Nuño veamos.

ESCENA XIV.

EL REY, DON ALFONSO, DON ARIAS, TRISTAN.

DOÑA JIMENA

DOÑA BLANCA. *Después DON SANCHO, Y NUÑO*

Don Alfonso.—Los amigos preguntamos

Cosas con que no ofendemos.

No me dijo más Bermudo.

Don Arias.—Por hijo suyo se tiene.

Tristán.—Pienso que don Nuño viene.

Don Arias.—El te dijo cuanto pudo.

Salen Nuño y don Sancho.

Don Sancho (*A Nuño*).—Llega, bésale las manos.

Don Alfonso.— Quien es

Don Sancho.—Don Nuño, Señor.

Nuño.—Nuño soy, un labrador

De los campos asturianos.

Allí, Señor, he vivido

Desde que sentido tengo;

Que agora que a verte vengo,

No sé si traigo sentido.

Mendo, un pobre labrador,

En su labranza y cortijo,

Con sospechas de su hijo,

Me ha sustentado, Señor.

Esto sólo sé de mí;

Mas no entiendo la razón

De venir a tu León,

Ya que entre oyejas nació.

Don Alfonso.—Nuño, mi tío Bermudo,

Rey como yo, me contó

Que en unos prados te halló

Niño, en sus yerbas desnudo.

Como el reino me ha dejado,

Entre otras cosas, me deja

Tu persona, que él se aleja

Del mundo a mejor estado.

No me ha dicho más de tí

De que criarte mandó;

Mas por lo que pienso yo,

Igualarte quiero a mí.

Deja ese traje villano

Y toma el de caballero;

Ceñirte la espada quiero,

Nuño, de mi propia mano.

Mucho he holgado de verte.

Besa a mi hermana la mano.

Nuño.—Lo que en ser tu hechura gano,

Mi imaginación me advierte.

Don Alfonso.—Para armarte caballero

Conforme al fuero de España,

Has de hacer alguna hazaña,

Nuño de Prado, primero.

Muza dicen que ha venido

Con más gente, y yo querría

Resistir tanta osadía

- Como cuentan que ha tenido,
 Porque no entiendan que vive
 Quién les daba los tesoros
 Y las hijas a los moros,
 Por quien arrogante escribe. (1)
 Irás conmigo; que quiero,
 En prueba de tu valor,
 Darte con debido honor
 Las armas de caballero.
 Hermana Jimena, haced
 Mucha merced a este hidalgo.
 Y vos, Blanca, honradle en algo.
 (*Habla el Rey bajo con don Sancho.*)
 Nuño (*A doña Jimena.*)—Déme los pies tu merced.
 Doña Jimena.—Alzáos, don Nuño; que yo
 Os estimo, como es justo.
 Doña Blanca (*Ap. a doña Jimena.*)—; Qué villano tan **robusto!**
 Asco de velle me dió.
 Doña Jimena.—; No te agrada en borrador ?
 Doña Blanca.—Ni aún en limpio; que este prado
 Es mejor para el ganado
 Que para gustos de armor.
 Doña Jimena.—Mírale bien; que sospecho
 Que ha de ser tuyo.
 Doña Blanca.—Ese día,
 Se cuente la muerte mía
 Y un aspid me abraza el pecho.
 Nuño (*Ap.*)—Esta dama me murmura
 Y se burla de mi traje.
 Doña Blanca.—; Yo casar con un salvaje!
 Mejor me dé Dios ventura.
 Doña Jimena.—Calla, Blanca; que lo entiende.
 Nuño (*Ap.*) Todo lo que dijo oí
 El Rey se va.
 Don Alfonso (*A don Sancho.*)—Hacedlo así
 Doña Blanca.—Sólo en mirarme me ofende.
 Doña Jimena.—Sancho, hablar quiero contigo (*Ap a él.*).
 Don Sancho.—Esta noche habrá lugar.
 (*Vánse todos menos Nuño.*)

(1) *Pidiéndolas, reclamándolas*

ESCENA XV.

NUÑO

Nuño.—El Rey debe de tratar
 Casar a Blanca conmigo;
 Que sin duda hay algo en mí,
 Que yo no entiendo, encubierto,
 Y que sea ha burlado; es cierto,
 La dama de verme así.
 Pues de una cosa se avise
 Que cuando fuera más rara
 Que el fénix no la trocara
 Por una cinta de Nise.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DON ARIAS, TRISTAN.

Don Arias.—Desde el instante que ví
 Este mancebo, Tristán,
 Tan gentil hombre y galán,
 Este suceso temí.
 Y no sin razón temía
 Desventura semejante,
 Porque no hay alma de amante
 Sin punta de profecía.
 Ves aquí que Alfonso reina,
 Y que a Jimena no casa,
 Porque no quiere en su casa
 Sombra de rey, ni de reina.
 Ves aquí que un labrador
 Que ayer andaba al arado,
 Hoy es de Alfonso privado
 Y camarero mayor.
 Por lo que tiene encubierto,
 Honrele el Rey; mas de suerte

Que la envidia no despierte
 Quien tanta privanza ha muerto.
 Si a mí me quita el oficio
 Y a tí la dama, Tristán,
 El premio injusto le dan
 Del tuyo y de mi servicio,
 Pues quejarnos a Bermudo
 Es darle más ocasión
 A que le tenga afición.

¿Quién será tan cuerdo y mudo?
 ¿Quién podrá disimular?
 ¿Quién servir con este ejemplo?

Tristán.—Cuando su virtud contemplo,
 Le pongo en mayor lugar;
 Que ser sin duda ha mostrado
 En la guerra, donde viene,
 La sangre que oculta tiene,
 Más de palacio que prado.
 Quiso el Rey que alguna hazaña
 Don Nuño hiciese primero
 Que le armase caballero;
 Salió el Prado a la campaña,
 Donde hizo tanto estrago,
 Que trajo al Rey seis cabezas,
 Dejando con sus proezas
 Vuelta la campaña en lago.
 No dudes de que ha de ser,
 Si el principio al fin responde,
 Otro Pelayo.

Don Arias.—Pues ¿dónde
 Podré paciencia tener
 Para que el Rey tenga en poco
 Por su causa mi servicio,
 Y le dé mi propio oficio?

Tristán.—Causa tengo de estar loco
 Aunque trato su alabanza.
 Porque al fin a Blanca adoro.
 Dírale el Rey su tesoro,
 Su amor, su justa privanza;
 Pero a Blanca no le diera
 Con mano tan libre y franca,
 Porque en dejarme sin Blanca
 Grande pobreza me espera.

Don Arias.—Tristán, el Rey me ha quitado
 La vida y honra por él;
 No será hazaña cruel

- Marchitar a Nuño el prado.
 Dame esa mano y confía
 Que yo le saque de aquí,
 O no ha de haber fuerza en mí.
- Tristán.—Mano y fe desde este día,
 Contra don Nuño te doy.
- Don Arias.—Pensemos cómo ha de ser.
- Tristán.—Yo hablé a un escudero ayer,
 De quien satisfecho estoy
 Que hará cualquiera traición.
- Don Arias.—No ha de haber sangre, Tristán;
 Que esas industrias no dan
 Buen fin al dueño, en razón
 De clamar la sangre al cielo.
 Yo tengo una carta...
- Tristán.—¿Cuya?
- Don Arias.—Del mismo.
- Tristán.—Y con carta suya
 ¿Qué piensas hacer?
- Don Arias.—Dirélo.
 La letra quiero imitar,
 Y fingir que se cartea
 Con Muza y que el Rey lo vea.
- Tristán.—Este es público lugar,
 Y es menester más secreto.
 Hablemos aparte aquí.
 (Vánse).

ESCENA II.

NISE con rebocío, BATO

- Nise.—¿Tú le viste?
- Bato.—Yo le ví,
 Y no le hablé, te prometo,
 Por no le causar enojos.
- Nise.—¿Quién los ojos te trocara
 Para que después mirara
 Con tan venturosos ojos!
- Bato.—Entró el Rey con más de mil,
 Y aún más de cien caballeros,
 Comó el manso entre corderos
 Y lechuga en toronjil,
 Y a Nuño llevaba al lado.
 Esto fué cuando llegué

Y con Mendo te dejé,
 Bella Nise, en el mercado.
 Cuando a la iglesia volví
 Decían que misa oía
 Con el Rey, y que tenía
 Las armas.

Nise.—¿Las armas?

Bato.—Sí;

Que el Rey le ciñó la espada,
 Y el ataharre o correa
 Le puso para que sea
 De mora sangre manchada.
 Jimena, del Rey hermana,
 Las espuelas le calzó.
 Pero un hombre me contó
 Una cosa harto inhumana,
 Que por no darte dolor
 Contártela no querría.

Nise.—En tanta desdicha mía,
 ¿Qué puede ser la mayor?

Bato.—Cuando el Rey quiso en los brazos
 Ponelle una rica pieza,
 Diz que le dió en la cabeza
 Cuatro o cinco chincharrazos,
 ¡Voto al sol, si allí estuviera!

Nise.—¡Ay Bato! No es ese el mal
 Tú disimulas.

Bato.—No hay tal.

Nise.—Dí la verdad.

Bato.—No quisiera.

Pero si lo has de saber,
 Lleva el alma apercebida;
 Que una pena prevenida
 No suele tanto doler.

Nise.—¿Es que don Nuño se casa?

Bato.—Dícnolo así.

Nise.—¡Triste yo!

Bato.—Ya la fiesta se acabó,
 Y el Rey se vuelve a su casa.
 Desde aquí verás pasar
 A Nuño.

Nise.—Y aún desde aquí
 Podré morir.

Bato.—Vuelve en tí.

Nise.—No me da el alma lugar.

ESCENA III.

EL REY, NUÑO, muy galán con espada y espuelas doradas,
DOÑO JIMENA, DOÑA BLANCA, DON SANCHO. Acompañamiento.—Dichos.

Don Alfonso (*A Nuño*).—De más honras eres digno,
 Don Nuño, por tu valor.

Nuño.—Todo se debe Señor,
 Al vuestro heroico y divino.

Bato (*Ap. a Nise*).—¿No viene bueno?

Nise.—Y tan bueno,
 Que es muy malo para mí
 Prado del alma, yo os vi
 Menos rico y más ameno.
 ¡Quién os trajo, Prado mío,
 A los palacios del Rey!

Bato.—Los tiempos no guardan ley
 La fortuna es desvarío.
 Aunque soy tonto, bien veo
 Lo poco que hay que fiar
 Del placer y del pesar.

Nise.—Yo sólo morir deseo.

Doña Jimena (*Ap. a doña Blanca*).—¿Qué te parece el villano,
 Blanca, de quien burla hacías?

Doña Blanca.—¡Ay prima! ¡En cuan pocos días
 Me ha rendido amor tirano!
 Mas no te espantes que el oro
 No conociese en sayal,
 Y que hablase entonces mal
 Deste bien que ahora adoro.
 Quizá fué de amor castigo,
 Porque no le conocí.

Don Alfonso.—Lo que no trato de mí,
 Trato, don Nuño, contigo.
 Yo te querría casar.

Nuño.—Huyes tú del casamiento,
 Y date el de otros contento!
 Deja, Señor, imitar,
 Tu virtud a tus criados.
 El Casto te llaman ya;
 Mientras el Rey no lo está,
 ¿Para qué han de estar casados?

Don Alfonso.—No digas tal; que no quiero
 Que nadie en eso me imite,
 Y así es bien que solicite

Lo que de todos espero.
 Servid a Dios, y tened
 Mil frutos de bendición,
 Porque es en esta ocasión
 Del cielo ilustre merced.
 A la cristiandad que aquí
 Tan acabada tenía
 El moro, y que cada día
 Destruye la guerra así,
 Importan más defensores;
 Y el aumento importa tanto,
 Que del matrimonio santo
 Apruebo cien mil loores.
 No me casar, no os espante,
 Ni quiero que lo imiteis,
 Nuño, hoy quiero que os caseis
 Nuño.—Tiempo hay, Señor, adelante.
 Don Alfonso.—Este es mi gusto.
 Nuño.— Yo soy
 Tu hechura.
 (*Vánse, todos menos Nise y Bato*).

ESCENA IV.

NISE, BATO.

Nise.—¿Cuál es de aquellas?
 Bato.—Pareceránte muy bellas.
 Nise.—Dices bien; celosa estoy.
 Bato.—La que estaba con Jimena,
 Pienso que es Blanca.
 Nise.—Y será
 Para mí tan negra ya,
 Que a la muerte me condena.
 Predicaba el otro día
 El cura, que los romanos,
 Cuando de sus ciudadanos
 Castigo común se hacía,
 Piedras por suertes echaban
 Negras y blancas; a quien
 Salía blanca, iba bien;
 Pero a quien negra, mataban.
 Negra y blanca es esta suerte
 De Nuño y de mí escogida;

Blanca a Nuño le da vida,
Negra me ha dado la muerte.

Bato.—También dijo el sacristán
Que el Rey Asuero moría
De amor, y que no sabía
Remedio; que a veces dan
A los reyes pesadumbre
Cosas que el demonio inventa.
Hízole Vastí una afrenta,
Que era de sus ojos lumbre,
Y quiso no la querer.
Moríase al fin así ;
Mas del amor de Vastí
Halló remedio en Ester.
Tú, pues, a tal cautiverio
Por amor, señora, vienes,
Del amor que ahora tienes
Te curarás con Silverio;
Y si no yo estoy aquí
Que no soy de mal pergeño.

Nise.—Cualquiera remedio es sueño,
Bato amigo, para mí.
Nuño fué mi amor primero;
Ya soy de Nuño mujer;
Yo le tengo de querer,
O villano o caballero.

Bato.—Si es caballero y se casa,
Si está en corte y tú en aldea,
¿No es cosa imposible?

Nise.—Sea.
Como eso en el mundo pasa.
Mas quiero lo que es mi gusto
Quererlo y no lo tener,
Que tenerlo, y no querer
Lo que fuera mi disgusto.

Bato.—Demonios sois las mujeres
;Extraña resolución!

ESCENA V.

NUÑO sin reparar en NISE ni en BATO
Nuño (*Para sí*).—;Qué pocos, fortuna, son
Sin pesares sus placeres!
;Qué pocos bienes que das
Sin el censo del tormento,
Pues que dice el más contento:
;Oh contento! ¿Adónde estás?
Yo no hallo quien te tenga;

Que aunque esté más encumbrado,

Ninguno halla el estado

Que a su gusto le convenga.

Que en todo el mundo no hay uno,

Puedo jurar y creer,

Pues por mí vengo a entender,

Que no le tiene ninguno.

¿Quién dirá que, ayer villano,

No tengo contento entero

De que hoy noble caballero

Me armase el Rey por su mano!

Contento, quien importuno

Te sigue en el mundo, yerra;

Que no ha de hallarte en la tierra

Quien piensa tener alguno.

Eres sin constancia alguna,

Eres nave en alta mar,

Que viene al fin a parar

Donde quiere la fortuna;

Porque vas tan sin compás,

Que quien tras tí se va o viene,

Cuando piensa que te tiene,

No sabe por dónde vas.

Nise (*Ap. a Bato*).—¿No es éste Nuño?

Bato.—Pardiós,

Que está solo. Habla con él.

Nise.—¿Osaré llegarme a él?

Bato.—Llega o lleguemos los dos.

Nise.—¿Nuño ingrato!

Nuño.—¿Nise mía!

Nise.—¿Tuya, enemigo!

Nuño.—Pues ¿No?

Mi bien abrázame.

Nise.—¿Yo!

Nuño.—¿Quieres matarme?

Nise.—Desvía.

Nuño.—¿Por qué, si el Rey me ha forzado

Para ausentarme de tí?

Aquel Prado soy que fui

De tus mismos pies pisado;

Que aunque mis ojos ausentes

De los tuyos, prenda mía,

Soy Prado que noche y día

Riego el alma con dos fuentes.

Nise.—No te dejo de abrazar,

Porque te he puesto en olvido.

Temo ensuciarte el vestido.

Nuño.—¿Es tiempo esté de burlar?

Nise.—Este sayal ¿no está llano

Que ensuciará a un caballero?

Nuño.—¡Ay Dios! ¿Quién, como primero,

Se volviera a ser villano!

Mira que tu esclavo soy.

Nise.—¡Esclavo un señor tan grande!

Ni el cielo ni amor lo mande:

Ya desengañada estoy.

Tiempo fué que el amor tuyo

Me dijo en más soledad:

"Tu esclavo soy".

Es verdad,

Esclavo soy, pero cuyo...

Nise.—¿Quieres que lo diga?

Nuño.—No,

Porque por la cruz que empuño,

Que eres tú.

Nise.—Y de Blanca, Nuño.

Nuño.—Eso no lo diré yo.

Nise.—Pues ¿Cómo, si es tu mujer?

Nuño.—El Rey no puede forzarme.

Nise.—Pude mandarte.

Nuño.—Mandarme...

Cosas que yo pueda hacer.

Tuyo soy; que suyo no

Nise.—Enojaráse.

Nuño.—No sé;

Mas yo le responderé

Que cuyo soy me mandó.

Enséñale el rostro tuyo,

Y muera Nuño sin nombre,

Si hubiera en el mundo un hombre

Que no diga que soy suyo.

Nise.—Nuño, cuando sea verdad

La voluntad que me muestras,

Poco importarán las nuestras

Siendo ley su voluntad.

¡Maldigo mi mala suerte,

Pues que me ha salido en blanco,

Siendo aquesta Blanca el blanco

De tu vida y de mi muerte!

Que desde que fuiste, Prado,

El alma me dió a entender

Que había, Nuño, de ser,

Destos mis ojos regado.

Agradezco el conocirme

Con la humildad ue solías;
 Que aún no pensé que tendrías
 Ojos que pudiesen verme.
 Que todos los que han subido
 De un humilde a un alto estado,
 Pasan por lo que ha pasado
 Como si no hubiera sido.
 Pues tente bien: que fortuna
 Trueca en pesar los placeres;
 Que en fortunas y mujeres
 No cabe firmeza alguna.

Nuño.—¡Ojalá que me volviese
 A la humildad que solía!
 Mas de la grandeza mía,
 Mientras dure no te pese;
 Porque si tuyo he de ser,
 ¿Qué sirve disminuirme?

Nise.—Luego ¿piensas estar firme?

Nuño.—Hasta morir o vencer.

Nise.—Agora te doy mis brazos.

Nuño.—Y yo mi alma te doy.

(Abrazanse).

ESCENA VI.

DOÑA BLANCA, NUÑO, NISE, BATO

Doña Blanca(Ap).—¡Qué es lo que mirando estoy!
 ¡Nuño a una mujer abrazos!
 ¿Qué es esto, Nuño?

Nuño.—Señora,
 Gente de allá de la tierra.
 (Ap).—¡Oh cuánto mi lengua yerra!
 Que es gente del cielo agora.

Doña Blanca.—¿Ha mucho que no la vías?

Nuño.—Desde que dejé de ser
 El ser con que pude ver
 Su hermosura muchos días.

Doña Blanca.—Allá sería tu amor.

Nuño.—Y acá, también, por Dios vivo;
 Porque este bien que recibo
 Causa al cuerpo un noble honor;
 Pero al alma no, la muda;
 Y así lo que allá tenía

En ella se ve, y hoy día
Con más firmeza sin duda.

Doña Blanca.—De abrazar a esta villana,
El lenguaje te pegó.

Nuño.—Antes lo sabía yo...
(*Ap.* Que os viese a vos, cortesana).

Doña Blanca.—Qíerola despacio ver.
Alzáos, amiga, el rebozo.

Nuño.—Miradla, que os dará gozo
Ver el alba amanecer.

Corred al sol esos velos;
Veréisle entre dos estrellas,
Que no las tiene más bellas,
Todo el torno de los cielos.

Doña Blanca.—¡Buena, por mi vida!, ¡buena!
Nise.—Esto soy para serviros.

Doña Blanca (*Ap.*).—¡Celos, tened los suspiros,
No deis a entender mi pena!

Mas quiero disimular).
Patenas, sarta y corales

No son joyas para tales
Pechos: yo os las quiero dar.

Tomad estos brincos.
Nise.—Quedo,

Señora; que estoy corrida;
Que siendo yo la vencida

Tomar despojos no puedo.
Guardad las joyas allá;

Que si a don Nuño teneis,
Por más joyas que me deis,

No tendré riqueza ya.
Doña Blanca.—Pues ¿celos teneis de mí!

Nise.—De vos no; dél tengo algunos.
Nuño.—No puede tener ningunos

Puesto que el alma la dí.
Doña Blanca.—Ya pasa de atrevimiento,

Y toca en descortesía,
Hablar en presencia mía

Con tan libre sentimiento.
No por vos, por lo que trata

El Rey.
Nuño.—Vos teneis razón;

Pero es el amor pasión
Que en la lengua se dilata.

Mirad bien a esa aldeana,
Blanca, y mal me haga Dios

Si no dijéredes vos
Que es más divina que humana.

- Yo sé que en cierta ocasión
Os parecí tan salvaje,
Que hicisteis burla del traje.
- Doña Blanca.—¡Gentiles venganzas son!
Lo cierto debe de ser
Que Bermudo se ha engañado.
En Prado os halló, y en prado,
¿Qué otra cosa pudo haber?
- Nuño.—Bien decís. Id en buen hora;
Que en tal prado, tal ganado;
Porque este prado es comprado
Desta divina pastora.
Ven, Nise; que yo no quiero
Más alto estado que a tí.
- Doña Blanca.—Hoy sabrá Alfonso de mí
A quien armó caballero.
- Nuño.—Yo cumplo mi obligación.
Si he jurado defender
Las damas, ¿a mi mujer,
No es, Blanca, mayor razón?
- Nise.—Echaste el sello, mi bien.
Vamos, Bato.
- Bato (*Ap. a Nuño*).—Hoy te has perdido.
- Nuño.—Con volver a lo que he sido
Quedamos en paz también.
(*Vánse Nuño, Nise y Bato*).

ESCENA VII

DOÑA BLANCA

- Doña Blanca.—Ninguno diga, amor, que puede exento,
Pasar sin tí la vida; que en tu mano
Está la paz del corazón humano
Y la guerra mayor del pensamiento.
Valiéndome de tí con loco intento,
Pensé librarme de tu fuerza en vano;
Más tú, del alma robador tirano,
Castigaste mejor mi atrevimiento.
Nadie puede negar, si alguno en precio
Tu discreción y vanidad tuviere,
Que en ser pesado en burlas eres necio.
O es porque advierta quien de tí la hiciere
Que aquello que se tiene en más desprecio,
Eso viene a faltar cuando se quiere.
(*Váse*).

ESCENA VIII.

DON ARIAS, TRISTAN; Después EL REY DON ALFONSO

Tristán.—¿Queda bien enseñado?

Don Arias.—Por extremo;

Y hase mostrado tan astuto en todo,
Que si resucitara Sinon Griego,
Le dejara por él.

Tristán.—Pues el Rey sale.

Habladle vos mientras aquí me aparto.

(Retírase Tristán y sale el Rey).

Don Alfonso.—Don Arias...

Don Arias.—Gran Señor...

Don Alfonso.—¿Qué es lo que quieres,
Que con tanto secreto me apercibes?

Don Arias.—La obligación que un noble y leal vasallo

Tiene a su Rey, me obliga o lo que creo;

Que te ha de parecer cosa imposible.

Yo pienso que está viva todavía

De Mauregato la memoria y sangre.

¿Sabes quién es acaso este mancebo

Que una lanza sacó de entre unos juntos?

Don Alfonso.—Arias, si de don Nuño decir quieres

Cosa contra su honor, primero advierte

Que la sepas tan bien, que menos sepas

Tu mismo pensamiento, porque amo

De suerte a Nuño, que su honra es mía;

Y si te han informado los que pueden

Ser envidiosos de sus grandes méritos

Y de su honor, alguna cosa injusta,

No la quiero saber siendo dudosa.

Don Arias.—Señor, cuando de un hombre que tú amas

De la manera que tu reino ha visto,

Pues a todos los nobles le prefieres,

Se atreve a hablar persona que conoces

De la lealtad que yo, saber debieras

Que tiene información bastante y clara:

Y si esto fuera vida y honra mía

O de otros caballeros, y no tuya,

Créeme que otro estilo se buscara.

Sin darte parte que remedio fuera.

Don Alfonso.—¿Mi honra y vida!

Don Arias.—¿No es tu vida y honra

Escribirse don Nuño con el moro

Y haber venido carta de su mano

A mi poder, en que tu sangre ofrece

Como le entregue el reino, y darle en parias
Al doble las doncellas que hoy te pide?

Don Alonso.—Eso es cosa imposible: bravamente
La envidia se apercibe contra Nuño!

Don Arias.—Pues aquí te dirá Tristán si puede
Ser imposible o no

Don Alfonso. (*Llamando*).—¡Tristán!

Tristán (*Acercándose*).—¿Qué mandas?

Don Alfonso.—Don Nuño ¿escribe a Muza?

Tristán.—Y Muza a Nuño.

Un soldado las cartas lleva y trae

Que queda en esa sala apercebido.

Don Alfonso.—Apercebido a la traición ¿quien duda?

Tristán.—Ordoño, entrad.

ESCENA IX

ORDOÑO.—Dichos.

Don Alfonso.—Oid aparte, Ordoño.

Ordoño.—Ya sé lo que es, Señor. Nuño tres veces

Con cartas me ha enviado a Muza, y tantas

He vuelto con respuesta al mismo Muza.

Soy hidalgo leal, y con recelo

De alguna alevosía, hablé a don Arias.

La carta me pidió; díselo, abríola;

Y visto lo que Nuño a Muza escribe

La cuarta vez, a tí volver me manda.

Don Alfonso.—Parece que se prueba esta mentira,

Y que tiene color de verdad clara.

Arias ¿tienes la carta?

Don Arias.—Aquí la tengo.

Don Alfonso.—Esta es la misma letra de don Nuño.

Llamadle.

ESCENA X.

NUÑO.—Dichos.

Tristán.—El viene ya.

Nuño. (*Ap.*).—Contenta queda

Nise de verme firme en mi propósito

Don Alfonso.—Salid a fuera todos, hasta tanto
Que yo os vuelva a llamar.

Don Arias. (*Ap.*).—Bien se va haciendo.

(*Vanse todos menos el Rey y Nuño*)

ESCENA XI

DON ALFONSO, NUÑO.

Don Alfonso.—Nuño...

Nuño.—Señor.

Don Alfonso.—Contigo tengo enojo.

Nuño.—Tus ojos me lo han dicho con mirarme;
Que sólo con mirar hablan los reyes.

Don Alfonso.—¡Cartas escribes, cuando yo te caso,
A otra mujer!

Nuño.—Señor, cuando vivía

Allá en mi aldea, con mi igual trataba;

Y así mi igual amaba. En el ejército

Dos cartas escribí; pero no entiendo

Quién te las pudo dar.

Don Alfonso.—Una me han dado.

Nuño.—Mira que puede ser que no sea mía.

Don Alfonso.—Esta letra ¿No es tuya, y esta firma?

Nuño.—Mi firma es ésta y es mi letra.

Don Alfonso.Toma,

Y mira a quién, y lo que en ella dices.

Nuño (*Lee*).—“Para el día que dices, venir puedes

”Lo más secreto que te sea posible,

”Y con la gente y armas concertadas

”Yo te daré a León y la cabeza

”Del Rey”.—Señor, no mandes que esto

Este papel no es mío ni esa letra.

Don Alfonso.—Tú ¿No has dicho que sí?

Nuño.—Sabe la envidia

Contrahacer muy bien cualquiera cosa.

Es pintora de cifras y de letras.

No es éste original, sino retrato.

Don Alfonso.—Yo lo creo de tí; pero tú tienes

Muy nobles enemigos, y así, importa

Que salga por su prueba tu inocencia.

—¡Hola!

ESCENA XII.

DON ARIAS.—Dichos, *después*

ORDOÑO

Don Arias.—Señor...

Don Alfonso.—Llamadme aquel soldado.

Don Arias. (*Llamando*).—; Ordoño!(*Sale Ordoño*)

Ordoño.—Aquí me tienes.

Don Alfonso.—(*A Nuño*).—; No conoces

A Ordoño?

Nuño.—Ni en mi vida a Ordoño he visto.

Ordoño.—Bien haces en negar, pues me engañabas,

Diciéndome que a Muza le escribías

Sobre ciertos cautivos, tus parientes.

Nuño.—; Qué dices, hombre?

Ordoño.—Esto.

Don Alfonso.—Yo no digo

Que esto es verdad; pero verdad parece,

Llamadme a un capitán.

Tristán.—Aquí está Vela.

(*Va a llamarle y vuelve con él*)

ESCENA XIII.

VELA.—Dichos.

Don Alfonso.—Vela, porque anochece, toma gente,

Y pon este soldado en una torre.

Ordoño.—; Por qué, Señor?

Don Alfonso.—Porque saber deseo

Si esto es verdad; dudosa me parece.

Vete, Nuño, y descansa

(*Llévase Vela a Ordoño*).

Nuño.—Si sospechas

Que esto es verdad,; Por qué no me aprisionas?

Don Alfonso.—Vete en buen hora; a la mañana *vuelve*.

Nuño.—Guárdete el cielo y mi inocencia guarde.

(Vásc)

Don Alfonso.—Si esto es envidia, se sabrá muy presto.

Don Arias.—Mira que se ha de huir.

Don Alfonso.—Pues ¿qué más prueba?

Tristán.—¿No es mejor castigarle?

Don Alfonso.—¿Qué castigo

Como que pierda con mi gracia el reino?

Que donde reino yo reina mi amigo.

(Vásc)

ESCENA XIV

DON ARIAS, TRISTAN

Don Arias.—¡Notable es su piedad!

Tristán.—Arias, advierte

Que si le dan tormento a este soldado,

Ha de decir que ha sido persuadido.

Don Arias.—Un remedio notable se me ofrece,

Y es salirle al camino con los hombres

Que para acometer a Vela bascan.

Tristán.—Pues ¿qué habemos de hacer?

Don Arias.—Matar a Ordoño,

Dando a entender que le dió muerte Nuño,

Para que la verdad no declarase.

Tristán.—La noche baja aprisa; mis criados

Son hombres de valor y hidalgos todos.

Vamos antes que llegue.

Don Arias.—Hoy mi esperanza

Deste villano tomará venganza.

(Vánse)

ESCENA XV

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA

Doña Blanca.—Yo tengo el mal que te digo.

Doña Jimena.—Tú tienes terrible mal.

Doña Blanca.—Aunque celosa, mortal,

A mayor dolor me obligó;

Porque este mal es desprecio,
Y tanto más lo he sentido,
Cuanto sé que me ha tenido,
En tan poco precio un necio.

Doña Jimena.—Extrañas cosas te escucho.

Pues ¿qué le quisieras?

Doña Blanca.—Loco;

Que tenerme un necio en poco

Es cosa que siento mucho.

¡Ay, Jimena, prima mía!

Si vieras una aldeana

Con más luz que la mañana

Tiene, cuando raya el día;

Aquel blanco, aquel color,

Aquellas cintas doradas,

Aquellas manchas rosadas

En cándido resplandor,

El cuello y su hermosa cara,

Vieras, Jimena, a los cielos

Hacer que iguale con celos

La que al infierno igualara.

Patenas, sartas, corales

Bordaban su hermoso cuello

Donde llegaba el cabello

Con madejas orientales.

Estaba el coral corrido

De competir con su boca,

Porque era su fuerza poca

Para no quedar vencido.

Finalmente, no podía

Vencer su labio encarnado,

Con estar más colorado

De vergüenza que tenía.

Las patenas eran buenas;

Mas su esmalte y sus cristales

No eran en color iguales

A sus mejillas serenas.

El sombrero a lo aldeano

Con el tejido cordón

Era, prima, guarnición

De su rostro soberano,

Como cuando a una pintura

Para que salga el color

Hace el curioso escultor

Con ébano la moldura.

El rebocío era el manto

Conque el alba esparce flores.

Doña Jimena.—En mi vida he visto amores,

Ni celos, que teman tanto.
 ¿Quédate más que decir?
 ¿Quédate más que temer?
 Amor sabe encarecer,
 Y celos saben fingir.
 ¿Quién duda que era muy fea?

Doña Blanca.—No me burlo; esto es verdad.

La aldea, prima, es ciudad,
 Y la ciudad es aldea.
 En un blanco delantal
 Vi tanto donaire y gala,
 Que si a la corte no iguala,
 No tiene la corte igual.
 Pues si hablase del chapín
 Que con aire descubría,
 Pienso que mejor sería
 Comenzalla por el fin.

Doña Jimena.—Loca estás.

Doña Blanca.—Loco es amor.

Tengo amor, locura tengo;
 Y si despreciada vengo,
 Será el exceso mayor.

Doña Jimena.—Si alabas lo que él adora,
 Que te desprecie disculpas.

ESCENA XVI

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA

Don Alfonso (*Ap.*).—Si fueran ciertas sus culpas,
 Y no fué la envidia autora
 De lo que agora le imponen,
 Yo le sabré castigar.

D.^a Jimena (*Ap. a D.^a Blanca.*).—¿Quieres que le vaya a hablar,
 Aunque los celos perdonen?

Doña Blanca.—Pues ¿qué le piensa decir?

Doña Jimena.—Que te acabe de casar.

Doña Blanca.—Luego ¿Quéresle forzar?

Doña Jimena.—No, Blanca, más persuadir.

Doña Blanca.—Dilo al Rey, dilo a tu hermano;

Que me obliga amor, Jimena.

Doña Jimena.—¿Ay amor!

Doña Blanca.—Calla mi pena

Pues que la pongo en tu mano.
 Doña Jimena.—Señor...
 Don Alfonso.—Jimena...
 Doña Jimena.—He sabido
 Que a Blanca quieres casar.
 Don Alfonso.—Hoy la trataba de dar,
 Hermana, un noble marido,
 Por sospechas del valor
 Que imaginaba encuebierto;
 Pero hame salido incierto.
 Doña Jimena.—¿Incierto, Nuño?
 Don Alfonso.—Y traidor.
 Doña Jimena.—¡Traidor! Luego ¿era villano?
 Don Alfonso.—El desengaño lo muestra,
 Si en la vida y honra nuestra
 Quiso ensangrentar la mano.
 A lo menos la del moro
 Tomaba por instrumento.
 Doña Jimena.—¿Nuño!
 Don Alfonso.—El mismo.
 Doña Jimena.— ¡Extraño intento!—Blanca (*Ap. a ella*).
 Doña Blanca.—¿Qué?
 Doña Jimena.—Templa tu lloro.
 Doña Blanca.—¿Cómo?
 Doña Jimena.—Mi hermano ha sabido
 Que Nuño intenta su muerte.
 Doña Blanca.—¿Su muerte!
 Doña Jimena.—Desto me advierte.
 Doña Blanca.—¡Oh villano mal nacido!
 Según eso, a esta aldeana
 Que debe de idolatrar,
 Intentaba coronar
 De la nobleza asturiana.
 Si despícarme podía,
 Sola esta infamia pudiera.

ESCENA XVII

VELA, con la espada desnuda, DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA

Vela.—Entraré desta manera.
 Sepa el Rey si es culpa mía
 Don Alfonso.—¿Qué es aquesto, capitán?
 Vela.—Señor, llevando aquel preso

(Descuidado, te confieso,
 Como por tu corte van),
 Seis hombres me acometieron,
 Y junto a mí le mataron;
 Que a las guardas no tocaron,
 Y dándole muerte huyeron,
 Sola una voz les oí.
 En que dijeron: "Mejor
 Es que muera este traidor,
 Que no que me mate a mí.

Don Alfonso.—¡Vive Dios, que temeroso
 Nuño de ser descubierto,
 Con gente el soldado ha muerto!
 Ya no estaré sospechoso.
 Esta es la mayor probanza
 Que pudiera pretender
 Pero ¿Cómo he de poder
 Tomar del traidor venganza?
 Que si es hijo de Bermudo,
 Será matar al buen viejo.
 Arias me dará el consejo,
 Pues darme el aviso pudo.
 Id por don Arias, don Vela.

Vela.—En la antecámara está.

Don Alfonso.—Llamadle.

Vela.—El se ofrece ya.

ESCENA XVIII

DON ARIAS.—Dichos

Don Arias.—Basta; que la fama vuela
 De que Nuño, con temor
 Del ánimo del soldado,
 Al capitán le ha quitado.
 Don Alfonso.—Y aun muerto.
 Don Arias.—¡Muerto, Señor!
 Don Alfonso.—Deso se tiene quejando.
 Don Arias.—¿Cómo os le pudo matar?
 Vela.—Tres a seis podrán guardar
 Sus personas peleando;
 Más no defender a aquel
 Que dellos no se defiende.

- Don Alfon.—Basta, amigos; que pretende
 Matarme Nuño cruel.
 ¡Oh! ¡Qué buen pago me ha dado!
- Don Arias.—Tú lo mereces, Señor,
 Que a los hombres de valor
 Oficio y honra has quitado:
 Todo por dallo a un villano,
 Que por ventura cogió
 Las cabezas que te dió,
 Cortadas por otra mano.
 Da gracias a tu virtud,
 Por quien te ha librado el cielo,
 Y agradece a nuestro celo
 El procurar tu salud.
- Don Alfonso.—Soy hombre, pude engañarme;
 Mas tras este desengaño,
 ¿Cómo podré sin el daño
 Del Rey, de Nuño vengarme?
 Que temo que es sangre suya.
- Don Arias.—A los reyes la piedad
 Da notable autoridad;
 Y pues es tanta la tuya,
 Perdónale: no le prendas
 Ni castigues.
- Don Alfonso.—Eso no.
 ¡Oh! ¡Qué mal consejo!
- Don Arias.—Yo
 Miraba, Señor, sus prendas;
 Que es dar la muerte a Bermudo,
 Sí su sangre vive en él.
- Don Alfonso.—No quiero ser tan cruel.
- Doña Blanca.—Señor, esa mano pudo
 Hacer noble y caballero
 A un villano
 Yesa mano le podrá volver villano
 Como lo estaba primero;
 Que aunque es del Rey el hacer
 De un bajo un alto lugar,
 También en el castigar
 Se muestra el justo poder.
 Hazle poner en su traje,
 Y que se vuelva a su aldea,
 Donde Bermudo no vea
 La afrenta de su linaje;
 Y si pregunta por él,
 Alguna excusa darás.
- Don Alfonso.—Blanca, tu has dicho lo más
 Que yo puedo hacer con él.

¿Quién pudiera aconsejarme
Como tu ingenio?

Doña Blanca.—Este (1) tengo

(1) Este consejo tengo por mejor. Elipsis no muy rara en Lope, funda aquí en el verbo aconsejar, empleado en el verso anterior.

Por el mejor (*Ap.* Hoy me vengo).

Don Alfonso.—A Nuño podéis llamarme.

Don Arias.—Yo voy por él. (*Váse.*)

Don Alfonso.—¿Quién dijera

Que hombre que tanto honrara,

Destá suerte me tratara?

(*Vanse todos menos el Rey.*)

ESCENA XIX

DON SANCHO, DON ALFONSO

Don Sancho.—Hablarle a solas quisiera.

Don Alfonso.—¿Qué quieres, conde?

Don Sancho.—Señor,

Hoy quiere dejar el suelo,

Por ir a su patria, el cielo,

Tu tía doña Leonor.

Todo el monasterio siente

Notablemente su falta.

Don Alfonso.—Tienen razón; que las falta

Una señora excelente.

Por mí, yo lo siento tanto,

Como si mi madre fuera,

Y estas palabras quisiera

Acreditallas con llanto.

¿Podréla hallar viva?

Don Sancho.—Ya

En mis brazos espiró;

Más este papel me dió,

Que, cerrado como está,

Me dijo que te entregase.

Don Alfonso.—Apartate allí. No hay cosa

Tan segura y poderosa

Por quien la muerte no pase.

(*Lee para sí*) "Sobrino, ya tú sabes que la causa

"Que de mi reclusión fué la primera,

"Tuvo origen del conde de Castilla,

"Con el cual me casara el padre mío,
 "Sino se lo estorbara el de Navarra,
 "Puesto que nunca supo mi deseo.
 "La muerte que descubre muchas veces
 "Secretos que la vida no podría,
 "Me obliga a que éste diga: que yo tuve
 "Una hija del Conde, aunque hasta agora
 "Se ha criado encubierta en una aldea,
 "La Aldea es flor de sus montañas bellas,
 "El nombre Nise; pero no es el mismo;
 "Que Nise es por Inés, que Inés se llama,
 "Porque se escribe con las mismas letras.
 "Si obligan estas últimas palabras
 "A un Rey que tiene tanta sangre mía,
 "Tu prima es Nise. Adios; que ya la muerte
 "No me deja escribir.

Leonora a Alfonso

¡Hay suceso tan extraño!

¡Nise encubierta, mi prima!

Su honor, su sangre me anima

A que escuse el mayor daño.

Traerla quiero a mi casa:

No viva, Nise, en aldea.

Dama, y no villana sea,

Sepa el estado a que pasa.—

Conde...

Don Sancho.—Señor...

Don Alfonso.—Ya parece

Que estas cosas de secreto

Te tocan.

Don Sancho.—Y te prometo

Que mi lealtad lo merece.

Don Alfonso.—Ya sabes a Flor, aldea

De donde a Nuño trajiste.

Don Sancho.—Sí, Señor, aunque estoy triste

Que en tu deservicio sea.

Don Alfonso.—Tú ¿que culpa tienes?

Don Sancho.—Yo

Hice lo que me mandaste.

Don Alfonso.—Si en traer el Conde erraste,

Aunque tus deseos no,

En Nise una labradora

Por quien agora a Flor vas,

Sospecho que acertarás.

Don Sancho.—¿Quién es?

Don Alfonso.—Una gran señora,

Que yo te diré después.

Lleva carroza y criadas.

Don Sancho.—Voy (*Váse*).

ESCENA XX

Don Alfonso.—¡Qué de dueñas honradas
 Pone el amor a sus pies!
 Pienso que el cielo me envía
 Todas estas cosas hoy,
 Porque Alfonso el Casto soy,
 Para prueba de la mía.
 Los sucesos amorosos
 Todos vienen a mi edad
 Por dar a mi castidad
 Estos esmaltes famosos.

ESCENA XXI

DON ARIAS, NUÑO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA,
 TRISTAN, DON ALFONSO

Don Arias.—Nuño, Señor, está aquí.

Don Alfonso.—Si alguna prueba, don Arias, (*Ap. a él*).

He hecho en cosas tan variadas
 Como suceden por mí,
 De valor y sufrimiento
 Y de prudencia real,
 Es ésta, porque es igual
 A todo encarecimiento.—

Nuño.....

Nuño.—Señor....

Don Alfonso.— Yo te traje,
 Por voluntad de Bermudo,
 A mi casa, de una aldea:
 Quien eres nunca se supo.
 Llaméte Nuño Prado
 Porque dice y canta el vulgo
 Que te halló en un prodo verde
 Entre unos lirios y juncos.
 Sospeché que eras su hijo;
 Sabe Dios lo que me culpo
 De tal imaginación,
 Siendo tú un villano espúreo.
 Mi amarero mayor
 Te hice; aunque no fué justo,

Quitar este oficio a un hombre
 Como fué don Arias Bustos.
 En la guerra de Simancas,
 Sangriento el brazo hasta el puño,
 Me trajistes seis cabezas:
 Obligóme el valor tuyo
 A hacerte mi caballero,
 De tu nobleza seguro.
 Ceñite en San Juan la espada;
 La espuela de oro te puso
 Jimena, mi hermana, y todos
 Mostraron contento y gusto.
 Tú, por galardón de aquesto,
 De toda piedad desnudo,
 ¡Vendías mi vida al moro!.

Nuño.—De escucharte estoy confuso.

Cuando probarse en España
 Un caso extraño no pudo,
 A las armas se remite.
 Tú, que te precias de justo,
 Guárdame justicia a mí,
 Que aunque sean cinco juncos,
 Saldré la campo; y este reto
 Cumplir en tus manos juro,
 Porque envidiosos traidores
 Del alto valor que encubro,
 Y la merced que me has hecho
 Por donde a tu gracia subo,
 Con mi letra contrahecha
 Te dan a entender que cupo
 Tal deslealtad en mi pecho.

Don Alfonso.—De darte el campo me excuso
 Con la prueba de tu culpa.

Nuño.—Prueba es imposible.

Don Alfonso.—Dudo

Que se pueda hacer mayor,
 Pues de tu letra la arguyo,
 Y de haber muerto al soldado
 Que Vela llevaba al muro.

Nuño.—¡Yo, muerto!

Don Arias.—Tú muerto, pues
 Bien lo sabe quien estuvo
 Presente a palabras tuyas.

Nuño.—¿Tú me acusas?

Don Arias.—Yo te acuso.

Nuño.—Pues con licencia del Rey

Mientes, Arias.

Don Arias.—¡Esto sufro!

Toma villano este guante
Entre tanto que te busco.

Don Alfonso.—¡Qué descompostura es esta!

Por el cuerpo santo juro
De Santiago de Galicia
De San Félix y Facundo,
De cortaros las cabezas.
Aquí no hay armas don Nuño.

Ya está probado este caso;
Pero por no dar disgusto
A Bermudo, civil muerte
Darte en castigo procuro.
Yo que te ceñí la espada,
Te la descieño, y renuncio
La nobleza que te di.

Nuño.—Hicíste me: no haces mucho,

Gran Señor, en deshacerme.
Tu enojo, Alfonso disculpo.
Querrá Dios que alguna vez
Entre estos nublados turbios
Salga el sol de mi verdad;
Que yo, caballeros, cumplo
Con mi honor, y lo que debo
A la obligación que tuvo
A su Rey un hijodalgo
Retando a don Arias Bustos,
A Tristán Godo, y a todos,
Cuantos deste caso injusto,
Tienen culpa; que yo espero
Tomar venganza de algunos.

Don Alfonso.—Quitadle el sombrero y capa,

Y ponedle el gabán suyo
A éste, y vuelva a ser villano.

Nuño.—¡Castigue Dios quien dispuso

Tu pecho a tanta crueldad!

Don Alfonso.—Vuelve, villano perjuro,

Al azadón y al arado.
Pon a tus bueyes el yugo;
Que así castigan los reyes

Los que en tan breve discurso,
Por ser luzbeles del sol
Se despeñan al profundo.

(Váse, y con él don Arias y Tristán)

ESCENA XXII

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, NUÑO

Doña Jimena.—El Rey se vá, doña Blanca.

Doña Blanca.—Apenas, Jimena, enjugo

Las lágrimas

Doña Jimena.—¡Triste caso!

Doña Blanca.—(Ap.) ¡Qué bien el tiempo dispuso

Mi venganza en sus desprecios!

Pero si aquí no le injurio,

Es porque vengarse en muertos

Es más baja que triunfo.

(Vánse las dos)

ESCENA XXIII

Nuño.— ¡Qué es esto, cielo! ¡Qué estrella

A mi nacimiento estuvo

Con oposición tan fiera,

Con tan desdichado influjo!

¿Era yo el que ayer tenía

Del Rey el lugar segundo!

¿Cómo estoy en tal baja!

No hay cometa cuyo curso

Haya sido tan veloz.

Dí luz; pero ya no alumbro.

Mucho parecen los reyes

En sus gustos y disgustos

A la luz de una linterna,

Que la cubro y la descubro.

La luz es el Rey, la mano

Quien da la vuelta a su gusto;

Y aquello mismo que alumbró,

Deja en un momento obscuro.

El Rey está disculpado,

Que es santo, y aquí me trujo,

Para honrarme: envidia fué

La que mi bien desconpuso.

Tomar venganza no puedo;

Que ya mis fuerzas detuvo

Su voluntad: sólo a Dios

La pido, hablándole mudo.
 Volvámonos a la aldea;
 Que en dolor tan importuno
 Me consuelo en ver que a Nise
 Su labrador restituyo.
 ¿Quién duda que ella se huelgue,
 Viendo que otra vez me cubro
 Del gabán con que me iguala?
 Campos amenos y augustos,
 Recibid vuestro villano.
 Altas hayas, robles duros,
 Apercidme esos brazos.
 Prados, desnudaos el luto.
 Allá va el Prado que ya
 Llorábades por difunto,
 Porque veais un traslado
 De las mudanzas del mundo.

ACTO TERCERO

Campo

ESCENA PRIMERA

Nise.—Alamos blancos, que de verdes nuezas
 Y de silvestres vides abrazados,
 Creceis alegres y vivis casados,
 Tomad agora ejemplo en mis tristezas.
 Si pensais que vestidas las cortezas
 De tantos lazos, estareis guardados
 De veros para siempre despojados,
 Así fueron mis frágiles firmezas.
 Temed del duro invierno los enojos,
 Donde las hojas pálidas y rojas
 A los vientos derán vuestros despojos;
 Que el tiempo que quitó con mil congojas
 Las verdes esperanzas a mis ojos
 Mudará de color a vuestras hojas.

ESCENA II

SILVERIO, NISE

Silverio.—Huélgome de hallarte aquí.

Nise.—Ya, Silverio, en soledades

Me hallarás siempre.

Silverio.—Si fui

Desdichado en las verdades,

Con que tu pecho ofendí,

Por estar tan ocupado

De aquel Prado que has perdido,

Pues de doña Blanca es prado

Donde apacienta tu olvido,

Que es de la ausencia, el ganado;

Agora, Nise divina,

A mis desdichas te inclina.

Nise.—Nunca vienes para menos.

Silverio.—Vuelve esos ojos serenos.

Nise.—Ya tu enfado desatina.

Silverio.—¿Qué esperanza te entretiene,

Cuándo Nuño está casado?

Nise.—¿Casado!

Silverio.—Lucindo viene

De la Corte y me ha contado

Que a Blanca por dueño tiene.

Nise.—¡Nuño casado!

Silverio.—Yo digo

Lo que pienso que tú sabes.

Nise.—¡Qué te has casado, enemigo!

Silverio.—No lloreis, ojos suaves;

Que usais gran rigor conmigo.

¿No es mejor que os desquiteis;

Y a quien os deja dejes,

Y a quien os quiere queráis?

Sin esperanza regais

Prado que tan seco veis.

Ya del ausencia el rigor

Todas sus flores arranca;

La primavera de amor

Traspuso en ella flor blanca,

Donde estaba vuestra flor.

Y debíerades saber,

Ojos, este desengaño,

Después que mudó su ser;

Que serlo vos era engaño,

Siendo desigual mujer.

Nuño es un gran caballero,

Vos humilde labradora;

¿Qué esperáis?

Nise.—Mi muerte espero.

Silverio.—Vengaros podéis, Señora.

Nise.—¿Cómo?

Silverio.—Deciroslo, quiero,
Si el Rey a Nuño ha forzado,
Forzad vuestra voluntad;
Dejad quien os ha dejado,
Lo que aborrecéis amad,
Trocad a una selva el prado.
Silverio soy, que os adora.

Nise.—Por consuelo o por venganza,
Te quiero, Silverio agora.

Silverio.—¡Albricias, muerta esperanza!
¿Hablais de veras, Señora?

Nise.—Tanto vengarme deseo
Que por ver si doy pesar
A Nuño (como lo creo),
Hoy me tengo de casar.

Silverio.—Tan presto llevarme veo
Desde mi desconfianza,
Que es infierno de rigor,
Al cielo desa esperanza,
Que me enloqueciera amor,
Si fuera amor sin venganza,
Mas cómo quiera que sea,
Esta mano en vos se emplea.

Nise.—Y yo esta mía te doy,
Prenda de que tuya soy. (*Dánselas*).

ESCENA III

NUÑO *de labrador*, NISE, SILVERIO

Nuño(*Ap.*).—¿Quién habrá que aquesto crea!

Mas ¿qué loca confianza,
No lo pudiera creer
Ni menos quien más alcanza,
Siendo la ausencia mujer,
Y las mujeres mundanza!
Nise...

Nise.—¡Válganme los cielos!

Nuño.—Nuño soy; que estos recelos
Me han traído a tu presencia.
Si engendra olvido el ausencia,
¿Qué ausente vive sin celos?

Nise.—¿Cómo el hábito has dejado,
Y, con Blanca desposado,
Vuelves villano al aldea?

Nuño.—¿Qué dichoso hay que no sea
 Por envidia desdichado!
 Mas ¡yo casado que a tí
 La mano y palabra dí,
 Que a un toscó villano das!

Silverio (*Ap.*).—Si yo aguardo a lo demás,
 Nuño, me da muerte aquí;
 Que dicen que allá en la guerra
 Cortó más cuellos de moros
 Que encinas tiene esta sierra.

Nuño.—Nise, todos los tesoros
 Que Alfonso en el mundo encierra,
 No me pudieron mudar;
 Mas tú, que en ausencia mía,
 Sin rey, sin oro, sin dar
 A la fuerza, a la porfía
 Y a la privanza lugar,
 Te casas con un villano
 ¿Qué disculpa das?

Nise.—Creer
 Que diste a Blanca la mano;
 Que es todo pecho en mujer
 Para vengarse inhumano.

Nuño.—¿Quién te lo dijo?

Nise.—Silverio.

Nuño.—¡Oh villano!

Silverio (*Ap.*).—¡Cielo santo
 Valedme! (*Huye.*)

Nuño (*Siguiéndoles*).—Si al negro imperio
 De los que en eterno llanto
 Lamentan su cautiverio
 Bajaras, o te subieras
 A las más altas esferas,
 No te escaparas de mí.

Nise.—¡Ay triste! engañada fui.
 Amor es todo quimeras.
 La sierra arriba camina.
 Piedras le tira... él le mata.

ESCENA IV

BATO, LUCINDO, NISE

Bato.—¿Marcia en fin te desatina?

Lucindo.—Y cuanto peor me trata,

Más adorarla me inclina.

Bato.—Aquí está Nise.

Nise.—Quisiera,

Que antes de los dos alguno

Venido a la fuente hubiera.

Lucindo.—¿Cómo?

Nise.—Silverio, importuno,

Para que amor le tuviera,

Me dijo que era casado

Con Blanca Nuño de Prado,

Y que tú se lo dijiste.

Lucindo.—Miente ¡por Dios!

Nise.—Mas ¡ay triste!

Que Nuño disimulado

En el traje que solía,

Me halló dándole la mano,

Porque vengarme quería

Y va tras él.

Bato.—Ya es envano

Querer seguir su porfía.

Lucindo.—Pues ¿tan presto a tu venganza

Diste lugar!

Nise.—Soy mujer.

Lucindo.—¿Qué presto disculpa alcanza!

Bato.—Con esto suelen hacer

A cualquiera son mudanza.

ESCENA V

DON SANCHO, MENDO.—NISE, LUCINDO, BATO

Don Sancho.—Otra vez, Mendo, os dije en este prado

Que a un labrador a un Nuño me enseñasedes;

Y agora a esta gallarda labradora.

Mendo.—Si os llevais, mi Señor, de aquesa suerte

Los vecinos de flor, en pocos días

Se pasará a la corte nuestra aldea.

Aquella es Nise.

Don Sancho.—Y por extremo hermosa.—

Esteis mil veces, Nise, enhorabuena.

Dadme esas manos y venid conmigo;

Que os llama el Rey.

Nise.—Como mirais villanos,

Con su ignorancia no buscastes prólogos

¡Que enhorabuena esté y que el Rey me llama!

Don Sancho.—A r is os miro yo como a señora.
Tanto que sois de Alfonso prima hermana.
La priesa es grande y ésta fue la causa
De no buscaros prólogos ni arengas.

Bato.—¡Nise prima del Rey!

Nise.—¡Qué es esto, cielos!

Don Sancho.—Por no poder pasar aqueste arroyo
Cuya pequeña puente es tan estrecha
Queda entre aquellos sauces la carroza
Con la gente que viene a acompañaros.
Suplicoos que no espere el Rey.

Nise.—Ni es justo

(Ap.) ¿Hay ventura tan grande! ¡Ay Nuño mío!
Hoy sí que soy tú igual. Hoy te merezco,
Hoy te quito del pecho a doña Blanca;
Quiérome ir porque al venir le digan
Que ya en Palacio estoy y que le igualo.
Vamos, Señor.

Don Sancho.—Por esta parte iremos,
Porque mejor en la carroza entremos.
(Vánse don Sancho y Nise).

ESCENA VI

LUCINDO, MENDO, BATO

Lucindo.—¿Qué te parece?

Bato.—No sé;

Mendo lo sabrá mejor.

Mendo.—¡Buena nos dejan a Flor,
Si Nise agora se fué!

Bato.—Calla, que aún tengo esperanza
Que han de volver por los tres.

Lucindo.—Si tales mudanzas ves,
Espera alguna mudanza.

Bato.—Yo ¿qué puedo ser del Rey?

Lucindo.—Pariente también serás.

Bato.—¡Pariente!

Mendo.—¿Es poco?

Bato.—¿No más?

Lucindo.—No dijera más un buey.

Bato.—Parientes todos lo son.

Lucindo.—¿Del Rey? ¿por quién?

Bato.—Por Adán.

Mendo.—Ved ¡qué volando que van!

Bato.—No importa; que habrá ocasión

En que vuelvan por nosotros,

Aunque no tengo pensado

Qué seré del Rey, ni he dado

En lo que seréis vosotros.

¿Seré yo su tío?

Lucindo.—No.

Bato.—¿No tengo cara de tío?

¿Su padre?

Lucindo.—¿Qué desvarío!

Bato.—Pero soy más mozo yo

¿Seré su nieto?

Lucindo.—Tampoco.

Bato.—Chozno del Rey vengo a ser.

Si se tardan en volver

Pienso que me torno loco.

ESCENA VII

NUÑO, Dichos.

Nuño.—¿Qué no le pude alcanzar

Ni con piedras ni con pies!

Mendo¿Es Nuño?

Bato.—Pues ¿no lo ves?

Mendo.—¿Nuño en aqueste lugar!

Nuño.—Estéis todos en buen hora.

Mendo.—¿Dónde bueno, caballero,

En el hábito primero?

Nuño.—¿No estaba Nise aquí agora?

Bato.—Nise estaba agora aquí;

Mas dame albricias; diré

Adónde fué y con quién fué.

Nuño¿Qué albricias, triste de mí

Ya no espero buen suceso!

Bato.—¿Es malo ser del Rey?...

Nuño.—¿Qué?

Bato.—¿Prima?

Nuño.—¿Prima!

Bato.—Sí, a la he.

Nuño.—¿Qué dices que pierdo el seso!

Lucindo.—Luego, ¿puede estarte mal,

Si eres tú tan gran señor,

Que se iguale a tu valor?

Nuño.—Antes, ya no soy igual;
Que sabed que el Rey me ha echado
De su corte...

Bato.—Pues allá
En una carroza va
Nise.

Nuño.—¡Ay Nuño desdichado!
Mendo.—La envidia, Nuño, sería
Quién te derribó tan presto.

Nuño.—Ella fué la que me ha puesto
En en lugar que solía.
Pero, ¿quién decís llevó
Mi bella Nise de aquí?

Mendo.—Don Sancho.

Nuño.—¡Don Sancho!

Mendo.—Sí.
Porque el Rey se lo mandó.

Nuño.—Tenga en eso la ventura
Que yo tuve porque vuelva
Nise como yo a esta selva,
Ya infierno sin su hermosura.

Bato.—¿Qué ya no eres caballero,
Ni aquellas calzas te pones,
La cuera con los botones
Y el emplumado sombrero?
¡Válate Dios por el mundo!
Parece comedia todo.

Nuño.—Sí, porque del propio modo
Es este el acto segundo.
Vestime de Rey, y al lado
De un Rey el acto acabé,
Y a ser labrador torné
Con el gabán y el arado.
Mas ¿qué haré, triste de mí,
Sin Nise en este destierro-
Subir quiero en aquel cerro,
Y mirarla desde allí.
Nise que a la Corte vas
Cuando de la Corte vengo,
Y cuando este gabán tengo
Al lado de un rey estás,
Mira que no me casé;
No te cases tú tampoco;
Advierte que el mundo es loco,

Y no es hoy lo que ayer fué.
 Espera, Nise por Dios;
 Que podrá ser que mañana
 Tú vuelvas a ser villana,
 Y nos casemos los dos.

Mendo.—Lástima, Nuño, me ha dado.

Bato.—Ya no quiero ser pariente

Del Rey, pues tan libremente

Echa parientes a un lado.

Lucindo.—Seguirle es muy justa ley,

No se mate.

Mendo.—Está perdido.

Bato.—¡Mira por dónde he venido

A no ser chozno del Rey!

(Vánse).

Sala en el Alkazar.

ESCENA VIII

DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA

Doña Blanca.—En fin, ¿Me estará más bien

Hacer favor a Tristán?

Doña Jimena.—Arias es gran capitán,

Arias es noble también;

Pero el apellido godo

De Tristán y la blandura

De su trato, y compostura

Que muestra en hablar y en todo,

Me obligan a que te diga

Que es más perfecta elección.

Doña Blanca.—Aún tengo a Nuño afición.

Doña Jimena.—Si la memoria te obliga

De imaginalle galán,

Mírale ya labrador.

Y cura amor con amor,

O pon su amor en Tristán.

ESCENA IX

DON ARIAS, TRISTAN, *sin ver a las damas.* Dichas

Tristán.—Adónde hay obligaciones

Tan grandes y confirmadas
 Con obras, sirvan de espadas,
 Arias Bustos, las razones;
 Porque si yo parte os dí
 De mi pensamiento y gusto,
 Alzaros con él no es justo.

D.^a Blanca (*Ap. a D.^o Jimena*).—¿Mas que riñen sobre mí?

D. Arias (*Ap. a Tristán*).—¿Qué importa haberme propuesto
 Que a Nise o a Inés quereis,
 Después que del Rey sabeis
 El lugar dónde la ha puesto?

Tristán.—Si cuando vos me contais
 Vuestro intento o desvarío,
 Yo os iba a decir el mío,
 Mal, don Arias, me pagáis
 Cosas que he hecho por vos;
 Y suplicoos que de Inés (*Ap. a don Arias*).
 No toméis por interés
 El servirla; que, por Dios,
 Que puede ser ocasión
 De descomponerlo todo.

Don Arias.—Yo soy Bustos.

Tristán.—Yo soy Godo.

D.^a Jimena.—(*Ap. a D.^o Blanca*).—¿No gustas de la quistión?

Doña Blanca.—Pues ¿Hay cosa como ver

Reñir dos competidores
 Quien causa sus desfavores?

Don Arias (*Ap. a Tristán*).—Doña Inés es mi mujer.

Tristán.—¿Cómo, si al Rey la he pedido!

Don Arias.—Yo se la he pedido al Rey.

Tristán.—¿Qué buena amistad!

Don Arias.—¿Qué ley!

Doña Blanca (*Ap*).—¿Buenos los pone mi olvido!

Tristán (*Ap, a don Arias*).—Palabra me habeis de dar
 De no Pretender a Nise.

Don Arias.—Eso es querer que os avise

Que no la habeis de mirar,
 Porque soy mejor que vos.

Tristán.—Mentís.

Don Arias.—Si la lengua agravia,

El acero desagravia.

Doña Jimena.—Teneos.

Doña Blanca.—Tente por Dios.

Tristán.—A no estar aquí la hermana

Del Rey..

Don Arias.—Si Blanca no fuera

Quien me tuviera, aquí diera
Fin a tu esperanza vana.

Doña Blanca.—Arias, con menos braveza;

Que fuera de ser aquí,
Me pesa de que por mí
Se muestre tanta fiereza.
¿Cuándo os he favorecido
Tanto, que pueda el favor
Obligaros al rigor

Que habeis con Tristán tenido?

Y vos, Tristán, ¿qué razón

Teneis tan favorecida

De mi parte, si en mi vida

Os tuve amor ni afición?

¿Quién duda que ya los dos

Del favor de que os preciais

Que os he hecho, os alabais?

Don Arias.—¡Muy bueno es esto, por Dios!

¿Quién te ha dicho, Blanca a tí

Que por tí saqué la espada?

Tristán.—Blanca, tú estás engañada.

Doña Blanca.—Pues ¿no es la cuestión por mí?

Tristán.—No, sino por doña Inés,

Prima del Rey, labradora,

Que traen del monte agora.

Doña Blanca.—¿No es por mí?

Don Arias.—Por ella es.

Doña Jimena.—¿Qué fría, Blanca, has quedado!

Ver reñir competidores

Es gran gusto.

Doña Blanca.—Ya, señores,

Que aquí os habeis declarado,

En vuestra vida me habéis.

(Ap.).—Si mil galanes buscara,

Esta Inés me los quitara.

Doña Jimena.—Amigos que dar teneis.

Tristán.—¿Cómo si estoy ofendido!

Doña Jimena.—En Palacio no hay, Tristán,

Agravio, ni en el galán

Que esto hubiera respondido

Yo lo mondo: dad la mano

A don Arias.

Doña Blanca.— El Rey sale.

ESCENA X

DON ALFONSO, NISE. DON SANCHO. DOÑA JIMENA,
DOÑA BLANCA, DON ARIAS, TRISTAN

Don Alfonso.—No hay belleza que la iguale.

Dejad el traje villano,

Prima, y el Nise también.

De hoy más, Inés os llamad.

Nise.—Las manos, Señor, me dad.

Jimena.—Haced que la den

Vestidos a vuestra prima,

Conformes a su valor.

Doña Jimena.—Debeis, Señora, a mi amor

El gusto con que os estima.

Nise.—Hállome tan atajada,

Como quien fué labradora.

Don Sancho.—Y ha tampoco que es señora,

Que aún piensa que está engañada.

Nise.—Suplicoos me déis los pies.

Doña Jimena.—Dejad, prima la humildad.

A doña Blanca abrazad,

Que muy vuestra deuda es.

Nise.—Dadme, Señora, esos brazos,

Y por vuestra me tened.

Doña Blanca.—Haceisme mucha merced.

(Ap.)—¡Quién os hiciera pedazos!

Don Sancho.—Contento en extremo estoy

Del valor de doña Inés.

Don Arias (Ap.)—Aunque esta ocasión no es

Para hablarle a hablarle voy.

Tristán (Ap.)—Puesto que ocasión no sea

De hablar al Rey, quiero hablalle.

Don Arias (Ap.)—La mano quiero ganalle

Que éste ganarme desea.

Tristán (Ap.)—Ganaréle por la mano.

Cielos mis intentos veis.

Don Arias Señor...

Tristán.—Señor...

Don Alfonso.—¿Qué queréis?

Don Arias (Ap.)—Tarde llego.

Tristán (Ap.)—Llego en vano.

- Don Alfonso.—¿Quién os ha dicho que a dos
A un tiempo escuchar podía?
- Don Arias.—Señor, si yo te he servido...
- Tristán.—Señor, si yo te he obligado...
- Don Alfonso.—Supuesto que Dios me ha dado
A cada lado un oído,
No sé si podré entender
Dos razones diferentes.
- Don Arias.—Por haber tantos presentes,
Que envidia me han de tener,
Me anticipo a suplicarte...
- Tristán.—Señor, lo que yo te pido
Es que habiéndote servido
En la guerra, en cualquier parte,
Con mis vasallos y hacienda,
Que me has mandado acudir...
- Don Alfonso.—Yo bien sé que os puedo oír;
Mas no sé cómo os entienda.
- Don Arias.—Señor, mi demanda es
Que con doña Inés me cases.
- Tristán.—Yo querría que empleases
En mi casa a doña Inés.
- Don Alfonso.—Arias respondo que a tí
No puedo dártela agora,
Porque aun está labradora.
¿Entiéndeslo?
- Don Arias.—Señor, sí.
- Don Alfonso.—Y a tí, Tristán, que es rigor
Casarla sin descansar.
Después nos queda lugar.
¿Entiéndeslo?
- Tristán.—Sí, Señor.
- Don Arias (*Ap.*).—¿Qué mal el Rey me ha pagado!
- Tristán (*Ap.*).—¿Qué mal el Rey me pagó!
- Don Alfonso (*Ap.*).—¿Qué necio Tristán me habló!
Y don Arias ¡qué pesado!
Lleva a mi prima, Jimena,
A descansar y mudar
El traje (*Vase*).
- Don Sancho (*Ap. a doña Jimena*).—¿Qué no hay lugar
Para decirte mi pena?
- Doña Jimena (*Ap. a don Sancho*).—Con ocasión de traer
A doña Inés un recado
Me hablarás, ven a mi estrado
Que te quiero componer. (*A Nise*).
- Nise.—Son favores soberanos;
Que compuesta de vos hoy,

Bien podré decir que soy
 Hechura de vuestras manos.
(Vanse doña Jimena, Nise y don Sancho)
 Doña Blanca *(Ap.)*.—Mis celos y envidia crecen!
 Todo lo lleva tras sí. *(Vase)*.

ESCENA XI

DON ARIAS, TRISTAN

Tristán.—Basta, que pierdo por tí
 Los favores que me ofrecen;
 Basta, que siendo tu amigo,
 A ser mi enemigo sales.

Don Arias.—En ocasiones iguales
 Tú quieres ser mi enemigo.
 Mas, por Dios, que ha de costarte
 La vida la pretensión.

Tristán.—Dijérasme esa razón,
 Don Arias, en otra parte.

Don Arias.—¿No me conoces?

Tristán.—Y a mí

¿Conócesme?

Don Arias.—Doña Inés

Ha de ser mía.

Tristán.—Eso es

Si el Rey te la diere a tí.

Don Arias.—Hoy quedamos enemigos
 Y de Inés competidores.

Tristán.—No hay enemigos mayores
 Que los que fueron amigos.

(Vanse)

Patio del Alcázar.

ESCENA XII

N U Ñ O , B A T O .

Bato.—¿Adonde vas sin sentido?,
 Que hasta León no has parado?

Nuño.—Desde que dejé el ganado
Voy perdido.

Bato.—Y ¡qué perdido!
Mira que han de conocerte;
Que a Palacio llegas ya.

Nuño.—Bato, el que sin seso va,
¿Como temerá la muerte?

Bato.—Habiéndote desterrado
El Rey, ¡te vuelves aquí!

Nuño.—Oye un pensamiento.

Bato.—Dí.

Nuño.—Alfonso ¿no me ha mandado
Volver a mi tierra?

Bato.—Pues...

Nuño.—La tierra ¿no es el lugar
Donde se ha de descansar
Que la propia el centro es?

Bato.—Eso claro está.

Nuño.—Pues yo a Nise por centro tengo.
Si él la tiene aquí yo vengo
A hacer lo que él me mandó.
Mi tierra y descanso es Nise;
Yo vengo adónde ella está.

Bato.—¿No ves que no es tierra ya
Para que nadie la pise?
Pisa ya alfombras de seda
Y almohadas de brocado.

Nuño.—Pues pise a Nuño de Prado
Que tan angostado queda.
Nise mía, Nise hermosa,
Tus ojos del prado ausentes,
Hacen crecer a sus fuentes
La creciente caudalosa.
Vuelve, Señora, a tu prado,
Adonde tantos amores
Harán esmaltes y flores
A tu blanco pie nevado.
Cuando yo fui caballero,
No te dejé por villana;
Cuando tú eres cortesana,
No me dejes por grosero.

Bato.—Vete, don Nuño, despacio;
La muerte buscando vas
Pues que tales voces das
Por los patios de Palacio,
En que te escuchen repara.

Nuño.—Nise mía, vuelve a ver

Estas lágrimas correr,
 Que están bañando mi cara.
 Caballero, te estimé,
 Y yo creo que lo soy;
 Así por envidia estoy,
 Que no por mi culpa fué.
 Nise bellisima advierte
 Que fuiste ayer labradora;
 Y si me dejas agora,
 Nuño se dará la muerte.
 Mármoles, doleos de mí,
 Pues que Nise no responde.
 Pero, si el Rey me la esconde,
 ¿Para qué la culpo así?

Bato.—Subir a los corredores
 Es locura temeraria.

Nuño.—Cuando es la vida contraria,
 No hay respeto ni hay temores.
 Dulce Nise, Nise mía,
 ¿Quién os trajo entre los reyes,
 De entre las cabras y bueyes
 Que Nuño guardar solía?
 Fuera de tu centro estás;
 No dures en esta ausencia;
 Mira, mi bien, que es violencia.

Bato.—!Nuño!...

Nuño.—Adiós.

Bato.—Terrible estás.

ESCENA XIII

FERNAN NUÑEZ. DON ARIAS, TRISTAN, NUÑO, BATO.

Fernán Núñez.—Entre amigos tan grandes no era justo
 Querer averiguar con las espadas

Lo que es razón que con razones sea.

Don Arias.—Tú seas, Fernán Núñez, bien venido;

Que como a caballero castellano

Y embajador del Conde de Castilla,

Yo te respeto como al mismo conde,

Y paso por el medio que has tomado.

Tristán.—Luego que tú, Fernando, compusiste

Con estas suertes nuestro injusto pleito,

Te obedecí; prosigue en lo que falta.

Fernán Núñez.—Yo he puesto de mi letra vuestros nombres

En aquestas dos cédulas, y agora
 Las deposito y pongo en el sombrero.
 Aquí dice *Tristán*, aquí *don Arias*.
 El primer inocente que se ofrezca,
 O paje o niño meterá la mano;
 Si sacare don Arias, suya sea
 La Nise o doña Inés; si *Tristán* dice,
 Que sea de *Tristán*.

Don Arias.—Allí sospecho que están unos villanos
 Y esos bastan.

Fernán Núñez.—Pues no se ha de quitar de aquí ninguno.

Don Arias.—No te replico en nada.

Tristán.—Aquí te espero.

Fernán Núñez.—Diré verdad, a fe de caballero.

(*Llega a Nuño*).

Esteis en buen hora, amigos.

Nuño.—Vengais en mejor que estoy.

Fernán Núñez.—Sabed que a componer voy

A dos grandes enemigos.

Pretenden aquellos dos

Una dama hasta matarse,

Sobre cuál ha de emplearse

En servilla.

Nuño.—¡Bien por Dios!

Fernán Núñez.—Traigo los nombres aquí,

Y el de la dama.

Nuño.—¿Quién es?

Fernán Núñez.—Una Nise o doña Inés.

Poco os va a vos.

Nuño.—¿Poco a mí?

Fernán Núñez.—Meted, buen hombre, la mano;

Que el que acertase a salir,

Por mujer la ha de pedir

(*Ap.*).—¿Qué inocente es el villano!

Nuño.—¿Sois de aquí vos?

Fernán Núñez.—Soy, buen hombre,

Embajador de Castilla.

(*Ap.*).—¿Qué inocencia tan sencilla!

Y es Fernán Núñez mi nombre.

Para el Conde, mi señor,

Vengo a pedir de Jimena

La prima hermana.

Nuño.—(*Ap.*) ¿Qué pena

Tiene algún hombre mayor!

Meto la mano.

Fernán Núñez.—Mostrad.

Nuño.—Yo sé leer.

Fernán Núñez.—¿Vos?

Nuño.—Yo, pues.

Aquí dice doña Inés.

Fernán Núñez.—Pues, alto, el nombre sacad
Del que ha de ser su marido.

Nuño.—Eso, ya no hay para qué,
Porque el nombre yo le sé
Del que ha de serlo y lo ha sido;
Y decidles a los dos
Que ¿para qué es pretender
A quién es de otro mujer?

Fernán Núñez.—¿Qué decís?
Esto, por Dios.
Mas si se les ha olvidado,
Decid, Fernán Núñez, que es
La señora doña Inés
Mujer de Nuño de Prado;
Y que con este bastón,
Aunque ya espada ceñí,
Defenderé que es así.

Fernán Núñez.—Puesto me has en confusión.
¿Quién es don Nuño?

Nuño.—Yo soy.

Fernán Núñez.—Llegaos, señores, acá.
La suerte ha salido ya.

Don Arias.—Y ¿Por quién?

Nuño(Ap.).—;Confuso estoy!

Fernán Núñez.—Salió por Nuño de Prado
Que es el que teneis presente.

Don Arias.—¿Tú vienes tan libremente
Habiéndote desterrado,
Hasta el Palacio real!

Nuño.—Vengo en busca de una oveja
Que en su nevada pelleja
Tiene mi roja señal.
Sé que hay dos lobos aquí
Que me la quieren comer,
Y véngola a defender.

Tristán.—Loco está.

Don Arias.—Pienso que sí.

Tristán (Ap. a don Arias).—Déjale; que es hombre fuerte,
Celoso y determinado.

Don Arias.—El viene desesperado
Y sin temor de la muerte.
Al Rey demos cuenta desto.

Fernán Núñez.—Decidme lo que es.

Tristán.—Entrad,

Ya lo sabréis.

Bato.—Ya es crueldad,

Nuño, hablar tan descompuesto.

Nuño.—¡Ay Bato! ¡Pluguiera a Dios

Que estos viles no se fueran,

Sino que ocasión me dieran

Para matar a los dos!

¿Ves cuál se van las gallinas,

Tan encogidas las alas?

Bato.—¿Mas que te entras por las salas?

¿Adónde, Nuño, caminas?

(*Vánse*).

Sala en el Real Alcázar.

ESCENA XIV

NUÑO, BATO, UN PORTERO.

Nuño.—Déjeme llamar aquí.

Portero.—Labradores, ¿dónde váis?

Nuño.—¿Sois quién abris o cerráis

Esta puerta?

Portero.—Hermano, sí.

Nuño.—Pues, decir, señor portero,

A Nise o a doña Inés

(Si ya este nombre no es

Bueno por ser el primero)

Que dos villanos de Flor,

En la aldea a do vivía,

Cuando el prado honrar solía

A quién tuvo tanto amor,

La traen cierto presente.

Portero.—Por ser cosa tan segura,

Voy.

Nuño.—El cielo os dé ventura,

Y la vida y honra aumente.

(*Vase el portero*)

Bato.—¿Qué haces?

Nuño.—Ya ¿no lo ves?

Intento cosas de loco.

Bato.—La vida tienes en poco.

¿Tú hablar a doña Inés!

Nuño.—A doña Inés quiero hablar,

Y en hablándola morir.

Bato.—Pues ella ¿podrá salir?

Nuño.—Mi nombre la hará lugar.

ESCENA XV

EL PORTERO, NISE. NUÑO, BATO

Nise (*Al portero*).—¿Villanos de Flor a mí?

Nuño.—Sí que ya somos villanos

Como otros son cortesanos.

Nise.—Señor, ¡tú llegas aquí!

Nuño.—¿Dónde no podrá llegar

Un hombre desesperado?

¿Qué palacio, qué sagrado

No se atreviera a pisar?

Nise (*Ap. a Nuño*).—Detente, por Dios, mi bien;

Juróme a vos (y lo creo,

Nuño.—(*Ap. a Nise*). Yo sabré encubrir mi nombre.

Y sabré morir también.)

Díjome Nuño de Prado

Que las manos os besaba,

Y que allá muy triste estaba

Después que le habeis dejado.

Y a la fe tiene razón,

Porque ya con tanta seda

No habrá labrador que pueda

Teneros conversación.

Mira que te escucha este hombre.

Porque en juraros a vos,

No hay cosa después de Dios

Que estime con más deseo)

Que se quería morir,

Y lo andaba procurando.

Nise.—Yo, amigo, estoy deseando

Que pueda Nuño vivir.

Nuño.—¿Vos?

Nise.—Yo pues.

Nuño.—¡Mal me haga Dios

Si no mentis!

Nise.—Calla, amigo.

Nuño.—Verdades, señora, os digo;

Porque ya ¿qué podeis vos?

El villano, vos señora,

El desterrado, vos prima

Del Rey, él que desestima

La vida, vos viva agora,

El con grosero vestido,

Vos cubierta de oro y seda,
El, que sin vos muerto queda,
Vos que ya teneis marido,
¿Qué bien le podéis hacer,
Ni qué gusto desear?
Yo sé que le quiso dar
A Blanca el Rey por mujer,
Y la estimó en una blanca,
No lo haréis vos de este modo,
Pues que ya con Tristán Godo
Y Arias Bustos sois tan franca.
Mas, señora doña Inés,
¿Qué fuera de un hombre triste,
A no haber muerte?

Nise.—¿En qué viste
Que esa su firmeza es?

Nuño.—En que a vos no os falta gusto
De verle entre tantas muertes,
Y en que los dos echan suertes,
Sobre la capa del justo.

Nise.—Decidle a Nuño de Prado,
Temeroso mensajero
Que aquello que quise quiero;
Que la mudanza de estado
No puede el alma mudar;
Y decid que pierda el miedo,
Porque ni casarme puedo,
Ni el Rey me puede casar.
Yo soy casada, y así
Le diréis que esté seguro
Que su libertad procuro,
Y le quiero más que a mí.

Nuño.—No digáis más; que eso basta
A darle vida, señora.

Nise.—Llevadle este abrazo.

Nuño.—Agora

La ausencia y muerte contrasta,
Los enemigos, y cuanto
Pueden celos en ausencia.

ESCENA XVI

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON ARIAS, TRISTAN, FERNAN NUÑEZ, DON SANCHO
Dichos.

Don Alfonso.—Ha sido mucha insolencia;
De su libertad me espanto.
Prenedle.

Don Arias (*A Nuño*).—Date a prisión.

Don Alfonso.—Prened al que está con él.

Bato.—¡A mí, Señor!

Nise.—¡Qué cruel
Fortuna!

Nuño.—Mis dichas son.

Don Alfonso.—Nuño, ¿no te desterré?

Pues ¿cómo vienes aquí?

Porque sin razón perdí

La gracia que en ti gané,

Porque pudieron traidores

Escurecer tu justicia.

Don Alfonso.—Llevadle, y por su malicia,

Al tercero en sus amores.

Bato.—¡Yo tercero!

Nuño.—En Dios espero

Venganza.

Bato.—Y ¿me han de azotar?

(*Llévanse don Arias y el portero a Nuño y Bato.*)

ESCENA XVII

DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, NISE,
DON SANCHO, FERNAN GONZALEZ, TRISTAN

Don Alfonso.—Bien pudieras excusar,
Inés, que un villano fiero,
Un desleal, se atreviera
A mi casa.

Nise.—No sabía
Su destierro.

Don Alfonso.—Hermana mía,

- Mucho esta mujer altera
El sosiego de mi casa,
Casarla quiero.
- Doña Jimena.—Harás bien.
- Don Alfonso.—Aconséjame con quién.
- Doña Jimena.—Con Arias Bustos la casa.
- Don Alfonso.—Tristán...
- Tristán.—Señor...
- Don Alfonso.—Llama luego
A don Arias, y hoy se case.
- Tristán (*Ap.*—¿Cómo sufro que esto pase?
Hoy me pierdo loco y ciego).
Señor, Arias no merece
A tu prima.
- Don Alfonso.—¿Por qué no?
- Tristán.—Porque es traidor, y sé yo
Que al más indigno se ofrece.
- Don Alfonso.—¿Traidor Arias!
- Tristán.—El ha sido,
Quién ha Nuño ha desterrado;
Que ningún hidalgo honrado
Con más lealtad te ha servido.
- Don Alfonso.—No me pudieras, Tristán,
Decir nueva de más gusto,
Si esto es cierto, y no es disgusto,
Que envidia y celos te dan.
Mas don Arias viene aquí.
Retírate a aquella parte.

ESCENA XVIII

DON ARIAS *Dichos*

- Don Arias.—Ya queda preso.
- Don Alfonso.—Aquí aparte, quiero informarme de ti.
- Don Arias.—¿De qué. Señor?
- Don Alfonso.—Yo querría
Dar a mi prima a Tristán;
Pero parlado me han
(Creo que envidia sería)
Que don Nuño está inocente,
Y que Tristán levantó
Aquel testimonio, y yo
Le he hablado y dice que miente
Quién me lo ha dicho y contado;
Que tú fuiste.

- Don Arias.—Gran Señor,
El miente, como el amor
De doña Inés le ha engañado;
Que no sólo levantó
A don Nuño que escribía
A Muza, pero aquel día
Al preso Ordoño mató.
- Don Alfonso.—Pues tú, ¿cómo sabes eso,
Si no es que fuíste con él?
- Don Arias.—Yo lo supe después del
Por un extraño suceso.
- Don Alfonso.—Jimena...
- Doña Jimena.—Señor...
- Don Alfonso (*Ap. a doña Jimena*).—¿No sabes
Como está Nuño inocente?
- Doña Jimena.—¡Válgame el cielo!
- Don Alfonso.—Detente;
Que estas cosas son muy graves.
Arias y Tristán lo han hecho
De envidia.

ESCENA XIX

MENDO *Dichos*

- Mendo.—Tengo de entrar,
Aunque no me den lugar.
- Don Alfonso (*Ap.*—Mayores males sospecho).
¿Qué quieres, hombre, dí?
- Mendo.—Quiero
Por Nuño hablarte, Señor,
Aunque tan vil labrador,
Por tan grande caballero.
- Don Alfonso.—¿Por Nuño!
- Mendo.—Impórtate mucho,
Y a él la vida le importa.
- Don Alfonso.—De prevenciones acorta.
- Mendo.—Ecucha un poco.
- Don Alfonso.—Ya escucho.
- Mendo.—El Rey Fruela, tu padre,
Andando una tarde a caza,
En Flor, mi pequeña aldea,
Vió a una gallarda aldeana
Que en el prado de los chopos

Junto a un arroyo guardaba
Blancas ánades, que hacían
Sus aguas copos de plata.
Apeóse del caballo,
Y, antes que la luna blanca,
Saliese a ilustrar la noche,
Con ruegos y con palabras,
Rindió su inocente pecho,
Tanto que al salir el alba,
De vergüenza de Ramira,
Mostró más roja la cara.
Volvióse el Rey a la Corte,
Y Ramira a su cabaña,
Dejándola aqueste anillo;
Mas la muerte, que no guarda
Respeto a coronas de oro
Más que a sombreros de paja,
Llevóse a tu padre; el modo
Bien lo sabe toda España.
Parió Ramira, y temiendo
Que si contaba la causa
No había de ser creída,
Quiso dilatar su infamia.
Echó el niño, entre unos juncos,
Y con estas tristes ansias
Murió aquella misma noche,
Diciéndome esto en su cama.
Yo busqué el niño aquel día
Sin hallarlo. ¡Cosa extraña!
Que al volverme, el gran Bermudo,
Siguiendo la retaguardia
De Muza, le halló en los juncos
Con el cuento de la lanza.
Díomele a criar allí,
Temiendo que le pesara
A tu padre de tenerle,
Aunque era Ramira hidalga;
Que su padre por los moros
Perdió su hacienda, y estaba
Retirado en esta aldea.
Dile del bautismo el agua
Al niño, y lláméle Nuño;
Que así Bermudo me manda.
Hízose mozo valiente,
A quien, cuando de Navarra
Veniste, te dió Bermudo,
Y tú a él nobleza y armas;
Que el sobrenombre de Prado

Justamente se lo llaman,
 Porque en prado lo engendraron,
 Y en prado fué su crianza.
 Agora que le destierras
 Por envidias de tu gracia,
 Hablé a Bermudo, que queda
 De gota enfermo en la cama.
 Mandóme venir a tí
 En tanto que él se levanta,
 A decirte que a tu hermano
 Poca justicia le guardas.

Don Alfonso.—Conozco el real anillo,
 Y tuviera a grandes gracias
 El tomar por dos traidores
 En su inocencia venganza.
 Con aqueste labrador (*A don Sancho*).
 Iréis, Señor de Saldaña,
 Y traeréis de la Prisión
 A don Nuño.

Don Sancho.—Lo que mandas
 Haré, Señor, al momento.
 (*Vánse don Sancho y Mendo*).

ESCENA XX

**DON ALFONSO, DOÑA JIMENA, DOÑA BLANCA, DON
 ARIAS, FERNAN NUNEZ, NISE, TRISTAN**

Don Arias.—¡Hay más notable desgracia!

Tristán(*Ap.*).—¡Qué poco importan traiciones

Contra verdades tan claras!

¡Mal haya el hombre que en ellas

Fundare sus esperanzas!

Don Alfonso.—Caballeros (aunque el nombre

De caballeros se agravia

Viéndose puesto en vosotros),

¿Qué pensamiento, qué traza

Para el fin que pretendistes

Era decir que intentaba

Don Nuño de darme muerte,

Siendo un hombre en quien se halla

Tanta nobleza y valor?

Que cuando no me informara

Mi tío que era mi sangre,
 En sus virtudes hallara.
 Para probar que era noble,
 Sólo aquesto le faltaba;
 Pues siempre a los que lo son
 Les persigue gente ingrata.
 Si el sentimiento teneis
 Como teneis para él causa,
 Para sentir tanta afrenta
 Un alma sola no basta;
 Mas yo juzgo de la vuestra
 Que siente bien poco o nada;
 Que alma que consiente afrentas,
 Sabrá bien disimularlas.
 Y muestra bien mi verdad
 Lo que miro en vuestras caras;
 Pues la vergüenza del caso
 No las ha puesto encarnadas.
 Mas como a prueba de injurias,
 Las teneis hechas, no pasan,
 A ellas muestras algunas
 De las que fabrica el alma;
 Fuera de que es sangre noble
 Aquella con que repara
 El corazón los afectos
 De las otras partes flacas.
 Como esta nobleza ya
 En vosotros no se halla,
 No me espanto que no acuda
 Ninguna sangre a la cara.

ESCENA XXI

NUÑO, DON SANCHO, MENDO, BATO

Dichos.

Nuño.—Decid ¿Qué me quiere el Rey?

Don Sancho.—Daros libertad y gracias
 Por vuestro valor, don Nuño.

Nuño.—Señor Conde de Saldaña,
 No tengo mucho valor;
 Pero el que me anima el alma

Por mi razón volverá.

Don Alfonso.—Nuño.....

Nuño.—Señor ¿Qué me mandas?

Don Alfonso.—Que me des aquesos brazos.

Nuño.—Ya de lo que es justo pasas.

¡Hoy ponerme en la prisión

Con tan crueles palabras,

Y agora tanto favor!

Yo no te entiendo.

Don Alfonso.—Levanta;

Que yo hice información

Falsamente; que no faltan

Los Reyes a lo que son,

Sino por traidores.

Nuño.—Basta.

Don Alfonso.—Tú eres mi hermano, don Nuño,

Y solo el serlo bastara

Para que yo no creyera

Traiciones tan declaradas.

Pero si dos caballeros

Como Tristán y don Arias

Me lo dijeron, ¿qué había

de hacer?

Nuño.—Disculpa es harta.

De que yo tu hermano sea

Doy al cielo muchas gracias;

Que en efecto es obra suya.

Más de lo que me imputaban,

No como a hijo de Rey,

Pues serlo no lo pensaban,

Sino como a un labrador

Favorecido en tu casa;

Antes de tratarme en ella

Como a quien soy; la venganza

De mis manos solamente

Pienso tomar, y alcanzada

La licencia que te pido,

Los desaffio a que salgan;

Que yo solo a los dos juntos

Les mostraré que es su infamia

La mayor que en pechos de hombres

Ha publicado la fama.

Y no hago mucho en salir

Con los dos, pues solo basta

Un agraviado sin culpa

Contra diez, si diez le agravian;

Que la razón poderosa

Vence más que no las armas.

Y la que tengo me anima,
 Tanto que si aquí se hallaran
 Cuantos Vellidos (1) ha habido
 Desde la traición más alta,
 Y los que tiene de heber,
 Todos juntos los matara.
 Ea, infames ofensores
 De un hombre que os estimaba
 Por sus amigos un tiempo,
 Aunque en esto se engañaba,
 Si lo que hablais con la lengua
 Lo defendeis con la espada
 Contra las cobades vuestras
 La mía se desenvaina;
 Aunque pienso que es tan noble,
 Que por no quedar manchada
 Con la sangre de traidores
 No entrará en vuestras entrañas.

Pero cuando ella os perdone,

Mi cólera sola basta

Para matar dos cobardes.

¿Qué mirais? Desenvainadlas.

Don Alfonso.—¡Ah don Nuño! ¿Qué es aquesto?

¿Para qué mayor venganza

Que la confesión que han hecho?

Nuño.—Rey Alfonso, esa no basta;

Que si para cualquier hombre

Es aquesa la ordinaria,

Soy hijo del Rey, y es justo

Que yo la tome más alta.

Don Alfonso.—Sobre mí tomo tu honra.

Nuño.—Pues con aquesa palabra

Reporto, Señor, mi enojo.

Don Alfonso.—Otra ha de ser la venganza.

Nuño.—Tan noble soy, que si están

Convencidos y declaran

Que les pesa de lo dicho

Les remitiré su infamia.

Don Alfonso.—Pues habrán do menester.

Y vos decid la embajada,

Embajador de Castilla,

Decidme lo que me manda

Su Conde y Señor.

Fernán Núñez.—Alfonso

Esto pide, si te agrada,

Viendo que se ha de casar

(1) La palabra Vellido está empleada aquí en lugar de traidor; Vellido Dolfos nació más de dos siglos después.

Para tener sucesor,
Y que esto es fuerza en rigor,
Y no se ha de dilatar
Por su mujer me mandó
Pedir la Blanca que estima.

Don Alfonso.—Digo que es suya mi prima.

Doña Blanca.—El favor estimo yo.

Nise.—Dadme, Señora, los pies

Por Condesa de Castilla.

Doña Blanca.—Yo os doy la primera villa
En que entrare, doña Inés.

Don Alfonso.—Eso de dar, a los Reyes

Toca, yo doy a mi hermano

A doña Inés, que es en vano

Poner a los gustos leyes.

Ellos se quieren, y es ley

Que ellos se gocen.

Nuño.—Señor.

En don de tanto valor

Veo lo que puede un Rey.

Don Alfonso.—Doy a estos dos labradores

Su aldea, y alrededor

Tres leguas; y pues en Flor

Se halló el prado destas flores

En ti y en tus descendientes

Quedará el nombre de Prado.

Bato.—;Pardiós que el Rey es honrado,

Y trata bien sus parientes!

Todo es burla, todo es vano,

Aunque hayas guardado bueyes,

Sino andarte tras los reyes;

Que al fin dan tarde o temprano.

Don Alfonso.—Los dos traidores le doy

A Nuño que los castigue.

Don Arias.—Si ya es razón que te obligue

El ver que a tus pies estoy,

Por don Tristán y por mí

Misericordia te pido.

Nuño.—A Inés os doy; que ella ha sido

La piedad que vive en mí.

Nise.—Pues yo les doy el perdón.

Tristán.—España toda te alabe.

Nuño.—Y aquí la comedia acabe

De Los Prados de León.

ciendo lo v
ha prodo.

COMITA

Roma 22.-
mentanavor
de Hitle a
calma y conc

LO DOG

Varsoia, 2
acoge en a
Hitler y one
mente s ton

LAPRE

Londrs, 2
gleses omer
elogio e disc
que haci alg
que merce
fundo. No ni
rácter si in
aunque hay
ras. "Nws (C
empe sui i
"E. Ines'
gia y die qu
y maganin
desde lego
del diserso

LA

Paris 22.-
ce ses obs
respecta la
tler y pner
ciendo gur
brar la lesa
de los tebl
deran bil
tan va a
ciones en
Francie per
ceridad En
en fav de
tienen as
su ton e a

POR LEON

Biblioteca de Asuntos y Autores Leoneses

El mejor Alcalde el Rey

Y

Comedia de

LOPE DE VEGA CARPIO,

editada por

"EL DIARIO DE LEON"

para asociarse a la celebración
del centenario de su muerte

Año de 1935

PARA LEON

El mejor Alcalde el Rey

Comedia de

LOPE DE VEGA CARPIO

editada por

EL DIARIO DE LIOX

para asociarse a la celebración

del centenario de su muerte

Introducción

El crítico alemán Klein dijo que " esta comedia (EL MEJOR ALCALDE EL REY), por su agradable sencillez, por el profundo sentimiento de la justicia que revela y por su perfecta e intachable ejecución es la obra maestra de Lope de Vega y una profunda obra de arte que pesa tanto como mil, por lo menos, de sus dos mil piezas sin exceptuar las más brillantes".

No es fácil escoger, como hace Klein, de entre las obras de Lope de Vega una que pueda ser considerada como la mejor. LA ESTRELLA DE SEVILLA, FUENTE OVEJUNA, PERIBANEZ y EL CABALLERO DE OLMEDO nada tienen que envidiar al EL MEJOR ALCALDE. Sin embargo, las frases del crítico alemán indican que estamos ante una obra maestra del teatro español.

Dos de los tres grandes sentimientos que sobre todos los demás exalta nuestro teatro son base de esta comedia histórico-legendaria que sobre la base de un pobre relato de la CRONICA GENERAL creó el genio de Lope: el sentimiento de honor y el culto al monarca. Y realmente no se sabe si Lope quiso exaltar uno u otro o los dos al mismo tiempo. El sentimiento del honor no es la hipérbole calderoniana aristocrática y puntillosa, sino el honor popular no por elemental menos profundo. El monarca, Alfonso VII el Emperador, está presentado con sencillez y nobleza extraordinarias como realizador de la justicia y reivindicador del derecho a la felicidad que tienen los villanos tanto como los nobles. Es este uno de los temas favoritos de Lope de Vega; el rey amparando los derechos populares pisoteados por el poder abusivo de la nobleza es la misma figura que da tono moral a obras como PERIBANEZ, FUENTE OVEJUNA y EL ALCALDE DE ZALAMEA que refundió Calderón.

Como ocurre casi siempre en las comedias de Lope, es difícil señalar cual es el protagonista de EL MEJOR ALCALDE. ¿Es Elvira resistiendo enérgicamente la violencia de Don Tello? ¿Es este mismo Don Tello, representante genuino de la nobleza semifeudal y anárquica de aquellos tiempos, que sufre el castigo digno de su villanía? ¿Es el rey que domeña a la nobleza altiva e impone la Justicia, a los altos y a los bajos? ¿Es Sancho, el novio atropellado que busca su venganza y su remedio en la justicia del rey? Es inútil indagarlo; no es el teatro de Lope un teatro de protagonista, de tipo único o principal, sino un vasto espejo de la vida humana en todas sus dimensiones. No quiere esto decir que los tipos estén desdibujados en la comedia, no; Elvira, Don Tello, Sancho, Don Alfonso tienen el suficiente relieve pa-

ra dar vida intensa al relato épico que en la escena se desarrolla. Y decimos relato épico, porque esto es EL MEJOR ALCALDE, un episodio, puesto en acción, de la epopeya nacional que Lope canta en su teatro. Quien carece de relieve y justificación es el gracioso, a pesar de sus continuas intervenciones, que no sirve, como otras veces, para subrayar irónicamente el romanticismo de los personajes, ni para llamarlos a la realidad con sus donaires, ni mucho menos para parodiar en una acción secundaria la principal, como ocurre casi siempre en Calderón. Aquí el gracioso no tiene otro fin que intercalar algún chiste de vez en cuando para que el espectador pueda distraer por un momento su atención del paso rápido de la intriga.

Rapidez, agilidad, paso atropellado es nota característica del teatro lopesco, todo vida y acción. En EL MEJOR ALCALDE la acción es también rápida, vertiginosa, en escenas cortas que pasan al vuelo de las orillas del Sil donde está la quinta de Don Tello al palacio del rey en León; la obra rueda cinematográficamente en cuadros breves y sobrios que llevan la atención y la emoción, en ritmo de *allegro*, de personaje a personaje, de escena a escena, escalonándose hasta la situación final que resuelve el conflicto a gusto del público. Esta rapidez es consecuencia de la rara sobriedad de la acción; pocas comedias hay en el vasto repertorio lopesco tan sencillas, tan sobrias, tan rectilíneas sin complicaciones, sin episodios inútiles. Si alguna vez en el teatro español se cumple la norma aristotélica de la unidad de acción es en esta comedia en que la grandeza del tema se apoderó con tal violencia del alma de Lope que no le permitió intercalar nada que pudiera robar interés a la acción.

En la publicación de esta comedia coincide la celebración de dos centenarios: el del Fénix de los Ingenieros, "poeta del cielo y de la tierra" y el de Alfonso VII el Emperador cuya figura refulge con luz ideal de rey justiciero, de "el mejor alcalde".

A. G. DE LAMA

Personajes

SANCHO.

DON TELLO.

CELIO.

JULIO.

NUÑO.

ELVIRA.

FELICIANA.

JUANA.

LEONOR.

DON ALFONSO VII DE LEON Y CASTILLA

EL CONDE DON PEDRO.

DON ENRIQUE.

BRITO.

PELAYO.

FILENO.

CRIADOS.—VILLANOS.

ACOMPAÑAMIENTO.

Personajes

SANCHO
DON TELLO
CELIO
JULIO
NUNO
EVARA
FELICIANA
JANA
LEONOR
DON ALFONSO VII DE LEON Y CASTILLA
EL CONDE DON PEDRO
DON ENRIQUE
BRITO
PELAYO
VLENO
CRISTOBAL VILLANOVA
ACOMPANAMIENTO

Acto Primero

Campo a orillas del Sil.

ESCENA PRIMERA.

SANCHO.

ncho.—Nobles campos de Galicia,
Que, a sombra destas montañas,
Que el Sil entre verdes cañas
Besar la falda codicia,
Dais sustento a la milicia
De flores de mil colores;
Aves que cantais amores,
Fieras que andais sin gobierno,
¿Habéis visto amor más tierno
en aves, fieras y flores?
Mas como no podéis ver
Otra cosa en cuanto mira
El sol más bella que Elvira,
Ni otra cosa puede haber;
Así, habiendo de nacer
De su hermosura, en rigor,
Mi amor, que de su favor
Tan alta gloria procura;
No habiendo, más hermosura,
No puede haber más amor.
¡Ojalá, dulce Señora,
Que tu hermosura pudiera
Crecer, porque en mi creciera
El amor que tengo agora!
Pero, hermosa labradora,
Si en tí no puede creer
La hermosa, ni el querer
En mí; cuanto eres hermosa
Te quiero, porque no hay cosa
Que más pueda encarecer.
Ayer las blancas arenas

Deste arroyoyuelo volviste
 Perlas, cuando en él pusiste
 Tus pies, tus dos azucenas;
 Y por que verlos apenas
 Pude, porque nunca para,
 Le dije al sol de tu cara,
 Con que tanta luz le das,
 Que mirase el agua más,
 Porque se viese más clara.
 Lavaste, Elvira, unos paños,
 Que nunca blancos volvías;
 Que las manos que ponías
 Causaban estos engaños;
 Yo detrás destes castaños
 Te miraba con temor,
 Y vi que amor por favor
 Te daba a lavar su venda;
 El cielo el mundo defiende;
 Que anda sin venda el amor;
 ¡Ay Dios! ¿cuándo será el día
 (Que me tengo de morir)
 Que te pueda yo decir:
 "Elvira, toda eres mía?"
 ¡Qué regalos te daría!
 Porque yo no soy tan necio
 Que no te tuviese en precio,
 Siempre con más afición;
 Que en tan rica posesión
 No puede caber desprecio.

ESCENA II.

ELVIRA.—SANCHO.

Elvira(*Ap.*—Por aquí Sancho bajaba,
 O me ha burlado el deseo.
 A la fe que allí le veo;
 Que el alma me lo mostraba.
 El arroyuelo miraba
 Adonde ayer me miró.
 ¿Si piensas que allí quedó
 Alguna sombra de mí?
 Que me enojé cuando vi

Que entre las aguas me vió.)

¿Qué buscas por los cristales

Destos libres arroyuelos,

Sancho, que guarden los cielos,

Cada vez que al campo sales?

¿Has hallado unos corales

Que en esta margen perdi?

Sancho.—Hallarme quisiera a mí,

Que me perdí desde ayer;

Pero ya me vengo a ver,

Pues me vengo a hallar en tí.

Elvira.—Pienso que a ayudarme vienes

A ver si los puedo hallar.

Sancho.—¿Bueno es venir a buscar

Lo que en las mejillas tienes!

¿Son achaques o desdenes?

Albricias, ya los hallé.

Elvira.—¿Dónde?

Sancho.—En tu boca, a la he,

Y con extremos de plata.

Elvira.—Desvíate.

Sancho.—¿Siempre ingrata

A la lealtad de mi fe!

Elvira.—Sancho, estás muy atrevido.

Dime tú: ¿qué mas hicieras,

Si por ventura estuvieras

En visperas de marido?

Sancho.—Eso ¿cúya culpa ha sido?

Elvira.—Tuya, a la fe.

Sancho.—¿Mía? No.

Ya te lo dije, y te habló

El alma, y no respondiste.

Elvira.—¿Qué más respuesta quisiste,

Que no responderte yo?

Sancho.—Los dos culpados estamos.

Elvira.—Sancho, pues tan cuerdo eres,

Advierte que las mujeres

Hablamos cuando callamos.

Concedemos si negamos:

Por esto, y por lo que ves,

Nunca crédito nos des,

Ni crueles ni amorosas;

Porque todas nuestras cosas

Se han de entender al revés.

Sancho.—Según eso, das licencia

Que a Nuño te pida aquí.
 ¿Callas? Luego dices sí.
 Basta: ya entiendo la ciencia.
 Elvira.—Sí; pero ten advertencia
 Que no digas que yo quiero.
 Sancho.—El viene.
 Elvira.—El suceso espero
 Detrás de aquel olmo.
 Sancho.—¡Ay Dios!
 ¡Si nos juntase a los dos!
 Porque si no, yo me muero.
 (Escóndese Elvira.)

ESCENA III

NUÑO, PELAYO.—SANCHO, *distante de ellos.*

Nuño. (A Pelayo.)—Tú sirves de tal manera,
 Que será mejor buscar,
 Pelayo, quien sepa andar
 Más despierto en la ribera.
 ¿Tienes algún descontento
 En mi casa?
 Pelayo.—Dios lo sabe.
 Nuño.—Pues hoy tu servicio acabe;
 Que el servir no es casamiento.
 Pelayo.—Antes lo debe de ser.
 Nuño.—Los puercos traes perdidos.
 Pelayo.—Donde lo están los sentidos,
 ¿Qué otra cosa puede haber?
 Escúchame: yo quijera
 Emparentarme...
 Nuño.—Prosigue
 De suerte, que no me obligue
 Tu ignorancia...
 Pelayo.—Un poco espera;
 Que no es fácil de decir.
 Nuño.—De esa manera, de hacer
 Será difícil.
 Pelayo.—Ayer
 Me dijo Elvira al salir:
 "A fe, Pelayo, que están
 Gordos los puercos."

- Nuño.—Pues bien,
¿Qué la respondiste?
- Pelayo.—Amén,
Como dice el sacristán.
- Nuño.—Pues ¿qué se saca de ahí?
- Pelayo.—¿No lo entiende?
- Nuño.—¿Cómo puedo?
- Pelayo.—Estó por perder el miedo.
- Sancho (Ap.)—¡Oh, si se fuese de aquí!
- Pelayo.—¿No ve que es resquebro, y muestra
Querer casarse conmigo?
- Nuño.—¡Vive Dios!...
- Pelayo.—No te lo digo,
Ya que fué ventura nuestra,
Para que tomes collera.
- Nuño.—Sancho, ¡tú estabas aquí!
- Sancho.—Y quisiera hablarte.
- Nuño.—Dí.—
Pelayo, un instante espera.
(*Apártanse de Pelayo.*)
- Sancho.—Nuño, mis padres fueron como sabes,
Y supuesto que pobres labradores,
De honrado estilo y de costumbres graves.
- Pelayo.—Sancho, vos que sabeis cosas de amores,
Decir una mujer hermosa y rica
A un hombre que es galán como unas frores:
"Gordos están los puercos," ¿no inifica
Que se quiere casar con aquel hombre?
- Sancho.—¡Bien el requiebro al casamiento aplica!
- Nuño.—Bestia, vete de aquí.
- Sancho.—Pues ya su nombre
Supiste y su nobleza, no presumo
Que tan honesto amor la tuya asombre.
Por Elvira me abraso y me consumo.
- Pelayo.—Hay hombre que el ganado trai tan fraco,
Que parece tasajo puesto al humo;
Yo cuando al campo los cochinos saco...
- Nuño.—¿Aquí te estás, villano? ¡Vive el cielo!...
- Pelayo.—¿Habro de Elvira yo, son (1) del barraco?
- Sancho.—Sabido pues, Señor, mi justo celo...
- Pelayo.—Sabido pues, Señor, que me resquebra...

(1) Sino.

Nuño.—¿Tiene mayor salvaje el indio suelo?

Sancho.—El matrimonio de los dos celebra.

Pelayo.—Cochino traigo yo por esa orilla...

Nuño.—Ya la cabeza el bárbaro me quiebra.

Pelayo.—Que puede ser maeso de capilla,

Si bien tiene la voz desentonada,

Y mas cuando entra y sale de la villa.

Nuño.—¿Quiérello Elvira?

Sancho.—De mi amor pagada,

Me dió licencia para hablarte ahora.

Nuño.—Ella será dichosamente honrada,

Pues sabe las virtudes que atesora,

Sancho, tu gran valor, y que pudiera

Llegar a merecer cualquier señora.

Pelayo.—Con cuatro o seis cochinos que toviera,

Que estos parieran otros, en seis años

Pudiera yo labrar una cochera.

Nuño.—Tu sirves a don Tello en sus rebaños,

Es señor desta tierra, y poderoso

En Galicia y en reinos más extraños:

Decirle tu intención será forzoso,

Así porque eres, Sancho, su criado,

Como por ser tan rico y dadivoso.

Daráte alguna parte del ganado;

Porque es tan poco el dote de mi Elvira,

Que has menester estar enamorado.

Esa casilla mal labrada mira

En medio de esos campos, cuyos techos

El humo tiñe porque no respira.

Están lejos de aquí cuatro barbechos... (1)

Diez o doce castaños... Todo es nada (2),

Si el señor desta tierra no te ayuda

Con un vestido o con alguna espada (3).

Sancho.—Pésame que mi amor pongas en duda.

Pelayo (Ap.)—; Voto al sol, que se casa con Elvira!

Aquí la dejo yo; mi amor se muda.

Sancho.—¿Qué mayor interés que al que suspira

Por su belleza darle su belleza,

Milagro celestial que al mundo admira?

(1), (2) y (3) Estando este trozo escrito en tercetos, falta un verso que consuene con *barbechos* y *techos*, y otro que consuene con *nada* y *espada*.

- No es tanta de mi ingenio la rudeza,
Que más que la virtud me mueva el dote.
- Nuño.—Hablar con tus señores no es baja,
Ni el pedirles que te honren te alborote;
Que él y su hermana pueden facilmente,
Sin que esto, Sancho, a más que amor se note.
- Sancho.—Yo voy de mala gana; finalmente,
Iré, pues tú lo mandas.
- Nuño.—Dios con esto,
Sancho, tu vida y sucesión aumente.
Ven, Pelayo, conmigo.
- Pelayo.—Pues ¿tan presto
Le diste a Elvira, estando yo delante?
- Nuño.—¿No es Sancho mozo, noble y bien dispuesto?
- Pelayo.—No le tiene el aldea semejante,
Si va a decir verdad; pero en efecto
Fuera en tu casa yo más importante,
Porque te diera cada mes un nieto.
(*Vánse Nuño y Pelayo.*)

ESCENA IV

SANCHO; después, ELVIRA.

- Sancho.—Sal, hermosa prenda mía;
Sal, Elvira de mis ojos.
(*Sale Elvira.*)
- Elvira (*Ap.*)—¡Ay, Dios! ¡Con cuántos enojos
Teme amor y desconfía!
Que la esperanza prendada,
Presa de un cabello está.
- Sancho.—Tú padre dice que ya
Tiene la palabra dada
A un criado de don Tello:
¡Mira qué extrañas mudanzas!
- Elvira.—No en balde mis esperanzas
Colgaba amor de un cabello.
¿Que mi padre me ha casado,
Sancho, con hombre escudero?
Hoy pierdo la vida, hoy muera.
Vivid, mi dulce cuidado;
Que yo me daré la muerte.

Sancho.—Paso; que me burlo, Elvira.

El alma en los ojos mira,

Dellos la verdad advierte;

Que, sin admitir espacio,

Dijo mil veces que sí.

Elvira.—Sancho, no lloro por tí,

Sino por ir a palacio;

Que el criarme en la llaneza

Desta humilde casería,

Era cosa que podía

Causarme mayor tristeza.

Y que es causa justa advierte.

Sancho.—;Qué necio amor me ha engañado!

Vivid, mi necio cuidado;

Que yo me daré la muerte.

Engaños fueron de Elvira,

En cuya nieve me abraso.

Elvira.—Sancho, que me burlo, paso.

El alma en los ojos mira;

Que amor y sus esperanzas

Me han dado aquesta lición.

Su propia difinición

Es que amor todo es venganzas.

Sancho.—Luego ;ya soy tu marido?

Elvira.—;No dices que está tratado?

Sancho.—Tu padre, Elvira, me ha dado

Consejo (aunque no le pido)

Que a don Tello, mi señor,

Y señor de aquesta tierra,

Poderoso en paz y en guerra,

Quiere que pida favor;

Y aunque yo contigo, Elvira,

Tengo toda la riqueza

Del muno (que en tu belleza

El sol las dos Indias mira),

Dice Nuño que es razón

Por ser mi dueño: en efecto,

Es viejo y hombre discreto,

Y que merece opinión

Por ser tu padre también.

Mis ojos, a hablarle voy.

Elvira.—Y yo esperándote estoy.

Sancho.—;Plega al cielo que me den

El y su hermana mil cosas!

Elvira.—Basta darle cuenta desto.

Sancho.—La vida y el alma he puesto
En esas manos hermosas.
Dame siquiera la una.

Elvira.—Tuya ha de ser: vesla aquí.

Sancho.—¿Qué puede hacer contra mí,
Si la tengo, la fortuna?
Tú verás mi sentimiento,
Después de tanto favor;
Que me ha enseñado el amor
A tener entendimiento.

(Vánse)

Patio o enverjado delante de la quinta
de don Tello en Galicia

ESCENA V.

DON TELLO, de caza; CELIO, JULIO.

Don Tello.—Tomad el venablo allá.

Celio.—¿Qué bien te has entretenido!

Julio.—Famosa la caza ha sido.

Don Tello.—Tan alegre el campo está,

Que solo ver sus colores

Es fiesta.

Celio.—¿Con qué desvelos

Procuran los arroyuelos

Besar los pies a las flores!

Don Tello.—Da de comer a esos perros,

Celio, así te ayude Dios.

Celio.—Bien escalaron los dos

Las puntas de aquellos cerros.

Julio.—Son famosos.

Celio.—Florisel

Es deste campo la flor.

Don Tello.—No lo hace mal Galaor.

Julio.—Es un famoso lebrel.

Celio.—Ya mi señora y tu hermana

Te ha sentido.

ESCENA VI.

FELICIANA.—*Dichos.*

- Don Tello.—¡Qué cuidados
De amor, y qué bien pagados
De mí son, oh Feliciana,
Tantos desvelos en vos!
- Feliciana.—Yo lo estoy de tal manera,
Mi señor, cuando estais fuera,
Por vos, como sabe Dios.
No hay cosa que no me enoje;
El sueño, el descanso dejo:
No hay liebre, no hay vil conejo
Que fiera no se me antoje.
- Don Tello.—En los montes de Galicia,
Hermana, no suele haber
Fieras, puesto que el tener
Poca edad fieras codicia.
Salir suele un jabalí
De entre esos montes espesos,
Cuyos dichosos sucesos
Tal vez celebrados vi.
Fieras son, que junto al anca
Del caballo más valiente,
Al sabueso con el diente
Suelen abrir la carlanca.
Y tan mal la furia aplacan,
Que, para decirlo en suma,
Truecan la caliente espuma
En la sangre que le sacan.
También hay oso que en pie
Acometè al cazador
Con tan extraño furor,
Que muchas veces se ve
Dar con el hombre en el suelo.
Pero la caza ordinaria
Es humilde cuanto varia,
Para no tentar al cielo.
Es digna de caballeros
Y principes, porque encierra
Los preceptos de la guerra,

- Y ejercita los aceros
Y la persona habilita.
- Feliciana.—Como yo os viera casado,
No me diera ese cuidado,
Que tantos sueños me quita.
- Don Tello.—El ser aquí poderoso
No me da tan cerca igual.
- Feliciana.—No os estaba aquí tan mal
De algún señor generoso
La hija.
- Don Tello.—Pienso que quieres
Reprender no haber pensado
En casarte, que es cuidado
Que nace con las mujeres.
- Feliciana.—Engañaste, por tu vida;
Que solo tu bien deseo.

ESCENA VII.

SANCHO y PELAYO, fuera de la
verja.—Dichos.

- Pelayo. (*A Sancho.*)—Entra; que solos los veo,
No hay persona que lo impida.
- Sancho.—Bien dices: de casa son
Los que con ellos están.
- Pelayo.—Tú verás lo que te dan.
- Sancho.—Yo cumplo mi obligación.—

(*Pasan la verja.*)

Noble, ilustrísimo Tello,
Y tú, hermosa Feliciana,
Señores de aquesta tierra,
Que os ama por tantas causas,
Dad vuestros pies generosos
A Sancho, Sancho el que guarda
Vuestros ganados y huerta,
Oficio humilde en tal casa.
Pero en Galicia, señores,
Es la gente tan hidalga,
Que solo en servir al rico
El que es pobre no le iguala.
Pobre soy, y en este oficio

Que os he dicho, cosa es clara
 Que no me conocereis,
 Porque los criados pasan
 De ciento y treinta personas,
 Que vuestra ración aguardan
 Y vuestro salario esperan;
 Pero tal vez en la caza
 Presumo que me habréis visto.

Don Tello.—Sí he visto, y siempre me agrada
 Vuestra persona, y os quiero
 Bien.

Sancho.—Aquí por merced tanta
 Os beso los pies mil veces.

Don Tello.—¿Qué quereis?

Sancho.—Gran Señor, pasan
 Los años con tanta furia,
 Que parece que con cartas
 Van por la posta a la muerte,
 Y que una breve posada
 Tiene la vida a la noche,
 Y la muerte a la mañana.
 Vivo solo, fué mi padre
 Hombre de bien, que pasaba
 Sin servir; acaba en mí
 La sucesión de mi casa.
 He tratado de casarme
 Con una doncella honrada,
 Hija de Nuño de Aibar,
 Hombre que sus campos labra,
 Pero que aun tiene paveses
 En las ya borradas armas
 De su portal, y con ellas
 De aquel tiempo algunas lanzas.
 Esto y la virud de Elvira
 (Que así la novia se llama)
 Me han obligado: ella quiere,
 Su padre también se agrada;
Mas no sin licencia vuestra;
 Que me dijo esta mañana
 Que el Señor ha de saber
 Cuanto se hace y cuanto pasa
 Desde el vasallo más vil
 A la persona más alta
 Que de su salario vive,
 Y que los reyes se engañan

Si no reparan en esto,
Que pocas veces reparan.
Yo, Señor, tomé el consejo,
Y vengo, como él lo manda,
A deciros que me caso.

Don Tello.—Nuño es discreto, y no basta
Razón a tan buen consejo.—
Celio...

Celio.—Señor...

Don Tello.—Veinte vacas
Y cien ovejas darás
A Sancho, a quien yo y mi hermana
Habemos de honrar la boda.

Sancho.—¡Tanta merced!

Pelayo.—¡Merced tanta!

Sancho.—¡Tan grande bien!

Pelayo.—¡Bien tan grande!

Sancho.—¡Rara virtud!

Pelayo.—¡Virtud rara!

Sancho.—¡Alto valor!

Pelayo.—¡Valor alto!

Sancho.—¡Santa piedad!

Pelayo.—¡Piedad santa!

Don Tello.—¿Quién es este labrador
Que os responde y acompaña?

Pelayo.—Soy el que dice al revés
Todas las cosas que habra.

Sancho.—Señor, de Nuño es criado.

Pelayo.—Señor, en una palabra,
El pródigo soy de Nuño.

Don Tello.—¿Quién?

Pelayo.—El que sus puercos guarda.
Vengo también a pedir
Mercedes.

Don Tello.—¿Con quién te casas?

Pelayo.—Señor, no me caso ahora;
Mas, por si el diablo me engaña,
Os vengo a pedir terneros,
Para si después me faltan;
Que un astrólogo me dijo
Una vez en Masalanca
Que tenía peligro en toros,
Y en agua tanta desgracia,
Que desde entonces no quiero
Casarme ni beber agua,

- Por excusar el peligro.
 Feliciana.—Buen labrador.
 Don Tello.—Humor gasta.
 Feliciana.—Id, Sancho, en buen hora.—Y tú
 Haz que a su cortijo vayan
 Las vacas y las ovejas.
 Sancho.—Mi corta lengua no alaba
 Tu grandeza.
 Don Tello.—¿Cuándo quieres
 Desposarte?
 Sancho.—Amor me manda
 Que sea esta misma noche.
 Don Tello.—Pues ya los rayos desmaya
 El sol, y entre nubes de oro
 Veloz al poniente baja.
 Vete a prevenir la boda;
 Que allá iremos yo y mi hermana.—
 ¡Hola! Pongan la carroza.
 Sancho.—Obligada llevo el alma
 Y la lengua, gran Señor,
 Para tu eterna alabanza. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

DON TELLO, FELICIANA, PELAYO, CELIO, JULIO.

- Feliciano.—En fin, vos ¿no os casaréis?
 Pelayo.—Yo, Señora, me casaba
 Con la novia deste mozo,
 Que es una limpia zagala,
 Si la hay en toda Galicia;
 Supo que puercos guardaba,
 Y desechóme por puerco.
 Feliciano.—Id con Dios, que no se engaña.
 Pelayo.—Todos guardamos, Señora,
 Lo que...
 Feliciano.—¿Qué?
 Pelayo.—Lo que nos mandan
 Nuestros padres que guardemos. (*Váse.*)

ESCENA IX.

DON TELLO, FELICIANA, CELIO, JULIO.

Feliciana.—El mentecato me agrada.

Celio (*A don Tello*).—Ya que es ido el labrador,

Que no es necio en lo que habla,

Prometo a vueseñoría

Que es la moza más gallarda

Que hay en toda Galicia,

Y que por su talle y cara,

Discreción y honestidad

Y otras infinitas gracias,

Pudiera honrar el hidalgo

Más noble de toda España.

Feliciana.—¿Que es tan hermosa?

Celio.—Es un ángel.

Don Tello.—Bien se ve, Celio, que hablas

Con pasión.

Celio.—Alguna tuve;

Mas cierto que no me engaña.

Don Tello.—Hay algunas labradoras

Que, sin afeites ni galas,

Suelen llevarse los ojos,

Y a vuelta dellos el alma;

Pero son tan desdeñosas,

Que sus melindres me cansan.

Feliciana.—Antes las que se defienden

Suelen ser más estimadas.

(Vánse.)

Sala en casa de Nuño.

ESCENA X.

NUÑO, SANCHO.

Nuño.—¿Eso don Tello responde?

Sancho.—Esto responde, Señor.

Nuño.—Por cierto que a su valor

Dignamente corresponde.

Sancho.—Mandóme dar el ganado

Que os digo.

Nuño.—Mil años viva.

Sancho.—Y aunque es dádiva excesiva,

Mas estimo haberme honrado

Con venir a ser padrino.

Nuño.—Y ¿vendrá también su hermana?

Sancho.—También.

Nuño.—Condición tan llana

Del cielo a los hombres vino.

Sancho.—Son señores generosos.

Nuño.—¡Oh, si aquesta casa fuera,

Pues los huéspedes espera

Más ricos y poderosos

Deste reino, un gran palacio!

Sancho.—Esa no es dificultad:

Cabrán en la voluntad,

Que tiene infinito espacio.

Ellos vienen en efecto.

Nuño.—¡Qué buen consejo te dí!

Sancho.—Cierto que en don Tello vi

Un señor todo perfecto;

Porque, en quitándole el dar,

Con que a Dios es parecido,

No es señor; que haberlo sido

Se muestra en dar y en honrar.

Y pues Dios su gran valor

Quiere que dando se entienda,

Sin dar ni honrar no pretenda

Ningún señor ser señor.

Nuño.—¡Cien ovejas! ¡Veinte vacas!

Será una hacienda gentil,

Si por los prados del Sil

La primavera los sacas.

Páguete Dios a don Tello

Tanto bien, tanto favor.

Sancho.—¿Dónde está Elvira, Señor?

Nuño.—Ocuparala el cabello

O algún tocado de boda.

Sancho.—Como ella traiga su cara,

Rizos y gala excusara;

Que es de rayos del sol toda.

Nuño.—No tienes amor villano.

Sancho.—Con ella tendré, Señor,

Firmezcas de labrador
 Y amores de cortesano.
 Nuño.—No puede amar altamente
 Quien no tiene entendimiento;
 Porque está su sentimiento
 En que sienta lo que siente.
 Huélgome de verte así.
 Llama esos mozos; que quiero
 Que entienda este caballero
 Que soy algo o que lo fui.
 Sancho.—Pienso que mis dos señores
 Vienen, y vendrán con ellos.
 Deje Elvira los cabellos,
 Y reciba sus favores.

ESCENA XI.

DON TELLO, *y criados*; PELAYO, JUANA, LEONOR *y vi-*

llanos. — Dichos.

Don Tello.—¿Dónde fué mi hermana?

Juana.—Entró

Por la novia.

Sancho.—¿Señor mío!...

Don Tello.—¿Sancho!

Sancho.—Fuera desvarío

Querer daros gracias yo,

Con mi rudo entendimiento,

Desta merced.

Don Tello.—¿Dónde está

Vuestro suegro?

Nuño.—Donde ya

Tendrán sus años aumento

Con este inmenso favor.

Don Tello.—Dadme los brazos.

Nuño.—Quisiera

Que esta casa un mundo fuera,

Y vos del mundo señor.

Don Tello (*a Juana*).—¿Cómo os llamáis vos, serrana?

Pelayo.—Pelayo, Señor.

Don Tello.—No digo

A vos.

Pelayo.—¿No habraba conmigo?

Juana.—A vuestro servicio, Juana.

Don Tello.—¡Buena gracia!

Pelayo.—Aun no lo sabe

Bien; que con un cucharón,

Si la pecilga un garzón,

Le suele pegar un cabe,

Que le aturde los sentidos;

Que una vez, porque llegué

A la olla, los saqué

Por dos meses atordidos.

Don Tello (a Leonor).—¿Y vos?

Pelayo.—Pelayo, Señor.

Don Tello.—No hablo con vos.

Pelayo.—Yo pensaba,

Señor, que conmigo hablaba.

Don Tello.—¿Cómo os llamáis?

Leonor.—¿Yo? Leonor.

Pelayo.—(ap. ¿Cómo pescuda por ellas,

Y por los zagales no?)

Pelayo, Señor, soy yo.

Don Tello.—¿Sois algo de alguna dellas ?

Pelayo.—Sí, Señor; el porquerizo.

Don Tello.—Marido digo o hermano.

Nuño.—¿Qué necio estás!

Sancho.—¿Qué villano!

Pelayo.—Así mi madre me hizo.

Sancho.—La novia y madrina vienen.

ESCENA XII.

FELICIANA, ELVIRA.—Dichos.

Feliciana.—Hermano, hacedles favores;

Y ¡dichosos los señores

Que tales vasallos tienen!

Don Tello.—Por Dios, que tenéis razón.

¡Hermosa moza!

Feliciana.—Y gallarda.

Elvira.—La vergüenza me acobarda,

Como primera ocasión,

Nunca vi vuestra grandeza.

Nuño.—Siéntense sus señorías.

Las sillas son como mías.

Don Tello (*ap.*).—No he visto mayor belleza.

¡Qué divina perfección!

Corta ha sido su alabanza.

Dichosa aquella esperanza

Que espera tal posesión!

Pelayo.—Dad licencia que se siente

Sancho.

Don Tello.—Sentáos.

Sancho.—No, Señor.

Don Tello.—Sentáos.

Sancho.—¡Yo tanto favor,

Y mi señora presente!

Feliciano.—Junto a la novia os sentad;

No hay quien el puesto os impida.

Don Tello (*Ap.*).—No esperé ver en mi vida

Tan peregrina beldad.

Pelayo.—Y yo ¿adónde he de sentarme?

Nuño.—Allá en la caballeriza

Tú la fiesta solemniza.

Don Tello.—(*Ap.* Por Dios, que siento abrazarme.)

¿Cómo la novia se llama?

Pelayo.—Pelayo, Señor.

Nuño.—¿No quieres

Callar? Habla a las mujeres,

Y cuántaste tú por dama.

Elvira es, Señor, su nombre.

Don Tello.—Por Dios que es hermosa Elvira,

Y digna, aunque serlo admira,

De novio tan gentilhombre.

Nuño.—Zagalas, regocijad

La boda.

Don Tello (*Ap.*).—¡Rara hermosura!

Nuño.—En tanto que viene el Cura,

A vuestra usanza bailad.

Juena.—El Cura ha venido ya.

Don Tello.—Pues decid que no entre el Cura.

(*Ap.* Que tan divina hermosura

Robándome el alma está.)

Sancho.—¿Por qué, Señor?

Don Tello.—Porque quiero,

Después que os he conocido,

Honraros más.

Sancho.—Yo no pido

Más honras, ni las espero,

Que casarme con mi Elvira.

Don Tello.—Mañana será mejor.

Sancho.—No me dilates, Señor,
Tanto bien; mis ansias mira,
Y que desde aquí a mañana
Puede un pequeño accidente
Quitarme el bien que presente
La posesión tiene llana.
Si sabios dicen verdades,
Bien dijo aquel que decía
Que era el sol el que traía
Al mundo las novedades.
¿Qué sé yo lo que traerá
Del otro mundo mañana?

Don Tello.—(Ap. ¡Qué condición tan villana!)
Quiérole honrar y hacer fiesta,
(Ap a Feliciano.) Y el muy necio, hermana mía,
En tu presencia porfia
Con voluntad poco honesta.—
Llévala, Nuño, y descansa
Esta noche.

Nuño.—Haré tu gusto.
(Vase don Tello, Feliciano y criados.)
(Ap Esto no parece justo,
¿De qué don Tello se cansa?)

Elvira.—(Ap.) Yo no quiero responder
Por no mostrar liviandad.

Nuño.(A los novios.)—No entiendo su voluntad
Ni lo que pretende hacer.—
Ese señor.—Ya me ha pesado
De que haya venido aquí. (Vase.)

Sancho.—Harto más me pesa a mí,
Aunque lo he disimulado.

Pelayo.—¿No hay boda esta noche?

Juana.—No.

Pelayo.—¿Por qué?

Juana.—No quiere don Tello.

Pelayo.—Pues don Tello ¿puede hacerlo?

Juana.—Claro está, pues lo mandó. (Vase.)

Pelayo.—Pues ¡antes que entrase el Cura

Nos ha puesto impedimiento!

(Vase y sigue los demás villanos.)

ESCENA XIII.

SANCHO, ELVIRA.

Sancho.—Oye, Elvira.

Elvira.—¡Ay, Sancho! Siento

Que tengo poca ventura.

Sancho.—¿Qué quiere el Señor hacer,

Que a mañana lo difiere?

Elvira.—Yo no entiendo lo que quiere.

(Ap. Pero debe de querer.)

Sancho.—¿Es posible que me quita

Que esta noche ¡ay, bellos ojos!

Tuviesen paz los enojos

Que airado me solicita?

Elvira.—Ya eres, Sancho, mi marido.

Ven esta noche a mi puerta.

Sancho.—¿Tendrásla, mi bien, abierta?

Elvira.—Pues ¿no?

Sancho.—Mi remedio ha sido;

Que si no, yo me matara.

Elvira.—También me matara yo.

Sancho.—El Cura llegó y no entró.

Elvira.—No quiso que el Cura entrara.

Sancho.—Pero si te persuades

A abrirme, será mejor;

Que no es mal cura el amor

Para sanar voluntades.

(Vánse.)

Calle en que está la casa de Nuño.

ESCENA XIV.

DON TELLO, CELIO, CRIADOS.

Don Tello.—Muy bien me habéis entendido.

Celio.—Para entenderte, no creo

Que es menester, gran Señor,

Muy sutil entendimiento.

Don Tello.—Entrad pues; que estarán solos

La hermosa Elvira y el viejo.
 Celio.—Toda la gente se fué
 Con notable descontento
 De ver dilatar la boda.
 Don Tello.—Yo tomé, Celio, el consejo
 Primero que amor me dió;
 Que era infamia de mis celos
 Dejar gozar a un villano
 La hermosura que deseo.
 Después que della me canse,
 Podrá ese rústico necio
 Casarse; que yo daré
 Ganado, hacienda y dinero
 Con que viva; que es arbitrio
 De muchos, como lo vemos
 En el mundo. Finalmente,
 Yo soy poderoso, y quiero,
 Pues este hombre no es casado,
 Valerme de lo que puedo.

Las máscaras os poned.

Celio.—¿Llamaremos?

Don Tello.—Sí (*Llaman*).

Criado.—Ya abrieron.

ESCENA XV.

ELVIRA.—DON TELLO, CELIO Y CRIADOS

con mascarillas; después, NUÑO.

Elvira.—Entra, Sancho, de mi vida.

Celio.—¿Elvira?

Elvira.—Sí.

Un criado. (*Ap.*)—¿Buen encuentro!

(*Apodéranse de Elvira*).

Elvira.—¿No eres tú, Sancho? ¡Ay de mí!

¡Padre! ¡Señor! ¡Nuño! ¡Cielos!

¡Que me roban, que me llevan!

Don Tello.—Caminad ya.

(*Llévanla*).

Nuño. (*Dentro de la casa*).—¿Qué es aquesto?

Elvira. (*Lejos*).—¡Padre!

Don Tello. (*Lejos*).—Tápala esa boca.

(Sale Nuño).

Nuño.—¡Hija! ya te oigo y te veo;
 Pero mis caducos años
 Y mi desmayado esfuerzo,
 ¿Qué podrán contra la fuerza
 De un poderoso mancebo?
 Que ya presumo quién es.

(*Sigue a los robadores*).

ESCENA XVI

SANCHO Y PELAYO *de noche*.

Sancho.—Voces parece que siento
 En el valle, hacia la casa
 Del Señor.

Pelayo.—Habremos quedo,
 No mos sientan los criados.

Sancho.—Advierte que estando dentro
 No te has de dormir.

Pelayo.—No haré;
 Que ya me conoce el sueño.

Sancho.—Yo saldré cuando del alba
 Pida albricias el lucero;
 Mas no me las pida a mí,
 Si me ha de quitar mi cielo.

Pelayo.—¿Sabes qué pareceré
 Mientras estás allá dentro?
 Mula de doctor, que está
 Tascando a la puerta el freno.

Sancho.—Llamemos.

Pelayo.—Apostaré
 que está por el agujero
 De la llave Elvira atenta.

Sancho.—Llego, y llamo.

ESCENA XVII

NUÑO.—DICHOS.

Nuño.—Pierdo el seso.

Sancho.—¿Quién va?

Nuño.—Un hombre.

Sancho.—¿Es Nuño?

Nuño.—¿Es Sancho?

Sancho.—Pues ¡tú en la calle! ¿Qué es esto?

Nuño.—¿Qué es esto dices?

Sancho.—Pues bien,

¿Qué ha sucedido? Que temo

Algún mal.

Nuño.—Y aun el mayor;

Que alguno ya fuera menos.

Sancho.—¿Cómo?

Nuño.—Un escuadrón de armados

Aquestas puertas rompieron,

Y se han llevado...

Sancho.—No más;

Que aquí dió fin mi deseo.

Nuño.—Reconocer con la luna

Los quise, mas no me dieron

Lugar a que los mirase;

Porque luego se cubrieron

Con mascarillas las caras,

Y no pude conocerlos.

Sancho.—¿Para qué?, Nuño? ¿Qué importa?

Criados son de don Tello,

A quien me mandaste hablar.

¡Mal haya, amén, el consejo!

En este valle hay diez casas,

Y todas diez de pecheros,

Que se juntan a esta ermita:

No ha de ser ninguno dellos.

Claro está que es el Señor,

Que la ha llevado a su pueblo;

Que él no me deja casar

Es el indicio más cierto.

Pues ¡es verdad que hallaré

Justicia fuera del cielo,

Siendo un hombre poderoso

Y el más rico deste reino!

¡Vive Dios, que estoy por ir...

A morir! que no sospecho

Que a otra cosa...

Nuño.—Espera, Sancho.

Pelayo.—¡Voto al soto, que si encuentro

Sus cochinos en el prado,

Que aunque haya guarda con ellos,

Que los he de apedrear!

Nuño.—Hijo, de tu entendimiento
Procura valerte ahora.

Sancho.—Padre y señor, ¿cómo puedo?

Tú me aconsejaste el daño,
Acónsejame el remedio.

Nuño.—Vamos a hablar al Señor

Mañana; que yo sospecho

Que como fué mocedad,

Ya tendrá arrepentimiento.

Yo fío, Sancho, de Elvira,

Que no haya fuerza ni ruego

Que la puedan conquistar.

Sancho.—Yo lo conozco y lo creo.

¡Ay que me muero de amor!

¡Ay que me muero de celos!

¡A cuál hombre ha sucedido

Tan lastimoso suceso?

¡Que trujese yo a mi casa

El fiero león sangriento,

Que mi cándada cordera

Me robara! ¿Estaba ciego?

Sí estaba; que no entran bien

Poderosos caballeros

En las casas de los pobres

Que tienen ricos empleos.

Paréceme que su rostro

Lleno de aljófares veo

Por las mejillas de grana,

Su honestidad defendiendo.

Paréceme que la escucho,

¡Lastimoso pensamiento!

Y que el tirano la dice

Mal escuchados requiebros.

Paréceme que a sus ojos

Los descogidos cabellos

Haciendo están celosías

Para no ver sus deseos.—

Déjame, Nuño, matar;

Que todo el sentido pierdo.

¡Ay que me muero de amor!

¡Ay que me abraso de celos!

Nuño.—Tú eres, Sancho, bien nacido:

¿Qué es de tu valor?

Sancho.—Recelo

Cosas que, de imaginallas,

Loco hasta el alma me vuelvo,
Sin poderlas remediar.
Enséñame el aposento
De Elvira.

Pelayo.—Y a mí, Señor,

La cocina; que me muero
De hambre, que no he cenado,
Como enojados se fueron.

Nuño.—Entra, y descansa hasta el día;
Que no es bárbaro don Tello.

Sancho.—¡Ay que me muero de amor
Y estoy rabiando de celos!

Acto segundo

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA PRIMERA.

DON TELLO, ELVIRA.

Elvira.—¿De qué sirve atormentarme,

Tello, con tanto rigor?

¿Tú no ves que tengo honor,

Y que es cansarte y cansarme?

Don Tello.—Basta; que das en matarme,

Con ser tan áspera y dura.

Elvira.—volverme, Tello, procura,

A mi esposo.

Don Tello.—No es tu esposo,

Ni un villano, aunque dichoso,

Digno de tanta hermosura.

Mas cuando yo Sancho fuera,

Y él fuera yo, dime Elvira,

¿Cómo el rigor de tu ira,

Tratarme tan mal pudiera?

Tu crueldad ¿no considera

Que esto es amor?

Elvira.—No, Señor;

Que amor que pierde al honor

El respeto, es vil deseo;
Y siendo apetito feo,
No puede llamarse amor.
Amor se funda en querer
Lo que quiere quien desea;
Que amor que casto no sea,
No es amor ni puede ser.

DON TELLO.—¿Cómo no?

Elvira.—¿Quiéreslo ver?

Anoche, Tello, me viste;
Pues ¡tan presto me quisiste,
Que apenas consideraste,
Que es en lo que amor consiste!
Nace amor de un gran deseo;
Luego va creciendo amor
Por los pasos del favor
Al fin de su mismo empleo;
Y en tí, según lo que veo,
No es amor, sino querer
Quitarme a mí todo el ser
Que me dió el cielo en la honra.
Tú procuras mi deshonra,
Y yo me he de defender.

Don Tello.—Pues hallo en tu entendimiento,

Como en tus brazos defensa,

Oye un argumento.

Elvira.—Piensa

Que no ha de haber argumento

Que venza mi firme intento.

Don Tello.—¿Dices que no puede ser

Ver, desear y querer?

Elvira.—Es verdad.

Don Tello.—Pues dime, ingrata,

¿Cómo el basilisco mata

Con sólo llegar a ver?

Elvira.—Eso es solo un animal.

Don Tello.—Pues ese fué tu hermosura.

Elvira.—Mal pruebas lo que procura

Tu ingenio.

Don Tello.—¿Yo pruebo mal?

Elvira.—El basilisco mortal

Mata teniendo intención

De matar; y es la razón

Tan clara, que mal podía

Matarte, cuando te via

Para ponerte afición.
 Y no traigamos aquí
 Más argumentos, Señor.
 Soy mujer y tengo amor;
 Nada has de alcanzar de mí.
 Don Tello.—¿Puédese creer que así
 Responda una labradora?
 Pero confíesame ahora
 Que eres necie en ser discreta;
 Pues al verte tan perfecta,
 Cuanto más, más me enamora.
 Y ¡ojalá fueras mi igual!
 Mas bien ves que tu bajeza
 Afrentará mi nobleza,
 Y que pareciera mal
 Juntar brocado y sayal.
 Sabe Dios si amor me esfuerza
 Que mi buen intento tuerza;
 Pero ya el mundo trazó
 Estas leyes, a quien yo
 He de obedecer por fuerza.

ESCENA II.

FELICIANA.—Dichos.

Feliciana.—Perdona, hermano, si soy
 Más piadosa que quisiera.—
 Espera, ¿de qué te alteras?
 Don Tello.—¿Qué necia estás!
 Feliciana.—Necia estoy;
 Pero soy, Tello, mujer,
 Y es terrible tu porfía,
 Deja que pase algún día;
 Que llegar, ver y vencer
 No se entiende con amor,
 Aunque César de amor seas.
 Don Tello.—¿Es posible que tú seas
 Mi hernama?
 Feliciana.—¿Tanto rigor
 Con una pobre aldeana!
 (Llaman dentro.)
 Elvira.—Señora, doleos de mí.

Feliciano.—Tello, si hoy no dijo sí,
Podrá decirlo mañana.
Ten paciencia; que es crueldad
Que los dos no descanséis.
Descansad, y volveréis
A la batalla.

Don Tello.—¿Es piedad
Quitarme la vida a mí?

(Llaman.)

Feliciano.—Calla; que estás enojado.
Elvira no te ha tratado,
Tiene vergüenza de ti.
Déjala estar unos días
Contigo en conversación,
Y conmigo, que es razón.

Elvira.—Puedan las lágrimas mías
Moveros, noble Señora,
A interceder por mi honor.

(Llaman.)

Feliciano.—Sin esto, advierte, Señor,
Que debe de hacer una hora
Que están llamando a la puerta
Su viejo padre y su esposo,
Y que es justo y aun forzoso
Que la hallen los dos abierta;
Porque si no entran aquí,
Dirán que tienen a Elvira.

Don Tello.—Todos me mueven a ira.—
Elvira, escóndete ahí,
Y entren esos dos villanos.

Elvira.—¡Gracias a Dios, que me dejas
Descansar!

Don Tello.—¿De qué te quejas,
Si me has atado las manos?

(Vase Elvira.)

Feliciano.—¡Hola!

ESCENA III.

CELIO. DON TELLO, FELICIANA.

Celio, (dentro).—Señora...

Feliciano.—Llamad

Esos pobres labradores.—
 Trátalos bien, y no ignores, (A don Tello.)
 Que importa a tu calidad.

ESCENA IV.

NUNO. SANCHO, DON TELLO, FELICIANA.

Nuño.—Besando el suelo de tu noble casa
 (Que de besar tus pies somos indinos),
 Venimos a decirte lo que pasa,
 Si bien con mal formados desatinos.
 Sancho, Señor, que con mi Elvira casa,
 De quien los dos habíais de ser padrinos,
 Viene a quejarse del mayor agravio
 Que referirte puede humano labio.

Sancho.—Magnánimo Señor, a quien las frentes
 Humillan estos montes coronados
 De nieve, que bajando en puras fuentes,
 Besan tus pies en estos verdes prados;
 Por consjo de Nuño y sus parientes,
 En tu valor divino confiados,
 Te vine a hablar y te pedí licencia,
 Y honraste mi humildad con tu presencia.
 Haber estado en esta casa, creo
 Que obligue tu valor a la venganza
 Que a la nobleza de tu nombre alcanza.
 De caso atroz tan enorme y feo,
 Si alguna vez amor algún deseo
 Trujo la posesión a tu esperanza,
 Y al tiempo de gozarla la perdieras,
 Considera, Señor, lo que sintieras.
 Yo, solo labrador en la campaña,
 Y en el gusto del alma caballero,
 Y no tan ensefado a la montaña,
 Que alguna vez no juegue el ampio acero,
 Oyendo nueva tan feroz y extraña,
 No fuí, ni pude, labrador grosero;
 Sentí el honor con no le haber tocado;
 Que quien dijo de sí, ya era casado.
 Salí a los campos, y a la luz que excede.
 A las estrellas, que miraba en vano,
 A la luna veloz, que retrocede

Las aguas y las crece al Oceano.
“¡Dichosa, dije, tú, que no te puede
Quitar el sol ningún poder humano,
Con subir cada noche donde subes,
Aunque vengan con máscaras las nuebes!”
Luego, volviendo a los desiertos prados,
Durmiendo con los álamos de Alcides
Las yedras vi con lazos apretados,
Y con los verdes pámpanos las vides.
“¡Ay! Dije, ¿cómo estáis tan descuidados?
Y tú, grosero, ¿cómo no divide.,
Villano labrador, estos amores,
Cortando ramas y rompiendo flores?”
Todo duerme seguro. Finalmente,
Me robaron, Señor, mi prenda amada,
Y allí me pareció que alguna fuente
Lloró también y murmuró turbada.
Llevaba yo ¡cuán lejos de valiente!
Con rota vaina una mohosa espada;
Llegué al árbol más alto, y a reverses
Y tajos le igualé a las bajas mieses.
No porque el árbol me robase a Elvira,
Mas porque fué tan alto y arrogante,
Que a los demás como a pequeños mira:
Tal es la fuerza de un feroz gigante.
Dicen en el lugar (pero es mentira,
Siendo quien eres tú) que, ciego amante
De mi mujer, autor del robo fuiste,
Y que en tu misma casa la escondiste.—
“¡Villanos! dije yo, tened respeto:
Don Tello, mi señor, es gloria y honra
De la casa de Neira, y en efecto
Es mi padrino y quien mis bodas honra.”
Con esto, tú piadoso, tú discreto,
No sufrirás la tuya y mi deshonra;
Antes harás volver, la espada en puño,
A Sancho su mujer, su hija a Nuño.
Don Tello.—Pésame gravemente, Sancho amigo,
De tal atrevimiento, y en mi tierra
No quedará el villano sin castigo
Que la ha robado y en su casa encierra.
Solicita tú y sabe qué enemigo,
Con loco amor, con encubierta guerra,
Nos ofende a los dos con tal malicia;
Que, si se sabe, yo... te haré justicia...—

Y a los villanos que de mí murmuran

Haré azotar por tal atrevimiento.—

Idos con Dios.

Sancho. (*Ap. a Nuño*).—Mis celos se aventuran.

Nuño.—Sancho, tente, por Dios.

Sancho.—Mi muerte intento.

Don Tello.—Sávedme por allá los que procuran
Mi deshonor.

Sancho.—¡Extraño pensamiento!

Don Tello.—Yo no sé dónde está; porque, a sabello,
Os la diera, por vida de don Tello.

ESCENA V.

ELVIRA, Dichos.

Elvira.—Sí sabe, esposo; que aquí

Me tiene Tello escondida.

Sancho.—¡Esposa, mi bien, mi vida!

Don Tello.—¿Esto has hecho contra mí?

Sancho.—¡Ay, cuál estuve por ti!

Nuño.—¡Ay, hija; ¡cuál me has tenido!

El juicio tuve perdido.

Don Tello.—Tenéos, apartos, villanos.

Sancho.—Déjame tocar sus manos;

Mira que soy su marido.

Don Tello.—¡Celio, Julio; Hola, criados,

Estos villanos matad.

Felicianiana.—Hermano, con más piedad;

Mira que no son culpados.

Don Tello.—Cuando estuvieran casados,

Fuera mucho atrevimiento.

ESCENA VI.

CELIO JULIO, Criados.—Dichos.

Don Tello.—Matadlos.

Sancho.—Yo soy contento.

De morir y no vivir,

Aunque es tan fuerte el morir.

Elvira.—Ni vida ni muerte siento.

Sancho.—Eschuca, Elvira, mi bien;

Yo me dejaré matar.

Elvira.—Yo ya me sabré guardar

Aunque mil muertes me den.

Don Tello.—¿Es posible que se estén

Requebrando? ¡Hay tal rigor!

¡Ah, Celio, Julio!

Julio.—Señor...

Don Tello.—Matadlos a palos.

Celio.—Mueran.

(*Los criados echan a palos a Nuño y Sancho.*)

Don Tello (*A Elvira*).—En vano remedio esperan

Tus quejas de mi furor.

Ya pensamiento tenía

De volverte; y tan airado

Estoy en ver que has hablado

Con tan notable osadía,

Que por fuerza has de ser mía,

O no he de ser yo quien fuí.

Feliciana.—Hermano, que estoy aquí.

Don Tello.—He de forzalla o matalla.

Feliciana.—¿Cómo es posible libralla

De un hombre fuera de sí?

(*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA VII.

CELIO, JULIO *y* criados; luego NUÑO Y SANCHO.

Julio (*dentro*).—Así pagan los villanos.

Tan grandes atrevimientos.

Celio (*dentro*).—Salgan fuera de palacio.

Criados (*dentro*).—Salgan.

(*Salen huyendo Sancho y Nuño.*)

Sancho.—Matadme, escuderos.

¡No tuviera yo una espada!

Nuño.—Hijo, mira que sospecho

Que este hombre te ha de matar.

Atrevido y descompuesto.

Sancho.—Pues ¿será bueno vivir?

Nuño.—Mucho se alcanza viviendo.

Sancho.—¡Vive Dios, de no quitarme

De los umbrales que veo,

Aunque me maten! que vida

Sin Elvira no la quiero.

Nuño.—Vive, y pedirás justicia;

Que rey tienen estos reinos,

O en grado de apelación

La podrás pedir al cielo.

ESCENA VIII.

PELAYO. NUÑO, SANCHE.

Pelayo.—Aquí están.

Sancho.—¿Quién es?

Pelayo.—Pelayo,

Todo lleno de contento,

Que os viene a pedir albricias.

Sancho.—¿Cómo albricias a este tiempo?

Pelayo.—Albricias, digo.

Sancho.—¿De qué,

Pelayo, cuando estoy muerto,

Y Nuño espirando?

Pelayo.—Albricias.

Nuño.—¿No conoces a este necio?

Pelayo.—Elvira pareció ya.

Sancho.—¡Ay padre! ¡Si la habrán vuelto!

¿Qué dices, Pelayo mío?

Pelayo.—Señor, dice todo el pueblo

Que desde anoche a las doce

Está en casa de don Tello...

Sancho.—Maldito seas, amén.

Pelayo.—Y que tienen por muy cierto

Que no la quiere volver.

Nuño.—Hijo, vamos al remedio.

El rey de Castilla, Alfonso,

Por sus valerosos hechos,

Reside agora en León.

Pues es recto y justiciero,

Parte allá y informarasle

Deste agavio; que sospecho

Que nos ha de hacer justicia.

Sancho.—¡Ay Nuño! tengo por cierto

Que el rey de Castilla Alfonso
Es un príncipe perfecto;
Mas ¿por dónde quieres que entre
Un labrador tan grosero?

¿Qué corredor de Palacio

Osará mi atrevimiento

Pisar? Qué portero, Nuño,

Permitirá que entre dentro?

Allí, a la tela, al brocado,

Al grave acompañamiento

Abren las puertas, y tienen

Razón, que yo lo confieso;

Pero a la pobreza, Nuño,

Solo dejan los porteros

Que miren las puertas y armas,

Y esto ha de ser desde lejos.

Iré a León y entraré

En Palacio, y verás luego

Cómo imprimen en mis hombros

De las cuchillas los cuentos.

Pues ¿andar con memoriales,

Que tome el Rey! ¡Santo y bueno!

Haz cuenta que, de sus manos,

En el olvido cayeron.

Volveréme habiendo visto

Las damas y caballeros,

La iglesia, el palacio, el parque,

Los edificios; y pienso

Que traeré de allá mal gusto

Para vivir entre tejos,

Robles y encinas, adonde

Canta el ave y ladra el perro.

No, Nuño, no aciertas bien.

Nuño.—Sancho, yo sé bien si acierto.

Vete a hablar al rey Alfonso;

Que si aquí te quedas, pienso

Que te han de quitar la vida.

Sancho.—Pues eso, Nuño, deseo.

Nuño.—Yo tengo un rocín castaño,

Que apostará con el viento

Sus crines contra sus alas,

Sus clavos contra su freno.

Parte en él, y irá Pelayo

En aquel pequeño overo

Que suele llevar al campo.

Sancho.—Por tu gusto te obedezco.—

Pelayo ¿irás tú conmigo

A la corte?

Pelayo.—Y tan contento

De ver lo que nunca he visto,

Sancho, que los pies te beso.

Dicenme acá, de la corte,

Que con huevos y torreznos

Empiedran todas las calles,

Y tratan los forasteros

Como si fueran de Italia,

De Flandes o de Marruecos.

Dicen que es una talega

Donde junta los trebejos

Para jugar la fortuna,

Tantos blancos como negros.

Vamos por Dios a la corte.

Sancho.—Padre, adiós, partirme quiero.

Echame la bendición.

Nuño.—Hijo, pues eres discreto,

Habla con ánimo al Rey.

Sancho.—Tú sabrás mi atrevimiento.—

Partamos.

Nuño.—Adiós, mi Sancho.

Sancho.—¡Adiós, Elvira!

Pelayo.—Adiós, puercos.

(*Vanse.*)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA IX.

DON TELLO. FELICIANA.

Don Tello.—¿Qué no pueda conquistar
Desta mujer la belleza?

Feliciana.—Tello, no hay que porfiar;

Porque es tanta su tristeza,

Que no deja de llorar.

Si en esa torre la tienes,

¿Es posible que no vienes

A considerar mejor

- Que, aunque te tuviera amor,
Te había de dar desdenes?
Si la tratas con crueldad,
¿Cómo ha de quererte bien?
Advierte que es necedad
Tratar con rigor a quien
Se llega a pedir piedad.
- Don Tello.—¿Que sea tan desgraciado,
Que me vea despreciado,
Siendo aquí el más poderoso,
El más rico y dadivoso!
- Feliciania.—No te dé tanto cuidado,
Ni estés por una villana
Tan perdido.
- Don Tello.—¿Ay Feliciania!
Que no sabes qué es amor,
Ni has probado su rigor.
- Feliciania.—Ten paciencia hasta mañana;
Que yo la tengo de hablar,
A ver si puedo ablandar
Esta mujer.
- Don Tello.—Considera
Que no es mujer, sino fiera,
Pues me hace tanto penar.
Prométela plata y oro,
Joyas y cuanto quisieres:
Dí que la daré un tesoro;
Que a dádivas las mujeres
Suelen guardar más decoro.
Dí que la regalaré,
Y dile que la daré
Un vestido tan galán.
Que gaste el oro a Milán
Desde su cabello al pie.
Que si remedia mi mal,
La daré hacienda y ganado,
Y que si fuera mi igual...
- Feliciania.—¿Posible es que diga tal?
- Don Tello.—Sí, hermana; que estoy de suerte
Que me tengo de dar muerte,
O la tengo de gozar,
Y de una vez acabar
Con dolor tan grave y fuerte.
- Feliciania.—Voy a hablarla, aunque es en vano.
- Don Tello.—¿Por qué?

Feliciana.—Porque una mujer
 Que es honrada, es caso llano
 Que no la podrá vencer
 Ningún interés humano.

Don Tello.—Ve presto, y da a mi esperanza
 Alivio; que si no alcanza
 Mi fe lo que ha pretendido,
 El amor que le he tenido
 Se ha de trocar en venganza.
 (Vanse.)

Salón en el palacio del Rey en León.

ESCENA X.

EL REY DON ALFONSO VII, EL CONDE DON PEDRO,
 DON ENRIQUE, *acompañamiento.*

Rey.—Mientras que se apercibe
 Mi partida a Toledo, y me responde
 El de Aragón, que vive
 Ahora en Zaragoza, sabed, Conde,
 Si están ya despachados
 Todos los pretendientes y soldados;
 Y mirad si hay alguno
 También que quiera hablarme.

Conde.—No ha quedado
 Por despachar ninguno.

Don Enrique.—Un labrador gallego he visto echado
 A esta puerta, y bien triste.

Rey.—Pues ¿quién a ningún pobre la resiste?
 Id. Enrique de Lara,
 Y traedle vos mismo a mi presencia.
 (Vase don Enrique.)

Conde.—¡Virutd heróica y rara!
 ¡Compasiva piedad, suma clemencia!
 ¡Oh, ejemplo de los reyes,
 Divina observación de santas leyes!

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, SANCHO, PELAYO.—EL REY, EL
 CONDE, *acompañamiento.*

Don Enrique.—Dejad las azagayas.
 Sancho.—A la pared, Pelayo, las arrima.

- Pelayo.—Con pie derecho vayas.
Sancho.—¿Cuál es el Rey, Señor?
Don Enrique.—Aquel que arrima
La mano agora al pecho.
Sancho.—Bien puede, de sus obras satisfecho.
Pelayo no te asombres.
Pelayo.—Mucho tienen los reyes del invierno,
Que hacen temblar los hombres.
Sancho.—Señor...
Rey.—Habla, sosiega.
Sancho.—Que el gobierno
De España agora tienes...
Rey.—Dime quién eres y de donde vienes.
Sancho.—Dame a besar tu mano,
Porque ennoblezca mi grosera boca,
Príncipe soberano;
Que si mis labios, aunque indignos, toca,
Yo quedaré discreto.
Rey.—¿Con lágrimas la bañas! ¿A qué efecto?
Sancho.—Mal hicieron mis ojos;
Mas propuso la boca su querella,
Y quieren darla enojos,
Para que, puesta vuestra mano en ella,
Diera justo castigo
A un hombre poderoso mi enemigo.
Rey.—Esfuérzate y no llores;
Que aunque en mi la piedad es muy propicia,
Para que no lo ignores,
También doy atributo a la justicia,
Di quién te hizo agravio;
Que quien al pobre ofende, nunca es sabio.
Sancho.—Son niños los agravios,
Y son padres los reyes, no te espantes
Que hagan con los labios,
En viéndolos, pucheros semejantes.
Rey (Ap.)—Discreto me parece.
Primero que se queja me enternece.
Sancho.—Señor, yo soy hidalgo,
Si bien pobre, mudanzas de fortuna,
Porque con ellas salgo
Desde el calor de mi primera cuna.
Con este pensamiento,
Quise mi igual en justo casamiento;
Mas, como siempre yerra
Quien de su justa obligación se olvida,

Al señor desta tierra,
 Que don Tello de Neira se apellida,
 Con más llaneza que arte,
 Pidiéndole licencia, le di parte.
 Liberal la concede,
 Y en las bodas me sirve de padrino;
 Mas el amor, que puede
 Obligar al más cuerdo a un desatino,
 Le ciega y enamora,
 Señor, de mi querida labradora.
 No deja desposarme,
 Y aquella noche con armada gente
 La roba, sin dejarme
 Vida que viva, protección que intente,
 Fuera de vos y el cielo,
 A cuyo tribunal sagrado apelo.
 Que, habiéndola pedido
 Con lágrimas su padre y yo, tan fiero,
 Señor, ha respondido,
 Que vieron nuestros pechos el acero;
 Y siendo hidalgos nobles,
 Nuestros hombros las ramas de los robles.

Rey.—Conde...

Conde.—Señor...

Rey.—Al punto

Tinta y papel. Llegadme aquí una silla.

(*Siéntase el Rey y escribe.*)

Conde.—Aquí está todo junto.

Sancho (*Ap.*—Su gran valor espanta y maravilla.)

Al Rey hablé, Pelayo. (*Ap. a él.*)

Pelayo.—El es hombre de bien, voto a mi sayo.

Sancho.—¿Qué entrañas hay crueles

Para el pobre?

Pelayo.—Los reyes castellanos

Deben de ser ángeles.

Sancho.—¿Vestidos no los ves como hombres llanos?

Pelayo.—De otra manera había

Un rey que Tello en un tapiz tenía,

La cara abigarrada

Y la calza caída a media pierna,

Y en la mano una vara,

Y un tocado a manera de linterna,

Con su corona de oro,

Y un barboquejo, como turco o moro.

Yo preguntéle a un paje

Quién era aquel señor de tanta fama,
Que me admiraba el traje;
Y respondiéndome: "El rey Baul se llama".

Sancho.—¡Necio! Saul diría.

Pelayo.—Baul, cuando a Badil matar quería.

Sancho.—David su yerno era.

Pelayo.—Sí; que en la iglesia predicaba el Cura

Que le dió en la mollera

Con una de Moisen lágrima dura

Al gigante que oía.

Sancho.—Golias, bestia.

Pelayo.—El Cura lo decía.

Rey.—Conde, esa carta cerrad.—

¿Cómo es tu nombre, buen hombre?

Sancho.—Sancho, Señor, es mi nombre,

Que a los pies de tu piedad

Pido justicia de quien,

En su poder confiado,

A mi mujer me ha quitado,

Y me quitará también

La vida, si no me huyera.

Rey.—¿Qué es hombre tan poderoso

En Galicia?

Sancho.—Es tan famoso,

Que desde aquella ribera

Hasta la romana torre

De Hércules es respetado:

Si está con un hombre airado,

Sólo el cielo le socorre.

El pone y él quita leyes;

Que estas son las condiciones

De soberbios infanzones

Que están lejos de los reyes.

Conde.—La carta está ya cerrada.

Rey.—Sobreescribidla a don Tello

De Neira.

Sancho.—Del mismo cuello

Me quitas, Señor, la espada.

Rey.—Esa carta le darás,

Con que te dará tu esposa.

Sancho.—De tu mano generosa

¿Hay favor que llegue a más?

Rey.—¿Veniste a pie?

Sancho.—No, Señor;

Que en dos rocines venimos

Pelayo y yo.

Pelayo.—Y los corrimos

Como el viento, y aun mejor.

Verdad es que tiene el mío

Unas mañas no muy buenas:

Déjase subir apenas,

Echase en arena o río,

Corre como un maldiciente,

Come más que un estudiante,

Y en viendo un mesón delante,

O se entra o se para enfrente.

Rey.—Buen hombre sois.

Pelayo.—Soy en fin.

Quien por vos su patria deja.

Rey.—¿Tenéis vos alguna queja?

Pelayo.—Sí, Señor, deste rocín.

Rey.—Digo, que os cause cuidado.

Pelayo.—Hambre tengo: si hay cocina

Por acá...

Rey.—¿Nada os inclina

De cuanto aquí veis colgado,

Que a vuestra casa lleveis?

Pelayo.—No hay allá donde ponello:

Enviádselo a don Tello,

Que tien desto cuatro o seis.

Rey.—¿Qué gracioso labrador!

¿Qué sois allá en vuestra tierra?

Pelayo.—Señor, ando por la sierra,

Cochero soy del Señor.

Rey.—¿Coches hay allá?

Pelayo.—Que no;

Soy quien guardo los cochinos.

Rey.—(Ap. ¿Qué dos hombres peregrinos

Aquella tierra juntó,

Aquel con tal discreción,

Y este con tanta ignorancia!)

Tomad vos. (Dale un bolsillo.)

Pelayo.—No es de importancia.

Rey.—Tomadlo, doblones son.—

Y vos la carta tomad, (A Sancho.)

Y id en buen hora.

Sancho.—Los cielos

Te guarden.

(Vanse el Rey, el Conde, don Enrique y el acompañamiento).

Pelayo.—¿Hola!—Tómelos.

Sancho.—¿Dineros?

Pelayo.—Y en cantidad.

Sancho.—¡Ay, mi Elvira! Mi ventura

Se cifra en este papel;

Que pienso que llevo en él

Libranza de tu hermosura.

(*Vanse.*)

Sala en la quinta de don Tello.

ESCENA XII.

DON TELLO, CELIO.

Celio.—Como me mandaste, fui

A saber de aquel villano,

Y aunque lo negaba Nuño,

Me lo dijo amenazado.

No está en el valle; que ha días

Que anda ausente.

Don Tello.—¡Extraño caso!

Celio.—Dice que es ido a León.

Don Tello.—¡A León!

Celio.—Y que Pelayo

Le acompañaba.

Don Tello.—¿A qué efeto?

Celio.—A hablar al Rey.—

Don Tello.—¿En qué caso?

El no es de Elvira marido,

Para que yo le haga agravio.

Cuando se quejara Nuño,

Estuviera disculpado;

Pero ¡Sancho!

Celio.—Esto me han dicho

Pastores de tus ganados;

Y como el mozo es discreto,

Y tiene amor, no me espanto

Señor, que se haya atrevido.

Don Tello.—Y ¿no habrá más de en llegando

Hablar a un rey de Castilla?

Celio.—Como Alfonso se ha criado

En Galicia con el conde

Don Pedro de Andrada y Castro,

No le negará la puerta,
 Por más que sea hombre bajo,
 A ningún gallego.

(Llaman dentro.)

Don Tello.—Celio,

Mira quién está llamando.

¿No hay pajes en esta sala?

Celio.—¡Vive Dios, Señor, que es Sancho,

Este mismo labrador

De quien estamos hablando!

Don Tello.—¡Hay mayor atrevimiento!

Celio.—Así vivas muchos años,

Que veas lo que te quiere.

Don Tello.—Di que entre; que aquí le aguardo.

ESCENA XIII.

SANCHO. PELAYO.—*Dichos.*

Sancho.—Dame, gran Señor, los pies.

Don Tello.—¿Adónde, Sancho, has estado,

Que ha días que no te he visto?

Sancho.—A mí me parecen años.

Señor, viendo que tenías

Esa porfía en que has dado,

O sea amor a mi Elvira,

Fuí a hablar al rey castellano,

Como supremo juez

Para deshacer agravios.

Don Tello.—Pues ¿qué dijiste de mí?

Sancho.—Que habiéndome yo casado,

Me quitaste mi mujer.

Don Tello.—¡Tu mujer! Mientes, villano.

¿Entró el Cura aquella noche?

Sancho.—No Señor; pero de entrambos

Sabía las voluntades.

Don Tello.—Si nunca os tomó las manos,

¿Cómo puede ser que sea

Matrimonio?

Sancho.—Yo no trato

De si es matrimonio o no;

Aquesta carta me ha dado,

Toda escrita de su letra.

Don Tello.—De cólera estoy temblando.
(Lee.) “En recibiendo ésta, daréis a ese
"pobre labrador la mujer que le habeis
"quitado, sin réplica ninguna; y adver-
"tid que los buenos vasallos se conocen
"lejos de los reyes, y que los reyes nun-
"ca están lejos para castigar los ma-
"los.—*El Rey*”.

Hombre, ¿qué has traído aquí?

Sancho.—Señor, esa carta traigo
Que me dió el Rey.

Don Tello.—;Vive Dios,
Que de mi piedad me espanto!
¿Piensas, villano, que temo
Tu atrevimiento a mi daño?
¿Sabes quién soy?

Sancho.—Sí, Señor;
Y en tu valor confiado,
Traigo esta carta, que fué,
No, cual piensas, en tu agravio,
Sino carta de favor
Del señor rey castellano,
Para que me des mi esposa.

Don Tello.—Advierte que, respetando
La carta, a tí y al que viene
Contigo...

Pelayo —;San Blas! ,San Pablo!

Don Tello.—No os cuelgo de dos almenas.

Pelayo.—Sin ser día de mi santo,
Es muy bellaca señal.

Don Tello.—Salid luego de palacio,
Y no pareis en mi tierra;
Que os haré matar a palos.
Pícaros, villanos, gente
De solar humilde y bajo,
;Conmigo!...

Pelayo.—Tiene razón;
Que es mal hecho haberle dado
Ahora esta pesadumbre.

Don Tello.—Villano, si os he quitado
Esa mujer, soy quien soy,
Y aquí reino en lo que mando,
Como el rey en su Castilla;
Que no deben mis pasados
A los suyos esta tierra;

Que a los moros la ganaron.

Pelayo.—Ganárosenla a los moros,
Y también a los cristianos,
Y no debe nada al rey.

Don Tello.—Yo soy quien soy...

Pelayo (Ap.).—; San Macario!

Don Tello.—Y por aquesto no tomo

Venganza con propias manos.

; Dar a Elvira! ; Qué es a Elvira!—

; Matadlos! Pero dejadlos;

Que en villanos es afrenta

Manchar el acero hidalgo.

Pelayo.—No le manche, por su vida.

(Vánse don Tello y Celio).

ESCENA XIV.

SANCHO, PELAYO.

Sancho.—; Qué te parece?

Pelayo.—Que estamos

Desterrados de Galicia.

Sancho.—Pierdo el seso, imaginando

Que este no obedezca al Rey

Por tener cuatro vasallos.

Pues ; vive Dios!...

Pelayo.—Sancho, tente;

Que siempre es consejo sabio,

Ni pleitos con poderosos

Ni amistades con criados.

Sancho.—Volvámonos a León.

Pelayo.—Aquí los doblones traigo

Que me dió el Rey: vamos luego.

Sancho.—Diréle lo que ha pasado.

; Ay, mi Elvira! ; Quién te viera!

Salid, suspiros, y en tanto

Que vuelvo, decid que muero

De amores.

Pelayo.—Camina, Sancho;

Que este no ha gozado a Elvira.

Sancho.—; De qué lo sabes, Pelayo?

Pelayo.—De que nos la hubiera vuelto,

Cuando la hubiera gozado.

(Vánse).

Acto Tercero

Salón del palacio del Rey.

ESCENA PRIMERA

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE.

Rey.—El cielo sabe, Conde, cuánto estimo
Las amistades de mi madre.

Conde.—Estimo

Esas razones, gran Señor, que en todo
Muestras valor divino y soberano.

Rey.—Mi madre gravemente me ha ofendido;
Mas considero que mi madre ha sido (1)

ESCENA II.

SANCHO, PELAYO.—*Dichos.*

Pelayo (*Ap. a Sancho*).—Digo que puedes llegar.

Sancho.—Ya, Pelayo, viendo estoy

A quien toda el alma doy

Que no tengo más que dar:

Aquel castellano sol,

Aquel piadoso Trajano,

Aquel Alcides cristiano

Y aquel César español.

Pelayo.—Yo, que no entiendo de historias

De Cides, son (2) de marranos,

Esto mirando en sus manos,

Mas que tien rayas, victorias.

Invicto rey de Castilla,

(1) Deben de faltar versos; no se pondría Lope a escribir en-decasílabos para hacer solo estos seis.

(2) Sino

Déjame besar el suelo
De tus pies, que por almohada
Han de tener a Granada
Presto con favor del cielo,
Y por alfombra a Sevilla,
Sirviéndoles de colores
Las naves y varias flores
De su siempre hermosa orilla.
¿Conóceme?

Rey.—Pienso que eres
Un gallego labrador
Que aquí me pidió un favor.

Sancho.—Yo soy, Señor.

Rey.—No te alteres.

Sancho.—Señor, mucho me ha pesado
De volver tan atrevido
A darte enojos; no ha sido
Posible haberlo excusado.
Pero si yo soy villano
En la porfía, Señor,
Tú serás emperador,
Tú serás César romano,
Para perdonar a quien
Pide a tu clemencia real
Justicia.

Rey.—Dime tu mal,
Y advierte que te oigo bien;
Porque el pobre para mí
Tiene cartas de favor.

Sancho.—La tuya, invicto Señor,
A Tello en Galicia di,
Para que, como era justo,
Me diese mi prenda amada.
Leída y no respetada,
Causóse mortal disgusto;
Y no sólo no volvió,
Señor, la prenda que digo,
Pero con nuevo castigo
El porte della me dió;
Que a mí y a este labrador
Nos trataron de tal suerte,
Que fué escapar de la muerte
Dicha y milagro, Señor.
Hicé algunas diligencias,
Por no volver a cansarte;

Pero ninguna fué parte
 A mover sus resistencias.
 Háblóle el Cura, que allí
 Tiene mucha autoridad,
 Y un santo y bendito abad
 Que tuvo piedad de mí,
 Y en San Pelayo de Samos
 Reside, pero mover
 Su pecho no pudo ser,
 Ni todos juntos bastamos.
 No me dejó que la viera,
 Que aun eso me consolara;
 Y así, vine a ver tu cara,
 Y a que justicia me hiciera
 La imagen de Dios, que en ella
 Resplandece, pues la imita.

Rey.—Carta de mi mano escrita...

—¿Mas que debió de rompella?

Sancho.—Aunque por moverte a ira

Dijera de sí algún sabio,
 No quiera Dios que mi agravio
 Te indigne con la mentira.

Leyóla y no la rompió;

Mas miento, que fué rompella

Leella y no hacer por ella

Lo que su rey le mandó.

En una tabla su ley

Escribió Dios: ¿no es quebrar

La tabla el no la guardar?

Así es mandato del Rey;

Porque para que se crea

Que es infiel, se entiende así;

Que lo que se rompe allí,

Basta que el respeto sea.

Rey.—No es posible que no tengas

Buena sangre, aunque te afligen

Trabajos, y que de origen

De nobles personas vengas,

Como muestra tu buen modo

De hablar y de proceder.

Ahora bien, yo he de poner

De una vez remedio en todo.—

Conde...

Conde.—Gran Señor...

Rey.—Enrique...

- Don Enrique.—Señor...
- Rey.—Yo he de ir a Galicia;
Que me importa hacer justicia...
—Y aquesto no se publique.
- Conde.—Señor...
- Rey.—¿Qué me replicáis?
Poned del Parque a las puertas
Las postas.
- Conde.—Pienso que abiertas
Al vulgo se las dejáis.
- Rey.—Pues ¿cómo lo han de saber,
Si enfermo dicen que estoy
Los de mi cámara?
- Don Enrique.—Soy
De contrario parecer.
- Rey.—Esta es la resolución
No me repliquéis.
- Conde.—Pues sea
De aquí a dos días, y vea
Castilla la prevención
De vuestra melancolía.
- Rey.—Labradores...
- Sancho.—Gran Señor...
- Rey.—Ofendido del rigor,
De la violencia y porfía
De don Tello, yo en persona
Le tengo de castigar.
- Sancho.—¿Vos, Señor!! Sería humillar
Al suelo vuestra corona.
- Rey.—(A Sancho.).—Id adelante, y prevenid
De vuestro suegro la casa,
Sin decirle lo que pasa,
Ni a hombre humano, y advertid
Que esto es pena de la vida.
- Sancho.—Pues ¿quién ha de hablar, Señor?
- Rey.—(A Pelayo.).—Escuchad vos, labrador,
Aunque todo el mundo os pida
Que digáis quién soy, decid
Que un hidalgo castellano,
Puesta en la boca la mano
Desta manera... advertid...
Porque no habéis de quitar
De los labios los dos dedos.
- Pelayo.—Señor, lol tendré tan quedos,
Que no osaré bostezar.

Pero su merced, mirando
 Con piedad mi suficiencia,
 Me ha de dar una licencia
 De comer de cuando en cuando.

Rey.—No se entiende que has de estar
 Siempre la mano en la boca.

Sancho.—Señor, mirad que no os toca
 Tanto mi bajeza honrar.
 Enviad, que es justa ley,
 Para que haga justicia,
 Algún alcalde a Galicia.

Rey.—*El mejor alcalde el Rey.*

(*Vanse.*)

Vista exterior de la quinta de don Tello.

ESCENA III.

NUÑO, Celio.

Nuño.—En fin, ¿que podré verla?

Celio.—Podrés verla:

Don Tello, mi señor, licencia ha dado.

Nuño.—¿Qué importa, cuando soy tan desdichado?

Celio.—No tenéis qué temer; que ella resiste
 Con gallardo valor y valentía

De mujer, que es mayor cuando porfía.

Nuño.—Y ¿podré yo creer qué honor mantiene
 Mujer que en su poder un hombre tiene?

Celio.—Pues es tanta verdad, que si quisiera
 Elvira que su esposo Celio fuera,
 Tan seguro con ella me casara
 Como si en vuestra casa la tuviera.

Nuño.—¿Cuál decís que es la reja?

Celio.—Hacia esta parte

De la torre se mira una ventana,
 Donde se ha de poner, como me ha dicho.

Nuño.—Parece que allí veo un blanco bulto,
 Si bien ya con la edad lo dificulto.

Celio.—Llegad, que yo me voy; porque si os viere,
 No me vean a mí, que lo he trazado,
 De vuestro justo amor importunado.

(*Váse.*)

ESCENA IV.

ELVIRA, a una reja de una torre.—**NUÑO.**

Nuño.—¿Eres tú, mi desdichada
Hija?

Elvira.—¿Quién, sino yo, fuera?

Nuño.—Ya no pensé que te viera,

No por presa y encerrada,

Sino porque deshonrada

Te juzqué siempre en mi idea;

Y es cosa tan torpe y fea

La deshonra en el honrado,

Que aun a mí, que el ser te he dado,

Me obliga a que no te vea.

¡Bien el honor heredado

De tus pasados guardaste,

Pues que tan presto quebraste

Su cristal tan estimado!

Quien tan mala cuenta ha dado

De sí, padre no me llame;

Porque hija tan infame

(Y no es mucho que esto diga)

Solamente a un padre obliga

A que su sangre derrame.

Elvira.—Padre, si en desdichas tales

Y en tan continuos desvelos,

Los que han de dar los consuelos

Vienen a aumentar los males,

Los míos serán iguales

A la desdicha en que estoy,

Porque si tu hija soy,

Y el ser que tengo me has dado,

Es fuerza haber heredado

La nobleza que te doy.

Verdad es que este tirano

Ha procurado vencerme;

Yo he sabido defenderme

Con un valor más que humano;

Y puedes estar ufano

De que he de perder la vida

Primero que este homicida

Llegue a triunfar de mi honor,

Aunque con tanto rigor

Aquí me tiene escondida.

Nuño.—Ya del extremo celoso,

Hija, el corazón ensancho.

Elvira.—¿Qué se ha hecho el pobre Sancho,

Que solía ser mi esposo?

Nuño.—Volvió a ver a aquel famoso

Alfonso, rey de Castilla.

Elvira.—Luego ¿no ha estado en la villa?

Nuño.—Hoy esperándole estoy.

Elvira.—Y yo que le maten hoy.

Nuño.—Tal crueldad me maravilla.

Elvira.—Jura de hacerle pedazos.

Nuño.—Sancho se sabrá guardar.

Elvira.—¡Oh, quen se pudiera echar

De aquesta torre a tus brazos!

Nuño.—Desde aquí con mil abrozos

Te quisiera recibir.

Elvira.—Padre, yo me quiero ir;

Que me buscan; padre, adiós.

Nuño.—No nos veremos los dos;

Que yo me voy a morir.

(Entrase Elvira.)

ESCENA V.

DON TELLO.—NUÑO.

Don Tello.—¿Qué es esto? ¿Con quien habláis?

Nuño.—Señor, a estas piedras digo

Mi dolor, y ellas conmigo

Sienten cual mal me tratáis;

Que, aunque vos las imitais

En dureza, mi desvelo

Huye siempre del consuelo,

Que anda a buscar mi tristeza;

Y aunque es tanta su dureza,

Piedad les ha dado el cielo.

Don Tello.—Aunque más forméis, villanos,

Quejas, llantos e invenciones,

La causa de mis pasiones

No ha de salir de mis manos.

Vosotros sois los tiranos,
 Que no la quereis rogar
 Que dé a mi intento lugar;
 Que yo, que la adoro y quiero,
 ¿Cómo puede ser, si muero,
 Que pueda a Elvira matar?
 ¿Qué señora presumis
 Que es Elvira? ¿Es más agora
 De una pobre labradora?
 Todos del campo vivis;
 Más pienso que bien decís,
 Mirando la sujeción
 Del humano corazón;
 Que no hay mayor señorío
 Que pocos años y brío,
 Hermosura y discreción.

Nuño.—Señor, vos decís muy bien.

El cielo os guarde.

Don Tello.—Sí hará,

Y a vosotros os dará

El justo pago también.

Nuño (Ap.)—;Que sufra el mundo que estén

Sus leyes en tal lugar,

Que el pobre al rico ha de dar

Su honor, y decir que es justo!

Mas tiene por ley su gusto

Y poder para matar.

(Váse).

Don Tello.—Celio...

ESCENA VI.

CELIO.—DON TELLO.

Celio.—Señor...

Don Tello.—Lleva luego

Donde te he mandado a Elvira.

Celio.—Señor, lo que intentas mira.

Don Tello.—No mira quien está ciego.

Celio.—Que repares bien te ruego;

Que forzalla es crueldad.

Don Tello.—Tuviera de mí piedad,

Celio, y yo no la forzara.

Celio.—Estimo por cosa rara
 Su defensa y castidad.
 Don Tello.—No repliques a mi gusto
 ;Pesar de mi sufrimiento!
 Que ya es bajo pensamiento
 El sufrir tanto disgusto.
 Tarquino tuvo por gusto
 No esperar tan sola un hora,
 Y cuando vino la aurora
 Ya cesaban sus porfias;
 Pues ¿es bien que tantos días
 Espere a una labradora?

Celio.—Y ¿esperarás tú también
 Que te den castigo igual?
 Tomar ejemplo del mal
 No es justo, sino del bien.

Don Tello.—Mal o bien, hoy su desdén,
 Celio, ha de quedar vencido.
 Ya es tema, si amor ha sido;
 Que aunque Elvira no es Tamar,
 A ella le ha de pesar,
 Y a mi vengarme su olvido.

(Vánse).

Sala en casa de Nuño.

ESCENA VII.

SANCHO, PELAYO, JUANA.

Juana.—Los dos seais bien venidos.

Sancho.—No sé cómo lo seremos;

Pero bien sucederá,

Juana, si lo quiere el cielo.

Pelayo.—Si lo quiere el cielo, Juana,

Sucederá por lo menos...

—Que habrémonos llegado a casa....—

Y pues que tienen sus piensos

Los rocines, no es razón

Que envidia tengamos de ellos.

Juana.—¿Ya nos vienes a matar?

Sancho.—¿Dónde está Señor?

Juana.—Yo creo

Que es ido a hablar con Elvira.
 Sancho.—Pues ¿déjala hablar don Tello?
 Juana.—Allá por una ventana
 De una torre, dijo Celio.
 Sancho.—¿En torre está todavía?
 Pelayo.—No importa; que vendrá presto
 Quien le haga...
 Sancho.—Advierte, Pelayo...
 Pelayo (*Ap.*)—Olvidéme de los dedos.
 Juana.—Nuño viene.

ESCENA VIII.

NUÑO.—DICHOS.

Sancho.—¡Señor mio!...
 Nuño.—Hijo, ¿cómo vienes?
 Sancho.—Vengo
 Mas contento a tu servicio.
 Nuño.—¿De qué vienes más contento?
 Sancho.—Traigo un gran pesquisidor.
 Pelayo.—Un pesquisidor traemos,
 Que tiene...
 Sancho.—Advierte, Pelayo...
 Pelayo (*Ap.*)—Olvidéme de los dedos.
 Nuño.—¿Viene gran gente con él?
 Sancho.—Dos hombres.
 Nuño.—Pues yo te ruego,
 Hijo, que no intentes nada;
 Que será vano tu intento;
 Que un poderoso en su tierra,
 Con armas, gente y dinero,
 O ha de torcer la justicia,
 O alguna noche durmiendo,
 Matarnos en nuestra casa.
 Pelayo.—¿Matar? ¡Oh qué bueno es eso!
 ¿Nunca habeis jugado al triunfo?
 Haced cuenta que don Tello
 Ha metido la malilla;
 P'ues la espadilla traemos.
 Sancho.—Pelayo, ¿teneis juicio?
 Pelayo (*Ap.*)—Olvidéme de los dedos.
 Sancho.—Lo que habeis de hacer, Señor,

Es prevenir aposento,
 Porque es hombre muy honrado.
 Pelayo.—Y tan honrado, que puedo
 Decir...

Sancho.—¡Vive Dios, villano!...

Pelayo (*Ap.*)—(Olvideme de los dedos).

Que no hablaré más palabra.

Nuño.—Hijo, descansa; que pienso

Que te ha de costar la vida

Tu amoroso pensamiento.

Sancho.—Antes voy a ver la torre

Donde mi Elvira se ha puesto;

Que como el sol deja sombra,

Podrá ser que de su cuerpo

Haya quedado en la reja;

Y si, como el sol traspuesto,

No la ha dejado, ya se

Que podrá formarla luego

Mi propia imaginación.

(*Váse.*)

ESCENA IX.

NUÑO, PELAYO, JUANA.

Nuño.—¡Qué extraño amor!

Juana.—Yo no creo

Que se haya visto en el mundo.

Nuño.—Ven acá, Pelayo.

Pelayo.—Tengo

Que decir a la cocina.

Nuño.—Ven acá pues.

Pelayo.—Luego vuelvo.

Nuño.—Ven acá.

Pelayo.—¿Qué es lo que quiere?

Nuño.—¿Quién es este caballero

Pesquisidor que trae Sancho?

Pelayo.—El pescador que traemos,

Es un... (*Ap.* Dios me tenga en buenas.)

Es un hombre de buen seso,

Descolorido, encendido,

Alto, pequeño de cuerpo,

La boca por donde come,

Barbirubio y barbinegro;
 Y si no lo miré mal,
 Es médico o quiere serlo;
 Porque, en mandando que sangren,
 Aunque sea del pescuezo...

Nuño.—¿Hay bestia como este, Juana?

ESCENA X.

BRITO.—Dichos.

Brito.—Señor Nuño, corra presto,
 Porque a la puerta de casa
 Se apean tres caballeros
 De tres hermosos caballos,
 Con lindos vestidos nuevos,
 Botas, espuelas y plumas.

Nuño.—¡Válgame Dios, si son ellos!
 Mas ¡pesquisidor con plumas!

Pelayo.—Señor, vendrán más ligeros;
 Porque la recta justicia,
 Cuando no atiende a cohechos,
 Tan presto al consejo vuelve,
 Como sale del concejo.

Nuño.—¿Quién le ha enseñado a la bestia
 Esas malicias?

Pelayo.—¿No vengo
 De la Corte? ¿Qué se espanta?

ESCENA XI.

EL REY, EL CONDE y DON ENRIQUE, de

camino; SANCHO.—Dichos.

Sancho.—Puesto que os vi desde lejos,
 Os conocí.

Rey.—Cuenta, Sancho, (*Ap. a él.*)

Que aquí no han de conocernos.

Nuño.—Seais, Señor, bien venido.

Rey.—¿Quién sois?

Sancho.—Es Nuño, mi suegro.

Rey.—Esteis en buen hora, Nuño.

Nuño.—Mil veces los pies os beso.

Rey.—Avisad los labradores

Que no digan a don Tello

Que viene pesquisidor.

Nuño.—Cerrados pienso tenerlos

Para que ninguno salga.

(Sancho habla a Brito y a Juana, y se van.)

Pero Señor, tengo miedo

Que traigais dos hombre solos;

Que no hay en todo este reino

Más poderoso Señor,

Más rico ni más soberbio.

Rey.—Nuño, la vara del Rey

Hace el oficio del trueno,

Que avisa que viene el rayo;

Sólo, como veis, pretendo

Hacer por el Rey justicia.

Nuño.—En vuestra presencia veo

Tan magnánimo valor,

Que, siendo agraviado, tiemblo.

Rey.—La información quiero hacer.

Nuño.—Descansad, Señor, primero;

Que tiempo os sobra de hacella.

Rey.—Nunca a mí me sobra tiempo.—

¿Llegastes bueno, Pelayo?

Pelayo.—Sí, Señor, llegué muy bueno.

Sepa vuestra señoría...

Rey.—¿Qué os dije?

Pelayo.—Póngome el freno.

¿Viene bueno su merced?

Rey.—Gracias a Dios, bueno vengo.

Pelayo.—A fe que he de presentalle,

Si salimos con el pleito,

Un puerco de su tamaño.

Sancho.—Calla, bestia.

Pelayo.—Pues sea puerco

Como yo, que soy chiquito.

Rey.—Llamad esa gente presto.

(Pelayo se llega a la puerta y llama.)

Sancho.—Es Nuño, mi suegro.
Rey.—Estéis en buen hora, Nuño.

ESCENA VII.—Mil veces los pies

BRITO, FILENO, JUANA LEONOR.—EL REY, EL CONDE,
DE, DON ENRIQUE, NUÑO, SANCHO PELAYO.

Brito.—¿Qué es Señor, lo que mandáis?
Nuño.—Si de los valles y cerríos

Esperaréis mucho tiempo,
Rey.—Estos bastan que hay aquí

¿Quién sois vos?
Erito.—Yo, Señor bueno,

Só Brito, un zagal del campo.
Pelayo.—De casado le cogieron

El principio, y ya es cabrito.
Rey.—¿Qué sabéis vos de don Tello

Y del suceso de Elvira?
Brito.—La noche del casamiento

La llevaron unos hombres
Que aquestas puertas rompieron.

Rey.—Y vos ¿quién sois?
Juana.—Señor, Juana,

Su criada, que sirviendo
Estaba a Elvira, a quien ya

Sin honra y sin vida veo.
Rey.—Y ¿quién es el buen hombre?

Pelayo.—Señor, Fileno el gaitero
Toca de noche a las brujas

Que andan por esos barbaquesas
Y una noche le vellaron

De donde trujo el asiento
Como ruedas de molino.

Rey.—Diga lo que sabe de esto.
Fileno.—Señor, yo vine a caer

Y vi que el señor Tello
Que no entrara el señor Cura

El matrimonio deshecho
Se llevó a su casa a Elvira

Donde su padre y sus deudas
La han visto.

Rey.—Y vos, la madre?
Pelayo.—Esta es Leonora de Cueto

Hija de Pero Miguel
 De Cueto, de quien fue aguelo
 Nuño de Cueto, y su tío
 Martín Cueto, morganero
 Del lugar, gente muy noble,
 Tuvo dos tías que fueron
 Brujas, pero ha muchos años;
 Y tuvo un sobrino tuerto,
 El primero que sembró
 Nabos en Galicia.

Rey.—Bueno
 Está aquesto por ahora.
 Caballeros, descáñsemos,
 Para que a la tarde vamos
 A visitar a don Tello.

Conde.—Con menos información
 Pudieras tener por cierto
 Que no te ha engañado Sancho,
 Porque la inocencia destes
 Es la prueba más bastante.

Rey. (Ap. a Nuño.).—Haced traer de secreto
 Un clérigo y un verdugo.
 (Vanse el Rey, el Conde y don Enrique.)

ESCENA XIII.

SANCHO, NUÑO, PELAYO, JUANA, LEONOR, BRITO, FILENO.

Nuño.—Sancho... (Ap. a él.)
 Sancho.—Señor...
 Nuño.—Yo no entiendo
 Este modo de juez:
 Sin cabeza de proceso
 Pide clérigo y verdugo.
 Sancho.—Nuño, yo no sé su intento.
 Nuño.—Con un escuadrón armado
 Aun no pudiera prendello,
 Cuanto más con dos personas.
 Sancho.—Démosle a comer, que luego
 Se sabrá si puede o no.
 Nuño.—¿Comerán juntos?
 Sancho.—Yo creo

- Que el juez comerá solo,
Y después comerán ellos.
Nuño.—Escribano y alguacil
Deben de ser.
Sancho.—Eso pienso. (Vase.)
Nuño.—Juana...
Juana.—Señor...
Nuño.—Adereza
Ropa limpia, y al momento
Matarás cuatro gallinas
Y asarás un buen torrezno.
Y pues estaba pelado,
Pon aquel pavillo nuevo
A que se ase también,
Mientras que baja Fileno
A la bodega por vino.
Pelayo.—¡Voto al sol, Nuño, que tengo
De comer hoy con el juez!
Nuño.—Este ya no tiene seso. (Vase.)
Pelayo.—Sólo es desdicha en los reyes
Comer solos, y por eso
Tienen siempre alrededor
Los bufones y los perros.
(Vanse.)

Patio de la quinta de don Tello. Pared o verja en el fondo.

ESCENA XIV.

ELVIRA, huyendo de DON TELLO; FELICIANA, deteniéndole.

- Elvira.—¡Favor, cielo soberano!
Pues en la tierra no espero
Remedio. (Vase.)
Don Tello.—Matarla quiero.
Feliciana.—Detén la furiosa mano.
Don Tello.—Mira que te he de perder
El respeto, Feliciana.
Feliciana.—Merezca, por ser tu hermana,
Lo que no por ser mujer.
Don Tello.—¡Pese a la loca villana!

¿Que por un villano amor
 No respete a su señor,
 De puro soberbia y vana?
 Pues no se canse en pensar
 Que se podrá resistir;
 Que la tengo de rendir
 O la tengo de matar. (Vase.)

ESCENA XV.

Celio.—Feliciana.

Celio.—No sé si es vano temor,
 Señora, el que me ha engañado;
 A Nuño he visto en cuidado
 De huéspedes de valor.
 Sancho ha venido a la villa,
 Todos andan con recato;
 Con algún finjido trato
 Le han despachado en Castilla.
 No los he visto jamás
 Andar con tanto secreto.

Feliciana.—No fuiste, Celio, discreto,
 Si en esa sospecha estás;
 Que ocasión no te faltara
 Para entrar y ver lo que es.

Celio.—Temí que Nuño después
 De verme entrar se enojara;
 Que a todos nos quiere mal.

Feliciana.—Quiero avisar a mi hermano;
 Porque tiene este villano
 Bravo ingenio y natural.
 Tú, Celio, quédate aquí
 Para ver si alguno viene. (Vase.)

Celio.—Siempre la conciencia tiene
 Ente temor contra sí,
 Demás que tanta crueldad
 Al cielo pide castigo.

ESCENA XVI.

EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE Y SANCHO, *que
 aparecen al otro lado de la verja.*—Celio.

Rey.—Entrad y haced lo que digo.

Celio.—¿Qué gente es esta?

Rey.—Llamad.

(Llaman; abre un criado, y pasan al patio el Rey, el Conde, don Enrique y Sancho.)

Sancho.—Este, Señor es criado

De don Tello.

Rey.—¡Ah hidalgo! oid.

Celio.—¿Qué me queréis?

Rey.—Advertid

A don Tello que he llegado

De Castilla, y quiero hablalle.

Celio.—Y ¿quién diré que sois?

Rey.—Yo.

Celio.—¿No tenéis más nombre?

Rey.—No.

Celio.—¡Yo no más, y con buen talle!

Puesto me habéis en cuidado.

Yo voy a decir que Yo

Está a la puerta. (Vase.)

Enrique.—Ya entró.

Conde.—Temo que responda airado,

Y era mejor declararte.

Rey.—No era, porque su miedo

Le dirá que sólo puedo

Llamarme Yo en esta parte.

(Vuelve Celio.)

Celio.—A don Tello, mi señor,

Dije cómo Yo os llamáis,

Y me dice que os volváis,

Que él sólo es Yo por rigor;

Que quien dijo Yo, por ley

Justa del cielo y del suelo,

Es solo Dios en el cielo,

Y en el suelo sólo el Rey.

Rey.—Pues un alcalde decid

De su casa y corte.

Celio.(Túrbase).— Iré,

Y ese nombre le diré.

Rey.—En lo que os digo advertid.

(Vase Celio.)

Conde.—Parece que el escudero

Se ha turbado.

Enrique.—El nombre ha sido

La causa.

Sancho.—Nuño ha venido;

Licencia, Señor, espero
Para que llegue, si es gusto
Vuestro.

Rey.—Llege, porque sea
En todo lo que desea
Parte, de lo que es tan justo,
Como del pesar lo ha sido.

ESCENA XVII.

NUÑO, PELAYO, JUANA, y villanos fuera de la verja.—
EL REY, EL CONDE, DON ENRIQUE, SANCHO.

Sancho.—Llegal, Nuño, y desde afuera
Mirad.

Nuño.—Sólo ver me altera
La casa desde atrevido.
Estad todos en silencio.

Juana.—Hable Pelayo, que es loco.

Pelayo.—Vosotros veréis cuán poco
De un mármol me diferencio.

Nuño.—¡Qué con dos hombres no más
Viniese! ¡Extraño valor!

ESCENA XVIII.

DON TELLO. FELICIANA, criados.—*Dichos.*

Feliciana.—Mira lo que haces, Señor...
Tente, hermano, ¿Dónde vas?

Don Tello.(*Al Rey*).—¿Sois por dicha, hidalgo, vos:
El alcalde de Castilla
Que me busca?

Rey.—¿Es maravilla?

Don Tello.—Y no pequeña, por Dios,
Si sabéis quién soy aquí.

Rey.—Pues ¿qué diferencia tiene
Del Rey quien en nombre viene
Suyo?

Don Tello.—Mucha contra mí.
Y vos ¿adónde traéis

La vara?

- Rey.—En la vaina está,
De donde presto saldrá,
Y lo que pasa veréis.
- Don Tello.—¿Vara en la vaina? ¡Oh qué bien!
No debéis de conocerme.
Si el Rey no viene a prenderme,
No hay en todo el mundo quién.
- Rey.—Pues yo soy el Rey, villano.
- Pelayo.—¡Santo Domingo de Silos!
- Don Tello.—Pues, Señor, ¡tales estilos
Tiene el poder castellano!
¡Vos mismo! Vos en persona!
Que me perdonéis os ruego.
- Rey.—Quitadle las armas luego.—
(*Desarman a don Tello; pasan la verja Nuño y los villanos.*)
Villano, por mi corona,
Que os he de hacer respetar
Las cartas del Rey.
- Felicana.—Señor.
Que cese tanto rigor
Os ruego.
- Rey.—No hay que rogar.
Venga luego la mujer
Deste pobre labrador. (*Vase un criado.*)
- Don Tello.—No fué su mujer, Señor.
- Rey.—Basta que lo quiso ser.
Y ¿no está su padre aquí,
Que ante mí se ha querellado?
- Don Tello.(*Ap.*).—Mi justa muerte ha llegado.
A Dios y al Rey ofendí.

ESCENA XIX.

ELVIRA, (*suelos los cabellos.*)—Dichos.

Elvira.—Luego que tu nombre
Oyeron mis quejas,
Castellano Alfonso,
Que a España gobiernas,
Salí de la cárcel,
Donde estaba presa

A pedir justicia
A tu real clemencia..
Hija soy de Nuño
De Aibar, cuyas prendas
Son bien conocidas
Por toda esta tierra.
Amor me tenía
Sancho de Roelas;
Súpolo mi padre,
Casarnos intenta.
Sancho, que servía
A Tello de Neira,
Para hacer la boda
Le pidió licencia;
Vino con su hermana;
Los padrinos eran;
Vióme y codicióme,
La traición concerta.
Difiere la boda,
Y viene a mi puerta
Con hombres armados
Y máscaras negras.
Llévome a su casa,
Donde con promesas
Derribar pretende
Mi casta firmeza;
Y desde su casa
A un bosque me lleva
Cerca de una quinta,
Un cuarto de legua;
Allí, donde solo
La arboleda espesa,
Que al sol no dejaba
Que testigo fuera,
Escuchar podía
Mis tristes endechas.
Digan mis cabellos,
Pues saben las yerbas
Que dejé en sus hojas
Infinitas hebras,
Qué defensas hice
Contra sus ofensas;
Y mis ojos digan
Qué lágrimas tiernas,
Que a un duro peñasco

Ablandar pudieran.
 Viviré llorando,
 Pues no es bien que tenga
 Contento ni gusto
 Quien sin honra queda.
 Sólo soy dichosa

En que pedir pueda
 Al mejor alcalde
 Que gobierna y reina,
 Justicia y piedad
 De maldad tan fiera.

Esta pido, Alfonso,
 A tus pies, que besan

Mis humildes labios,
 Ansí libres vean

Descendientes tuyos

Las partes sujetas

De los fieros moros

Con felice guerra;

Que si no te alaba

Mi turbada lengua,

Famas hay y historias

Que la harán eterna.

Rey.—Pésame de llegar tarde;

Llegar a tiempo quisiera,

Que pudiera remediar

De Sancho y Nuño las quejas;

Pero puedo hacer justicia

Cortándole la cabeza

A Tello: venga el verdugo.

Feliciano.—Señor, tu real clemencia.

Tenga piedad de mi hermano.

Rey.—Cuando esta causa no hubiera,

El desprecio de mi carta,

Mi firma, mi propia letra,

¿No era bastante delito?

Hoy veré yo tu soberbia,

Don Tello, puesta a mis pies.

Don Tello.—Cuando hubiera mayor pena,

Invictísimo Señor,

Que la muerte que me espera,

Confieso que la merezco.

Don Enrique.—Si puedo en presencia vuestra...

Conde.—Señor, muévabos a piedad

Que os crié en aquesta tierra.

Feliciana.—Señor, el conde don Pedro
De vos por merced merezca
La vida de Tello.

Rey.—El Conde

Merece que yo le tenga
Por padre; pero también
Es justo que el Conde advierta
Que ha de estar a mi justicia
Obligado de manera
Que no me ha de replicar.

Conde.—Pues la piedad ¿es bajeza?

Rey.—Cuando pierde de su punto

La justicia, no se acierta
En admitir la piedad.
Divinas y humanas letras
Dan ejemplos: es traidor
Todo hombre que no respeta
A su rey, y que habla mal
De su persona en ausencia.—
Da, Tello, a Elvira la mano
Para que pagues la ofensa
Con ser su esposo: y después
Que te corten la cabeza,
Podrá casarse con Sancho,
Con la mitad de tu hacienda
En dote.—Y vos, Feliciana,
Seréis dama de la Reina,
En tanto que os doy marido
Conforme a vuestra nobleza.

Nuño.—Temblando estoy.

Pelayo.—¡Bravo Rey!

Sancho.—Y aquí acaba la comedia.

Del *Mejor Alcalde*, historia
Que afirma por verdadera
La corónica de España:
La cuarta parte la cuenta.

Feliciano - Señor, el amor don Juan
 De vos por nuestro mestizo
 La vida de Juan
 Rey - El Cacho
 Miedo que se le tenga
 Por tanto por temerario
 De Juan que el Cacho se vea
 Que ha de estar a tal justicia
 Ojalá de manera
 Que no me ha de espantar
 Conde - Pues la verdad es la que
 Rey - Ojalá que de su punto
 La justicia no se altera
 Anselmino se presta
 Justicia y su nombre presta
 De la justicia se temerario
 Tanto miedo que no se presta
 A su rey y que hablo mal
 De la persona en su punto
 De Tello a Rivas la mano
 Para que sepa de su punto
 Con ser su esposo y hermano
 Que se cortan la cabeza
 Para castigar su punto
 Con la mitad de su punto
 En este - Y vos Feliciano
 Miedo de su punto
 En tanto que de hoy mañana
 Condeno a vuestra justicia
 Rey - Temiendo otro
 Pelayo - Juan Rey
 Pelayo - Y vos Juan a su punto
 De la justicia se presta
 Que el punto se presta
 La justicia de su punto
 La muerte para la justicia

POR LEON

Biblioteca de Asuntos y Autores Leoneses

Los Tellos de Meneses

Y

Comedia de

LOPE DE VEGA CARPIO,

editada por

"EL DIARIO DE LEON"

para asociarse a la celebración

del centenario de su muerte

PARA LEON

Año de 1935

Los Tellos de Meneses

Compañía de

JOSE DE VEGA CABRERO

editada por

EL DIARIO DE LEÓN

para asociarse a la redacción

del periódico de su número

Año de 1923

PARA LEÓN

PROLOGO

En la selección de comedias de Lope, de Rivadeneira, aparecen dos sobre los Tellos de Meneses. Ambas están dedicadas a enaltecer y glorificar tan ilustre apellido. Esta primera parte fué impresa en la Parte XXI publicada por don Luis de Usátegui, yerno del poeta, en 1635, el mismo año de la muerte del Fénix. La segunda parte apareció en una edición suelta sin lugar ni año de impresión. Se ha dudado que esta segunda parte sea de Lope. Sin embargo, su estilo es plenamente lopesco.

La primera parte, que a continuación publicamos, es una comedia típica de Lope. Como en "Los Prados de León", se trata en ella de ensalzar el origen ilustre de una familia aristocrática. Y todo en ella se subordina a este fin. Por eso no interesa el conflicto humano de amor y celos que a lo largo de la obra se plantea; es sólo un episodio en el que no se ahonda y que queda sin resolver. No obstante, las escenas en que este conflicto asoma son quizá las más interesantes de la obra por su hondura psicológica y por su carácter humano universal y de siempre. Al final de la comedia donde los celos de Laura pedirían un desarrollo más amplio, el conflicto se esfuma y queda disuelto en el fin alegre y feliz que a Lope tanto agradaba. El optimismo de Lope no consiente cerrar una comedia con una impresión trágica que el mismo público rechazaría.

La verdadera protagonista es Elvira, la hija del rey Ordoño I, que, huyendo de un matrimonio que su padre la propone, se refugia en las montañas de León en traje de aldeana. Verdadero tipo de mujer lopesca, fina, grácil, amorosa, que tiene cierto parecido con la moza del cántaro, sin su audaz apasionamiento y sin su travesura. Laura, la antagonista, amante y celosa, se apunta como una mujer de brio y pasión, pero pronto se apaga y diluye en el ambiente, blando y gris de toda la obra. Tello el mozo es el joven inquieto y apasionado, fácil al encanto de la belleza femenina, sin el empuje audaz y enérgico que tiene en la segunda parte; es un personaje de égloga, producto del ambiente campesino, a pesar de sus anhelos de grandeza y cortesanía. Y tello el

viejo es un tipo original y extraño de avaro pródigo, digno de una comedia de Molière; su psicología merece un estudio profundo que Lope no se ocupa de hacer y así pasa por la obra como un personaje paternal y protector, de conducta extraña y contradictoria. Todos estos tipos, apenas dibujados, a medias estilizaciones de farsas y a medias siluetas de cuento infantil, se mueven en una atmósfera idílica que, a pesar de todos los esfuerzos realistas del autor, permanecen idealizada con sus contornos difuminados en la lejanía del tiempo y del espacio. El color local no está logrado más que a medias. El ambiente es un ambiente montañés, pero de una montaña abstracta, de cualquier parte, no de León como el autor quisiera. Mejor logrado está el ambiente histórico, ideal también pero más auténtico, con la autenticidad de la leyenda y de la admirable intuición histórica de Lope.

El desarrollo es claro y la acción animada; la soltura del Fénix y la facilidad y espontaneidad de su estro son bien visibles en esta comedia, juntamente con una versificación brillante y un diálogo ajustado y natural que no falta en ninguna de sus obras. Tres bellos y conceptuosos sonetos, no de los mejores, esmaltan el primer acto; y en el segundo un monólogo de Tello el viejo glosa, con algún prosaísmo, el "Beatus ille" de Horacio. En toda la obra se notan reminiscencias del romancero y aun se hace alusión al romance de Elvira, "la desesperada Infanta", que sirvió a Lope de núcleo y fuente para su comedia.

A. G. de L.

PERSONAJES

TELLO EL VIEJO

TELLO, *su hijo*

MENDO, *villano, gracioso*

SANCHO, *villano*

FORTUN, *labrador*

AIBAR, *labrador...*

DON RAMIRO

BATO, *villano*

LAURA, *labradora*

INES, *villana*

ORDOÑO I, REY DE LEON

DOÑA ELVIRA, *infanta*

DON NUÑO

SILVIO

BENITO

VILLANOS

CRIADOS

PERSONALES

TRINIDAD VIEJO

TRINIDAD VIEJO

MARÍA VIEJO

Acto Primero

Habitación de la Infanta en el real alcázar de León.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA DOÑA ELVIRA, DON NUÑO.

Infanta.—Parecerá loca acción
A quien la virtud ignora.

Don Nuño.—¡Extraña resolución
En una heroica señora,
Hija de un Rey de León!
Otros medios puede haber.

Infanta.—Ansí pienso defender
Cauta mi honor y decoro,
Al quererme hacer de un moro
Un rey cristiano mujer.

Don Nuño.—¡Resuelta en efeto estás
De mujeres que supuieron
Reducir a sus maridos,
Y que a la fe los trujeron
Los brazos y los oídos.
Tal con el rey de Valencia.
Tu hermosura y tu prudencia,
Señora, pudiera ser,
Y al mayor ejemplo hacer,
Si no igualdad, competencia.
Casa con él; que, aunque moro,
En las virtudes sin fe
Es un archivo, un tesoro;
Y aunque fuera della esté,
Sabrá guardarte decoro.
Hace el Rey esta amistad
Por ganar la voluntad
Del de Córdoba y Toledo,
No porque les tiene miedo,
Por mayor seguridad
Que nadie se ha de mover
En siendo Tarfe su yerno.

Infanta.—Primero pudiera ser

Volverse gloria el infierno
 Que ser de Tarfe mujer.
 En lugar de flores bellas,
 Niño, nacerán estrellas,
 Y los peces de los ríos
 Trocarán sus centros fríos
 Al manto que esmaltan ellas.
 Primero el feroz desnudo
 Del arrogante león
 Tendrá de un cordero miedo,
 Será firme la ocasión,
 Y se estará el tiempo quedo.
 Cesarán la competencia
 Los elementos furiosos
 De su inmortal resistencia,
 Y no tendrán envidiosos
 Privanza, virtud ni ciencia.
 Será la flaqueza fuerte,
 Tendrá venturosa suerte
 El bien con la ingratitud,
 Enfadará la salud
 Y será dulce la muerte.

Don Nuo.—¿Resuelta en efecto estás
 De que el conde castellano
 Te favorezca?

Infanta.—Hoy verás
 Del moro el intento vano,
 Y el de mi padre, que es más.
 Na juzgues á desvarío,
 Niño, el pensamiento mío:
 Siendo forzoso ausentarme,
 Nadie puede remediarme
 Mejor que el Conde, mi tío.
 Heme fiado de tí,
 De tu valor confiada,
 Para defenderme así;
 Que yo sé que iré guardada
 De tí mejor que de mí.

Don Niño.—¡No me tengan por traidor,
 Si te acompaño en tu error!

Infanta.—No es error hacer defensa
 Una mujer en la ofensa
 De su virtud y su honor.
 Fara cegó de llorar

Por no se querer casar;
 Y fué de alabanza dina
 Huyendo a un padre Eufrosina,
 A quien pretendo imitar.
 En hábito de varon
 Huyó Eugenia, y yo he tenido
 Para huir, mas ocasión,
 De un rey de León, que ha sido
 Para mí rey y león.
 A punto mis joyas tengo;
 Que los sucesos prevengo
 Que temo, aunque no los sé,
 Pues que por guardar mi fe
 A tantas fortunas vengo.
 Si como Cecilia fuera,
 Algún ángel esperara,
 Que mi virtud defendiera,
 Porque ese moro dejara
 Su ley tan bárbara y fiera.
 Mucho del cielo confío,
 De mí no, Nuño; y así
 Intento tal desvario.

Don Nuño.—Para servirte nací,
 Blasón de mi sangre y mío.
 Mira a la hora que quieres
 Que venga por tí, pues eres
 Quien se vale de mi nombre;
 Que nace obligado un hombre
 A defender las mujeres.

Infanta.—Cuando se ponga la luna,
 Que media noche será.

Don Nuño.—Vendré sin falta ninguna,
 En un caballo, en que ya
 Corramos los dos fortuna.

Infanta.—Pues por el parque saldré.

Don Nuño.—Y yo a la puerta estaré.

Infanta.—Aunque es hazaña atrevida,
 Más quiero perder la vida
 Que no aventurar la fe. (*Vanse.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos en las montañas de León.

ESCENA II.

TELLO, vestido de gala, con aderezo dorado y plumas; LAURA

Tello.—Finalmente, ¿no he podido
Guardarme de tí!

Laura.—De amor,

¿Quién puede? Y más si el temor
De ausencia promete olvido,

Y de la suerte que vas,

Vestido a lo cortesano,

¿No ves que encubres en vano

Los enojos que me das?

Que entre esparanza y temor

Vivo con tantos recelos,

Que me avisaran los celos

Cuando se durmiera amor.

¿Cómo te has vestido así?

Tello.—Prima, aunque Tello, mi padre,

Es labrador, por mi madre

Hidalgo y noble nació;

Y él en toda la montaña

De León siempre ha tenido

Fama de ser bien nacido,

Y de los godos de España.

Pues ¿qué quiere de un mancebo

Como yo? ¿No es poco honor

De los dos ser labrador?

Por dicha en el mundo ¿es nuevo

Que quien tiene hacienda emprenda

Ser algo más de lo que es?

¿En qué desatinos ves

Que le gasto mal su hacienda?

¿Es mucho que a la ciudad

Vaya como hombre de bien,

Adonde los que me ven

Conozcan mi calidad?

¿Quién culpa lo que no pasa

De un honrado pensamiento?

¿Tengo de ir en jumento,

Con un villano de casa?

En ella, gracias a Dios,
 Afeitan la yerba a un prado
 Cien yeguas; pues mi criado
 Y yo ¿es milagro que en dos
 Vamos a ver la ciudad
 Y a comprar alguna cosa?

Laura.—A no dejarme celosa
 Del traje la novedad
 Y de León la hermosura,
 Tu pensamiento aprobará.
 Galán, es cosa muy clara
 Que harás alguna locura.
 Tú gracias, yo pocas dichas,
 ¿Qué espero, pues, de las galas
 Nacen a los hombres alas
 Y a las mujeres desdichas?
 Fuera desto, si en León
 Ves las damas cortesanías
 O en visitas o en ventanas,
 Donde con tal perfección
 Está el adorno y el traje,
 Que en ángeles las convierte,
 Después, ¿qué ha de parecerte
 Nuestro rudo villanaje?
 Una mujer que consejo
 Pide al tocarse a una fuente,
 No a un mar de cristal enfrente,
 Que es más lisonja que espejo,
 ¿Qué podrá ser para ti
 Cuando vuelvas a León?

Tello.—Prima, lo mismo que son
 Los prados en que nací,
 Con su natural belleza,
 No los jardines del arte;
 Porque es en aquella parte
 Madrastra naturaleza.
 Deja celos excusados,
 Porque me pone temor
 Mostrarme tanto rigor
 Antes de estar desposados.
 ¿Qué dejas para después,
 Si esto me dices agora?

ESCENA III

TELLO EL VIEJO, INES.—DICHOS

Inés.—Bien lo sabe mi señora,
Pues le llamó.

Tello el viejo.—Espera, Inés.
¿Qué buena conversación!
¿Tú con gente cortesana,
Laura?

Tello.(Ap.)—Cogíome: por Dios,
Que le avisaron que estaba
De partida a la ciudad.

Laura.—La vista o la edad te engaña;
Con Tello, mi primo, estoy.

Tello el viejo.—¿Quién es Tello?

Laura.—¿No le acabas
De conocer?

Tello el viejo.—¿Cómo puedo?
Que Tello mi hijo, Laura,
Es labrador como yo,
Aunque de aquestas montañas
El mas bien nacido y rico,
Y habrá dos horas que andaba
Con un gaban y un sombrero
Tosco, abarcas y polainas.
¿Hijo yo con seda y oro,
Espada y daga dorada,
Plumas y mas aderezos
Que una nave tiene jarcias!

No creas tú que es mi hijo.

Caballero, ¿dónde pasa?

¿Es cazador de este monte?

¿Perdióse acaso? ¿No habla?

Tello.—¿Qué tengo de hablar, Señor,

Si desta suerte me tratas?

Quien te avisó, mejor fuera

Que este enojo te excusara.

¿Es mucho que á la ciudad

Un hijo de un hombre vaya

Tan principal como tú,

Y que ha de heredar tu casa,

En traje que lo parezca?

Tello el viejo.—Y ¿es justo que en esas galas

Gastes con tanta locura
El dinero que no ganas?

¿En qué está la diferencia
De la nobleza heredada,
Al oficial ó al que cuida
De su cuidado y labranza?

En que el uno vista seda
Y el otro una jerga basta,
Que basta para su estado,
Pues ella dicé que basta.

La carroza del señor,
Que cuando el techo levanta,
Descubre los arcos de oro
Con las cortinas de grana,

¿No ha de tener diferencia
A un carro con seis estacas,

Cuatro mulas por frisiones,
Su mismo pelo por franjas,
Que, cuando mucho, a una fiesta
Lleva en un cielo de caña

Algún repostero viejo
Con las armas de otra casa?

¿Beber en cristal es poco,
O de algún arroyo el agua
Con la mano, que le vuelve
La mitad desde la barba;

Comer en plata ó en barro,
Supuesto que mas se gasta,
Pues nunca de su valor
Faltó la plata quebrada?

¡Ay, Tello! la perdición
De las repúblicas causa
El querer hacer los hombres
De sus estados mudanza.

En teniendo el mercader
Alguna hacienda, no para
Hasta verse caballero,
Y al mas desigual se iguala.

¿Qué hijo de un oficial,
Ló mismo que el padre trata?
De aquí nace aquella mezcla
De cosas altas y bajas,

Que los matrimonios ligan,

Con qué sangre y honras andan
Revueltas; de aquí los pleitos,
Las quejas y las espadas.
Hidalgo naciste, hijo;
Pero entre aquestas montañas,
De un labrador que ha vivido
Del fruto de cuatro vacas,
Seis ovejas y dos viñas.
Dejad al señor las galas
Y a los soldados las plumas;
Volved al paño y la abarca;
que yo soy mejor que vos,
Y tal vez los pies me calzan.
Por el riguroso enero
Las nieves de las montañas,
Y en junio las canas cubre
Algún sombrero de paja;
Que de agradecido al trigo,
La pongo sobre estas canas.

Tello.—¿Quién pudiera persuadir,
Padre mío, con palabras
A los años, que se olvidan
De lo que por ellos pasa?
No hay hombre, anciano que crea
Que caminó la jornada
De la vida en aquel brio,
Cuando el que tuvo le falta.
Conozco que han sido exceso
De un labrador estas galas;
Pero no de un hijo vuestro,
Que sois rey destas montañas.
Si fuérades labrador
De aquellos que cavan y aran,
Na pudiera á vuestra queja
Satisfacer mi ignorancia;
Pero si cuando del cielo
En copos la nieve baja,
No cubre mas destes montes
Que con las guedejas blancas
Vuestro ganado menor;
Y si de ovejas y cabras
Perecen los prados pueblos,
Y yerba y agua les falta;
Si teneis de plata y oro

Tantos cofres, tantas arcas,
Y tiran cien hombres sueldo
De vuestra familia y casa,
¿Por qué os engañó la edad
En decir que lo que acaba
Las ciudades es hacer
Los hombres tales mudanzas?
El que su casa no aumenta,
Y la deja como estaba,
No es hombre digno de honor,
Antes de perpetua infamia.
¿Para qué camina un hombre
Tanto mar sobre una tabla,
Para qué estudia y pelea,
Sino para que su fama
Aumente á su casa el nombre?
Que si el mundo se quedara
En el oficio de Adán,
Naturaleza, afrentada,
Se corriera de mirar
Por muros y torres altas,
Por palacios, por ciudades,
Montes de trigo y paja.
No hubiera ciencias, no hubiera
Quien el mudo gobernara,
Ni pinturas ni esculturas,
Sedas, piedras, oro y plata.
Fué divina providencia
Para las cosas humanas
Diversas inclinaciones;
Y por eso a nadie espanta
Que aprenda un hombre a empedrar,
Pudiendo desde su infancia
Aprender artes que en oro
Piedras preciosas engastan.
Yo, en efecto, padre mio,
No me inclino a cosas bajas:
Si os cansan mis pensamientos,
A mí los vuestros me agravian.
A Ordoño, rey de Leon,
Hace guerra el de Granada;
Con alistarme soldado
Vendrán bien plumas y galas.
Ni os gastaré vuestra hacienda

Ni oiré tan viles palabras;
 Que si vos estáis contento
 Del campo y de su ganancia,
 Yo aspiro a cortes de reyes
 Y á ennoblecer vuestra casa.
 Tello el viejo.—Oye, Tello; Tello, escucha.
 (Vase Tello.)

ESCENA IV

TELLO EL VIEJO, LAURA, INES

Laura.—El tiene mucha razon.
 Tello el viejo.—¿Tan poca reprehension
 Le cansa?
 Laura.—No es sino mucha.
 Tello el viejo.—Ayuda tú, por tu vida;
 Anda, di que nos vaya.
 Laura.—¿Cómo es posible que haya
 Quien estorbe su partida?
 Tello el viejo.—Pues yo iré; que por ventura
 Tendrá respeto a quien soy,
 Si no á tu amor.—(Vase.)
 Laura.—¡Buena estoy!
 Inés.—Si estás de su amor segura,
 ¿Qué importa que vaya Tello
 A la ciudad?
 Laura.—Nadie amó
 Segura.
 Inés.—Presumo yo
 Que con un sutil cabello
 Le atarás y le tendrás.

ESCENA V

MENDO.—LAURA, INES

Mendo.—¿Está acá nueso amo el mozo?
 Inés.—Cayóse el gozo en el pozo.
 Mendo.—¿Qué dices?
 Inés.—Que no te vas.

Mendo.—Engañaste; que ha de ser
Lo que Tello una vez dice,
Si el mundo lo contradice.

Laura.—Pues esta vez no has de ver
La ciudad, Mendo alcahuete

Mendo.—¿Yo alcahuete?

Inés.—Pues ¿quién es
El que le lleva?

Mendo.—¿Yo, Inés!

Inés.—Buen castigo te promete
Señor por esas maldades.

Laura.—Sí, Mendo, culpado estás;
Que, como a la corte vas,
A que vaya le persuades,
Contándole lo que ves.

Mendo.—¿Qué veo yo?

Laura.—Mil mujeres,
Pintándolas como quieres
De la cabeza á los piés.
Y todo es linda invencion;
Porque ¿qué puedes tú ver
Mientras llevas á vender
Trigo, cebada y carbon?
Desnuda lo cortesano,
Vuelve al capote.

Mendo.—¿Por Dios,
Que me tratáis bien las dos!
Esto de serviros gano.
¿Quién dice a Tello, quién cuenta
Tus gracias? ¿Qué lindo humor!
¿Quién le anima a mi señor
Al casamiento que intenta?
¿Quién te pinta cuando al día
Sirves de alba al levantarte?
¿Quién, cuando vas a acostarte,
Tu cubierta bizzaría?
Quién le dice, como yo,
Laura, que te guarde fe?

Laura.—Hoy, Mendo, yo te escuché
Donde ninguno me vió,
Cuando a Tello le dijiste:
"No es tu valor para el monte;
Déjale, alégrate, ponte
Galas, colores te viste.
Una tosca montañesa

Que consultó para erizo
 Naturaleza, y la hizo
 En el molde de una artesa,
 Con un zapato de lazo
 Como un medio celemin,
 Sobre la ceja el garbín,
 La cola en el espinazo,
 ¿Qué tiene que ver con ver
 Una columna de nieve
 En tres puntos de un pie breve?"

Mendo.—¿Yo lo dije?

Laura.—Y hay mujer,

Perro, que tiene lo pies
 Como bonete doblado.
 Pues si alabar el calzado
 Hoy escucharas, Inés,
 Medias, zapatillo y liga,
 A Venus imaginaras.
 Todas tienen lindas caras;
 No hay mujer de quien no diga
 Que es un serafín, un cielo,
 Como de la corte sea;
 Infierno llama a la aldea.

Mendo.—¡Bien pagas, Laura, mi celo!

Yo tengo la culpa, yo,
 Porque alabo, estimo y quiero
 Aquel tomillo salsero
 Con que este monte os crió:
 El oler a flor de espinos
 Por abril en las orillas
 De los ríos, no a pastillas
 De esos ámbares divinos,
 Que han dado a tantas mujeres
 Mal de madre y a los hombres
 Tanto enfado, y otros nombres
 Que impidan vuestros placeres.
 ¿Quién vuestra limpia hermosura
 Y vuestra tez encarnada,
 Tiesa y firme como espada,
 Sin pelo ni quebradura,
 Aquel lavarse a dos manos,
 Un caldero por espejo,
 El querer al tiempo viejo,
 Y el pedir sin pasamanos,
 Aquel blanco delantal

Con mil randas y labores,
En que puede coger flores
La misma aurora oriental;
Quién lo alaba y encarece
Como yo?

Laura.—Ya he conocido
Tus lisonjas.

Mendo.—Quien ha sido
La causa, esto y más merece.
Pero yo lo enmendaré
Con llevale a la ciudad,
Para que sea verdad.

Laura.—Y yo a Señor le diré
Cómo eres perro de muestra
De Tello, el ventor y hurón
De sus damas destrucción
Suya y de la hacienda nuestra;
Que eres el que vende el trigo
Que le hurtáis, y aun el dinero...

Mendo.—Escucha, Laura.

Laura.—No quiero;
Hoy cuanto pasa le digo. (Vase.)

Mendo.—Inés, deténla.

Inés.—¿Yo?

Mendo.—¿Pues?

Inés.—Mal conoces el estado
A que conmigo has llegado.

Mendo.—Oye una palabra, Inés. (Vase Inés.)

ESCENA VI.

MENDO.

Mendo.—Más quiero oír de vos, más un desprecio
De quien ayer en baja mar vivía;
Mas por fuerza escuchar mala poesía,
Y a un sordo, oyendo yo, que me hable recio;
Más quiero ver a la virtud sin precio,
Sufrir de un ignorante la porfía,
Querer una mujer que tenga tía,
Hablar a un bobo y respetar a un necio;
Más quiero consentir de un estudiante
El frío verso y bachillera prosa,

Con mucha presunción, siendo ignorante;
 Más los melindres de una necia hermosa,
 Y que en falsete un barbinegro cante,
 Que resistir una mujer celosa. (Vase.)

Sala en el alcázar de León.

ESCENA VII.

EL REY ORDOÑO, DON RAMIRO, *Criados.*

Rey.—¿A qué podrá llegar mi desventura?
 O ¿qué podrá servirme de remedio?

Don Ramiro.—Señor, el cuerdo el último procura;
 Que la paciencia es saludable medio
 Para curar los males imposibles.

Rey.—¡Fuerte elección, si está la muerte en medio!
 No fueran mis desdichas insufribles,
 Ramiro, a no ser yo la causa dellas;
 Que estos las hace justas e invencibles.
 Si yo culpar pudiera a las estrellas,
 O a un loco amor, que el más real decoro
 Suele vencer cuando faltaran ellas,
 Remedio hallara en el dolor que lloro;
 Mas no le puede haber faltando Elvira,
 Porque, cristiano, quise darla a un moro.
 Mas quien el corazón penetra y mira,
 Sabe que fué mi intento confianza
 De que al bautismo el de Valencia aspira.—
 ¿Qué dice Blanca en fin?

Don Ramiro.—Que la esperanza
 Es vana de buscarla, a lo que piensa,
 Si vive ya donde el poder no alcanza;
 Pues, viendo que era débil la defensa
 Con que pudiera resistir tu gusto,
 Como era darla por mujer a un hombre
 Que no siendo cristiano, fuera injusto,
 Salió con diferente hábito y nombre,
 Donde tienen por cierto que se ha muerto.

Rey.—¿A quién habrá que mi dolor no asombre?
 Sin duda de las fieras del desierto
 Sepulcro es ya, pues no parece en cuanto
 Se ha buscado, inquirido y descubierto.

Que Porcia del amor aplaque el llanto
Comiendo brasas; que Lucrecia el pecho
Al hierro entregue, no me causa espanto,
Ni reducida a punto tan estrecho,
Darle Cleopatra a un áspid, ni el ardiente
De Dido y Fedra en lágrimas deshecho;
Pero que una mujer cristiana intente
Matarse, ¿a quién no causa maravilla?
¿Desperada, infiel, inobediente!...
¿Qué ha respondido el conde de Castilla?

Don Ramiro.—Lo que todos responden admirados.

En fin, ningún lugar, ciudad ni villa
Dejó de verse en todos sus estados;
Ni el de Navarra sabe cosa alguna.

Rey.—Quitáranme la vida mis cuidados.

No me quiero quejar de mi fortuna;
Castigo fué del cielo mi imprudencia.
Disculpa no podrá tener ninguna,
Ni mal tan grande permitir paciencia. (Vanse.)

MONTE.

ESCENA VIII.

LA INFANTA, DON NUÑO, *con una caja de joyas.*

Infanta.—Suelta las joyas, villano,

Ya que me dejas así.

Don Nuño.—Pienso, Elvira, que de mí

Te vienes quejando en vano,

Pues pudiendo ser tirano

De tu más noble tesoro,

Y no como indigne moro,

Sino como noble hidalgo,

De tanto peligro salgo,

Libre tu honor y decoro;

Que en este monte pudiera,

Dando lugar al deseo,

Hacer que del vir Tereo

Menor la tragedia fuera,

Y esta montaña tuviera,

Otra Filomena hermosa,

Más desdichada y quejosa;

Pues si te dejó el honor,
 ¿Qué joyas tienen valor
 Que iguallen la más preciosa?
 Acompañarte no ha sido
 Traición, pues que fué ampararte;
 La traición fuera forzarte,
 A tu grandeza atrevido.
 Mi honor, mi patria he perdido:
 Si es así, forzoso es,
 Para librarme después
 Entre moros y cristianos,
 Llevar el oro en las manos,
 Que son los mejores pies.

Infanta.—Aunque las joyas te pido,
 No es por ellas mi interés;
 Por una sortija es
 Que del Rey, mi padre, ha sido:
 Que, aunque tanto me ha ofendido,
 Le tengo notable amor.
 Cosa es de poco valor.

Don Nuño.—¿Es la desta sierpe?

Infanta.—Sí;

Que de un diamante y rubí
 Tiene en la boca una flor.

Don Nuño.—Toma; que aunque ésta tuviera
(Dáale una sortija.)

El valor de las demás,
 No te negará jamás
 Cosa que tu gusto fuera.

Infanta.—No me dejes sola, espera,
 En tan ásperas montañas;
 Llévame a aquellas cabañas.

Don Nuño.—Seré, Elvira, conocido
 Por autor, como lo he sido,
 De tan infames hazañas.
 Quien ha tenido valor
 Para venir desta suerte,
 No tema, Elvira, la muerte,
 Pues no ha temido el honor
 Donde me lleva el temor
 Voy arrepentido y triste;
 Confieso que me pusiste
 Una esperanza, que fué
 Por donde hasta aquí llegué
 Con la ocasión que me diste.

Codicia de tu belleza
Me dió causa aquella tarde;
Pero rendíla, cobarde,
A los pies de tu grandeza;
Que no pudo mi bajeza
Tener tan altos despojos,
Ni atreverme a darte enojos
Pude en ocasión igual;
Que la hermosura real
Tiene deidad en los ojos.
Cuántas veces me incitaba
Un pensamiento amoroso,
Tantas de tu rostro hermoso
La grave luz me cegaba.
Quien en tal batalla estaba,
Bien hace en dejarte a efeto
De que el temor más discreto,
Tratándote fuera ingrato;
Que es tan poderoso el trato,
Que a nadie guarda respeto;
Que si algo suele perder,
Contra las humanas leyes,
Respeto, Elvira a los reyes,
Sólo el trato puede ser.
Túrbase quien llega a ver
De un rey la deidad severa,
Como su ser considera,
Y el más sabio se recata;
Pero quien los sirve y trata,
Ni se muda ni se altera.
Yo parto, en fin, victorioso
De mí mismo, y tan leal,
Que dejo ocasión igual
Al más cuerdo o más dichoso.
Lo que me trujo animoso,
Determinado en secreto,
Me vuelve necio y discreto.
Perdona, y quédate aquí;
Que voy huyendo de ti
Por no perderte el respeto. (Vase.)

ESCENA IX

LA INFANTA.

Infanta.—Hurta los rayos al dorado hermano,
 Para vestirse de su luz, la luna;
 Sin mirar otra palma, de ninguna
 Cortó racimos de oro el africano.
 Gime la tortolilla, y gime en vano,
 Cuando el esposo que murió importuna;
 Sin dueño no hay en monte fiera alguna,
 Ni vida alegre en el discurso humano.
 De la suerte que e alma al cuerpo informa,
 Es como la primera inteligencia,
 Materia la mujer, el hombre forma.
 Y tanto nos ampara su presencia,
 Y así su forma nuestro ser conforma,
 Que siendo este traidor, siento su ausencia.

ESCENA X.

UN VILLANO.—LA INFANTA.

Un Villano, (Canta dentro.)
Triste está la infanta Elvira,
Días ha que no se alegra;
Que la casa el Rey, su padre,
Con el moro de Valencia.

Infanta.—Aquí llegan mis desdichas;
 Pero si la causa llega,
 Tan triste como atrevida,
 ¿Qué mucho que lleguen ellas?

Villano.—(Canta dentro.)—*¿Qué mal lo ha mirado Ordoño!*
A la fe que se arrepienta;
Por que quien no teme á Dios,
No puede hacer cosa buena.

Infanta.—¡Ah buen hombre, ah labrador!

Villano (Dentro).—Digo que llaman Teresa,
 Detrás de aquellas carrascas,
 Y voz de mujer semeja. (Sale.)

¿Quién llama? ¿Quién es? ¿Sos vos?
 ¡Voto al sol, que es cosa nueva
 Vuestro traje en estos montes,
 Que no es a la usanza nuestra!

Infanta.—Mas nuevas son mis desdichas.
 Trújome por esta tierra
 Un capitán.

Labrador.—¿Quién lo duda?
 Como tiene el amor flechas,
 A las mas engañan plumas.
 ¿Como diablos os inquieta
 Tanto en vuestras almohadillas
 El tapatan de la guerra?
 Pero ¿cómo os deja aquí?

Infanta.—Por mis desdichas me deja,
 Que son largas de contar.
 Pero, dime, ¿son aldeas
 Esas grandes caserías,
 Que dellas parecen peñas,
 Y dellas huertas parecen?

Labrador.—Todas son casas que albergan
 Hombres ricos montañeses,
 Que se quedaron en ellas
 Desde el tiempo de los godos;
 Tienen aquí sus haciendas
 Y son reyes destos montes.
 Esa que mirais más cerca,
 Es de Ramiro de Aibar,
 Mi amo; esotra más vieja
 Es de Servando Fernández
 Estotra es de Mendo Vega,
 Aquella es de Ortun Ordóñez;
 Pero de aquí legua y media
 La de Tello de Meneses,
 Hombre a quien todos respetan.
 Allí hallárades amparo,
 Pero con alguna ofensa
 De vuestro honor.

Infanta.—¿Por qué causa?

Labrador.—Porque tiene un hijo en ella
 Más galán que Gerineldos,
 Que no hay moza que no pesca
 En todo aqueste distrito.

Infanta.—Pues mejor será la vuestra.

Labrador.—Ramiro de Aibar, mi amo,

Tiene una hija doncella,
 Y con ella estaréis bien:
 Pero trocando la seda;
 Que no os querrán recibir
 Infanta.—Ninguna cosa desean
 Mis penas sino mudar
 El traje. Si alguno hubiera
 Antes de llegar allá,
 Por sayal, por tosca jerga
 Le diera de buena gana.

Labrador.—Connigo vino Teresa
 Para ayudarme a cargar
 De carrascas la carreta;
 Hablad con ella; que pienso
 Que os ayude cuanto pueda.

Infanta.—Vamos pues adonde está.

Labrador.—;No es mala la diferencia,
 Pues por un carro de roble
 Llevo una carga de seda! (Vanse.)

Otro punto del monte.

ESCENA XI.

DON NUÑO, *con la caja de joyas.*

Don Nuño.—Sin saber dónde camino,
 Me lleva el justo temor
 Donde me trujo el amor
 O me enseña mi destino.
 Mas ya temor, no imagines
 Que has de hallar segura tierra;
 Que quien los principios yerra,
 ;Cómo ha de acertar los fines?
 Necio fué mi atrevimiento
 En ayudar la locura
 De Elvira, por la hermosura
 Que cegó mi pensamiento;
 Pero, en fin, ya la dejé,
 Y por sendas tan incultas
 Voy, que, al mismo sol ocultas,
 Ni las penetra ni ve.
 En mis imaginaciones

No hay rama en esta ocasión
Que no sea un rey de León,
Y cada rey mil leones.
Lo que me da más cuidado
Son las joyas, enemigos
Que han de servir de testigos
Si soy de su gente hallado.
Y así, cavando la tierra
Con esta daga, las quiero
Esconder; pero primero,
Para conocer la tierra,
Poner alguna señal. (Dan voces dentro.)
Gritos dan. Todo me asombra;
Que espanta su misma sombra
A quien dice o hace mal.

ESCENA XII.

MENDO, TELLO.—DON NUÑO.

Mendo (*Dentro.*)—Por aquí, por aquí fué.

Don Nuño.—Ellos me buscan a mí.

Tello (*Dentro.*)—¿Dónde, Mendo?Mendo (*Dentro.*)—Por aquí.Tello (*Dentro.*)—El es.

Don Nuño.—¡Muerto soy! ¿Qué haré?

Pero detrás destas ramas

Será mejor esconderme (Huye)

ESCENA III

MENDO, con una ballesta; MENDO, SANCHO

Tello.—Desdicha habemos tenido

Mendo.—¿Cómo?

Tello.—Que ya no parece.

Mendo.—En parte, por Dios, me huelgo;

Que es venir a cazar hebres

Durmiendo en sus verdes camas,

Como caza de mujeres;

Y querer matar un oso

Es peligro, donde suele
Burlarse el mas alentado,
Engañarse el mas valiente.

Tello.—Yo desde léjos quería
Tiralle.

Mendo.—Pues no te acerques;
Que el ejemplo de Favila
Aun está en Leon presente.

Tello.—Dime, ¿qué te dijo Laura?

Mendo.—¿Qué áspid, tigre o serpiente,
"Qué caiman o cocodrilo,,
Pisados o heridos, vuelven
Con tal furia como Laura
Contra mi pecho inocente,
Diciéndome que yo era...?
¿Dirélo?

Tello.—Dilo.

Mendo.—Alcahuete,
Que te llevaba á Leon
Para que sus damas vieses;
Que te las pintaba á todas
Con lisonjeros pinceles,
Para moverte á cosquillas
La sangre en la edad que tienes;
Que yo te ayudaba á hurtar
El trigo; y aunque no miente,
Siendo tanta la abundancia,
Mucho cuidado parece.
Demás de que, ya tu padre,
De miserable, no quiere
Ni aun darte para vestir,
Cuando en ese campo llueve
Lana, trigo y aun maná,
Siendo por sangre Menésés.
Pues, ¡á mí, que el otro día
Le pedí unos zaragüelles,
Me dijo: "Sin ellos te anda,
Mendo, pues camisa tienes;
Que con sayo á la rodilla,
Mis abuelos y parientes
Sin zaragüelles andaban
Mas lijeros y mas fuertes!"
Respondile: "En esos tiempos
Eran los aires mas leves;
Pero agora son tan bravos,

Que diera risa á la gente."—

Añadió que te decia

Mil testimonios, y advierte

Que la he dado la palabra

Que no irás eternamente

A la corte, aunque te llame

El Rey por trescientas veces.

Tello.—Loca debe de estar Laura.

Mendo.—Cuerda ó loca, no te quejes

De mi si no voy contigo.

Tello.—¿Qué es aquello que se mueve?

Mendo.—Allí han sonado las ramas.

El oso es: tira.

Tello.—Acertéle,

Pues se queja.

Mendo.—¡Lindo tiro!!

Sancho.—¡Lindo flechazo!

Mendo.—Excelente.

Tello.—Bien puedes llegarle á ver;

Que con yerba presto muere.

Mendo.—Pues no salió tras nosotros,

No hayas miedo que se venga.

Por el corazón le diste.

Tello.—Pues llega á verlo.

(*Entrase Mendo.*)

¿Qué temes?

Mendo (*Dentro.*)

¡Vive Dios, que has muerto a un hombre!

Tello.—¿Qué me dices?

Mendo (*Dentro.*)—Llega á verle.

Tello.—Sacadle los dos en brazos.

(*Entrase Sancho.*)

¡Hay tal desdicha! ¡Hay tal suerte!

¿Era cazador acaso?

Mendo (*Dentro.*)—Hidalgo y noble parece.

ESCENA XIV.

MENDO Y SANCHO sacan a DON NUÑO herido.—

TELLO.

Tello.—¿Quién sois, caballero?

Don Nuño.—¡Ay cielo!

Esto mis culpan merecen.—

Yo soy... (Muere.)

Mendo.—Quedóse en "yo soy";

Lo demás dijo la muerte.

Tello.—¡Buen talle!

Mendo.—Gentil vestido!

Los despojos te competen.

¿Qué habemos de hacer?

Tello.—Callar;

Y al hombre que lo dijere,

¡Vive Dios, que he de cortarle

La lengua?

Mendo.—Señor, pues eres

El dueño de este difunto,

¿Qué haremos dél?

Tello.—Mendo, hacerle

Sepultura en ese arroyo.

Sancho.—¡Cruel estrella!

Mendo.—¡Que llegue

A morir por oso un hombre!

Tello.—Arrójale, Mendo, y vuelve.

(Mendo y Sancho meten el difunto.)

ESCENA XV.

TELLO

Tello.—¿De qué sirve esconderse de tu flecha,
Muerte cruel, pues donde quiera, airada,
Llamas sin voz, y con tu planta helada
Entras donde jamás entró sospecha?
Para esconderse, muerte, no aprovecha
La cortina de púrpura bordada;
Porque la mira en la ballesta armada
Desde que nace el hombre tienes hecha.
Pero este ejemplo, aque cruel, advierte
Que fué la muerte deste merecida,
Y no por culpa de su triste suerte,
Pues claramente da a entender la herida
Que quien como animal tuvo la muerte,
Murió en el traje que vistió la vida.

Acto Segundo

Campo inmediato a la casa de los Tellos.

ESCENA PRIMERA.

LA INFANTA

No se cansa mi fortuna
De engañarme y perseguirme,
Pues en mis desdichas firme,
No espero mudanza alguna.
Al hábito labrador
Incliné mi majestad,
Porque en tal desigualdad
Desconociese el valor;
Pero así me ha conocido,
Y ha hecho suertes en mí,
Como si fuera quien fui,
O supiera lo que he sido.
Serví en el rústico traje
Que estoy, para ser ejemplo
De que no hay tan alto templo
Que el tiempo no humilde y baje;
Y aunque en la casa en que estaba,
Su dueño bien me quería,
Una hija que no tenía
Mis acciones envidiaba;
Fuerza fué no lo sufrir,
Porque no hay más que temer
Que una envidiosa mujer
Adonde se ha de servir;
Que si tantas penas pasa
Quien por vecina la tiene,
A mayor desdicha viene
Quien vive en la misma casa.
La de Tello de Meneses
Me dicen que es por aquí.
¡Ay, fortuna, si de mí
Y de mi honor te dolieses!

Hame puesto un labrador,
 Que sus locuras me dijo,
 Miedo con Tello, su hijo,
 Para defender mi honor;
 Por otra parte he sabido
 Que es muy cortés y galán.—
 ¿Dónde estos serranos van?
 ¡Qué dicha hubiera tenido
 Si fueran de su labranza!

ESCENA II.

Mendo.—Cuanto a Inés, Sancho, no quiero
 Obligarte con que espero
 En sus desdenes mudanza,
 Tengo tan poco favor,
 Que en dejar de pretender
 No pienso que pueda hacer
 Mayor servicio a mi amor.
 Si te quiere bien a tí,
 Yo me rindo; tuya sea.

Sancho.—Amor me dice que crea
 Que me favorece a mí,
 Y no le falta razón;
 Que bailando el otro día
 La dije que la tenía
 En medio del corazón.
 Con esto, en sala, en cocina,
 Donde quiera que la veo,
 Se ríe, y muestra el deseo
 Que a tenerme amor la inclina,
 Antiyer la pellizqué,
 Y tal mojiçón me dió,
 Que sin seso me dejó.

Mendo.—Y ¿es favor?

Sancho.—Pues ¿no lo fué,
 Si brazo y mano tenía
 Más limpio que están las flores?

Mendo.—Sancho, de tales favores
 Tengo yo muchos al día.
 No tiene hacienda Señor
 Para comprar cucharones,
 Con que me dé coscorrones,

Sin tenellos por favor.
 ¡Oh qué mal, Sancho, conoces
 Estas ninfas del fregado,
 Que como yeguas en prado,
 Retozan tirando coces!
 Yo te la doy, pues estás
 Desos favores contento.

Sancho.—Quejas oigo, pasos siento.

Mendo.—Quedo, no te informes más.—

Serrana, que guarde Dios,
 ¿Dónde bueno por aquí?

Infanta.—De casa de Aibar salí,

Bien le conocéis los dos,
 Donde he servido dos meses.
 Era importuna mi ama,
 Y voy buscando por fama
 La de Tello de Meneses.
 ¿Sois suyos acaso?

Mendo.—Sí.

Y a vos detener el paso
 No os ha hecho el cielo acaso.

Infanta.—Dicha ha sido para mí

Hallar de su casa gente.
 Pero de cierta ocasion
 Traigo mala informacion.

Mendo.—Creed que la envidia miente.

Si quereis servir allá,
 Buen salario os aseguro.

Infanta.—Creedme que lo procuro.

¿Está lejos?

Mendo.—Cerca está.

Infanta.—¿Querráme á mi?

Mendo.—¿Qué decís?

Tal gracia y talle teneis,

Que la casa mandaréis
 Si un mes en ella servís.—

Sancho, acoto esta mujer; (Ap. a él)

A Inés te dí.

Sancho.—Soy un necio;

Mas por la mitad del precio
 Pleito te quiero poner,
 Porque tiene tanta estima,
 Que para que me la des
 Te daré por ella a Inés
 Y dos cabritos encima.

Mendo.—No hay que tratar: ella es mía.—

Seguidme, hermosa serrana;

Que nunca tan de mañana

Salió en este monte el día.

Infanta.—Para perder el temor,

De aquí a su casa podréis

Contarme lo que sabéis

Deste hidalgo labrador;

Que entretenidos así,

No hay camino que se sienta.

Mendo.—Bien decís; estadme atenta;

Que no está lejos de aquí.

(Echan a andar y vanse lentamente por una senda que da varias vueltas por el teatro.)

Serrana, cuya belleza

Nació para ser señora

En los palacios del Rey

(Y no es haceros lisonja),

Sabed, ya que nos honráis

Con vuestra presencia hermosa,

Que en las faldas de los montes

De Asturias, yace a la sombra

Un León, cuyas guedejas

Tiembla el moro y el sol dora,

A quien el piadoso cielo

Restituye la corona.

Este las doradas garras

Muestra al Africa, de forma

Que por mil partes le vuelve

Las espaldas temerosas.

De donde los tuvo ocultos

Don Pelayo en Covadonga,

Tantos hidalgos descienden,

Que están las montañas solas;

Pero de los que han quedado

Cuyos solares adornan

Paveses de antiguas casas,

Familias de gente goda;

La de Tello de Meneses,

Serrana, es la más famosa,

Más rica, y por muchas causas

Más respetada de todas.

Cincuenta pares de bueyes

Aran la tierra abundosa

De rubio trigo, que apenas

Hay trojes que le recojan.
Trepan estas altas peñas
Fértiles, cabras golosas
En cantidad, que parece
Que otro monte inculto forman.
Bajan a ese claro río,
De aquellas nevadas rocas,
A beber tantas ovejas,
Que unas a otras se estorban;
Que los cristales que encubren
Las arenas por un hora,
Los mismos peces enseñan
Envueltos en verdes ovas.
Las rocas llamé nevadas,
No por los hielos de Bóreas,
Mas porque la blanca lana
Hace que no se conozcan.
No hay dehesas, vegas, prados
Adonde las vacas coman,
Con ser de Tello las mieses
Diez leguas a la redonda.
Los toros al herradero,
Como el fuego los provoca
Del hierro abrasado, vienen
Novillos y salen onzas.
En llegando la vendimia,
De negras uvas rebosan
Los lagares, que las cepas
Por pardos sarmientos brotan.
Treinta y más hombres las pisan,
Y el mosto que sus pies moja,
Para cuando vino sea
Les jura vengar su honra.
Aquí en cárceles de erizos
Le dan castañas sabrosas
Los montes, las anchas vegas
Verdes peras, guindas rojas,
Con las pálidas camuesas,
Nueces, avellanas, moras,
Servas, nisperos y almendras,
Que flores de nácár bordan.
Gansos los arroyos cubren,
Aves tan vanas y locas,
Que con aquel débil cuello
Piensan que en el cielo topan.

Los animales morenos
(Lenguaje que el mundo toma,
Pues llama moreno a un negro,
Siendo la color notoria)
Salen al ronco instrumento
En gran número al aurora,
Aunque más parece noche
Por donde el camino asombran.
En esos bosques sombríos
Con amorosas congojas
Braman mil sueltos venados
Por las ciervas desdeñosas.
Los conejos advertidos
Por los vivares se alojan,
Y escogen campo las liebres
Adonde ligeras corran.
Cuando el madroño sangriento
Su verde fruta colora,
Salir de sus altas cuevas
Los osos peludos osan.
No menos los jabalíes,
Que el verano se remontan,
Vienen a buscar hambrientos
Las sazonadas bellotas.
Aquí entra bien Tello, el mozo,
Que la fama mentirosa
Os ha pintado diciendo
Que cuanto mira deshonra.
Digo que entra, porque suele
Con valor y vanagloria
Matar estos animales,
Puesto que, a su padre enoja;
Que con su sangre a un venablo
De suerte el oro desdora,
Que está desta parte el asta,
Y el acero de la otra.
Es un mancebo galán,
Que puede servir de alcorza
Tan dulce, que algunas hembras
Se le llegan como moscas.
Hablar de su cortesía,
Es contar granos de aljófara
Sobre las flores que el alba
Llora en su cogollos y hojas.
Su entendimiento y blandura,

Su condición generosa
Para un príncipe nacieron,
Que no para gente tosca.
He sido yo de opinión
(Que tengo en algunas cosas,
Aunque labrador, buen gusto,
Ni es todo el sayal alforjas)
Que, como las frutas, hizo
Naturaleza estudiosa
Los hombres agros y dulces;
Y así, en esta casa agora
Tello el viejo es agro y Tello
El mozo es dulce. (Desaparecen.)
Vista exterior de la casa de los Tellos

ESCENA III.

LA INFANTA, MENDO, SANCHO.

Mendo.—No os pongan
Temor, porque el noble viejo
Trata de su hacienda sola,
Y aunque estéis aquí dos años,
Sin ser falta de memoria,
No sabrá si le servís,
Porque hay doscientas personas;
Mas si fuárades oveja,
Como sois mujer, Señora,
Supiera cuándo nacistes
Mejor que vuestra parroquia.
El mozo no os hará mal,
Porque sus manos y boca
Compone su entendimiento,
Y a sus palabras sus obras;
Fuera de que es imposible
Que los ojos en vos ponga,
Respeto de que su padre
Le quiere dar por esposa
A Laura, una prima suya,
Que es una gallarda moza,
Si vuestra hermosura y gracia
Que esto diga me perdona;
Que no habiendo competencia

Con los claveles y rosas
 De vuestra boca y mejillas,
 Las tuyas blancas y rojas
 Pueden hacer un invierno
 Primavera deleitosa;
 Porque de solas las almas
 Merece ser labradora.
 Pero ella y una criada
 A este fuente sonora
 Por agua bajan: habladlas;
 Y a mí, a quien tanto enamoran
 Esos ojos, dad licencia
 Que a serviros me disponga;
 Que en esta ruda corteza
 Vive un alma que os adora,
 De quien en tosa materia
 Seréis vos divina forma,
 Seréis miel en alcorchoque,
 Letras en persona rota,
 Valor en hombre sin dicha
 Y ventura en vida corta,
 Guante de ámbar en villano,
 En ruin lengua buena copla,
 Armas en cobarde pecho,
 Doblón rico en pobre bolsa;
 Que, desdeñado o querido,
 Seré vuestro, en pena, en gloria,
 Contento en cualquier estado
 Que la fortuna me ponga.

ESCENA IV.

LAURA E INES, *con dos cantarillos*.—*Dichos*.

Inés.—Digo que es Mendo, y que viene
 Con Sancho y una mujer.

Laura.—¿Que siempre éste ha de traer
 Lo que celosa me tiene?

Infanta.—Dadme, Señora, esa mano.

Laura.—¿Qué es esto, Mendo?

Mendo.—Señora.

Una hermosa labradora
 Que hallé en ese verde llano.

Dice que a Aibar ha servido,
Y que por cierto disgusto
Le ha dejado.

Infanta.—Con más gusto,
Si dicha hubiera tenido,
En vos me hubiera empleado;
Pero yo no merecía
Serviros.

Laura.—La cortesía,
El talle, el traje, el agrado,
El rostro, obliga a estimar,
Serrana, el ofrecimiento.

Infanta.—Menos os digo que siento,
Y sólo os puede obligar
El hallarme en tierra extraña.

Laura.—¿De dónde sois?

Infanta.—De Castilla.

Laura.—Mucho el veros maravilla
Que vengáis a la montaña.

Infanta.—Es larga historia: después
Os la quiero referir.

Laura.—Mejor que para servir,
Es para servida, Inés. (Ap. a ella.)

Inés.—Recíbela, por tu vida;
Que es lástima que se pierda.

Laura.—La condición se me acuerda
De Tello.

Inés.—Está defendida
Con el amor que te tiene;
Y esta es moza honesta y grave,
Si no encubre lo que sabe.

Laura.—¿Qué se yo de dónde viene?

Inés.—¿Habrás más de despedilla
Si al rostro sale traidora?

Laura.—(A la Infanta).—¿El nombre?

Infanta.—Juana, Señora.

Laura.—Tomad esta cantarilla

Y seguidme; que en la fuente
Me contaréis vuestra historia. (Vanse las tres.)

Mendo.—Llevado me ha la memoria.

Sancho.—Yo hallo un inconveniente.

Mendo.—¿Cómo?

Sancho.—El viejo, que retozos
Teme en mozas de despejo.

Mendo.—Si no la quisiere el viejo,
Servirá para los mozos. (Vanse.)

Sala en casa de los Tellos.

ESCENA V.

AIBAR Y BATO; luego, TELLO EL VIEYO Y SILVIO.

Aibar.—Pienso que negociaremos;

Que es muy rico y liberal.

Bato.—Fortun no ha dado un real;

¡Bien con él la iglesia haremos!

Aibar.—Tello es hombre de valor.

Bato.—¿Quién da voces?

(Salen Tello y Silvio.)

Tello el viejo.—¡Esto pasa!

Salid, villano, de casa.

Silvio.—No tengo culpa, Señor;

Deten, por Dios, la cayada.

Tello el viejo.—¿Qué tengo de detener?

¿De mi hacienda habeis de hacer

Como de hacienda robada?

¡Vive Dios!...

Silvio.—Oye en disculpa...

Tello el viejo.—¿Qué disculpa puedes darme,

Que no sirva de enojarme

Y de hacer mayor tu culpa?

¿Cuántos piés tiene un lechon?

Silvio.—Cuatro.

Tello el viejo.—Pues ¿cómo has traído

Tres?

Silvio.—El uno se ha caído;

Que ya sé que cuatro son.

Tello el viejo.—Del pecho te he de sacar

Ese pié si lo has comido.

(Huye Silvio y síguete Tello el viejo.)

Bato.—¡A buen puerto hemos venido!

Vámonos, señor Aibar.

Aibar.—Dices bien. ¿Este es Meneses,

Aquel noble y liberal?

No he visto miseria igual.

Bato.—Menester fué que lo vieses

Para poderlo creer.

(*Vuelve Tello el viejo.*)

Tello el viejo.—¿Quién va? ¿Quién sale de aquí?

Vuelva quien es.

Aibar.—No entendí,

Puesto que te vine á ver,

Hallarte enojado.

Tello el viejo.—Aibar,

Ya sabes que soy tu amigo.

No lo estoy mucho, y contigo

Me sabré desenojar.

¿Qué quieres? ¿A qué venías?

Aibar.—No mas de á verte.

Tello el viejo.—Es engaño,

Pues el irte es desengaño,

Que alguna cosa querías.

Aibar. No cierto.

Tello el viejo.—Di la verdad;

Que nuestra amistad se ofende.

Aibar.—Pues á quien tan bien la entiende,

Quiero hablarle en amistad.

Tello, á mí me han encargado

Recoger algunos días,

Por aquestas caserías,

La limosna y el cuidado

De la iglesia que labramos

Desta vega en la mitad,

Con que la dificultad

De ir a la villa excusamos.

Ella está ya comenzada;

Limosna os vine a pedir,

Porque siempre oí decir

Vuestra condición honrada

Y la liberalidad

Con que procedéis en todo;

Pero entré, y halléos de modo,

Que, diciendoos la verdad,

Os tuve por miserable;

Que reparar en un pie

Un hombre tan rico, fué,

Tello, bajeza notable,

Por esto a la fe me fuí.

Tello el viejo.—Cierto que tenéis razón.

Es así mi condición;

Pero es en mi casa así.

Venid, Aibar, a la tarde,
 Y contad tres mil ducados.
 Aibar.—¿Qué decís?
 Tello el viejo.—Que a estar contados,
 No fuera en darlos cobarde.
 Aibar.—¿Tres mil?
 Tello el viejo.—Mirando en un pie
 Y en otras cosas así,
 Puedo daros lo que os dí,
 Y otros muchos que os daré.
 Id en hora buena, Aibar.
 Aibar.—Tres mil años (y aún es poco)
 Vivais.
 Tello el viejo.—Id con Dios.
 Aibar.—Voy loco.
 Bato.—¡Tres mil! ¿Qué mas pudo dar
 El mismo rey de Leon?
 Aibar (*Ap. a Bato.*)—¿Qué te parece el ejemplo?
 Bato.—Que quien a Dios labra templo,
 Da beneficio a pension.
 (*Vanse Aibar y Bato.*)

ESCENA VI

TELLO EL VIEJO

¡Cuán bienaventurado
 Puede llamarse el hombre
 Que con oscuro nombre
 Vive en su casa, honrado
 De su familia, atenta
 A lo que mas le agrada y le contenta!
 Sus deseos no buscan
 Las cortes de los reyes,
 Adonde tantas leyes
 La ley primera ofuscan,
 Y por el nuevo traje
 La simple antigüedad padece ultraje.
 No obliga poca renta
 Al costoso vestido,
 Que al uso conocido
 La novedad inventa,
 Y con pocos desvelos

Conserva la igualdad de sus abuelos.
No ve la loca dama
Que por vestirse de oro,
Se desnuda el decoro
De su opinion y fama,
Y hasta que el marco rompa,
La cuerda estira de la vana pompa.
Yo salgo con la aurora
Por estos verdes prados,
Aun antes de pisados
Del blanco pié de Flora,
Quebrando algunos hielos
Tal vez de los cuajados arroyuelos.
Miro con el cuidado
Que salen mis pastores;
Los ganados mayores
Ir retozando al prado,
Y humildes á sus leyes,
A los barbechos conducir los bueyes.
Aquí las yeguas blancas
Entre las rubias reses,
Las emes de Meneses
Impresas en las ancas,
Relinchan por los potros,
Viéndolos retozar unos con otros.
Vuelvo, y al mediodía
La comida abundante
No me pone arrogante;
Que no pienso que es mía,
Porque, mirando al cielo,
El dueño adoro con humilde celo.
Todos los años miro
La limosna que he dado
Y lo que me ha quedado,
Y diciendo un suspiro,
Viendo lo que se aumenta:
"Siempre me alcanza Dios en esta cuenta."
Voy á ver por la tarde,
Ya cuando el sol se humilla,
Por esta verde orilla,
El esmaltado alarde
De tantas arboledas,
Locos pavones de sus verdes ruedas;
Y, como en ellas ojos,
Frutas entre sus hojas,

Blancas, pálidas, rojas,
 Del verano despojos,
 Y en sus ramas suaves
 Canciones cultas componer las aves.
 Cuando la noche baja,
 Y al claro sol se atreve,
 Cena me aguarda breve,
 De la salud ventaja;
 Que, aunque con menos sueño,
 Mas alentado se levanta el dueño.
 De todo lo que digo
 Le doy gracias al cielo,
 Que fertiliza el suelo,
 Tan liberal conmigo;
 Porque quien no agradece
 La deuda al cielo, ni aun vivir merece.

ESCENA VII

LAURA, LA INFANTA, INES.—TELLO EL VIEJO

Inés (*A Laura.*)—Aquí está Señor.
 Laura. (*A la Infanta.*)—Bien creo
 Que se ha de alegrar de verte.
 Infanta.—Tengo yo tan poca suerte,
 Que lo imposible deseo.
 Laura.—Esta serrana, Señor,
 Que de Aibar criada ha sido,
 En tu nombre he recibido;
 Que muestra a tu casa amor,
 Y la habemos menester.
 Tello el viejo.—¿Menester adonde hay tantas?
 ;A qué cosas te adelantas!—
 Id con Dios, buena mujer;
 Que bostezos de señora
 Tiene mi sobrina ya.
 Viendo que la casa está
 Con tanta familia agora,
 ;Mas costa quiere añadir?
 Laura.— ;Costa una pobre mujer
 En tu casa puede hacer,
 Y que te viene á servir?
 Tello el viejo.—Pues ;no es una boca mas?

- Laura.—Donde todo está sobrado,
¿Te da una mujer cuidado?
Pienso que enojado estás.
- Tello el viejo.—Laura, mira por la hacienda,
Pues es toda para tí.
- Infanta.—Doléos, Señor de mí;
No permitais que me ofenda
Tan grave necesidad,
Que se me atreva al honor.
Por pobre os pido favor,
Aunque tengo calidad.
De limosna habeis de hacer
Esto por Dios y por mí.
- Tello el viejo.—¿Por Dios decís?
- Infanta.—Señor, sí.
No me permitais perder.
- Tello el viejo.—Jamás por Dios he negado
Cosa que pudiese hacer.—
Laura... (Ap a ella.)
- Laura.—Señor...
- Tello el viejo.—La mujer
Con lágrimas me ha obligado;
Ella queda recibida.
Vístela para las fiestas,
De algunas cosas honestas,
Aunque no está mal vestida.
- Laura.—Yo buscaré qué la dar.
- Tello el viejo.—Si tuyo, Laura, ha de ser,
¿Qué me puede a mí deber?
Hazle un vestido sacar
Que cueste hasta cien ducados.
- Laura.—Pues tú, que darla temías
De comer donde estos días
Comen doscientos criados,
¿La mandas vestir así?
- Tello el viejo.—Laura, una cosa es guardar
Nuestra hacienda, y otra es dar:
Lo que he guardado le dí.
- Laura.—No habrá vestido en la sierra
Que a tanto pueda llegar.
- Tello el viejo.—Pues bien la puedes comprar,
A la usanza desta tierra,
Arracadas y corales;
Que muestra ser bien nacida.
- Laura.—Juana, ya estás recibida.

Infanta.—Esas manos liberales
 Beso mil veces, Señor.
 Tello el viejo.—Id en buen hora, y guardad.
 En todo la honestidad
 Que merece vuestro honor.
 (*Vanse las mujeres.*)

ESCENA VIII.

TELLO EL VIEJO.

En mi vida, aunque tratase
 A quien jamás conociese,
 Hice bien que le perdiese,
 Ni mal que no me pesase.
 O mal o bien lo emplease,
 Siempre de hacer la virtud
 Resultó al alma quietud;
 Aunque conozco también
 Que del sol del hacer bien
 Es sombra la ingritud.

ESCENA IX.

TELLO, MENDO.—TELLO EL VIEJO.

Tello.—Cansado estoy.
 Mendo.—Has jugado
 Dos horas largas y más.
 Tello.—Señor me vió.
 Tello el viejo.—¿Dónde vas?
 Tello.—A vestirme voy, cansado
 De jugar un desafío
 Con dos mozos montañeses.
 Tello el viejo.—¡Es, por vida de Meneses,
 Tu cuidado el propio mío!
 ¿Qué jubon es ese, Tello?
 Tello.—¿Nunca has visto este jubon?
 Tello el viejo.—¡Bravas tus locuras son!
 Tente. ¡Una cadena al cuello!
 ¿Qué te costó?

Tello.—No lo sé.

Basta que yo he pagado.

Tello el viejo.—Sí de lo que has trabajado.

Tello.—No poco trabajo fue.

Mendo (*Ap.*)—Bien dice, pues que sacamos
A cuestras cuarentas hanegas

De trigo.

Tello el viejo.—A locuras llegas,

Que has de hacer que nos perdamos.

¿Perdiste al juego?

Tello.—Perdí.

Tello el viejo.—¿Cuánto?

Tello.—Cien reales no mas.

Tello el viejo.—¿No mas? ;Qué gracioso estás!

Tello.—Esto ¿que te importa á tí?

Tello el viejo.—Pues ¿a quién le ha de importar

Si á mí no me importa, loco?

Tello.—Cosas dices!...

Tello el viejo.—Poco á poco.

Tello.—¿Aun no me dejas hablar?

Tello el viejo.—Ten, en hora mala, seso.

;Cien reales!

Tello.—¿Desto te enojas?

Tello el viejo.—Y las mejillas ;muy rojas

Del sudor y del exceso!—

Vé, Mendo, y á Laura di.

Que una camisa le dé;

No se resfrie. (*Vase Mendo.*)

Tello.—No haré,

Si estoy delante de tí,

Que me haces sudar de pena.

Tello el viejo.—Falta te harán los cien reales.

Tello.—Sí harán, porque mis iguales

No han de pedir cosa ajena.

Tello el viejo.—Ven por mil á mi aposento.

Tello.—Mil años vivas, Señor.

(*Vase Tello el viejo, y vuelve Mendo.*)

;Mil reales! ;Qué extraño humor!

Y siente que pierda ciento.

Mendo.—De trigos se los ahorra.

Tello.—Perdone ó de si me aparte;

Que yo no tengo otra parte

Que mis fortunas socorra. (*Salte Mendo.*)

ESCENA X

LA INFANTA, *con una camisa doblada en un azafate.*—TELLO

Infanta (*Ap.*)—Querer mi honor resistir

Mi fortuna es desvarío,
Si el primer servicio mio
Es á quien pensaba huir.
Dióme esta camisa Inés
Para Tello, aquel travieso
Mozo de tan poco seso,
Que destas montañas es
El Júpiter, el Narciso,
El galan, el robador...
—Mas ya me ha dado el temor

De su condicion aviso.
¡Ay Dios! Allí está... si es él.
Pero es fuerza que lo sea.
¡Buen talle! ¿Quién hay que crea
Que habrá mal término en él?
¡Gentil aire! No parece
De sangre humilde aquel brio.

Tello.—¿Quién habla aqui?

Infanta.—Señor mio,
Quien desde agora os ofrece
Una criada, añadida
A las muchas que teneis.

Tello.—¿Vos servís?...
Infanta.—Pues ¿no lo veis?

Tello.—¿O venís á ser servida?
¿De dónde sois?

Infanta.—¿Yo, Señor?
De Castilla.

Tello.—¿De qué tierra?
Infanta.—De Zamora.

Tello.—Y ¿á esta tierra
Venís á servir? ¿Fué amor?

Que este tiene gran poder,
Mayormente en la hermosura.

Infanta.—Siempre he vivido segura
De querida y de querer.

Fué pura necesidad;

Pero tengo algun valor,
 Y no era justo, Señor,
 Que mujer de calidad
 Sirviera en su propia tierra;
 Que algun tiempo fui servida,
 Y por no ser conocida
 Vengo á servir á la sierra.

Tello.—¿No hubo desde Zamora
 A Leon gente ninguna
 Que os hablase y viese?

Infanta.—Alguna

Que en tantos lugares mora,
 Y mucha que caminaba.

Tello.—Y ¿eran ciegos?

Infanta.—No, Señor.

Tello.—Y ¿á nadie le dijo amor
 Que en vuestros ojos estaba?

Infanta.—¿Qué amor?

Tello.—¿No sabeis lo que es?

Infanta.—No, cierto.

Tello.—Moveisme á risa.

Infanta.—Ponéos, Señor, la camisa;
 Que así me lo dijo Inés.

Tello.—Es amor una pasion
 Que se engendra de los ojos,
 Que ciertos vapores rojos
 Levantan del corazon;
 Los cuales naturalmente
 Suben y intentan salir:
 Por eso es fuerza acudir
 A los ojos como a fuente.
 Miran la persona amada,
 Y como es el corazón
 Su patria, aunque ajenos son,
 Como propia les agrada.
 Pero, como en ella están
 Con violencia sus enojos,
 Vuelven a burcas los ojos,
 Por donde a los otros van.
 Entran en quien los envía,
 Y en el camino encontrados,
 Son cometas abrasados
 Que encienden la fantasia;
 Con la cual el corazón
 Se mueve, y el movimiento

Engendra el dulce elemento
 De aquella imaginación.
 Considerad (si os admira,
 O me he declarado mal)
 El aliento en el cristal
 De un espejo que se mira;
 Que desta manera son
 Estos espíritus rojos
 En el cristal de los ojos,
 Espejos del corazón.

Infanta.—Yo, Señor, como villana,
 No entiendo filosofías;
 Que hasta en las palabras mías
 Voy por la senda más llana.
 No hay en mi tierra ese amor,
 Ni espíritus que le formen;
 Basta que dos se conformen,
 Que es lo que entiendo mejor;
 Que si alguno con mal fin
 Con espíritus mirara,
 El cura se los sacara
 A puro hisopo y latín.
 Advertir que habeis jugado,
 Y que os podéis resfriar.

Tello.—Antes me temo abrasar
 Que morir de resfriado;
 Que ya he visto en vuestros ojos
 El fuego en que me abraséis.

Infanta.—Tenéos, Señor, no me deis
 Con los espíritus rojos;
 Que se me pueden entrar
 Al corazón si es así,
 Y temo que no haya aquí
 Quien me los pueda sacar.

Tello.—No sé si pueda creer
 De tu estilo y tu presencia,
 Que es segura tu inocencia.

Infanta.—Pues ¿en qué lo echais de ver?

Tello.—En que cuando estás hablando
 Tienes traidora la risa.

Infanta.—Ponéos, Señor, la camisa;
 Que me estarán aguardando.

Tello.—¿Cómo te llamas?

Infanta.—¿Yo? Juana.

Tello.—Juana, seamos amigos;

Que a no temer los testigos...
 —Pero venne a dar mañana
 Esa camisa; que agora
 No me la quiero mudar.
 Infanta (*Ap*).—Yo me vuelvo en ca de Aibar.
 Tello.—Oye...
 Infanta.—;Señora... señora!...

ESCENA XI.

LAURA, INES. *Dichos.*

Laura.—¿Qué es esto?
 Tello.—¿Qué puede ser?
 ¿No me envías esta moza
 Con la camisa?
 Laura.—Y retoza
 La burra en el alcacer.—
 ¿Quién la camisa te dió? (*A la Infanta.*)
 Infanta.—Inés, Señora.
 Laura (*A Inés*).—¿Doyte la camisa a tí,
 Que estaba ocupada yo,
 Y darla a estotra, que apenas
 Ha entrado en casa?
 Inés.—¿Qué quieres?
 ¿Todas no somos mujeres?
 Laura.—Sí; pero hay malas y buenas,
 Y a ésta pueda la ocasión,
 Aunque sea buena, hacer mala.
 ¿No había Silvia o Pascuala?
 Tello.—No tienes, Laura razón
 En tenerme en poco a mí,
 Que sabes que tuyo soy.
 Aunque más culpa te doy
 En desconfiar de tí;
 Que con tu merecimiento
 Nadie se puede igualar.
 Laura.—Tello, por el mar de amar
 Navega mi pensamiento,
 Y ya sabes tú que celos
 Son las tormentas de amor.
 Tello.—Ofendes, Laura, tu honor,
 Y eres ingrata a los cielos.

Laura.—Juana, si has de estar aquí,
 Con Tello no has de hablar más;
 Sólo aquello en casa harás
 Que yo te mandara a tí.
 ¿Haslo entendido?
 Muy bien,
 Y eso mismo quiero yo.

Laura.—Pues esto basta.

Tello.—Yo... (Ap. No.)

Laura.—¿Qué dices?

Tello.—Que yo también.

Laura.—Entra a mudarte.

Tello.—Ya es tarde.

Laura.—No quiero que estés aquí.

Tello. (Ap)—¿Ay ojos! ¿para qué os vi,
 Si ha de haber quien siempre os guarde?
 (Vanse todos, menos la Infanta.)

ESCENA XII.

LA INFANTA.

Admiración me ha causado
 El talle y la discreción
 De Tello: prodigios son
 Y monstuos de un monte helado.
 Si aquí me hubiera criado,
 O su igual nacido hubiera,
 Presumo que me pudiera
 Obligar a algún amor;
 Porque he visto en él valor
 Que para un príncipe fuera.
 No por esta variedad
 Es bella naturaleza;
 Que es dar ingenio y belleza
 Donde falta calidad,
 Error de su dignidad,
 Si en ella le puede haber.
 ¡Qué estilo de proceder!
 Pero ¡ay Dios! ¿en qué pensaba?
 Necia estoy; que quien alaba
 No está lejos de querer.
 ¿Cuántos que en las cortes nacen,

Envidiaran el valor
 De un hijo de un labrador,
 Que illustre sus partes hacen!
 O acaso me satisfacen,
 Por ver que a lucir se alienta,
 Donde apenas hay quien sienta;
 Que a quien donde no pensó,
 Mas que imaginaba halló,
 Cualquier cosa le contenta.

ESCENA XIII.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.—LA INFANTA.

Tello el viejo.—Mucho me pesa de veras,
 Fortun, en fortunas tantas.

Fortun.—Fianzas me han puesto así.

Tello el viejo.—¡Qué mal no han hecho fianzas!

A muchos he dado hacienda

De la que tengo, a Dios gracias;

Mas no he fiado a ninguno.

Pero mirad las mudanzas

De la dicha de los hombres;

Toda vuestra hacienda os sacan

Con dos dedos de papel,

Y a mí me escribe esta carta

El Rey.

Fortun.—Pues ¿a vos el Rey?

Tello el viejo.—Llevamos esta ventaja

Los ricos aun a los reyes,

Que nos escriben y llaman

Si tienen necesidad.—

¿Aquí estás, Juana?

Infanta.—Aquí estaba

A ver si me mandas algo.

Tello el viejo.—Tello luego me llama,

Infanta.—Perdonad, Señor, no puedo;

Porque me ha mandado Laura

Que jamás hable con él,

Pena de perder tu casa.

Tello el viejo.—¡Qué necios celos! ¡Qué presto!

Fortun.—Si quiere casarse Laura,

No los tiene sin razón;

Que puede dárselos Juana.
 En casa de Aibar la vi,
 Y es muy honesta.
 Tello el viejo.—Eso basta;
 Que tengo por imposible
 Que la honesta yerre en nada.—
 Llama a Mendo.
 Infanta.—Está en el monte.
 Tello el viejo.—Pues haz que cualquiera vaya
 A buscar a Tello luego. (Vase la Infanta.)

ESCENA XIV.

TELLO EL VIEJO, FORTUN.

Tello el viejo.—En fin, de vuestras desgracias
 Tengo, como amigo, pena;
 Y el modo de remediarlas
 Es que os lleveis mil ovejas
 De la más fértil manada;
 Y si salis destes pleitos,
 Y tenéis con qué pagarlas,
 Me las volveréis; si no,
 Quédense, Fortun, por dadas.
 Fortun.—Besaros quiero los pies.
 Tello el viejo.—Eso para el Rey o el Papa;
 Que más os debo yo a vos,
 Que me habéis dado la causa
 Para daros las ovejas,
 Que vos a mí con tomarlas.

ESCENA XV.

SANCHO, BENITO, con una pelleja.—Dichos.

Sancho.—Entra, no tengas temor.

Benito. (Ap).—Más temo aquella cayada.

Que la vara de un alcalde,

Pues no ejecuta la vara

Tan presto lo que sentencia.

Tello el viejo.—¿Qué es eso, Sancho?

- Sancho.—No es nada.
 Dice Benito que un lobo
 Le comió ayer una cabra,
 Y aquí te trae el pellejo.
- Tello el viejo.—¡Qué disculpa tan cansada!
 Júntanse cuatro serranos,
 La que les parece matan,
 Y ponen la culpa al lobo.
 Escrito trae en la cara
 (Aunque con poca vergüenza)
 Lo que comió de la cabra.
- Benito.—No, Señor. (*Ap.* En la barriga.)
- Tello el viejo.—Ahora bien, su soldada
 Se le descuenta; que el lobo
 Ni es mi pastor ni es mi guarda.
- Benito.—Si los perros se descuidan,
 ¿Quiéres tú que solo salga
 Contra animal tan feroz?
- Tello el viejo.—No me repliques palabra,
 Que ¡vive Dios!...
- Benito.—¡Ay!
- Fortun.—Teneos.
 Daisme mil ovejas dadas,
 Y ¡en una cabra mirais!
- Tello el viejo.—¿No veis que aqueste me engaña,
 Y vos venis á pedirme?

ESCENA XVI

LA INFANTA, TELLO.—*Dichos.*

- Infanta.—Aquí está Tello.
- Tello.—¿Qué mandas?
- Tello el viejo.—Tello, el Rey me ha escrito.
- Tello.—¿A tí?
- Tello el viejo.—¿Es mucho? ¿De qué te espantas?
 Veinte mis ducados pide.
 ¿Parécete que es sin causa?
- Tello.—La necesidad te escribe,
 Que en la guerra de Navarra
 Y la del moro le aprieta.
- Tello el viejo.—Con el moro se trataba.
 Darle al Elvira, y como Elvira.

La desesperada Infanta
 (Que así la llaman los versos,
 Que hasta los muchachos cantan),
 Se mató, como se dice,
 Tarfe ha juntado las armas
 De sus amigos, y quiere
 Que del alto Guadarrama
 La blanca nieve enrojezcan
 Aljubas de seda y grana.
 Tú has de ir a León.

Tello.—¿Yo?

Tello el viejo.—Sí, que es digna esta jornada
 De tu persona; que yo,
 Como sabe esta montaña,
 No entré en mi vida en la corte,
 Ni he visto sus anchas plazas,
 Sus palacios ni sus reyes;
 Pero ninguno me gana
 En el amor y lealtad.

Tello.—Pues ¿á qué quieres que vaya?

Tello el viejo.—Besarás la mano al Rey,
 Y llevarásle una carta
 Con cuarenta mil ducados:
 Los veinte que el Rey me manda,
 Y veinte que yo le doy.

Tello.—¿Veinte mil veces bien haya
 Tu condicion generosa!

Tello el viejo.—Tello, ¿su hacienda no gastan
 Los hombres por sus amigos,
 O se pierden por fianzas?
 Pues ¿qué amigo como el Rey?
 Oye aparte.

Tello.—¿Qué me mandas?

Tello el viejo.—¿Tienes aquel vestidillo,
 Con que ir á Leon pensabas
 Cuando yo te lo estorbé?

Tello.—Sí, Señor.

Tello el viejo.—Para que vayas
 Con él; porque no gastemos
 En hacerte nuevas galas.

Tello.—Gracia tienes. Das al Rey
 Tanto dinero, y ¡reparas
 En un vestidillo mio!

Tello el viejo.—Luego ¿con el Rey te igualas?—
 Vamos, Fortun, y ayudadme

A contar este oro y plata.
 Fortun.—A la fe que como vos
 Pocos montañeses nazcan.
 (*Vanse Tello el viejo, Fortun, Sancho y Benito.*)

ESCENA XVII

TELLO, LA INFANTA

Tello.—Espera, Juana.
 Infanta.—¿Qué quieres?
 Tello.—Hablarle media palabra.
 Infanta.—Y ¿si la dices entera?
 Tello.—Si la digo, que no valga.
 Infanta.—Di presto.
 Tello.—Tus bellos ojos
 Me tienen cautiva el alma.
 Infanta.—Mas has dicho de catorce.
 Véte, que nos mira Laura;
 Que yo te hablaré después.
 Tello.—Por la primera esperanza,
 Beso tu mano mil veces;
 Que á la fe que yo te traiga
 De Leon...
 Infanta.—Quedo, que viene. (*Vase Tello.*)
 ¿Qué necio amor me amenaza!

ESCENA XVIII.

MENDO, con unas alforjuelaas.—LA INFANTA

Mendo. (*Para sí.*)—Pues yo no pierdo el juicio,
 No sé para qué le guarda
 Alguna poca prudencia
 O alguna mucha ignorancia.
 Cavando estaba en el monte,
 Cuando a los pies de una zarza
 Me descubre el azadón
 Tanto bien, riqueza tanta,
 Que vengo fuera de mí.
 Esta vez conquisto a Juana...

¿Qué es a Juana? ¡Voto al sol,
Que si estrellas fueran damas
Que alcanzara la estrellas!
Ella está aquí.

Infanta.—¿De qué tratas,

Mendo, en tu imaginación?

¿Qué tienes, que a solas hablas?

Mendo.—Yo, Juana, tengo mil cosas
En que pensar.

Infanta.—Los que andan

Con el ganado en los montes,

O en las viñas con la azada,

¿Tienen que pensar?

Mendo.—A veces

Cosas por los hombres pasan,

Que obligan a pensamientos

Y a tratar en cosas altas.

No es todo lo que parece,

Y si de tí me fiara,

Yo te dijera...

Infanta.—¿De Mí

Tienes tú desconfianza?

Mendo.—Eres mujer.

Infanta.—Las mujeres

Mejor los secretos guardan

Que los hombres.

Mendo.—A ser cierto,

Pocas hubiera preñadas.

Mas porque en algo me tengas,

Ya que con desdén me pagas,

Sabe, Juana, que soy hijo

De un gran señor de Alemania,

Que pasando en romería

A Santiago desde Francia,

Me dejó en cierta señora.

Criéme en esta montaña,

Sabiendo sólo el secreto

Una labradora honrada,

Que tiene toda mi hacienda.

Si por dicha fueras, Juana,

Bien nacida como yo,

Tal estoy, que me casara

Contigo; pero no es justo

Que si eres de gente baja,

Eche a perder mi linaje.

Infanta.—Soy tan nueva en esta casa,

Mendo, que yo no conozco,

Hasta que el trato lo haga.

Ni los cuerdos ni los locos,

Ni los humores que gastan.

¿Qué tú eras loco?

Mendo.—¿Yo loco?

Infanta.—Pues ¡tú señor de Alemania!

Mendo.—Del marqués Piérres soy hijo;

Y ya que el amor me manda

Descubirte mi secreto

(Advirtiéndole que si hablas

Serás causa de mi muerte),

Quiero que te satisfagas

De que es verdad lo que digo.

Infanta.—¿Con qué locuras me engañas!

Mendo.—¿Míranos álguien?

Infanta.—Ninguno.

Mendo.—Pues sólo en aquesta caja

Tengo...

(*Muestra la de las joyas de la Infanta.*)

Infanta. (*Ap.*)—¡Ay Dios! ¡qué es lo que veo!

Mendo.—Piedras y joyas tan raras,

Que puedo comprar la hacienda

De Tello.

Infanta.—Una sola basta.

Mendo.—Pues mira.

Infanta.—¿Qué hermosas joyas!

Mendo.—Pues tuyas serán si callas.

Casarémonos los dos,

Aunque me ha dicho mi ama

Que por los caniculares

Ningún discreto se casa.

Mas no importa, yo soy mozo.

Infanta.—(*Ap.* Aquí es ocasión que valga:

La industria a la buena dicha.)

Mendo, yo no imaginaba

Que eras hombre de valor;

Pero por la confianza

Que has hecho de mí, yo quiero

Pagarte con otra tanta.

No es la infanta de León

Mejor que yo; historias largas

Quiéren tiempo; bien sé yo

Que en nobleza no me igualas.

Con más espacio hablaremos.
 Pero mira que no traigas
 Tan públicas esas joyas,
 Y que yo podré guardarlas.
 Mendo.—Hablémonos esta noche;
 Que yo haré lo que me mandas.
 Infanta.—No me tengo de ir sin ellas.
 Mendo.—Jura que no dirás nada.
 Infanta.—A mí me importa.
 Mendo.—Pues toma,
 Y dame esa mano blanca.
 Infanta.—¿Qué puedo negarte, Mendo?
 Mendo.—¿Quiéresme?
 Infanta.—¿No es cosa clara?
 Mendo.—¿Mucho?
 Infanta.—Y más que mucho.
 Mendo.—¡Ay, cielos!
 Víctor, Mendo.
 Infanta.—Victor, Juana.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

TELLO EL VIEJO, TELLO, MENDO.

Tello el viejo.—¿Qué tan bien te recibió?
 Tello.—No te puedo encarecer,
 Señor, el gusto y placer
 Que el Rey de verme mostró.
 Mendo.—Pues ¿a quién llevan dinero,
 Que reciba mal a quien
 Se lo lleva?
 Tello el viejo.—Dices bien,
 Y agradecértelo quiero;
 Que en un librillo he leído
 Que en un jumento llevaban
 Una diosa que adoraban
 Con el respeto debido
 Los que la vían pasar,
 Hincándose de rodillas;

Cuyas altas maravillas
Pudo el jumento pensar
(Cono en fin era jumento)
Que eran por él, y paróse.
Viéndolo el dueño, enfadóse
Del soberbio pensamiento,
Y pegándole muy bien,
Le dijo con voz furiosa:
"No es a tí, sino a la diosa";
Que es esto mismo también.
Y así, pidiendo primero
Del compararte perdón,
Las honras del Rey no son,
Tello, a tí, sino al dinero.

Tello.—Como quiera que haya sido,
Yo he sido del Rey honrado,
Y él con los dos se ha mostrado
Liberal y agradecido.
Celebró la carta, y dijo
No sé qué de mi persona:
Todo en efecto lo abona
El valor de ser tu hijo.
"No he visto menos renglones,
Dijo, ni más voluntad".

Mendo.—Dijo el Rey mucha verdad,
Si eran las obras razones.

Tello.—Informóle un caballero
De tí por discreto modo,
Y sabiendo que eras godo,
Te hizo su tesorero,
En muestra de sus deseos.
Y no es poca maravilla;
Porque en León y en Castilla
Se usa tenerlos hebreos,
Por ser en esta ocasión
Los más poderosos hombres,
Y dar diferentes nombres
A oficios de estimación.
Repliqué: "Si vos le hacéis
A Tello señor de España,
No vendrá de su montaña:
Mal su condición sabéis".
Y dijo: "Si ser señor
De su montaña desea,
Señor de su tierra sea".

Tello el viejo.—Aún eso me está mejor;
 Pero, puesto que me obliga,
 Como es razón que lo entienda,
 El darme mi propia hacienda
 Es casarme con mi amiga.

Tello.—Horca y cuchillo tenéis
 Desde hoy.

Tello el viejo.—¡Brabo favor!

Mendo.—Hagamos cuenta, Señor,
 Aunque poco me debéis;
 Que no quiero que algún día,
 Si tenéis jurisdicción,
 Con razón o sin razón,
 Por alguna falta mía,
 Uséis desas facultades.

Tello el viejo.—¿Soy yo falto de juicio?

Mendo.—Por ocupar el oficio

Hareis dos mil necesidades.

Tello el viejo.—Mendo, oyendo tu razón,
 Conozco (aunque para honrallos)
 Que soy señor de vasallos
 En que ya tengo bufón.

Mendo.—También es cosa asentada,
 Si lo señor te tocó
 Que soy virtuoso yo
 En que no me has dado nada.

Tello.—Oye también mis mercedes.

Tello el viejo.—¡Generosa condición!

Tello.—Alcaide soy de León.

Tello el viejo.—No sé, Tello, cómo puedes,
 Sin casarte.

Tello.—Ya te entiendo.

Tello el viejo.—¡Qué presto que nos pagó
 Tú el llevarlo, el darlo yo!

Los reyes honran pidiendo,

Y es temeraria bajeza

De un vasallo dilatar

Lo que le mandaron dar

Dios y la naturaleza.

Tello.—Finalmente, el Rey quería

Que tú le fueses a ver;

Mas viendo que no ha de ser,

Dijo: "Pues yo iré algún día

A visitarle a su casa,

Que le quiero por amigo".

Tello el viejo.—Eso sí, venga; que os digo

Que no le se muestre escasa.

Voyme a poner de señor.

Mendo.—Pues cierto que, bien mirado,

Que tienes algo mudado

Después de aqueste favor.

Tello el viejo.—Oficios mudan las caras?

Mendo.—Y aun las almas.

Tello el viejo.—Ven conmigo.

(*Vanse Tello el viejo y Mendo.*)

Tello.—Amor, de mi mal testigo,

Si en mis cuidados reparas,

¿Cómo me dilatas, di,

El premio de tanta ausencia?

ESCENA II.

LA INFANTA.—TELLO

Infanta. (*Ap.*)—Como ve la resistencia,

Hace amor suertes en mí.

¿Quién pensara que sintiera

La ausencia de un hombre yo,

Y que en viendo que volvía,

Tap necia a verle viniera?

Mas ¡ay Dios!

Tello.—¿Qué dicha mía,

Juana, a mis ojos te ofrece?

Agora sí que amanece,

Porque sin el sol no hay día.

¿Qué largos son en León!

Era un siglo una mañana,

Si es reloj del tiempo, Juana,

La propia imaginación.

Déjame verte; que quieren

Mis ojos satisfacer

Lo que han faltado de ver,

Pues verán mientras te vieren;

Que no viéndote, no vieron.

Infanta.—¡Buen modo de encarecer,

Después que vienen de ver

Todo lo que ver quisieron!

Tello.—Yo, mi bien, ¿qué-vi sin tí?

Infanta.—¿Yo tu bien?

Mendo (*Ap.*)—Esto va bien.

ESCENA III.

Mendo, *que sale sin que le vean.*—*Dichos.*

Tello.—Tú, mi bien; que ni ellos ven
Sin tí, ni yo vivo en mí.

Infanta.—Como vienes cortesano,
Ya te enseñas a mentir.

Mendo.—*(Ap.)*—¡Qué bien se deja venir
El jilguerito a la mano!

Infanta.—Dios sabe, Tello, los miedos
Que tu ausencia me causó.

Tello.—¿Esperábasme?
Pues ¿no?

Mendo.—*(Ap.)*—Aderézame esos bledos.
¡Vive Dios, que soy perdido!

Tello.—¡Ay, Juana!

Mendo.—*(Ap.)*—¡Ay rollo!

Tello.—¿Qué haré?

¿Cómo, mi bien, bajaré
Desde señor a marido?
Que conozco tu virtud,
Y me ha dicho tu valor
Que has de volver por tu honor.

Mendo.—*(Ap.)*—Templando se va el laud.

Infanta.—Si el traje te escandaliza,
Yo sé quién es desigual.

Mendo.—*(Ap.)*—Ya pide este huevo sal,
Pues que suda en la ceniza.

Tello.—¡Oh, qué traigo de León
Para adorno a tu hermosura,
Si bien oro y plata pura
Cosas inútiles son!
Mas finalmente verás
Una sarta de corales,
Aunque a tu labios iguales,
No serán corales más;
Que estarán cuando los venza
De su esmalte el vivo ardor,
O de envidia sin color,
O más rojos de vergüenza.
De los extremos recelo,
Aunque son de oro también,

Que no son de precio en quien
 Es toda estremos del cielo.
 Cuatro arracadas de perlas,
 De una esmeralda colgadas,
 Dichosas y desdichadas,
 Si honrarlas es deshacerlas.
 Un Cupido de oro, a quien
 Lleva enfrenado un león;
 Tú entenderás la ocasión,
 Juana, si me quieres bien.
 Ricas granas y palmillas
 Para sayas y sayuelos,
 Color de celos o cielos.
 No te truje zapatillas,
 Y no fué sin advertencia;
 Que dicen que es libertad
 En principios de amistad
 Ganarse tanta licencia.
 Con esto sabrás que fué
 Advertida cortesía;
 Que quien zapatos envía,
 Presume que ha visto el pie.
 En premio desto te pido...
 Mendo.—(Ap.—No pedirá ¡vive Dios!
 Que yo apartaré a los dos.)
 Señor, un hombre ha venido
 De Leon en busca tuya.
 Tello.—¿Hombre? Luego vuelvo, Juana.

(Vase.)

ESCENA IV.

LA INFANTA, MENDO

Mendo.—¡Ah Juana, Juana inhumana,
 Juana que el amor destruya,
 Juana mudable y traidora,
 Juana turca, Juana airada,
 Juana, que, siendo criada,
 Ya se levanta señora!
 ¡Juana corales y perlas,
 Juana Cupido y palmillas,
 Aunque no con zapatillas:
 Tal miedo tuvo de hacerlas!

;Oh, plega á tus piés ingratos
 Que crezcan de aquí á San Juan
 Tanto, que en un cordoban
 No haya para dos zapatos!
 ;Ah falsa!
 Infanta.—Déjame aquí;
 Que se lo diré á Señor. (Vase.)

ESCENA V

LAURA. — MENDO

Laura.—¿Qué es esto?
 Mendo.—Celos y amor.
 Mendo.—¿Celos y amor, Mendo!
 Mendo.—Sí.
 Laura.—¿Cúyos?
 Mendo.—De los dos.
 Laura.—¿Por qué?
 Mendo.—Porque Tello declarado
 Quiere á Juana.
 Laura.—Mi cuidado
 Cierta pronóstico fué.
 Mendo.—Dos mil varas de palmillas
 Le ha traído Tello á Juana,
 Y por falta de badana
 No le trujo zapatillas;
 Treinta sartas de corales,
 Dos mil perlas, cien Cupidos...
 Laura.—¿La de los ojos fruncidos!
 Lo honesta! Fiad de tales.
 Pues ;por vida de mi tío!...
 Allá voy; aquí te espera. (Vase.)
 Mendo.—¿Hay cólera, hay áspid fiera,
 Hay toro, hay presa de río
 Como celos en mujer?
 Acabóse: yo he perdido
 A Juana; mas justo ha sido,
 Si Juana de otro ha de ser.
 Laura.—Salid, honesta, salid.

ESCENA VI

LAURA, LA INFANTA, *con su ropa*, INES.—MENDO

Infanta.—Sin tanta furia, Señora;

Que yo no he sido traidora,

Y que soy noble advertid.

Laura.—¡Muy bien con esto se prueba!

Infanta.—Oye y no me culpes.

Laura. Calla.

Inés.—La ropa quiero miralla,

Para ver si algo me lleva.

Infanta.—No tienes que buscar mas.

Mendo (*Ap. á la Infanta.*)—Juana...Mendo *Ap. á la Infanta.*)—Juana...

Infanta.—¿Qué quieres?

Mendo.—Ya ves

Que me quedo y que te vas;

Y pues te vas, no es razon

Que no me vuelvas mi caja.

Infanta.—¡Jesus, Mendo, y con ventaja!

Aquestas tus joyas son! (*Dale la caja.*)

Mendo.—Véte, Juana; que por ellas

Pareceré lindo á alguna;

(*Ap.*) Que está la buena fortuna

En dallas, digo en tenellas...

Que alguna me está mirando

Que por ellas me quisiera.

Infanta.—No me perturba y altera

Tu desprecio, imaginando

Que me quita la ocasion

De mayor desdicha mia;

Que ya Tello me tenía

Gran parte del corazon.

Adios, primer sentimiénto

De mi desden; Tello, adios.) (*Vase.*)

ESCENA VII

LAURA, MENDO, INES

Mendo.—Ya estaréis libres las dos
De envidia y celos.

Laura.—Yo siento
La ausencia desta mujer;
Pero mas que me dé celos.

Inés.—Mendo andaba con desvelos;
Ya no tendrá que temer
Competencias de su amo.

Mendo.—Si tú á Sancho quieres bien,
No me preguntes á quién
Quiero bien, celo ó desamo.

ESCENA VIII

TELLO, *desatinado*.—*Dichos*

Tello.—¡Cómo! ¿A Juana? ¡Hay tal maldad!

Mendo (*Ap.*)—El loco rompió la gavia.

Tello.—Quien de esta suerte me agravia,
No me tienes voluntad.

¿Por dónde va? ¿Dónde fué?

Laura.—Tente, primo; ¿dónde vas?

Tello.—¿Quién es?

Laura.—Yo soy.

Tello.—¿Aquí estás?

Laura.—¿No me conoces?

Tello.—No sé;

Que ¡vive Dios!...

Laura.—¿En la daga

Pones la mano?

ESCENA IX

TELLO EL VIEJO.—*Dichos*

Tello el viejo.—¿Qué es esto?

Tello.—Que ha despedido por mí

A Juana, Laura, de celos.
 Laura.—Luego ¿no tengo razon?
 Tello el viejo.—Aunque la tengas, no has hecho,
 Sobrina, lo que era justo.
 Laura.—¿Qué era justo?
 Tello el viejo.—Que primero
 Me hablaras, y yo la diera
 Algo para su remedio.—
 Y tú ¿por qué la inquietabas?
 Tello.—Yo no soy hombre que tengo
 Pensamientos tan humildes.
 Tello el viejo.—¿Tendrás otros pensamientos,
 Desde alcaide de Leon
 A esta parte? Ahora bien, quiero
 Hacer que vayan tras ella.—
 Y tú no te inquietes, Tello. (Vase.)

ESCENA X

TELLO, LAURA, INES, MENDO

Laura.—No la verán mas tus ojos.
 Tello.—¿Cómo que no? Ensilla, Mendo,
 El overo; que no fio
 De mi padre.
 Laura.—Iré yo luego
 A decirle que te vas.—
 Vén, Inés. (Vanse Laura é Inés.)
 Tello.—Ensilla presto.
 Mendo.—Ya, Señor, voy á ensillar. (Vase Tello.)

ESCENA XI

MENDO

Antes que saque el overo,
 Quiero visitar mis joyas,
 Porque de su luz espero
 Consolarme de la ausencia (Abre la caja.)
 De Juana. ¡Ay cielos! ¿Qué es esto?
 ¡Vive Dios, que es un cordel

Que me deja para el cuello!
 ¡Linda cadena! ¡Oh qué joya
 Para un maldiciente necio!
 ¡Para quien sin saber nada
 Habla en todo á todos tiempos!
 ¡Oh Juanilla! Oh Juana! Oh sierpe!
 Oh pícara! A ensillar presto...
 —Pero mejor fuera á mí,
 Pues que fui mayor overo. (Vase.)

Campo

ESCENA XII

LA INFANTA

Donde mi fortuna quiere,
 Con inciertos pasos voy,
 Fugitiva de mí misma:
 Consejo de la razon.
 En la paz que yo pensaba
 Hallé la guerra mayor,
 En el sagrado el peligro,
 Y en el miedo la ocasion.
 ¿Qué pensó mi pensamiento,
 Cuando, siendo yo quien soy,
 Llevó mi memoria á Tello
 Y á su amor mi inclinacion?
 Nadie de los ojos fie;
 Que al más levantado honor,
 Si no los cierra con llave,
 Le harán cualquiera traición.
 De grande peligro salgo,
 Pues con ver que libré estoy,
 Sospecha el temor que tengo
 Que le dejo el corazón.
 Mas dice mi valor
 Que en los principios se resiste amor.
 Pensó Laura que vengaba
 De sus celos el rigor,
 Y dióme Laura la vida;
 Que la ocasion me quitó.
 Aunque lágrimas me cuesta,

Ninguna culpa le doy;
Mejor es perder a Tello
Que no que me pierda yo.
Si fuera aquel mozo ilustre,
Discupara amor mi error;
Pero, criado entre ovejas,
No es bueno para león.
Sangre del godo Rodrigo
Dicen que el tiempo le dió,
La buena persona al cielo,
Y el rey Pelayo el blasón;
Partes constituyen dignas
Para amarle; mas ¡ay Dios!
Que dice el amor que sí,
y el Rey, mi padre, que no,
Y en esta confusión
Huye la honra y se detiene amor.

ESCENA XIII

TELLO.—LA INFANTA

Tello. (*Dentro.*)—Ten este caballo, Mendo;
Que allí la he visto.
Infanta.—¡Ay de mí!
(*Sale Tello.*)
Tello.—¿Dónde vas, Señora, así?
Infanta.—Más que despedida, huyendo.
Tello.—¿De quién?
Infanta.—De tí.
Tello.—No lo entiendo,
Pues que me llevas contigo.
Infanta.—De un poderoso enemigo
Voy huyendo.
Tello.—¿Quién?
Infanta.—Amor.
Tello.—Si es amor. ¡tanto rigor,
Tal crueldad, tanto castigo!
Vuelve, vuelve; que me envía
Mi padre por tí.
Infanta.—No puedo,
Tello; que me ha dado miedo
Mi flaqueza y tu osadía.

Tello.—Pues ¿de qué descortesía,

Juana, te puedes quejar?

¿Es mas que morir y amar

Esta de mi amor locura?

Si fué culpa tu hermosura

¿En qué me puedes culpar?

Infanta.—Tello, yo no he de volver...

Por causas que tú no sabes.

Tello.—Ya he visto en tus ojos graves

Que eres principal mujer.

¿De callar y padecer,

Juana hermosa, te agraviaste?

De honesto amor te cansaste?

Déjame no más de verte;

Mira que vengo a la muerte,

De un hora que me dejaste.

¿Qué será, Juana, de mí

Si no vuelves?

Infanta.—No, en mi vida.

Tello.—Ya está Laura arrepentida;

Ella me envía por tí.

Dicen que la culpa fuí...

Vuelve, Juana, por mi honor;

Que mi padre con rigor

Me ha reñido tan extraño,

Que has de ir por su desengaño,

Si no quieres por mi amor.

Infanta.—¿Cómo quieres tú que viva.

Adónde Laura se abrasa?

Tello.—Tú serás, Juana, en mi casa

Paloma con verde oliva.

No permitas, vengativa,

Que lo pague mi inocencia;

Vuelve á honrar con tu presencia

El oriente donde fuiste

Sol; que de sombras le viste

La soledad de tu ausencia.

¿Podrás tú, mi bien, sufrir

Que muera sin culpa yo?

Porque Laura te ofendió,

¿Me tengo yo de morir?

¿Adónde te quieres ir

Con esos pobres despojos,

Que no te den mil enojos,

Y por el hurto te prendan
De un alma, por mas que emprendan
Negarlo tus dulces ojos?
¿Dónde irás sin que por ello
Te injurien? ¿Quién te ha de ver,
Que no diga: "Esta mujer
Se lleva el alma de Tello"?
Si de la planta al cabello
Laura envidia tu hermosura,
Muera Laura en su locura,
Piérdase Laura, no quien
Te estima y te quiere bien
Con fe tan honesta y pura.
¿Cómo, dime, negarás,
Si te prenden, que me llevas
El alma, en llegando á pruebas
De que tan hermosa estás?
Luego mas acertarás
En volver donde me has muerto,
Porque es sagrado mas cierto
Para excusar el castigo;
Pues mientras estás conmigo,
Tendrás el hurto cubierto.
Que estando los dos allí,
Pues tú mi alma has de ser,
Ninguno echará de ver
Que estoy sin la que te dí.
Viviré yo, Juana, en tí,
Aunque sin alma, no ausente;
Que quien ama, si no miente
(Porque hay amar y fingir),
Eso deja de vivir
Que deja de estar presente.

Infanta.—¿Qué de manera de engaños!

Qué de suertes de invenciones,
Si de tus dulces razones
No resultaran mis daños!
Ejemplos y desengaños
Me aconsejan que me aparte
Pero, ¿dónde o en qué parte,
Pues quise, siendo mujer,
No digo, Tello, querer,
Sino querer escucharte?
Si las aves no pusieran
El oído a la traidora

Voz que engaña y enamora,
 Nunca en la liga cayeran;
 Si a mí no me enternecieran
 Los encantos de tu canto,
 Tarde me rindieras tanto.

—Ahora bien, yo soy mujer.

Tello.—¿Qué dices?

Infanta.—Que esto es volver,
 Aunque de serlo me espanto.

Tello.—Pues ven, mis ojos; que allí
 Mendo está con el caballo.

Infanta.—¡Ay, Tello! obedezco y callo;
 Que manda otro dueño en mí.

Tello.—¿Vuelves con tu gusto?

Infanta.—Sí;
 Pero en fe de tu valor,
 Que respetarás mi honor.

Tello.—La luz que en tus ojos veo,
 Sabrá tener el deseo
 Y reportar el amor. (Vanse.)

Sala en casa de los Tellos

ESCENA XIV

TELLO EL VIEJO, LAURA, INES

Tello el viejo.—¿Estás loca?

Laura.—Loca estoy;

Y tú lo pareces más,

Pues tal licencia le das.

Tello el viejo.—Yo ¿qué licencia le doy?

Laura.—Tello ¿no es ido por Juana

Con tu licencia?

Tello el viejo.—El se fué;

Porque yo a Sancho envié,

Y no a Tello, esta mañana.

Laura.—Si Tello tiene mujer,

Y tú nuera, dime, tío,

¿Esperar no es desvario

A que yo lo venga a ver?

Tello el viejo.—Tello, por hacerme gusto,

Aunque sin pedir licencia,

No porque siente su ausencia
 Ni para darte disgusto,
 Fué por Juana; y no hay razón
 Que digas que es su mujer;
 Porque ¿cómo lo ha de ser
 Sin calidad? Que no son
 Tan bajos los pensamientos
 De Tello.

Laura.—Ahora bien, yo soy
 Desdichada y yo me voy;
 Que, amores o casamientos,
 No los tengo de sufrir.

Tello el viejo.—¿Dónde vas?

Laura.—En cas de Aibar.

Tello el viejo.—¿En cas de Aibar?

Laura.—A llorar...

Y a serville.

Tello el viejo.—¿Tú a servir?

Quien manda treinta criadas,

¿Ha de servir?

Laura.—¿Qué he de hacer,

Si Tello tiene mujer?

Tello el viejo.—Necedades excusadas,

Mi sobrina, ¿para quién

Es mi hacienda?

Inés.—Mendo viene,

Y escrito en los ojos tiene

Que no ha sucedido bien.

ESCENA XV

MENDO.—Dichos.

Mendo.—Buenas nuevas.

Tello el viejo.—¿Pareció?

Laura.—Mejor de otra suerte fuera.

Mendo.—Pareció Juana en un bosque,

Cuyas floridas riberas

Cubren dos mansos arroyos,

Más que de cristal, de arena;

Que ellos propios la levantan,

Riñendo donde se encuentran.

Vióla Tello, y arrojóse

Del caballo: así las riendas,
 Y estuvímonos los dos,
 El contemplando la yerba,
 Y yo de los dos hallados
 Satisfacciones y quejas.
 Juana volver no quería;
 Que dice que la atormentan
 Celos de Laura, y mi amo
 La obligaba hasta vencerla;
 Si bien es verdad, Señor,
 Que las mujeres discretas
 Obran lo que menos dicen,
 Quieren lo que mas desean.
 En fin, por fuerza o por gusto
 (Que esto de alegar la fuerza
 Las mujeres es lo mismo
 Que dar la disculpa de Eva),
 Entre los dos la pusimos
 En las ancas. La destreza
 De Tello a lo cazador
 Se vió, pues sin ofendella
 Subió gallardo en la silla;
 Pero, dejando la senda
 Que viene a casa, del bosque
 Siguió la inculta maleza.
 Ella para no caer
 (Que pienso que si cayera
 Se lastimara en los troncos
 De aquella intrincada selva),
 Echóle el derecho brazo
 Al cuello; y desta manera
 Se me perdieron de vista;
 Que llevaba Tello espuelas.
 Y aunque era entonces Pegaso
 El rocín, yo le siguiera
 Con ansia de ver a Juana,
 Porque amor y celos vuelan;
 Pero Tello me decía:
 "Mendo, quédate o te asienta;
 Mira que te cansarás."
 Entendíle y di la vuelta.
 Laura.—Desto ¿qué dirás, Señor?
 Tello el viejo.—Que, como sabe la tierra,
 Tello buscaría el atajo.
 Mendo.—Y es muy discreta respuesta;

Que no hay atajo en el mundo,
 Laura, que más fácil sea,
 Que llevarse una mujer
 Adonde jamás parezca.
 Con esta se ahorra un hombre
 De requiebros y promesas,
 Y de andar como en los pleitos
 En demandas y en respuestas.
 Si es el fin el matrimonio,
 Y el fin los sucesos prueba,
 ¡Bien haya amén el concierto
 Que no aguardó la sentencia!

ESCENA XVI

TELLO, LA INFANTA.—Dichos

Tello.—Llega, y besarás la mano
 A mi Señor.

Infanta.—Con vergüenza
 De Laura llego.

Inés.—Estos son.

Tello el viejo.—¡Vive Dios, que te quisiera,
 Mendo, con esta cayada
 Hacer cuatro la cabeza!
 ¿Ves cómo por el atajo
 Vino?

Mendo.—Y es cosa muy cierta;
 Pero no le hay sin trabajo.
 Más yo me huelgo que venga...
 (Ap. Porque me vuelva mis joyas.)

Tello.—Juana la mano te besa
 Por la merced que le has hecho.

Infanta.—Señor, cuando yo ofendiera
 A mi señora, era justo
 Que castigara mi ofensa;
 Pero no, estando inocente.

Laura.—Sí, si la misma inocencia,
 Y aun con esas humildades,
 Se sale con cuanto intenta.

Infanta.—Señora, yo no quería
 Volver; Tello me hizo fuerza.

Mendo. (Ap a Inés.)—¿A fuerza ha llegado el caso?

- Para bien las bodas sean.
 Inés.—Calla, malicioso, y mira
 Que es Juana mujer honesta.
 Mendo.—¿Quitole su honestidad?
 Tello se quedó con ella.
 Tello el viejo.—Ahora bien, Laura, por mí
 (Si es justo que lo merezca)
 Habéis de hacer amistad.
 Laura.—¿No basta que tú lo quieras?
 Tello el viejo.—Juana, abraza a tu señora;
 Y porque de hoy más no tengas
 Celos, casemos a Juana
 Tello.—No habrá cosa con que pueda
 Estar Laura más segura.
 Mendo su marido sea.
 Mendo.—Antes de ir por el atajo
 Al mismo Rey no la dieras,
 Y ¡a mí me la das agora!
 No sé, por Dios, si la quiera.—
 Mas será envite de falso.
 Tello.—No, Mendo, por Dios; que della
 Sé que agradece tu amor.
 Mendo.—¿Es verdad, Juana?
 Juana.—No tengas
 Duda de mi amor.
 Mendo.—Agora
 Digo que los celos ciegan.—
 Mira, Tello, no te espantes
 De que yo a Juana no crea;
 Que como en aquel rocín
 Diste tan larga carrera,
 Venir a parar en mí
 No ha sido poca destreza.
 Tello el viejo.—Ahora bien, yo doy en dote
 A Juana cincuenta ovejas,
 Dos vacas, cuatro lechones,
 Y de trigo veinte hanegas;
 Y a Mendo doy una vara,
 Pues soy señor desta tierra.
 Mendo.—No me des, Señor, oficio,
 Que si no prendo me pierda
 (Pues es efeto es prender),
 Y si prendo me aborrezcan.
 Tello el viejo.—Ahora bien, trazad la boda.
 Inés. (*Ap a Laura.*)—Con esto segura quedas.

Laura.—Juana, una sartén te mando
Y una cama de red nueva.

Tello (*Ap. á la Infanta*):

¡Ay, Juana, que aun que es de burlas,
Siento el casarte de veras!

(*Vanse los Tellos, la Infanta y Laura.*)

ESCENA XVII

MENDO, INES

Inés.—¿Parécete, Mendo, bien

De la suerte que me dejas?

Mendo.—Inés, cuando de casarme

Te resulte alguna ofensa,

No quieras mayor venganza.

Inés.—Todos sois de esa manera;

Pero todos os casais.

Mendo.—Inés, el casarse es fuerza.

Inés.—Pues ¿cómo os quejais después?

Mendo.—No todos después se quejan;

Que muchos aciertan mucho,

Y otros por su culpa yerran.

No está la paz en castigos,

Que deshonoran, no remedian,

Sino en no querer los hombres

Volar por casas ajenas.

Regalos guardan lealtad;

Debida correspondencia

En la mesa y en la cama

Hacen las mujeres buenas.

Inés.—Bravo casado serás.

Mendo.—No quiera Dios que tal sea.

Inés.—Pues ¿qué? ¿Manso?

Mendo.—Peor, Inés;

Sino que quiera y me quieran,

Y que alcance a nuestros hijos

La bendición de la Iglesia. (*Vase.*)

Vista exterior de la casa de los Tellos

ESCENA XVIII

TELLO EL VIEJO, SANCHO

Tello el viejo.—Esos, Sancho, no es posible
 Que sepan que soy señor.
 Sancho.—Excusarse del rigor
 Parece cosa imposible.
 Tello el viejo.—Otro parece que estoy
 Después que tengo el gobierno.
 Sancho.—Tierno me pareces.
 Tello el viejo.—¿Tierno?
 Verás que castigos doy.
 Sancho.—Tampoco has de ser cruel.
 Tello el viejo.—Ya sé yo que la balanza
 Nos enseña la templanza
 Que hay del cuchillo al cordel.

ESCENA XIX

MENDO, *con vara de alguacil*, Villanos.—*Dichos.*

Mendo.—No se puede imaginar
 La ventura que he tenido.
 Tello el viejo.—Pues, Mendo, ¿qué ha sucedido?
 Mendo.—No acababa de tomar
 La vara que veis aquí,
 Cuando dicen que el Rey viene.
 Tello el viejo.—¿El Rey?
 Mendo.—Y el que solo tiene
 Jurisdiccion sobre mi.
 Tello el viejo.—Pues di, ¿quién te dijo á tí
 Que el Rey al monte venia?
 Mendo.—Quien le vió cazar.
 Tello el viejo.—Sería
 Cerca de Leon, no aquí.
 Mendo.—¿No aquí? Pues ese ruido
 ¿Qué piensas que puede ser?
 Sancho.—Ya comienza á anochecer,
 Y debe de haber venido
 Con ánimo de que seas
 Su huésped.

Tello el viejo.—Turbado estoy.—
Mendo, á recibirle voy (Vase.)

ESCENA XX

MENDO, SANCHO, *Villanos*

Mendo.—¡Hola, Sancho! enciendan teas
Por cuantas peñas y partes
Tiene este monte, que son
Desta humilde habitacion
Los muros y baluartes.—
Vos á buscar frutas frescas.—
Tú di á Juana que no salga;
(*A un villano*): Porque aquesta gente hidalga
Se muere por villanescas;
Y ella, por lo remilgado,
Les hará conversación.

Sancho.—Parte seguro: ellos son.
Todo se alborota el prado. (Vanse.)
Sala en casa de los Tellos.

ESCENA XXI

EL REY, DON RAMIRO, LOS TELLOS, *Criados, Villanos*

Tello el viejo.—¿Cuándo, Señor, Merecí
Tanto honor?

Rey.—A conoceros,
Tello, he venido, y a veros,
Pues vos no me veis a mí.
Vuestro hijo ¿dónde está?

Tello.—A vuestros pies, gran Señor.

Rey.—¿Sabéis que es mi alcaide?

Tello el viejo.—Honor
Tan grande otro ser le da
De aquel que tiene de mí.

Rey.—¿No tenéis más?

Tello el viejo.—Hanse muerto;
Y estuvieron en lo cierto
Que para Tello hay aquí,

Y para tantos no había.
 Rey.—¿No le casáis?
 Tello el viejo.—Aquí tengo
 Una sobrina...
 Rey.—Si vengo
 A tiempo, servir querría
 De padrino a mis parientes.
 Tello el viejo.—Templad, Señor, los favores;
 Que reyes y labradores
 Son extremos diferentes.
 Rey.—¡Oh, qué envidia, Tello, os tengo!
 Tello el viejo.—Señor, por acá se pasa
 Pobremente,
 Rey.—A vuestra casa
 Más pobre que nunca vengo.
 Tello el viejo.—Pues no lo saldréis de aquí;
 Que toda os la llevaréis.

ESCENA XXII

LAURA.—*Dichos*

Laura.—Aquí, gran Señor, teneis,
 Para que os sirvais de mí,
 Vuestra pobre labradora.
 Rey.—¿Es vuestra sobrina?
 Tello el viejo.—Laura,
 Señor, mi casa restaura,
 Si vos la casais agora.

ESCENA XXIII

MENMO, SANCHO.—*Dichos*

Rey.—Mucho me alegro de veros.
 Sancho (*Ap. á Mendo.*)—Arrima luego la vara.
 Mendo.—¿Yo? ¿Por qué?
 Sancho.—Porque está el Rey
 Presente.
 Mendo.—No es de importancia.
 Sancho.—¿Cómo no?

- Mendo.—Si un capitán,
De la guerra ó de las armas
Viene á ver y hablar al Rey,
Sancho, ¿quítase la espada?
- Sancho.—No, Mendo.
- Mendo.—Pues ¿qué mas tiene?
- Sancho.—Necio, ¿no ves que es la causa
Porque representa al Rey,
Que es justicia soberana,
Y no hay otra en su presencia?
- Mendo.—¿Que una cosa tan delgada,
Sancho, represente al Rey!
- Sancho.—En eso, Mendo, declara
Que no ha de tenerla adonde
Pueda estar cosa contraria.
- Mendo.—Después que eres escribano,
Sancho, á lo de corte hablas.
- Sancho.—Y tú ¿no piensas mudar
El ingenio y las palabras?
- Mendo.—No sé, por Dios. Mas ya ponen
La mesa: arrimo la vara
Por pescar alguna cosa;
Que no porque es de importancia.

ESCENA XXIV

*Unos villanos sacan la mesa, y salen los músicos.—Dichos
(Hay en la mesa una tortilla de huevos y un poco de manjar blanco,
y en la tortilla de huevos una sortija.)*

- Tello.—Ya está prevenido todo.
- Rey.—Tello será maestra sala.
- Tello.—Turbareme, gran Señor.
- Mendo.—El manda como en su casa.
- Rey.—¿Quiés sois vos?
- Mendo.—El alguacil.
- Rey.—¿Quereis algo?
- Mendo.—Los que tratan
De la salud, comer mucho,
Aunque tengan buena gana,
Dicen que es delito; y vengo
A ver si en tanta abundancia.

- Puedo pescar cualquier cosa.
 Rey.—Buen labrador...
 Tello el viejo.—Es la gracia
 De todo el monte.
 Mendo.—Y la hambre.
 Rey.—Tomad.
 Mendo.—¿Por cuánto faltara
 Manjar blanco?
 (*Dale el Rey el plato de manjar blanco.*)
 Pareceis
 Príncipe que come en farsa.
 (*Cantan los músicos.*)
 Rey.—¿Tortilla de huevos? Bueno.
 El gusto me adivinaba
 Quien este cuidado tuvo.
 ¿Fuiste tú Ramiro?* (1)
 Ramiro.—En casa*
 Que á nadie conozco, fuera*
 Prevencion muy excusada,*
 No, Señor, no he sido yo.*
 (*Va el Rey a comer y topa con la sortija en los dientes.*)
 Mendo.—Traigan luego vino y agua;
 Que ha topado alguna piedra.
 Tello el viejo.—¿Piedra, Señor? ¿Cosa extraña!
 Rey.—Esta sortija conozco.
 Tello el viejo.—¿Entre los huevos estaba
 Sortija?
 Rey.—Y sortija mia.
 Mendo.—Pues ¿deso poco se espanta?
 En una morcilla un día*
 Hallé yo toda una sarta*
 De cuentas, que parecian*
 Dentro piñones y pasas.*
 Rey.—¿Quién hizo aquesta tortilla?
 Tello el viejo.—¿Quién guisó estos huevos, Laura?
 Laura.—Juana, Señor, los guisó.
 Rey.—¿Quién es Juana?
 Tello el viejo.—Llama á Juana.
 Mendo.—A prender á Juana voy.
 Sancho.—¿Por qué?

(1) Los versos señalados con asterisco se hallan en las ediciones modernas y faltan en la antigua (tomo XXI de Lope), la cual contiene muchos trozos que fueron omitidos en las posteriores.

- Mendo.—Por tortillas falsas,
 Y porque quebró las muelas
 A un rey de tanta importancia.
 (*Ap.* Esta vez cobro mis joyas.)
 ;Oh ladrona, que le echabas
 Piedras al Rey en los huevos,
 Como á bestia en la cebada! (*Vase.*)
- Rey.—(*Ap.* Cielo, ¿quién imaginara
 Que yo viniera á tener
 Tanta pena en esta casa?)
 Esta sortija es de Elvira. (*A Ramino.*)
- Tello (*Ap. á su padre.*)—Señor, hoy prenden ó matan
 A Juana, si por ventura
 Piensan que veneno daba
 Al Rey en esta sortija.
- Tello el viejo.—;Veneno! Infame criada.

ESCENA XXV

MENDO, trayendo a la INFANTA, toda turbada y tapándose la cara.—*Dichos*

- Mendo.—Por fuerza habeis de salir.
 Infanta.—Déjame, por Dios.
- Tello el viejo.—Villana
 De Zamora, ó del infierno,
 ;Qué es esto que al Rey le dabas?
- Rey.—Tello, dejádmela ver.
- Tello el viejo.—;Para qué encubras la cara?
 Quita las manos.
- Rey.—;Qué veo!
 Ya se me enternece el alma.—
 ;Eres tú, Elvira? Eres tú,
 Hija, que de mis entrañas
 Fuiste cuchillo en tu muerte?
- Tello el viejo.—;Cosa que fuese la Infanta!
- Tello.—;Ay, padre! si lo es soy muerto.
- Rey.—Elvira, á tu padre abraza,
 Y agora venga la muerte.
- Mendo.—(*Ap.* Agora es cuando me manda
 Freir en aceite el Rey.)
 ;Ah Juana! si eres Infanta,

Destruécame aquel cordel;

Que yo te daré la caja.

Infanta.—Tuyas serán todas, Mendo.

Tello el viejo.—Señor, toda nuestra casa

Perdona; que no supimos

Quién era.

Rey.—Quise casarla

A su disgusto, y agora,

Tello, la doy la palabra

Que solo á su gusto sea.

Infanta.—Si será; que estoy casada.

Rey.—¿Casada? ¿Con quién?

Infanta.—Con Tello,

A quien tu pariente llamas.

Rey.—Si no te hubieras casado,

Elvira, yo te casara;

Porque no pudiera darle

Deste servicio otra paga.

Dáos las manos.

Tello.—Bien merece

Mi amor, mi fe, mi esperanza

Este premio.

Tello el viejo.—No prosigas;

Porque aquí la historia acaba (1)

De *Los Tellos de Meneses*,

Godos de la antigua España.

(1) Así concluye la comedia en el tomo XXI de las de Lope; lo que prueba que cuando la escribió, no pensaba en segunda parte: las ediciones modernas tienen este fin:

....Aquí la historia acaba

De los Tellos de Meneses,

Godos de la antigua España,

Hasta la segunda parte,

Que refiera sus hazañas.

Tratamiento radical de Hemorroides y varices sin operación.

Análisis clínicos. Rayos X.

ORDOÑO II, 21 de 11 a 1 y de 3 a 5

Teléfono 1.645.

Farmacias

FARMACIAS DE GUARDIA

De nueve de la noche a nueve de la mañana:

Sr. A. LUENGO, F. Merino.

Hospedaje

Familia honorable, recibe tres o cuatro huéspedes, pensión módica. Calle Pablo Flórez, 6, 2.º derecha. Especial para señoritas y señoras.

VICTORINO HURTADO

Médico de la Casa de Socorro Especialista en enfermedades de la piez, génito-urinarias y secretas. Gumersindo Ascárate, 4, 2.º, dcha. Consulta diaria de 11 a 1 y de 3 a 5
Consulta y curación de obreros precios especiales, a las seis

ANUNCIO

Necesitase MAESTRO PANADERO, inútil presentarse sin conocimientos prácticos y buena conducta. Fábrica de Harinas Velasco, Villaluenga (Palencia).

AUTOMOVIL

70 Chrysler se vende. En inmejorable estado. Informarán esta Ad-

José M. Baamonde

DEL INSTITUTO MARAÑON DE MADRID

Especialista en enfermedades del estómago, intestinos e hígado
MEDICINA INTERNA—RAYOS X

Consulta: de 11 a 1 y de 4 a 6 **Teléfono 1347**

ORDOÑO II, 20, 1.º

mas abajo y así se colocaran los oportunos medios de agotamiento.

7.º Cuando la longitud de las galerías no permita una buena ventilación por los pozos será indispensable montar la instalación de ventilación y extracción de aire, calculada en función de la capacidad de dichas galerías.

8.º Cuando las galerías subterráneas estén alumbradas eléctricamente se establecerá además un alumbrado de seguridad que funcione el tiempo calculado suficiente para la evacuación de los obreros en caso de interrupción del flujo eléctrico.

9.º En la ejecución de galerías urbanas para alcantarillados, Metropolitanos, etc., en las que dada la naturaleza del subsuelo y la existencia de tuberías de distribución de gas sean de temer fugas, se extremará la vigilancia, haciendo análisis periódicos del aire para evitar que el porcentaje de gas llegue a la inflamabilidad.

10.º La separación de los obreros en las galerías será de un metro, como mínimo, e nsentido lateral, y de 1,50 en sentido longitudinal, para evitar colisiones entre ellos con el pico o la pala.

11.º Los aparatos de elevación deben de estar dotados de una rueda catlinaa con uña, que pueda movilizar el aparato a la subida, y mniveles de seguridad con frenos, que puedan moderar la velocidad de descenso, a fin de evitar el giro rápido de la manivela determinante de u gran número de accidentes en la cabeza y en los brazos.

lataren como no. aquellas no-
mas directrices que deben regir y
guiar a todo partido político que
merezca el nombre de tal, brillarán
por su ausencia toda solución que
pudiera servir para resolver cual-
quiera de los muchos problemas
vitales existentes, encontraremos
sus discursos faltos de todo conte-
nido sustancial; pero en cambio
abundarán los tan manoseados tópi-
cos, idénticos latiguillos, los ata-
ques a la C. E. D. A. y las consa-
bidas amenazas que pondrán en
práctica el día que ellos sean po-
der, como si el sufrido pueblo es-
pañol pudiera tan fácilmente olvi-
dar el bochornoso y tristemente
célebre 6 de octubre en el que el
suelo patrio crugió y se horrorizó
ante la serie de crímenes, tan vil-
mente cometidos por las hordas
salvajes al mando de sus respecti-
vos "Atilas" que pusieron fin de
las maneras más inhumanas a las
vidas de personas apreciadísimas
en la región asturiana y que asom-
braron al mundo entero, fecha és-
ta que sirvió para glorificar una vez
más al gran partido de Acción Po-
pular al sucumbir víctimas del de-
ber varios de sus afiliados entre-



LOS TIÑOS

...reosan salud si digieren
bien el alimento, pero cuan-
do este no ocurre, son muy
frecuentes los trastornos
intestinales que tantas víc-
timas producen. El Elixir
Sáiz de Carlos cura con las
primeras dosis las diarreas
de los niños y es siempre
inofensivo.

ELIXIR ESTOMACAL

SAIZ DE
CARLOS

CASA DEL RIO

Muebles -- Tapicerías -- Telas

NUEVA ORGANIZACION

Ya todos pueden tener su habitación amueblada por la CASA DEL RIO. Muy interesante para Vd. ver nuestra nueva SECCION ECONOMICA. Modelos originales en el interior de nuestra ESPOSI-

CION de URIA, 72.—OVIEDO

El Paso Honroso

Romance

por el

P. GILBERTO BLANCO ALVAREZ

AGUSTINO

Obtuvo el premio único en la
JUSTA LITERARIA que celebró-
se en León el 24 de julio de 1934,
con motivo del V Centenario del
Paso Honroso de Suero de Qui-
ñones. :-: :-: :-: :-:

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

El Paso Honroso

Romance

IMPRIMI POTEST

FR. ANGELUS MONJAS

Prior Provis. Castellae

O. E. S. A.

Obtuvo el presente libro en la
LIBRERIA ALVAREZ, que cubren
se en León el 24 de Julio de 1934.
con motivo del V. Centenario del
Paso Honroso de Nuevo la Qui-
bona. — : — : — : — : — : —

CON LAS LIBRERIAS NEXAS

DOS PALABRAS

Mi entrañable amigo y correligionario, el P. Gilberto Blanco, me pide unas palabras para la impresión de su bello Romance, EL PASO HONROSO del gran Suero, o Suaro, de Quiñones. ¡Innecesaria petición! Sólo el nombre del poeta es la mejor credencial de su poema. El Padre Gilberto nació poeta, y en su Romance a LEON ya se reveló como gran poeta, no sólo regional, sino también nacional. Al cantar con grandeza épica a León, cantó con estro soberano a España.

Pero el P. Gilberto me quiere demasiado, como yo a él, para dejar de atender sus ruegos, sus simples insinuaciones, que para mí son mandatos. Leonés él y burgalés yo, pero los dos españoles y además agustiniños, hijos de San Agustín, cuyo corazón fué tan grande como su inteligencia—la mayor que han admirado los siglos—; hemos sabido fundir el amor de León y el de Castilla en la unidad del amor de España, de la, según nuestro doctor San Isidoro, católica y madre España.

Y ahora, ¿qué podré decir yo, que no huelgue, del grandioso y bien sentido Romance EL PASO HONROSO? Estoy seguro de que mi placentera emoción será la misma de cuantos lean tan primorosa obra de arte. Conforme a la razonable observación de Horacio, el autor ha sentido plenamente el asunto, y así ha sabido hacerle sentir a sus lectores. Ciertamente, la gesta heroica que el poeta canta, tiene algo de bárbara, como lo tenía su época—aunque no tanto como la nuestra—; pero el poeta, cristiano y español, y, además sana y eminentemente romántico, como Zorrilla, ha sabido verla y describirla con el sentido profundamente católico y hasta con el lenguaje bellamente arcaico de su tiempo. Por fin, aunque todo todo el Romance, y mucho más el de LEON, demuestra que el P. Gilberto tiene alientos sobrados para hacer sonar dignamente la trompa épica, es indudable que más que poeta épico es lírico; y así lo más propio de su genio y acaso lo más encantador del Romance sea la "Serenata" del número VII. Es una joya, como lo son el diálogo imaginario entre Don Suero y Don Quijote del final del poema, y las dos composiciones del Apéndice "Arriba las almas" e "In memoriam", leídas respectivamente por el mismo autor en el *Puente de Orbigo*, donde Suero se coronó de gloria, y en *Barcial de la Loma*, donde el traidor que le mató, se llenó de ignominia. Cuatro joyas y el Romance un joyel.

Por todo ello merece mil plácemes el autor de EL PASO HONROSO, y hasta creo que LEON le debe una corona: la de una edición de sus mejores poesías.

P. M. VELEZ

Director del "Archivo Agustiniño"

DOZ PALABRAS

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

En el libro de ensayo y ensayismo de P. Albert Blaise, se
pueden encontrar para la descripción de su libro *Romanes* el
vocablo del gran grupo de palabras de palabras, palabras de
una lista el nombre del grupo de palabras de palabras de
Palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de
palabras de palabras de palabras de palabras de palabras de

V. M. WILSON
Director del *Journal of American Studies*

1967

ROMANCE DEL PASO HONROSO

Para dar más sabor regional al Romance del Paso Honroso, hánse introducido en él muchos arcaismos y modos de hablar,—a veces puramente locales,—de nuestro terruño.

A todas estas palabras y frases anticuadas,—bastantes de ellas, aún hoy, corrientes leonesismos de muy lindo porte,—se las quiso entrecomillar; pero desistiose de ello, por no hacer la lectura fatigosa, y por entender que el buen juicio y pericia de los lectores habrán de distinguir inmediatamente estas novedades viejas, y darlas el valor circunstancial que indudablemente tienen.

ROMANCE DEL PASO HONROSO

*Tal empresa
para mí estaba guardada
—Romancero—Hazaña de
Don Alonso de Aguilar.*

*Digan que fueron burla
las justas de Suero de Quiño-
nes el del Paso.*

*—Don quijote de la Mancha:
Parte I. Cap. XLIX.*

I:
Aquí fué aquel Paso honroso
que da prez a nuestra tierra;
a la tierra de los héroes
que en titánicas empresas
a la soberbia romana,
humillándola, amedrentan;
que al llegar el visigodo
su ferocidad domeñan
con los lazos irrompibles
de las artes y las ciencias;
que arrojan detrás del Tajo
a las huestes agarenas,
y afianzan los cimientos,
y los sillares elevan
del Alcázar de la Patria,
que en las granadinas vegas
si tuvo digno remate
fué porque lañó sus piedras,
—en el difícil cominezo
de la secular pelea,—

con el fierro sin quebranza
de la sangre leonesa.

—
Aquí fué aquel Paso Honroso
que puso fin a la era
de los bravos paladines
de bien calzadas espuelas,
de escudos bien embrazados
y ferradas vestimentas,
que, henchidos de fe y de amores
en íntima extraña mezcla,
ya en combates temerosos,
ya en fazañas pintorescas,
alzan un templo al honor,
y con lances de honor sueñan,
y por el honor sucumben,
y al sucumbir se encomiendan
a la dama a quien adoran,
y al Dios que adoran y rezan.

—
Aquí fué aquel Paso Honroso,
y yo juglar de esta tierra,
—que fué vivero de santos
y caballeros sin mengua,—
en romance paladino
voy a narrar las proezas
que más honor y más fama
con aqueste Paso dieran
a Don Suero de Quiñones,
el primero en esta empresa,
el sin segundo en valor,
el amador de más cuenta,
el que fué cifra y compendio
de la hispana gentileza,
y el que grabó en las entrañas
de los hijos de esta tierra
lo que ha sido y debe ser
la hidalguía leonesa.

—
A la Virgen del Camino,
de nuestros amores Reina,
y al numen asaz fecundo
de los arcáicos poetas,
—que, templando sus laúdes
en las riberas del Esla,

o en las márgenes floridas
 del Sil, Orbigo y Bernesga,
 luengas horas alegraron
 con rimas trovadorescas
 a los buenos peregrinos
 de tierra y fabla extrangeras,
 que en grupos abigarrados
 vía a Compostela hicieran,—
 demando la inspiración
 para mí cantar de gesta.

—
 Ya doy comienzo a mí trova,
 y Dios haga que ella sea
 alivio de caminantes,
 gozo de las almas recias,
 para los yertos, volcán,
 agujón, para los poetas,
 para el viejo, remembranza,
 para el valeroso, espuela,
 clarín, para el caballero,
 y para el tímido, arenga.

II

El puente de Hospital de Orbigo
 se ha cerrado; aquel que venga
 con ánimo de pasarle
 de combatir ha por fuerza,
 rompiendo lanzas,—si es home
 de estirpe caballeresca,—
 con Don Suero o con alguno
 de su hueste asaz apuesta.

—
 Para emprender tal fazaña,
 no soñada en la edad vieja,
 se ha obtenido de Don Juan
 Segundo la regia venia.
 Y el mismo Don Juan Segundo
 Rey de León e Castiella,
 a un tal León,—que era de él
 rey de armas,—llama y ordena,
 que anuncie en todas las Cortes,
 y en toda cibdad e tierra,
 de Don Suero de Quiñones
 la justa caballeresca.

Un buen golpe de farautes
por toda la Europa vuela,
y proclama en son de reto
del Paso Honroso la nueva.
Nueva que a los peregrinos,
—que el recio bordón aprestan
para emprender el viaje
santo y largo a Compostela,—
les mete miedo en el alma,
si bien el miedo se mezcla
con cierto placer secreto
de ver tan sonada fiesta.
Nueva hermosa que al juglar,
de condición andariega,
le hace soñar con holgorios
y con cantares de gesta,
de esos que al pueblo enardecen
y al fijosdalgo embelesan,
y escuchan y aplauden damas
de inclinación romancesca.
Nueva que a los caballeros,
—que tienen el alma presa
en las mallas de un amor
que exige rudas proezas
para rendirse,—les hace
la sangre hervir en las venas,
preparar escudo y lanza,
y calzarse las espuelas.
Nueva que al bulgo enardece,
porque el vulgo siempre anhela
presenciar un fecho de armas
donde campa la braveza,
donde los golpes son rudos,
donde las lanzas se quiebran,
y donde tañen a gloria
las trompas y las xabebas;
donde lucen ricos ternos
de oro, de plata y de seda
los caballeros que justan
y las gentes que les cercan;
donde canta la alegría,
donde gritan las apuestas,
donde sobran las viandas,
y donde el beber no cuesta;
y más en el año aquese,

y más en aquesa fecha,
que es año de perdonanzas
y no ha la estación crudezas;
y hay riadas de romeros
camino de Compostela,
y el curioso no precisa
de abrigo de casa o tienda,
porque el cielo da techumbre,
y da alfombra la floresta,
y la segunda es mullida,
y la primera es espléndida.
Y si se nublan los cielos
y airados relampaguean,
y se desatan las nubes,
y el agua encharca la tierra,
o el rayo del sol abrasa,
y los cuerpos empereza,
o si las gentes han hambre,
o si el alma da en tristezas,
o si hay feridos, o si hay
acaloradas contiendas...
para ahuyentar todo aquesto,
que puede enturbiar las fiestas,
con esplendidez muy alta
dispuso la Providencia
que Don Suero de Quiñones
hubiera gran gentileza.
Y al pie de la puente de Orgigo
hizo elevar muchas tiendas,
—donde campea el escudo
de su stirpe leonesa;—
las unas, para los nobles
que a justar con él vinieran;
para las damas, no pocas,
y otras, para sus doncellas;
y a los santos peregrinos,
y a los siervos de la gleba,
y a los juglares y musicos
no les faltó esta cautela.
Y aún alzó una tienda grande,
de reposteros cubierta,
para los nobles yantar
en bien abastadas mesas

Y a Salomón Setení,

médico de raza hebrea
que al cuidado está en León
de la más alta nobleza;
y a dos cirujanos célebres
peritos en la su ciencia,
y al gran copero Rodrigo
que escancia con gran destreza,
y al maestresala Velasco
que es ejemplar de prudencia
y a dos pingües cocineros
en el guisar eminencias,
también Quiñones les trajo,
porque falta ni una hubiera.

—
Y aun la madre de Don Suero,
caritativa y espléndida,
dama de ilustre linaje,
e del su cuerpo muy bella,
para curar las heridas
cuidó de mandar seis dueñas
todas nobles, y a su frente,
como guía asaz discreta,
puso a la fiel Doña Elvira
Alvarez, de edad provecta,
esposa de Gómez Téllez,
y, como tal, ricafembra.

—
Y porque todo bien fuese,
jueces había en la gesta,
y tres frailes dominicos
de Palacios de Valduerna;
y escribannos, menistriles,
tañedores de trompeta,
farautes y reyes de armas,
bordadores de alta escuela,
ferreros y carpinteros,
y armeros de todas piezas.

—
Y a Francés, el gran pintor
de la más famosa Iglesia
de León,—la que es nombrada
Sancta María de Regla,—
encargósele un faraute,
que una estatua pareciera,
y en la puente de San Marcos

de León, sobre una piedra
 se le colocó de modo
 que el paso no interrumpiera.
 Con un muy lindo sombrero
 cubría la su cabeza,
 y el su cuerpo se adornaba
 con lujosa vestimenta.
 Tenía el sinistro brazo
 doblado, mano en cadera,
 y señalaba el camino,
 que hace vía a Compostela,
 el otro brazo extendido,
 cuya mano medio abierta
 entre la palma y tres dedos
 apresaba una cartela;
 y esa cartela decía
 con grandes y claras letras:
 —*Se va por ahí al Paso,*
y el honor allí te espera.

III

Es Don Suero de Quiñones
 hijo de Diego Fernández.
 Merino Mayor de Asturias,
 Señor de muchos lugares,
 —de Valdellamas, de Ordás,
 y de Luna, y otras partes
 de este León tan fecundo
 en noblezas seculares.—

Y es de este gran caballero
 la esposa,—de Suero madre,—
 la ilustre Doña María
 de Toledo que há heredades
 en Laguna de Negrillos,
 —que es un pueblín con alardes
 de grandeza,—y en Barcial
 de la Loma, de los cuales
 la noble dama es Señora,
 y Reina por sus bondades.
 Há por hermano carnal
 a un gran señor de hecho y clase
 aquel Don Gutierre Gómez,
 que han tenido dos ciudades

por su Perlado,—Palencia
y Toledo.—De estos padres
heredó Suero Quiñones
las excelsas cualidades
que le hicieron campeón
de elevados ideales;
de esos que dan nombradía
y se cantan en Romances,
y comentan las Historias
en páginas inmortales.

—
Por su Dios y por su Patria
luchó Suero contra el árabe,
y por una dama egregia
derrochó valor y sangre.

—
De esta dama,—a quien no nombra,
y a quien rindió vasallaje,—
dijo el bravo leonés
que era cifra de bondades,
que era muy alta y fermosa,
y que en esto no hubo iguales.
Por ella, desnudo un brazo
peleó en recios combates;
por ella un aro de fierro
lleva al cuello como engaste;
y de aquesta penitencia,
que todos los jueves hace,
y celebra todo el mundo,—
queriendo por fin librarse,
concibe del *Paso Honroso*
el fecho tan memorable.

—
En esta edad todo prosa,
y sin fe, toda ruindades,
se juzgan estas fazañas
baldías y extravagantes;
y es... que el espíritu humano
ya no acierta ni a elevarse;
es porque la vil materia
ceba en vilezas sus hambres;
y donde ella se entroniza
sobran altos ideales;
y cuando ella manda y rige
la razón esclava yace,

y al esclavo sólo toca
padecer y resignarse,
y sucumbir sin protestas
en ásperas soledades.

Y si España en estos días
de tantas gestas infames,
—que agarrotada la tienen,
que la han hecho hasta cobarde,—
ya no siente por sus glorias
santos gozos, y no sabe
defender su honor, merece
que la olviden los anales
de la Historia, y la esclavicen
de nuevo los mulsumanes.

Quizá el hierro del castigo
de otra edad la haga acordarse,
de la edad de nobles fechos
que cantaron los juglares,
y unos, igual que Quiñones,
bravos paladines halle,
que la defiendan y encumbren,
y del deshonor la salven.

IV

Porque habían de romperse
trescientas lanzas al menos,
y un solo mantenedor
no era bastante, a Don Suero
se juntaron otros nueve
muy esforzados caballeros,
que el fecho del *Paso Honroso*
llevaron a feliz término.

Eran estos Lope Estúñiga,
—joven en justar muy diestro,—
Diego Bazán, Pedro Nava,
Gómez, Villacorta y Suero,
Gómez y Lope de Aller,
y Pedro Ríos y Diego,
Benavides, y por último,
el tan valiente como ellos
Don Sancho de Rabanal,
capaz de ganar un reino
por animoso y bravo,

y por incansable y recio.

Todos los diez paladines
en aquesta justa fueron,
si invencibles, mal feridos
o lisiados; y momentos
hubo en que llegó a temerse,
que en las huestes de Don Suero
no hubiera mantenedor
que aceptara un nuevo reto,
por no poder la armadura
casi vestir los más de ellos.
¡Tal se sentían y estaban
de seriamente maltrechos!

Pero por ser Rabanal
de fortaleza un portento,
y a los otros paladines
por haber suplido a tiempo,
se pudo bien terminar
el Paso Honroso de Suero.

De aquellos hombres heróicos,
que parecían de hierro,
quedó mucha sangre ¡mucha!
de la amplia liza en el suelo;
pero el valor quedó en alto,
y el honor, aún más inhiesto.

Y si Quiñones no hubiera
podido llegar al término
de aquella empresa por causa
de algún desgraciado evento,
ya con alteza oportuna
tres valientes caballeros
ofrecido se le habían
a llevar a cabo el fecho;
si bien en pugna discreta
discutido se hubo entre ellos
a quien de los tres cabía
el honor del primer puesto.

Juan Pimentel, —bello joven
que era el hijo primogénito
del Conde de Benavente, —

fué en ofrecerse el primero.

De Fadrique el Almirante,
—juez en aquel gran suceso,—
el su hermano Don Enrique
fizo igual ofrecimiento.

Y el del Conde de Valencia
de Don Juan, fiijo Don Pedro
de Acuña, en aquesta puja
reclamó también su puesto.

Todos,—nobles, pueblo, damas,—
aqueste rasgo aplaudieron,
quedando la hidalga oferta
aceptada por Don Suero,
quien distribuyó en justicia
de los tres el alto puesto,
si la suerte reclamase
de la oferta el cumplimiento.

¡Bendita la estirpe sea
de aquestos tres caballeros,
y muy bendito el lugar
donde tan nobles nacieron!

Así era entonces España:
brava y noble en sus guerreros,
en sus damas, la más bella,
y la más digna en su pueblo.

V

Para levantar del mundo
el más fermoso palenque,
Suero en el del Puente de Orbigo
fué ostentoso y diligente.

Apenas del Rey obtuvo
la venia pedida, fuese
de Luna al su señorío,
y ordenó a toda su gente
que de la selva cortase
la madera que sirviese,
como mejor, para armar
la valla, cadalsos siete,

y las tiendas numerosas
que de servir han de albergue.

Nº En la extendida floresta,
—que, pasado el río, vése
hacia un lado del camino
llamado *de los franceses*,—
formó una liza tan grande
que de verdad más parece
campo donde han de luchar
ejércitos de jinetes.

En dos cabos de esa liza
dos puertas hizo de frente;
para él y sus bravos una,
—por la que entrarían siempre
que justaran;—de la esotra
dispuso que se sirviesen
todos los aventureros
que armas a probar vinieren.

A la primera tocando,
un cadalso de los siete
alzóse para Don Suero
y los otros combatientes
de los suyos, siempre y cuando
probanza de armas no hiciesen.
Luego a ambos lados seguían
de la valla, y frente a frente,
otros dos amplios cadalsos,
donde estarían presentes
los que a justar, extranjeros,
al Paso Honroso, viniesen.
Después, y en los lados céntricos
de la liza,—para jueces,
escribanos e farautes,
trompetas e de armas reyes,
el uno; e para los nobles
que vinieran solamente
a honrar aquel fecho de armas,
pero justar no quisieren,
como los ilustres Condes
de Valencia y Benavente,
el otro,—se alzaron dos
cadalsos—. Para la alegre

turbamulta de oficiales,
o distinguidos sirvientes
de todos los caballeros
que al Paso Honroso asistiesen,
había otros dos cadalsos,
que completaban los siete.

Se adornaron todos ellos
tan bella y lujosamente,
que eran extremado asombro
de peregrinos y gentes
llegados de todo el mundo,
los que con frases corteses,
y con batir de las palmas,
y con cantares vehementes
la esplendidez aplaudían
de los nobles leonés;
nobles, que, al dar sus riquezas,
más que pródigos parecen;
nobles, que ofrendan su sangre
por los patrios intereses,
como si de ella veneros
nunca agotados tuviesen;
nobles que nunca mendigan
favores que no merecen,
y nobles que en su Don Suero
representarían siempre
esa grandeza española
que juntan en lazada fuerte
la exquisita gentileza
de quien hidalgo se siente,
la animosidad que salta
los linderos de la muerte,
la fe que lleva a conquistas
que no soñaron los héroes,
el amor que hace proezas
por menesterosos seres,
y el culto santo al honor
que es gloria que nunca muere,

VI

Preparada está la liza,
levantados los cadalsos,

y las lanzas milanesas
—según de su fierro el largo
y lo grueso de sus astas,—
en tres haces agrupando
se las va por los ferreros
y servidores del Paso.

En la floresta relinchan
y piafan los caballos,
presintiendo los instantes
de los encuentros gallardos.

Y los alegres juglares
relatan,— acompañados
del acordado laúd,—
los fechos de Carlomagno;
o de Dirlos y Gaiferos,
y Durandarté y Reinaldos,
y Roldán y Cláraniña
los Romances legendarios.

Y llegan los peregrinos
en grandes grupos, cantando
la hermosa canción de *ultreya*,
que fortalece los ánimos;
y, por detener su marcha
ante el próximo espectáculo,
pretextan para sus cuerpos
el necesario descanso.

Los escuderos revisan
las armaduras, limpiando
unas tras otras sus piezas
con ágil y experta mano.
Las dueñas preparan hilas
y vendajes, y aun ensalmos,
—de los que esperan, creyentes,
poco menos que milagros,—
mientras que vibran sus lenguas
en sabrosos comentarios
sobre la fama y conducta
de los altos y los bajos.
Y las damas reunidas
en grupos no distanciados,
bien en las lujosas tiendas,
bien en el abierto campo,
charlan, ríen y no temen

por la suerte de su amado,
 porque todas dan por cierto
 que en las justas será un bravo.

Los trompeteros del Rey,
 —y a su cabeza Dalmao,
 que no ha tenido en el mundo
 quien le haya en tañer ganado,—
 llegan, y de sus clarines
 los altos sonos rasgados
 parecen retos bravíos
 que incendieran el espacio.
 Y los nobles caballeros,
 mantenedores del Paso,
 meditan, hablan, discuten,
 pero, hirviendo en entusiasmo,
 por todas las partes llevan
 la alegría de sus ánimos.
 ¡Y es un sol esa alegría
 que refulge en todo el campo!

Canta, canta, trovador,
 que has fecho camino largo
 para cantar las fazañas
 de esta justa; preparados
 para escucharte ya están
 los que esperan de tus cantos
 la trova caballeresca
 de tonos más levantados,
 la cantinela más linda
 que a damas se haya ofrendado,
 y el serventesio más duro
 que clavar pudo a villanos.
 Canta, canta; ya la fecha
 tan esperada ha llegado,
 que como timpre de gloria,
 que como gloria de antaño
 quedará siempre esculpida
 en los anales sagrados
 de las gestas leonesas,
 miniadas en folios áureos:
 ¡Diez de julio y año mil
 cuatrocientos treinta y cuatro!
 ¡Diez de julio, diez de julio!

TIMOS

"CORRE

en tus horas comenzaron
los momentos de agonía
de un ciclo no renovado;
ciclo de ese Romancero
que nimba nuestro Parnaso
ciclo del dantesco Mena
y de otros ingenios claros;
ciclo de los caballeros
que con Suero terminaron;
ciclo en virtudes fecundo
que plasma ascetas y santos;
ciclo de damas que el cielo
da a España como regalo;
ciclo de los hombres cumbres
que el siglo de oro engendraron.

—
¡Diez de julio, diez de julio!
tu mediodía pasado,
se oye el clamor de una trompa
del Puente de Orbigo a un cabo.
Dueñas, damas, caballeros,
juglares y homes de campo,
todos los que en la floresta
forman corros animados,
suspendan o sus quehaceres,
o charlas y comentarios.
La curiosidad aviva
de todos ellos el paso,
que dirigen hacia donde
sigue la trompa vibrando.

—
Pronto la noticia cuenta
que,—ante las jueces de Campo
Pedro Barba y Gómez Arias, —
a Suero notificaron
el rey de armas Portugal
y el faraute, que es nombrado
Monreal, que en la puerta aguardan
tres caballeros: Arnaldo
de la Floresta Bermeja,
—alemán del marquesado
de Brandemburgo,—y los dos
caballeros valencianos
Mosén Juan y Mosén Per,
—hijos del Señor muy alto

de Chella,—los que a justar
dispuestos vienen al Paso.

Dánse de aquesta misiva
los jueces por enterados,
y a Portugal, el rey de armas,
le imponen este mandato:
Que las espuelas derechas
les quiten a los llegados,
y en el cadalso de jueces
las cuelguen de un paño blanco.

Esperóse la respuesta;
se ejecutó lo mandado,
y ante los tres caballeros,
y los dos jueces de campo,
y la multitud inmensa,
que forma vistoso cuadro,
así Don Suero Quiñones
fabló lento y reposado:

*—Porque declina la tarde,
e la luz se va apagando,
e los vuestros cuerpos vienen
del camino quebrantados,
hoy non se debe justar,
ni es tampoco necesario.
Mañana, si vos queredes,
podésmolo hacer, mas hago
una súplica a la vuestra
condición de muy cristianos.
Non es santa fechoría
que en domingo combatamos,
y non me obliguéis a ello,
que lo haría con desgano.*

Todos quedaron conformes
con lo así tan suplicado,
y el fecho primero de armas,
que debiera ser el sábado,
quedó para el doce, lunes,
por religión aplazado.

¡Qué bien sienta en caballeros
por el honor de su rango
pelear en nobles justas

con el arnés escudados!
pero es más bello justar
por la fe que se ha heredado
con esas armas corteses
que han por fierro los vocablos.
Y si las palabras son
de gentileza dechados,
ellas serán la más fina
lápida que se ha labrado
a la memoria de un héroe
que hizo espíritu del barro.
Y si los fechos llegasen
a chocar con lo fablado
por unir en mezcla extraña
lo divino con lo humano,
de España se esculpiría
el más fiel de los retratos.

VII

Once de julio. Gran día.
Mediada ya la mañana,
Don Suero y los nueve nobles,
—que por amor a sus damas
han de justar a su lado,—
salen de la muy nombrada
Encomienda de San Juan,
que pertenece a esa brava
Orden de los caballeros
que dicen Hospitalaria.

La misa, por ser domingo,
de oír la los diez acaban,
tras de lo cual se retiran
a sus tiendas alhajadas.
Mas de pronto, tumultuosa
y nunca vista algaraza
levántase en la amplia liza.
Alrededor de la valla,
que la limita y la cerca,
multitud abigarrada
de varias y extrañas gentes,
venidas de toda España,
del mismo centro de Europa,
y aun más de Italia y de Francia.

tomando va posiciones,
no sin discusiones agrias
que degeneran a veces
en muy gentiles puñadas.

De las riberas del Orbigo,
de Astorga la maragata,
de Villafranca y Sahagún,
y de la antigua Coyanza;
de León y La Bañeza,
de Vecilla y Ponferrada,
de la Cabrera y de Murias
y de Riaño y Lacedana,
por más cercanas al Paso
van llegando caravanas.
Vienen los unos a pie,
que es año de perdonanzas,
y han de seguir el camino,
que los peregrinos andan,
para caer en Santiago
buscando celestes gracias,
después que den a los cuerpos
el descanso que reclaman
en las riberas del Orbigo
donde Quiñones acampa.
Otros llegan en carretas
por fuertes yuntas tiradas,
y en pacíficos jumentos
la gente humilde cabalga.
Otros montan bravos potros
de la muy potente raza,
que en la región leonesa
críase por las llanadas.
Y como el sol no es muy duro,
y la floresta es muy blanda,
y abunda el vino en carrales,
y para el yantar no falta,
—porque a Don Suero de hidalgo
no hubo nadie que igualara,—
todos están muy contentos,
todos ríen, todos cantan,
todos bendicen a Dios,
y a ver todos se preparan,
lo que ni antaño ni hogaño
vióse, ni en edad lejana

del porvenir ha de verse,
y de contar ha la fama.

Ocupan ya sus cadalsos
los jueces y reyes de armas,
y los farautes dan gridas
que a la muchedumbre encalman.
Y sentados ya en sus puestos
los caballeros y damas,
y los cortejos lucentes
que a unos y otras acompañan.
Dalmao y sus trompeteros
comienzan una tocata
recia, nerviosa y vibrante
que el espíritu levanta,
que mueve los corazones
de los guerreros, que abrasa
a los tímidos que aun dudan
justar en el fecho de armas.

Y apenas cesa el clamor
de la música rasgada,
y vitoreo rugiente
de las gentes de la valla,
por una de las dos puertas
que dan a la liza entrada,
los trompeteros del Rey
aparecen; tras sí arrastran
a los que tañen de oficio
trompas y cuernos de caza,
y siervos son además
de las más ilustres casas
que tienen puesto de honor
en aquella justa de armas.
viene detrás, muy fastosa,
una turba mulsumana
tañendo sus atabales
y añafles y dulzainas,
que por la justa elevar
allí Don Suero llevara.

Rueda después muy vistoso
un carro lleno de lanzas,
que de Milán tienen fierros
y de fuerte encina el asta.

Guía este carro un enano
que levanta carcajadas
por su atavío grotesco
y las muecas de su cara;
y porque blande un jamón
para azuzar a las bravas
bestias que tiran del carro
y no necesitan vara,
que son caballos overos
de la más hermosa estampa.

Un grupo de fijosdalgo
después a caballo avanza;
son los nueve justadores
que al leonés acompañan.
Delante, y en medio de otros,
fijos de muy nobles casas,
—que a pie, por muy grande honor,
facen aquesta jornada,—
va Don Suero de Quiñones,
grave y triste en la su cara.
Jinete en caballo tordo,
—tordillo de gran alzada,
mezcla de español y de árabe
que luce ricas gualdrapas,—
parece el noble Don Suero
arrogantísima estatua,
a quien las turbas reciben
gozosas, batiendo palmas.
Joven, hermoso y gallardo,
lleva de oro la su espada,
y de oro son sus espuelas,
y de granate sus calzas.
De aceituní bellotado
su falsopeto destaca,
y es azul el su color,
porque es así el de su casa.
En el su brazo derecho
luce su empresa bordada,
que en francés y letra azul
dice allí, corta y amarga:
—*“Si non vos place acudir
galantes a mi demanda,
que soy de cierto vos digo
un triste sin esperanza”*.

Son azules de color
del caballo las gualdrapas,
y en ellas van de Quiñones
resaltadas las sus armas,
bajo las cuales se leen
unas francesas palabras
que dicen: —*¡Hay que justar!*,
reto que suplica y manda.

Las riendas del su caballo
las llevan, por hacer gala,
cuatro bravos caballeros
que a Suero siempre acompañan.
Y detrás, cerrando aqueste
cortejo, que lento avanza,
van a caballo tres pajes
con libreas muy bordadas.
El del centro es portador,
a dos manos, de la lanza
que ha de usar el de Quiñones
en la primer justa que haga.

En esta guisa dos vueltas
da la hermosa cabalgada
en torno a la liza y luego
ante los jueces se para.
Se adelanta hacia el cadalso
Don Suero, y dice en voz alta,
de modo que todos le oyen,
estas galantes palabras:
—*Oid, justicieros jueces,
lo que Suero vos demanda:
Quisiera que, sin respeto
a amistanza o enemistanza,
juzguéis de lo que aquí pase,
y deis por igual las armas.
Quien mereciese prez y honra,
no se la neguéis y dádsela;
y al extranjero prestad
todo el favor, si por causa
de herir a un mantenedor
las gentes le denostaran.*

Don Fadrique el Almirante,
que preside la jornada,

sin alzarse de su asiento,
responde con voz muy clara:

—*Vaya tranquilo Don Suero,
y tranquila su compañía,
que fasceremos los jueces
lo que de nos se demanda.
Los justadores ternán
igualdad en las sus armas,
y partiremos el sol
por igual, como es usanza.
Los extranjeros no teman
ni traiciones ni asechanzas,
porque los jueces harán
justicia muy señalada,
con quien pretenda ofendelles
con fechos o con palabras.*

Y terminado lo dicho,
vase ya la cabagalda,
quedando abierta la liza
a las próximas fazañas.

Aquella tarde banquetes,
bailes y mucha algaraza
hay en toda la floresta
que manso el Orbigo baña.
Y cuando cierra la noche,
y el vocerío se calma,
y todos duermen y sueñan
sueños de gran alegranza,
óyese de un trovador
la siguiente *SERENATA*:

*No turbe tu sueño, hermosa,
la espantosa
visión de tu amor perder,
cuando le veas ufano
sobre un soberbio alazano
su honor por tí defender.*

*Cuando luzca la mañana,
flor temprana,
ve a la Iglesia de San Juan,
y pide porque la gloria
le sonría en la victoria
que fe y amor le darán.*

Y no seas desdeñosa,
niña hermosa,
cuando venga tu adalid
con palabras hechas mieles,
a ofrecerte los laureles
que por tí ganó en la lid.

—
Niña que, bella y altiva,
ser esquivia
lo tienes por gran blasón,
no juegues con los desdenes,
que son bienes,
que matan el corazón.

—
Pronto, bravos paladines,
los clarines
vos pedirán lealtad,
sed fieles, que sus sonidos
son gemidos
de un alma sin libertad.

—
¡Animo los justadores,
portadores
del honor de su nación!
y que Sanctiago vos valga,
cuando salga
contra vos un campeón.

—
Y vos dé Sancta María
la alegría
del que triunfa con honor,
y con palabras de mieles
los laureles
a rendirles va al su amor.

—
¡Arriba los corazones!;
campeones,
luchad con valor y fe;
y tendreis como divisa...
la sonrisa
que vuestra dama vos dé.

—
Cesa el canto, y la ribera
en los sus ecos le guarda,
y el aire en sus tenues plumas

le lleva por toda España.
Le lleva a todos los pechos
que suspiran y que aman,
para que en ellos germinen
las flores de la esperanza.
¡La esperanza! linda diosa
que reina en todas las almas,
y es la que a Suero Quiñones
lleva a liza mañana.

VIII

Es lunes, doce de julio,
y memorable es el día,
las trompas así lo dicen,
y de un faraute las gridas.

Apenas luce la aurora,
un fraile celebra misa,
que los peregrinos oyen,
por más sufrir, de rodillas.
La esotra misa las dueñas
óyenla con mucha prisa,
porque tienen que amañar,
—si acaso se necesitan
para el primer fecho de armas,—
vendajes y melecinas.
Y damas y caballeros
oyen la tercera misa,
que es solemne y ha lugar
muy cerca del mediodía.

Los tres frailes dominicos,
que han puesto para decirla
todo el interés y el fausto
que en la su Orden se estila,
reciben de los oyentes
enhorabuenas cumplidas,
y a recuperar las fuerzas
a sus tiendas se retiran,
que allí no les falta nada
que amengüe por menos digna
de Don Suero de Quiñones
la espléndidez conocida.

Yantan de prisa las gentes
por todo el campo esparcidas,

y todos, de gozo llenos,
comen, hablan, rien, gritan.

El sol, como si quisiera
juntarse a tanta alegría,
esplende en el alto cielo
y la floresta acaricia.

De las márgenes del Orbigo
vienen susurros y brisas,
y el rico olor del tomillo
perfuma yermos y umbrías.

Pero el agudo vibrar
de las trompetas avisa
que pronto dará comienzo
la justa del primer día.
Ya no hay reposo en los cuerpos,
ya los ánimos se excitan,
ya se guardan las viandas,
o las viandas se tiran.

Ya los pies con gran presura
se mueven hacia la liza;
y en la valla se amontona,
y se desgarran, y se irritan,
y se injuria, y se acocea
sin compasión y justicia
la multitud, que arde en ansias
de dar contento a la vista,
y no perder ni un detalle
del fecho que se avecina.

Las damas su sitio ocupan,
y todas parecen lindas,
las unas, porque lo son,
las otras... porque se aliñan.
Y los nobles fijosdalgo,
que no justan aquel día,
las rinden desde sus puestos,
con saludos y sonrisas,
fervorosa admiración
y galante cortesía.

Por mando real, Don Fadrique,
Almirante de Castilla,
preside, y él y los jueces
se sientan en ricas sillas.
Al lado, y al su mandar,
Vanda, rey de armas, y Sintra,
que es faraute, se colocan

de pie, rígidos, y en guisa
de ejecutar prontamente
lo que el su oficio les pida.

Para asegurar el campo,
rodean toda la liza
de Aller y de Pero Sánchez,
—fidalgos de nombradía,—
las huestes de caballeros,
por ellos bien escogidas.
Luego examinan los jueces,
con detención y pericia,
los arneses y las armas
de los que justar habían.
Y viendo que son iguales,
y sin ninguna falsía,
al alemán Don Arnaldo
y a Don Suero las envían;
los que entran poco después,
bien armados, en la liza
al trote de sus caballos,
pero por puerta distinta.

Cuando todo está en silencio,
y apenas si se respira
por la emoción, con voz recia
un faraute da esta grida:

*—Ninguno, fuerde el que fuerde,
e por nada haya osadía
de vocear e hacer señales,
porque en él se hará justicia.
Perderá su mano o lengua
quien señale o quien de gritas,
e aquesto por mi el faraute
los jueces mandan e avisan.
E sepan los caballeros,
que por muerte o por ferida
que fagan,—según las leyes
de este Passo e sin malicia,—
no les verná daño alguno
ni a ellos ni a sus familias.
Lo jura así Don Fadrique
Almirante de Castilla.*

Y llega el solemne instante
de dar comienzo a la lidia,
si por todos esperada,
por muchos asaz temida.

Los jueces dan un mandato,
y se despeja la liza,
y en ella tan solo quedan,
—según leyes conocidas,—
dos servidores del Paso,
y, a punto de acometida,
los dos bravos justadores,
que atentamente se miran
a través del varillaje
de sus viseras caídas.

Sonaron todas las trompas,
dulzainas y chirimías,
axabebas y añafles
en rasgada melodía.
Y al rugir los atabales
en redoble a la morisca...
—¡Partid!—el faraute exclama,
en final sublime grida.

Y parten los justadores
puesta en la lanza su vida
y es angustioso y pesante
el silencio que domina.

Se encuentran los dos jinetes
en medio de la amplia liza,
y la lanza de Don Suero,
baja, pujante y bravía,
desguarnece el antebrazo
del alemán, y es rompida.

Son tomadas nuevas lanzas,
que los jueces examinan,
y emprenden los justadores
la segunda acometida.

La lanza del leonés
por el piastrón se cnfila
del arnés del alemán,
que cabalga a maravilla;
pero el sobaco le hiende,
y le face tal ferida,
que todos creen que Arnaldo,
—que sobre el arzón vacila,—

está próximo a perder
valientemente la vida.

— Pero no; recio el germano
— ¡Alas! — con bravura grita,
y la batalla prosigue
con la tercera embestida.
En ella el de la Floresta
Bermeja la vista afina,
y en la babera de Suero
la lanza rompe en astillas.

— No rompe Suero la suya
en la cuarta acometida,
pero en la manopla izquierda
de Arnaldo su fierro pica.
Y, aunque los dos bien se baten,
ambos fallan en la quinta.

— Y concluye la jornada
en la sexta acometida,
— la más recia de esta tarde,
la que más temor excita, —
porque la lanza de Suero,
que hacia el corazón camina
de Arnaldo, ligeramente,
y por fortuna, desvía,
y en el guardabrazo izquierdo
viene a dar, y allí es rompida.

— Al cadalso de los jueces,
y en medio de ardientes vivas,
se acercan los justadores,
que sobre el arzón se inclinan
por respeto, y en espera
de lo que allí se les diga.

— Los jueces dan por muy noble
y acabada la partida,
y a los bravos paladines
en alta voz felicitan,
A cenar en su compañía
a Arnaldo don Suero invita,
y entre músicas y vítores,
y una escolta muy lucida,

salen los dos caballeros,
sonrientes, de la liza.

—
El Almirante, al final
de la cena, a Suero envía
dos magníficos caballos
y una cadena muy fina,
que al un cabo en letras de oro
estas palabras tenía:
—*Binen el Passo ha comenzado;*
¡Gloria! a quien así lo encia.—

IX

El día trece de julio,
después del yantar, anuncian
los farautes y las trompas
la segunda de las justas.
Luchan los dos caballeros
Juan Fabla y Lope de Estúñiga,
y dignos de memorarse
dos fechos la historia apunta.

—
El aventurero Fabla,
que es valenciano por cuna,
pide el caballo de Suero
con formas harto importunas.
Don Suero cede al instante,
pero la gente murmura,
y aquesto dice entre vayas
en corrillos y tertulias:
—A Juan Fabla no le importan
del su honor gracia y fortuna,
le importa más que al pellejo,
no le fagan abriduras.

—
Ambos justadores bien
lo facen en la su lucha;
pero con tales bravezas
ataca Lope de Estúñiga,
que un su criado le anima
con gritos e sin cordura.
Los jueces al punto ordenan,
después de breve consulta,
que la lengua se le corte
tres dedos desde la punta.
Pero el público interviene

por compasiva tristura;
y caballeros y damas
facen tan rendida súplica,
y tanto el criado llora
su fecho y su desventura,
y tanto le tiembla el cuerpo,
y tal sus ojos se nublan,
que le levantan la pena,
y así un faraute lo anuncia;
pero le dan treinta palos
sin perdonanza ninguna,
y le meten en prisiones
en tanto que el Passo dura.

—
Y van llegando adalides
en probanza de fortuna,
ya por placer a sus damas,
ya porque lidiar les gusta.
Y vienen otros al Paso
por ver tanta fermosura,
pero sin ganas de entrar
en temibles aventuras;
por lo que al verse obligados,
según leyes de la justa,
a luchar, van a la liza
ciegos, y con tal pavura,
que las gentes les acosan
con risas de mucha burla.
Y si a justar no se atreven,
y en la puente vuelven grupas,
pierden por su cobardía
espuela y honor a una.

—
Y llegan con sus maridos
damas de muy grande alcurnia,
y entregan sus guantes, y ellos,
por temor a que los tundan,
si rescatarlos pretenden
en caballeros a lucha,
cometen la fea acción
de aceptar la brava ayuda
de algunos aventureros
de alto honor y noble cuna.
Mosén Gonzalo Loeri,
de muy arrogante figura,

y nieto del Almirante
de la Sicilia, es de algunas
campeón; y Lope Sorga,
de todas las sinventura
que no han galán o marido
que sus guantes restituyan.

De todos estos percances
de jocosa donosura
facen los juglares coplas
tan llenas de travesuras,
que altas y bajas las ríen,
por la gracia que rezuman.

Y cierra su día el martes,
y en las sus horas nocturnas,
si las cuerdas del laúd
del trovador yacen mudas,
no así los hondas del río,
que mansamente susurran
canciones, que solo entienden
por sotiles e profundas,
por hermosas e añorantes,
e por su inmensa dulzura,
los que van a Compostela
de la paz perdida en busca;
o los que, heridos de amores,
sueñan sueños de venturas;
o los que duros desdenes
en sus tristes almas rumian;
o los que, su fé en peligro,
y arañados por la duda,
vierten el amargo llanto
que la esperanza no endulza.

X

Van llegando caballeros,
van llegando peregrinos,
los unos, para justar,
los otros, por ser camino
el de la Puente del Orbigo
para rendir su ofrecido
homenaje al Santo Apóstol
que es de Zebedeo fijo,

y le han dado en Compostela,
desde los tiempos antiguos,
para guardar los sus huesos,
una Catedral por nicho.

—
Y llegan, al tercer día
de justas, al pie del río,
peregrinas a Santiago,
dos fembras de mucho viso:
Guiomar y Leonor
de la Vega, por quien fizo
Mosén Gonzalo una justa
que, terminada con brillo,
las devuelven los sus guantes,
que hanlos al llegar perdido.

—
Y luchan en aquel miércoles
con muy poderoso brío
Suero Gómez fijo de Alvar,
y su arrogante enemigo
Francisco Muñoz, que sale
con un su brazo partido.

—
Y al esotro día justan
Pedro Nava, que es bravío,
y un tal Francisco de Falces
de buen brazo y ojo vivo.
Y detrás, Lope de Aller,
que se bate con Rodrigo
de Zayas; luego, don Suero,
que face el su desafío
con Per Davío, que ha muy poco
de caballero cumplido.

—
Sale Suero armado en blanco,
y con arnés muy sencillo,
y Davío, que aquesto ve,
pide con feo designio
la más gruesa de las lanzas,
que enristra con gesto altivo.
Claman airadas las gentes,
y Quiñones,—que ha advertido
la ruin intención de Davío,
y ve su vida en peligro,—
ni protesta, ni se viste

otro arnés más defendido.
Era así de noble y bravo,
y tan bravo como fino,
este ilustre leonés
de su tierra digno fijo.

En la primera embestida
Quiñones con mucho cuido
se bate; y en la segunda
bien esquivá a su enemigo,
el que ataca sin honor
con furia y placer malignos,
y se irrita, porque ve
que Suero, aun mal protegido,
le asesta terribles golpes
con celebrado buen tino.
Pero al llegar al tercer
encuentro, el potente filo
de la lanza de Per Davio
le alcanza a Suero. El envío
fue tan brutal, que la lanza
por el cuerpo mal vestido
se le finca más de un palmo
a Quiñones. Suená un grito
de horror en toda la liza,
viendo que el fierro metido
no sale, por más que Suero
tira de él con harto ahinco,
y, por despenar a todos,
exclama en la voz tranquilo:
—*¡ Non es nada, non es nada!*
¡ Ah, Quiñones!—Y es sabido
que poco fue. Todos creen
maravilla lo que han visto;
pero desde aquel instante
Per Davio sufre el ludíbri
de quien vilezas comete
por no refrenado instinto.
Y alcanza la nota infame
al su hermano Don Francisco,
que, cayendo al otro día
del caballo,—mal ferido
por la lanza vengadora
de Estúñiga,—con cinismo
face un voto que descubre

su condición de sacrilego.

—
Y justan un día aciago
Lope Aller y el aguerrido
leonés de ilustre rama
Diego Mansilla, que fizo
buena salida; mas luego
su mala fortuna quiso,
que a la primera embestida
de Lope,—el que a darle vino
en la arandela derecha,
que en pedazos se deshizo,—
la lanza se le metiese
por el ya indefenso sitio
con tan poderoso empuje
que le deja el brazo hendido,
del que brota intenso y rojo
de sangre un chorro continuo.
Cayó del caballo al suelo,
y los jueces, conmovidos,
mandan llevarle a su tienda
su música, amortecido.
Y al catarle la ferida
Setení e los ortos físicos,
dicen tristes que aquel joven
de morir ha gran peligro:
por lo que Suero Quiñones,
en todo instante benigno,
le acompaña, cura y habla
con muy fraternal cariño.

—
Y la justa se abre el sábado
con Lope Mendoza,—fijo
de Diego Hurtado, Montero
Mayor del Rey,—y el temido
Pedro Bazán, de la hueste
de Quiñones. No era listo
para justar el de Hurtado,
y asaz mal correspondido
en la dama, por quien iba,
—honra buscando y prestigio,—
al Paso Honroso de Suero,
donde cayó mal ferido.
Tan apenado le vió
Quiñones, que así le dijo

con profunda simpatía,
e de alma asaz conmovido:
—Si yo supiera quien es
la dueña de tu albedrío,
fuera a decirla de hinojos,
que el su amor es bien servido.

—
Y agora buen trovador,
que trovas por alto sino
de la tu tierra bendita
los fechos esclarecidos,
cubre de luto el laúd
porque narrar te es preciso
aquellos que fueron causa
del fenescer del invicto
leonés Suero Quiñones,
que a todos bien siempre fizo.
Pero canta, trovador,
con todo el valiente brío
del que vilezas maldice,
y no las deja en olvido,
porque sirvan de lición
en los venideros siglos.

XI

De la ciudad de Granada
muy cerca está Sierra Elvira,
y una batalla dió en ella
Juan Segundo de Castilla.
De la Higuera llamaóse,
y perdió la morería
de sus moros treinta mil,
por feridos o sin vida.

—
Hallóse en esta batalla
Don Suero, y tal nombradía
por valiente allí alcanzó,
que abrió paso a las envidias.
Con éstas el alma hartóse
de un joven, que le decían
Don Gutierre de Quijada,
Señor de Villagarcía.
Era fuerte e corpulento,
e la su color, cetrina,

e había en la su mirada
luces que, torvas, ferían.
Confiado en las sus fuerzas,
y en la su mucha osadía,
y, para jugar las armas,
de su astucia en la pericia,
viene al Paso,—rebotante
de iracundias y perfidias,—
a matar al de Quiñones,
que es espejo de hidalguía.

—
Preséntase en son de guerra,
y en plan de descortesías,
con buen golpe de hombres de armas,
y nobles de mucha guisa.
Don Suero ofrece sus tiendas
con gentileza exquisita
a Quijada y a sus huestes,
que ya impresión mala excitan.
No acepta el ofrecimiento
Gutierre, que así replica:
—Como soy de la comarca,
mi gente no necesita
de providencia ninguna,
porque está bien proveída.

—
Y planta aparte sus tiendas,
y enfrente la suya enfila
de la de Suero Quiñones,
que no la aventaja en rica.
sobre ella y en alta lanza,
que todo el campo domina,
manda poner su pendón
con gesto de altanería.
Después se acerca a los jueces,
y no, galante, suplica,
sinó que pide jugarse
con Don Suero la su vida.
Los jueces le hacen saber
que leyes de justa obligan
a luchar con quien la suerte
en turno forzoso elija.
Aun Don Suero de Quiñones,
con gentil galantería,
le ofrecé para justar

el primer puesto en la liza;
y Gutierre le contesta
en forma asaz desabrida,
que se batirán los suyos
como él quiera y según lista.
Mal se porta el de Quijada
y los de su compañía,
y más de una vez los jueces
intervienen en sus lidias.

Juan Villalobos y Estúñiga
comienzan las embestidas,
y los jueces al primero
pronto le quitan la silla,
por no ajustarse a las normas
que la justa establecía;
era más alta y más fuerte,
y las leyes prohibían
desigualdad en las armas,
y allí muy grande la había.

En Quijada y en los suyos
siguen las malas partidas,
pues cuando lucha Quiñones
con Castañeda, en la quinta
carrera el corcel a Suero
se le vuelve y encabrita,
y Castañeda, olvidando
deberes de cortesía,
en vez de la lanza alzar,
sobre Quiñones la enfila,
y, antes que a estar éste vuelva
en condiciones debidas,
le ataca, y del fiero golpe
queda su lanza rompida.

La indignación se apodera
de todos los que tal miran;
pero pronto llega el pago
de tan villana perfidia,
porque a la sexta carrera
Castañeda de la liza
cae al suelo de un lanzazo,
que le abre tremenda herida.

También a Gutierre alcanza
la vengadora justicia,
que un hombro le desguarnecen,
y en la primera costilla
recibe un golpe tan rudo
que el su aliento paraliza.
Y aun como fin de los fechos
de él y los suyos, le obligan
los jueces a que esto escuche
para colmo de mancilla.
—Venir como vos lo hicisteis
descubre muy gran malicia;
y justar como los tuyos
no da honor, sinó le quita.

Tanta vergüenza no aguanta
Gutierre, y parte enseguida,
pero a Suero de Quiñones
le deja esta carta escrita:
*—Aunque te esconda la tierra,
yo he de buscarte algún día
para mandarte al infierno,
arrancándote la vida.*

El trovador a esto añade,
con el alma ardiendo en ira:
—No le matarás en lucha,
Gutierre, de nobles digna,
que un leonés como Suero,
cuyo honor tan alto brilla,
solo podrá sucumbir
por traidoras villanías
como las tuyas, o al peso
de la su propia hidalguía.

XII

Y siguen los treinta soles
del de Suero Paso Honroso
con lances de toda guisa,
y para los gustos todos.
Los hay que dan en tragedia,
como el lamentable y solo
del morir de Claramonte,

que fué en verdad espantoso.
Don Suero, tan noble siempre,
dispone que en el su propio
panteón al aragonés
se dé honorífico pozo.

—
Y hay fechos de mucha burla,
que se rieron a coro,
como el del buen portugués
que, arrogante y pretencioso,
quiso acabar con las justas,
y acabó con su decoro.
Traía mucha compañía
vestida con harto adorno,
y él, para infundir pavura,
montaba un caballo tordo
tan grande como un castillo,
y en su andar tan perezoso,
que para hacerle mover
hubo que hacerle beodo.

—
Y tiene gracia la justa
que pretende un muy donoso
trompetero, que viaja
desde el bello territorio
que llaman de Lombardía
hasta la puente del Orbigo,
para medir las sus fuerzas,
en un combate de soplos
de trompeta, con Dalmao,
que era en tañer un coloso.
Con tanto primor lo face
el habil Dalmao, que el otro
competidor, sin tañer,
confiesa con voz y voto
que no hay ningún trompetero
como el del Rey, y el retorno
sin más dilación emprende
al su país tan remoto.

—
Y las justas terminaron
el día nueve de agosto
con Rabanal el muy recio
y el muy bravo Don Ordoño
de Valencia de Don Juan,

quedando los dos airosos.

—
Y cuando muere la tarde,
y se cierra el Paso Honroso
para las justas, los jueces
mandan que en son de alborozo
tañan trompas y atabeles,
y se regocijen todos.

—
Se encendieron luminarias,
y hogueras a estilo moro,
y al correr de los caballos,
ya separados o en corro,
los jinetes, con antorchas
en las manos, un vistoso
juego de luces facían,
que daba muy grande gozo.

—
Y Don Suero de Quiñones,
siempre hidalgo y generoso,
da un convite, donde yantan,
y beben muy rico mosto,
cuantas gentes han venido
de los pueblos del contorno,
que ríen, comen y cantan,
y bailan como unos trompos.

—
Las damas y caballeros
se juntan al pueblo en todo,
y el pueblo,—que ve este rasgo
de nobleza de buen tono,—
rompe en aplausos y vítores,
y en cantares muy fermosos,
donde se canta a las damas
con los más galantes modos,
y al caballero valiente
que ha vencido a muchos moros,
y al pajecillo elegante,
y al peregrino devoto,
y hasta a la Virgen Maria
que face fechos gloriosos.

—
Este era el pueblo español
de aquellos tiempos remotos.
agradecido y alegre,

cristiano y caballeroso.
Y eran así aquellos nobles,
ramas de muy recios troncos,
fijos de la nuestra tierra,
madre augusta de colosos
como Guzmán y Don Suero,
y los Ponce y los Osorio;
madre ancianica y hermosa
a quien llamamos nosotros
reina de la nuestra vida,
y luz de los nuestros ojos.

XIII

Amanece el día diez;
están sin nubes los cielos;
y el Orbigo saltarán,
removiéndose en su lecho,
canta canciones que tienen
mucho de alborada y rezo.
De sus márgenes floridas
en el juncal tan espeso
gallinetas y lavancos
buscan su rico alimento.
Los cristales del rocío
refulgen en los oteros,
cuando temblando reciben
del naciente sol el beso.

Hasta la media mañana
no despiertan de su sueño
los que duermen en las tiendas,
o, de ellas al pie, en el suelo.
Y es que fué mucho el holgorio
del nocturno esparcimiento;
y la alegría fué tanta,
que bebióse con exceso,
y el vino de la tierrina
da modorrez al cerebro.
Hartos fueron los manjares,
y todos fuertes y buenos;
y los bailes y carreras
rinden asaz a los cuerpos.

Se levanta al fin la gente,

y el davidoso Don Suero
manda repartir a todos
un bien preparado almuerzo.
Se oye una misa de gracias
porque el Paso llegó al término;
torna a animarse la liza,
y tañen los trompeteros.

Los jueces y reyes de armas
van ocupando sus puestos,
los suyos, las damas todas,
y el suyo, los nobles viejos.
En la larga talanquera
se hacina y revuelve el pueblo,
que se acocea y se injuria
igual que el día primero.
La trompeta de Dalmao
impone a todos silencio,
y los farautes anuncian
el esperado suceso
de que el Paso de Quiñones
va a cerrarse por completo.

Dada la última grida,
un grupo de trompeteros
va entrando por una puerta
de la liza; detrás de ellos
axabebas y atabales
y chirumbelas y cuernos
levantan en pie a las almas,
y hacen hoguera los nervios.

Luego aparece en el campo
de la justa el buen Don Suero,
que arrogante, aunque ferido,
monta un corcel blanquinegro.
Viste dorada armadura,
que chispea como el fuego;
sonríe, más su sonrisa
es de amargas reflejo.
Sensible y siempre muy noble
no puede olvidar al muerto,
y como sombra siniestra
le nubla el su pensamiento
de Gutierre de Quijada

las ruindades, y el su reto.

Tras de él, y bien enfilados,
vienen los sus compañeros,
menos don Lope de Aller,
que yaz ferido en el lecho.
Y elegantes y a caballo
van cerrando este cortejo
los justadores y todos
los jóvenes caballeros
que en la ruidosa floresta
se hallan en aquel momento.

Dos vueltas dan a la liza
como el día del estreno,
y ante los jueces se paran,
y fabla así el buen Don Suero:
—*Señores de gran honor:*
Todos sabedes de cierto
que vine ya ha treinta días,
—*que con éste fenescieron;*—
e que estos gentiles-homes,
de gran prez e valimiento,
e que presentes están
han sido mis compañeros
De mi venida la causa
es la de poner remedio
a mi prisión, que fué fecha,
como sabe el mundo entero
por una muy virtuosa
señora, de la que preso
era hasta aquí, y en señal
de ello he traído este fierro
todos los jueves del año
aprisionando mi cuello.
E porque yo concerté,
para mi libertamiento,
el romper trescientas lanzas,
yo e aquestos caballeros,
con cuantos homes de pró
vernieran; e complimiento,
señores, creo haber dado
a todo, según prccetos
de la justa, yo vos pido
que mandeis quitarme el fierro,

*e quede yo en libertad
de aquí para todo tiempo.
E si habedes vos fallado
que bien no he finido el fecho
de mi libertad, decisme
que fago, que estoy dispuesto.
A lo que contesta un juez,
de esta manera diciendo:*

—*Señor Don Suero Quiñones.
virtuoso caballero:
Oida la vuestra arenga,
e justa nos pareciendo,
e que habedes bien finido
vuestro rescate, ora mesmo
ordenamos que el rey de armas
Portugal os quite el fierro.*

Y así se face; y las trompas
en fuerte clamor rompieron;
y los aplausos y vivas
revientan en grande estruendo,
y de la liza así salen
Don Suero y sus compañeros.

Y al día siguiente, martes,
aína se desficiéron
tiendas y valla y cadalsos;
y las gentes a sus pueblos
marcharon, y la floresta
sumida quedó en silencio.

Y Don Suero de Quiñones,
y su brillante cortejo,
pasando por entre filas,
que vitoreaban de recio,
un día en León entraban
por Ruanueva, y, siguiendo
por San Isidro, en la Iglesia
de Santa María dieron.
Y ante la imagen bendita
de la que es Madre del Verbo
de finojos se postraron.

y las sus armas rindieron.
ASI QUISO, QUE ACABARA
SU PASO HONROSO, DON SUERO.

XIV

Y pasaron muchos años,
y allá en Barcial de la Loma
vive Don Suero Quiñones
con su madre, gran señora.

Ya olvidó de las sus armas
el manejo, solo goza
con ser el hijo más bueno,
y de los suyos, gran honra.

Si acuciado tal vez cuenta
sus fazañas antañonas,
la narración comenzada
dos acres recuerdos cortan,
el postrer mirar de un muerto,
y un ruin vistiendo la cota.

Un día allí presentóse
un caballero a deshora;
habló con Suero, y los dos
al campo fueron. Las sombras
de la noche solo saben
lo que allí pasó. La aurora,
que alegría presta siempre
a cuanto sus luces tocan,
vino a teñir de tristezas
la faz de las gentes todas,
que,—acompañando a una dama
desconsolada y llorosa,—
rezan al pie de un cadáver
tendido sobre una loma.
Es el de Suero Quiñones,
de su patria honor y gloria.

No ha mucho que aun se veía
destacarse triste y sola
la llamada *Cruz del muerto*
sobre aquellas tierras hoscas.
Un día la hizo pedazos

la ciega barbarie roja,
 y el trovador leonés
 puso allí mismo esta nota:
 "¡Descansa en paz, gran Quiñones,
 bajo tu ignorada losa!
 ya tus bellos ideales
 tienen su mejor corona."

XV

FINAL.-EL POETA DICE

...que en este ciclo ideal
 que la fantasía fragua,
 no ha mucho que se encontraron
 de dos héroes las dos almas.
 Es una... la de Don Suero,
 de laureles coronada;
 es otra... la del Hidalgo
 Don Quijote de la Mancha.
 Lleva también su corona,
 pero corona espinada.

—
 Apenas las dos se ven
 aqúeste diálogo entablan:
 DON QUIJOTE.—Buen Don Suero,
 tenía de veros gana,
 para haceros la pregunta
 que ha tiempo mi anhelo guarda.
 ¿Porque callasteis el nombre
 de vuestra hermosa dama?
 DON SUERO.—Gran Don Quijote,
 perdonad que yo vos faga
 pregunta igual. Vos decís
 que Dulcinea se llama,
 pero ese nombre tan lindo
 que no es suyo es cosa clara.
 Que Cide Hamete dijera
 que era Aldonza la aldeana
 vuestro amor, decir no quiere
 que esa fuera vuestra dama,
 porque nunca vos dijisteis
 que así en verdad se llamara.

DON QUIJOTE.—Mi secreto,
que bién oculto en mi estaba,
vos lo sabreis ahora mismo,
porque barrunto que llama
vuesa merced a una puerta,
que es también la de su casa.
¿Por quien peleó Don Suero
con tan sublime arrogancia
allá en la puente del Orbigo?
Ya lo sé, por una dama
de virtud y fermosura
como en la tierra no se hallan.
Pues si en el mundo no existen
esas perfecciones altas,
y yo sufrí por su amor
encantamentos y estacas,
y vos hallasteis feridas
que nunca fueran curadas...
síguese que un *ideal*
fué de ambos aquesa dama.
Ideal tan inefable
que la creación abarca;
ideal que cuenta siglos,
y los siglos no le captan;
ideal que es fermosura
y virtud sin una mácula;
ideal que es amor puro,
siempre grande y sin mudanzas;
realidad que nunca muere,
riqueza que nunca acaba.
Y ese ideal, buen Don Suero,
que dió fuerza a nuestra lanza,
pues en el mísero mundo,
aunque se busque, no se halla,
no tiene tampoco nombre
del mundo en ninguna fabla.
Yo la llamé Dulcinea,
que es nombre que algo le cuadra;
vos fuisteis menos osado,
y no le llamasteis nada.
DON SUERO.—Sí, Don Quijote.
lo tiene, y... ¡Gloria! se llama
nó la que así llama al mundo
sí a la que Dios nos llamara.

Y de los dos caballeros
se juntaron las dos almas,
y eternamente fundidas,
y eternamente abrazadas,
y eternamente viviendo
la vida que el arte encarna,
gozan ya de aquesa *Gloria*
por ellos bien alcanzada.

León—24—Junio—1934.

Y

APPENDIX

The following table shows the results of the experiments conducted during the period from 1910 to 1915. The data are arranged in chronological order, and the results are given in the form of percentages of the total number of cases.

APENDICE

Las dos poesías, que integran este apéndice, se compusieron por el autor del anterior *Romance* y se leyeron por el mismo autor en dos momentos solemnes de las fiestas centenarias del *Paso Honroso*.

¡Arriba las almas!

Aquí en este sitio que agora pisamos,
que el Orbigo alegre con claras corrientes,
lidiaron antaño los homes valientes
que el *Paso* hicieron que *Honroso* llamamos.
Don Suero Quiñones, que todos amamos
como home muy grande de nuestra tierrina,
magüer yazga muerto, verná tan aína,
que ya está presente; sus voces oigamos.

—Leones queridos de aquesta mi tierra,
que santos dió al cielo, que bravos dió al mundo,
de allende la tumba mi sueño profundo
por vuestros clamores de mí se destierra;
e aquí entre vosotros, aquí do soterra
de tantos recuerdos del tiempo la losa,
con fabla moderna facer una glosa
me place con sones que han mucho de guerra.

Vosotros que tanto clamais hoy mi nombre;
que en dulces cantares, que en bellos decires,
—como ecos vibrantes de vuestros sentires,—
queréisme dar gloria que el mundo se asombre,
sabed que si tuve tan grande renombre,
de heróica brega cuando hechos facía,
fué solo porque hube por norte y por guía
los *tres ideales* que honrar debe el hombre.

La FE,—que las almas eleva hasta el cielo;
que arranca las penas que el mundo prodiga;
que, dando esperanzas, favores mendiga
del Dios que es fontana de vida y consuelo,—
la reina fué siempre de mi bravo anhelo,
y, ardiendo por ella mi pecho en amores,
luche contra el moro sin tregua y temores,
y un nombre envidiado me dió el patrio suelo.

La PATRIA,—que es madre y es nimbo y es gloria
del hijo que sabe sentirla y quererla,—

fué luz de mi vida, fué nítida perla,
 que, en todos sus folios, engasta mi historia.
 ¡La Patria!; por siempre guardé en mi memoria
 grabadas sus cuitas y bravas hazañas,
 y, henchido de amores, en rudas campañas
 la dí el oro mío sin mezclas de escoria.

Y AMOR, amor grande llenó el alma mía
 por alta señora, que fué la homildosa,
 la bella, la dulce, la muy virtuosa,
 que todas mis noches trocólas en día.
 Por buena no quiso que vil yoglería
 cantara su nombre, porque ella se holgaba,—
 por mí y por mis hijos,—que *suyos* llamaba,—
 nombrada ser solo "*la nuestra alegría*".

De aquesta mi tierra, fidalgos queridos,
 que tantos honores rendis a mi honor,
 de vuestros cariños yo acepto el loor,
 por ser dulce fruto de nobles cumplidos.
 Mas grande contento gozara, si heridos
 por mis *ideales*, lucharais por ellos;
 la historia os daría la gloria de aquellos
 que en santas empresas murieron transidos.

¡Arriba las almas! excelsos varones,
 que en torno al recuerdo de mi *Paso Honroso*,
 turbais con cantares mi eterno reposo,
 y alzais en mi loa los vuestros pendones;
 que luz sean vuestra los míos blasones;
 que siempre esforzados vos llame la historia;
 que mi gloria sea también vuestra gloria,
 y el mundo os bendiga por mis campeones.

Puente de Orbigo—25—julio—1934.

In memoriam

Aquí vivió Don Suero tras de agitados días;
aquí en instantes plácidos su vida remansó;
aquí sus luchas épicas, tenaces y bravías,
que diéronle pesares y fuertes alegrías,
por soledades líricas, y amor de hogar trocó.

Tranquilo entre los suyos, querido de las gentes,
cargado de laureles, y dado a la virtud,
dejó marchar su vida por cauces y corrientes
de fondos cristalinos y orillas florecientes,
que dan placer al alma y al cuerpo dan salud.

Aquí los cielos eran para él un libro abierto,
donde una hermosa ciencia mostrábale el Señor;
la ciencia que las sombras del porvenir incierto
rasgaba con las luces de un sol que nunca ha muerto,
para el que nutre el alma de fe y de patrio amor.

Aquí los campos eran llanuras habladoras,
que con lenguaje rudo decíanle tal vez,
que si en combates nobles fecundas son las horas,
lo son aún más fecundas, por ser tan redentoras,
las que el terruño labran con armas de honradez.

Y aquí a turbarle vino tan placentera vida
de miserables ruindades la bárbara hosquedad.
La envidia aún respiraba por insondable herida,
y, hecha rencor profundo, corcel feroz sin brida,
buscó saciar en Suero su estéril crueldad.

Murió Suero Quiñones por el rencor de un alma;
entre sombrías luces su vida se extinguió;
los suyos no le dieron la que el dolor encalma
postrera despedida, pero la eterna palma,
que gloria da a los héroes, la Historia le entregó.

Murió Suero Quiñones, pero triunfante vive,
llenando el centro mismo del pecho leonés;

ahí de su hidalguía las máximas escribe;
ahí los homenajes de nuestro amor recibe;
y ahí de los villanos no le hollarán los pies.

—
Para el ilustre muerto... coronas de laureles,
la lápida de mármol, la férvida oración,
la lira de los poetas ornada con claveles;
y para su enemigo... Cerremos los cancelos
del odio, y de él tengamos cristiana compasión.
Barcial de la Loma—29—julio—1934.



S H E R O



G O M A



G 222513